

CERRADO EN INVIERNO

JØRN LIER
HORST

Roja & Negra

«Un policial de corte clásico.
Recomendable para cualquier
fan del género negro.»

DAGBLADET

Cerrado en invierno

Jørn Lier Horst

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen



ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

La niebla llegaba del mar en fragmentos dispersos. Cubría el asfalto mojado en forma de vapor y dibujaba pequeños halos alrededor de las farolas.

Ove Bakkerud conducía con una mano sobre el volante. La oscuridad envolvía el paisaje.

Le gustaba esta época del año, justo antes de que el otoño provocara la caída de las hojas. La última salida a la cabaña de Stavern para clavar las contraventanas, arrastrar la barca a tierra y dejarla cerrada para el invierno. Todo el verano deseando que llegara ese momento. Era su fin de semana. La tarea no le llevaba más de dos horas el domingo por la tarde. El resto del tiempo era suyo.

Redujo la velocidad, se desvió de la carretera principal y condujo sobre la gravilla crujiente. La luz de los faros se deslizó por el seto de rosas de té que flanqueaba el camino que llevaba al aparcamiento. El reloj del salpicadero marcaba las 21.37 cuando apagó el motor, bajó del coche e inspiró el olor fresco a mar salado. Las olas que golpeaban la orilla resonaban como truenos lejanos.

La lluvia había cesado y el viento llegaba en rachas intensas que deshacían la niebla. El haz de luz del faro Tvistein pasaba uniforme sobre la tierra firme y hacía brillar las rocas mojadas por la lluvia.

Se cerró mejor la chaqueta, fue hacia la parte trasera del coche y sacó las bolsas de comida del maletero. Le apetecía cenar un solomillo poco hecho y desayunar huevos con beicon. Comida de hombres. Se metió la mano libre en el bolsillo para asegurarse de que las llaves estaban allí y se encaminó hacia el sendero que llevaba a la cabaña, en lo alto del montículo. Tras un breve ascenso, todo el mar se abrió ante él. Estaba oscuro, pero intuía la amplitud del paisaje. Siempre le llenaba de una calma especial. Cuando la familia compró la cabaña,

veinte años atrás, no era más que una sencilla estructura de tablones de madera pintados de rojo, mal aislada y dañada por la humedad. En cuanto se lo pudieron permitir, la tiró toda abajo y volvió a erigirla sobre los antiguos cimientos. Poco a poco su mujer y él habían ido creando su propio paraíso. Pasados los primeros años, en los que dedicaba todo su tiempo libre a las tareas de construcción, aquel se había convertido en el lugar en el que podía relajarse, respirar, desconectar. Un lugar en el que no mandaba el reloj, donde el tiempo tomaba su propio camino en función del sol y el viento y lo que se le antojara oportuno.

Dejó las bolsas sobre el suelo de pizarra frente a la cabaña y sacó las llaves. La luz del faro impactó sobre la pared y desapareció de nuevo. Ove Bakkerud se quedó paralizado y contuvo la respiración. Su mano derecha se cerró sobre el llavero. Tenía la boca seca y la piel de gallina se extendió por sus antebrazos y por su nuca.

El haz de luz del faro volvió a deslizarse sobre él, como para confirmar lo que había intuido. La puerta estaba entreabierta. El marco estaba astillado y la cerradura en el suelo.

Miró a su alrededor, pero no vio más que oscuridad. De los arbustos del bosque llegó un ruido, una rama que se partía. En algún lugar lejano se oyó ladrar a un perro. Luego todo quedó en silencio. Solo se oía el viento que movía el follaje otoñal y las olas que rompían en la playa.

Ove Bakkerud dio un par de pasos al frente, agarró el borde superior de la puerta y la abrió. Buscó a tientas el interruptor y encendió el farol exterior y la luz del recibidor.

Su mujer y él habían comentado la posibilidad de que ocurriera algo así. Había leído en la prensa sobre pandillas de chavales que asaltaban las cabañas y destrozaban el interior, y otras bandas más profesionales que arrasaban zonas enteras de casas de verano en busca de objetos de valor. A pesar de eso, le costaba creer lo que estaba viendo. Sentía que habían profanado aquel lugar..., su lugar.

El salón se había llevado la peor parte. Cajones y armarios abiertos, todo el

contenido tirado por el suelo. Vasos y platos rotos, y los cojines del sofá desperdigados. Todo lo que se podía vender había desaparecido. El televisor nuevo de pantalla plana, el equipo de música y la radio. El aparador en el que guardaban el vino y los licores estaba vacío. Solo quedaba una botella de coñac mediada.

Se agachó y recogió la botella con un barco en su interior que solía ocupar la repisa de la chimenea, ahora tirada en el suelo con una gran grieta en el cristal. Se habían partido dos de los mástiles del esbelto velero. Recordó todas las horas que había pasado contemplando cómo trabajaban los rudos dedos de su abuelo, el modo milagroso en que conseguían transformar las piezas minúsculas en una auténtica nave. El momento en que el velero ocupaba su lugar dentro de la botella y su abuelo tiraba de los hilos que levantaban los mástiles.

Le temblaba la voz cuando llamó a la policía y se presentó.

—¿Cuándo estuviste en la cabaña por última vez? —quiso saber el operador.

—Hace dos semanas.

—Así que el robo ha ocurrido en algún momento después del 19 de septiembre...

Ove Bakkerud contempló los destrozos causados por los asaltantes. De pronto se sentía completamente vacío.

—¿Sabes si han entrado en más cabañas? —preguntó el policía.

—No —respondió Ove Bakkerud, y miró por la ventana. Había luz más abajo, en la cabaña de Thomas Rønningen—. Acabo de llegar.

—Podemos mandar una patrulla a echar un vistazo mañana —prosiguió el agente—. Mientras tanto, sería recomendable que procuraras no tocar nada.

—¿Mañana? Pero...

—¿Estarás localizable en este número para que podamos llamarte cuando tengamos una patrulla disponible?

Abrió la boca para protestar, para exigir que la policía se presentara inmediatamente con perros rastreadores y agentes especializados en escenas del crimen, pero se calló. Tragó saliva, dio las gracias por la ayuda recibida y colgó.

¿Por dónde empezar? Fue a la cocina y cogió una escoba y un recogedor. Entonces recordó las instrucciones del policía de dejar el escenario intacto. Desistió y se quedó junto a la ventana mirando hacia la cabaña vecina.

Le extrañó que la luz estuviera encendida. Thomas Rønningen no solía venir en otoño. Presentaba un exitoso programa de entrevistas en la televisión todos los viernes, y estaba más que ocupado. Pero sí se había tomado el tiempo necesario para celebrar el comienzo de la temporada en agosto. Los dos hombres se habían sentado frente a la chimenea exterior con una copa de coñac, y Rønningen le había contado historias de todo lo que pasaba entre bambalinas antes, durante y después de la emisión.

Allá abajo una sombra se deslizó frente a las grandes cristaleras iluminadas del salón. Los ladrones podrían haber estado allí también. Incluso podrían estar todavía. Fue con paso rápido hacia la puerta, agarró la linterna que permanecía intacta en su sitio. Tal vez la policía cambiara sus prioridades si supiera que Thomas Rønningen también se había visto afectado.

El sendero que conducía al mar serpenteaba entre densos arbustos y pinos encorvados con las ramas muy juntas. La linterna iluminaba raíces gastadas y cantos rodados, pero no impedía que las agujas de los pinos y las ramas desgajadas le rozaran al pasar.

Salía luz por las ventanas de la cabaña, pero desde este lado estaban demasiado altas como para que pudiera ver el interior.

Con el haz de la linterna zigzagueando sobre el terreno, se acercó a la escalera que llevaba a la entrada. Una ráfaga de viento abrió la puerta de golpe e hizo que chocara contra la barandilla del porche. Se sintió invadido por una intensa inquietud, la nuca y la espalda recorridas por escalofríos. Cayó en la cuenta de que no llevaba nada con lo que defenderse.

La linterna iluminó el marco de la puerta. Tenía las mismas trazas de haber sido asaltada que la suya, pero había algo diferente.

La puerta estaba manchada de sangre.

Había sido un día muy largo.

Sentado en el sofá, inclinado hacia delante, William Wisting tenía la mirada clavada en la llave que se hallaba en la mesa, frente a él. Estaba cubierta de verdín, hacía mucho tiempo que no se usaba.

Se levantó y cruzó el salón. Los restos de la lluvia se arracimaban en pequeñas gotas sobre el cristal. Abajo, en Stavern, un vehículo se abría paso por las calles. La luz azul de la sirena atravesaba rítmicamente la oscuridad, y era imposible ver si se trataba de un coche patrulla o de una ambulancia. La siguió con la mirada hasta que desapareció por la calle Helgeroa. Se giró y sacó una botella de vino del aparador esquinero. Dedujo que era español. En la etiqueta ponía 2004 en números dorados. Creía recordar que se la habían regalado después de dar una conferencia en la Cámara de Comercio el otoño pasado. Parecía cara, y seguro que el tiempo que había pasado en reposo no había empeorado su contenido. Le gustaba el vino, pero no había tenido ni tiempo ni interés suficiente como para aprenderse los tipos de uva, bodegas, denominaciones de origen, cuál se adaptaba mejor a cada comida o cuál podía beberse solo. Le bastaba con reconocer un buen vino cuando lo probaba.

—¿Barón de Oña? —leyó en voz alta la etiqueta, y miró hacia el sofá.

Suzanne sonrió y asintió. Él correspondió a su sonrisa. Había llegado a su vida dos años atrás y ahora ocupaba un lugar muy importante. La semana anterior una fuga de agua en casa de ella les había llevado a vivir juntos. Él no se lo había dicho, pero le gustaba que estuviera allí.

Cogió dos copas y echó un nuevo vistazo por la ventana sin vislumbrar más que su propio reflejo en el cristal. Un rostro ancho de rasgos marcados y ojos

oscuros. Le dio la espalda a su imagen, volvió al sofá y se sentó junto a Suzanne.

En la pantalla del televisor, el sofá del estudio de Thomas Rønningen estaba ocupado por una serie de invitados interesantes con distintos puntos de vista sobre algún tema controvertido. A Wisting le gustaba esa clase de programa, en el que se combinaban temas serios y entretenimiento. También le gustaba el presentador. Thomas Rønningen tenía cierto encanto juvenil y conseguía crear una atmósfera íntima, personal y segura ante las cámaras. Habría sido un buen investigador. Siempre hacía a sus invitados preguntas inteligentes y bien planteadas y, en lugar de arrinconarlos con preguntas críticas, desvelaba sus secretos sencillamente dejando que fluyera la conversación.

Suzanne le cogió las copas y las dejó sobre la mesa. Él se levantó de golpe y fue a buscar un sacacorchos. Antes de regresar al sofá, volvió a mirar por los ventanales del salón. Otro vehículo iba en la misma dirección que el anterior. Instintivamente se miró el reloj de pulsera y tomó nota de la hora: las 22.02.

—Enhorabuena —dijo Suzanne, sosteniendo la copa mientras él le servía.

—¿A qué te refieres?

—A la cabaña —sonrió ella, e indicó con un movimiento de cabeza la llave que estaba sobre la mesa.

Wisting volvió a sentarse.

Ese día había dado comienzo en un bufete de abogados de Oslo al que había acudido junto a su tío, Georg Wisting.

El tío Georg tenía setenta y ocho años y había dedicado la mayor parte de su vida adulta a levantar una empresa de ingeniería especializada en ahorro energético. Wisting nunca había comprendido del todo de qué se trataba, pero sabía que su tío había desarrollado y patentado equipos para esterilizar y purificar el agua y el aire.

El tío Georg también había convertido en una prioridad vital cuestionar lo establecido y manifestaba un rechazo congénito hacia los impuestos y las tasas. Eso le había llevado a librar unas cuantas batallas contra el sistema judicial que desembocaron en sanciones de Hacienda y una condena de cárcel que no le

obligó a ingresar en prisión.

La reunión con el abogado había tratado de las últimas voluntades de Georg Wisting. El objetivo era conseguir que el Estado no se llevara nada cuando él falleciera. El letrado era especialista en herencias y había montado un plan bastante complejo para organizar los bienes del tío Georg antes de su muerte.

La implicación de Wisting consistía en que pasara a ser dueño de una cabaña en Værvågen, en las afueras de Helgeroa, tasada en un valor tan bajo como podía permitir la ley, para que el impuesto de sucesiones se redujera al mínimo.

Esto le convertía en un hombre de cierta fortuna. No es que le hiciera falta. No tenía problemas económicos. Percibía un sueldo relativamente alto, a la vez que su trabajo no le dejaba mucho tiempo libre para gastarlo. Y luego estaba el otro dinero. El que había dejado Ingrid. Sus hijos y él habían recibido una indemnización millonaria cuando su esposa murió hacía cuatro años, desempeñando una misión en África para NORAD, el organismo público noruego para la cooperación al desarrollo. El dinero estaba ingresado en una cuenta devengaba intereses todos los meses. No había sido capaz de tocarlo.

Recordaba su época de recién casados, cuando Ingrid estaba embarazada de los gemelos. Las facturas se amontonaban. A veces, cuando la cuenta estaba a cero a final de mes, recogían cascos de botellas para devolverlos y cobrar el depósito. Ahora ya no se fijaba en los precios al hacer la compra.

El abogado se había ofrecido a revisar su situación financiera para que el impacto fiscal fuera el mínimo posible. Wisting declinó.

En la pantalla, los invitados se estaban riendo de algo.

—Me da envidia la gente así —dijo Suzanne señalando el televisor con un movimiento de cabeza.

Wisting asintió, aunque no tenía muy claro a qué tipo de gente se refería. Sencillamente le gustaba estar sentado en el sofá a su lado.

—Los que solo hacen lo que les apetece —siguió—. Los que se atreven a arriesgarse. Romper con lo estable, con lo seguro, y hacer algo nuevo y emocionante en su lugar. Como ella, Sigrid Heddal.

Wisting echó un vistazo de reojo a la pantalla. Una mujer de unos cincuenta años hablaba con pasión de algo que llamaba Safe Horizon.

Suzanne le miró.

—Fíjate, tiene más de cincuenta años y deja un puesto fijo como responsable de proyecto en una empresa y se marcha a Addis Abeba a trabajar como voluntaria con niños huérfanos. Eso es tener valor.

Wisting asintió. Le gustaba esa faceta de Suzanne.

—Tommy también es una persona así.

Se refería al novio danés de la hija de Wisting, Line. El año anterior Tommy Kvanter había dejado su puesto de cocinero en un pesquero industrial, vendió su piso y se fue a vivir con la joven. Había invertido el dinero de la venta en un proyecto de restauración en Oslo junto a unos amigos. Wisting estaba de acuerdo en que Tommy era un soñador, aunque no era necesariamente una cualidad que valorara.

Después de la reunión con el abogado, Suzanne y él habían comido con Line en el restaurante de Tommy. Era la primera vez que Wisting lo visitaba, y comprendió que se trataba de algo más que un lugar para comer. Era un complejo de tres pisos llamado Shazam Station, con un club nocturno en el sótano, un bar en la planta baja y un restaurante en el nivel superior.

Tommy era responsable de la cocina y el restaurante. No se había tomado un descanso para cenar con ellos, aunque se ocupó de que les sirvieran un sustancioso menú de cuatro platos. La comida era buena, pero ese no era el problema: ¿dónde estaban los clientes a última hora de una ajetreada tarde de viernes? Solo unas pocas mesas estaban ocupadas y los camareros no parecían tener, ni de lejos, mucho que hacer. Si era así a diario, el dinero que Tommy había invertido en el proyecto pendía de un hilo.

Nunca había llegado a comprender qué era lo que su hija veía en Tommy. Era cierto que podía ser una persona reflexiva y culta, y hasta Wisting era capaz de ver que tenía encanto. Pero no se fiaba de él, y no se debía simplemente a que el tipo tuviera una condena por drogas, o que pudiera ser obstinado y egoísta. Era

solo que a Wisting no le parecía el hombre al que su hija debiera apostar su futuro.

A veces se preguntaba si su escepticismo se debía únicamente a que Line era su hija, aunque en realidad no creía que fuera así. Las últimas veces que los había visto juntos había tenido la sensación de que Line también había empezado a ver algunos de los puntos flacos de su novio. La irritaban constantemente algunas de las cosas que Tommy hacía o decía, y Wisting tenía que reconocer que se alegraba de ver que su hija ya no carecía por completo de espíritu crítico hacia él.

—Si no estás dispuesto a arriesgarte a intentar algo nuevo, tampoco puedes contar con conseguir nada —prosiguió Suzanne—. ¿Y qué puedes perder? Por muchas veces que fracasas, aprendes algo nuevo en cada ocasión. Y todas las experiencias son valiosas, las buenas y las malas.

Uno de los invitados tardaba en encontrar respuesta a una pregunta que le habían planteado. En el silencio que se produjo, Wisting oyó una sirena policial a lo lejos.

Cogió la copa de la mesa y la sostuvo en la mano sin llevársela a los labios.

—¿Te gustaría montar un restaurante? —preguntó.

—Sí —respondió ella sorprendida, y le sonrió—. No un restaurante exactamente, pero tal vez un pequeño café galería. Tengo la sensación de que la vida es demasiado corta para pasarla como lo hago yo ahora. Presentarme en la oficina cada mañana. Reuniones, presupuestos, recortes, proyectos...

Suzanne era pedagoga y llevaba muchos años trabajando en protección de menores con jóvenes solicitantes de asilo que llegaban solos al país. Pero últimamente su labor se había ido haciendo cada vez más administrativa, y ahora se veía metida en un despacho sin contacto con los niños a los que deseaba ayudar.

—¿Cómo lo vas a llamar? —preguntó él, dejando la copa sobre la mesa sin haber bebido.

—¿Qué quieres decir?

—Si has fantaseado con abrir un café, seguro que has pensado en un nombre.
Ella negó con la cabeza.

—¿Algo diferente a Shazam Station, tal vez?

Ella sonrió.

—En realidad es un nombre gracioso.

—¿Tú crees?

—Shazam es una palabra mágica. Es persa. «Sésamo» en noruego. Ábrete, Sésamo.

—¿Estación Sésamo?

Suzanne se echó a reír, y una fina red de arrugas se extendió desde los ojos y las comisuras de la boca hacia las sienes y las mejillas. Sus ojos castaños reflejaban la luz de las velas encendidas sobre la mesa, lo cual confería a su mirada un brillo singular.

Wisting alargó la mano hacia la copa de vino, pero no llegó a cogerla porque en ese momento sonó el teléfono. En la pantalla apareció el contacto que tenía archivado como OPERA , la abreviatura interna que utilizaban para la central operativa de la policía.

Respondió escuetamente. El operador que llamaba también fue expeditivo.

—Ha habido varios robos en cabañas de la zona de Gusland. —Wisting guardó silencio. Comprendió que eso no era todo—. En una de ellas han encontrado un hombre muerto.

William Wisting cerró la puerta del coche y se tiró de las solapas de la chaqueta para taparse el cuello.

En el estrecho aparcamiento había dos coches patrulla con agentes uniformados y una ambulancia, además de dos vehículos civiles.

La noche era fría. Su propia respiración formaba una finísima nube de vapor blanco ante el rostro. Oyó el sonido de las olas que subían y bajaban a lo lejos. Un viento húmedo llegaba del mar arrastrando diminutas partículas de sal.

Se dirigió al final de la explanada del aparcamiento, donde un sendero se adentraba entre los matorrales. A unos cincuenta metros se desplegaba el amplio paisaje. Las rocas y peñascos se fundían con la mar ennegrecida. El haz luminoso del faro de una de las islas se deslizó en dirección a tierra, arrancando brillos a la agitada superficie marina.

Cerca de la orilla distinguió la silueta de una cabaña. De un par de las ventanas salía una débil luz. En la parte delantera bailaba el fulgor de varias linternas en la oscuridad. Después oyó el ruido de un generador al arrancar y la fachada de la cabaña quedó completamente bañada en luz. Podía ver las cintas de plástico blancas y rojas del cordón policial que se agitaban al viento. Las bandas reflectantes de los uniformes policiales lanzaban destellos y oyó el sonido apagado de las radios, teléfonos y conversaciones en voz baja. A su alrededor se imponía la oscuridad del otoño, fría y sin estrellas.

Wisting plantó cara al persistente viento y continuó avanzando. Lo habían asignado a misiones como aquella en incontables ocasiones. Aun así, el encuentro con la escena de un crimen nunca se convertía en rutina. Y él jamás llegaría a inmunizarse contra la visión de la piel lacerada, las personas sin vida,

el desconsuelo infinito de los allegados. Había visto con demasiada frecuencia las consecuencias de la violencia sin sentido, cada vez más brutal e inclemente. Esos pensamientos recurrentes lo llenaban de tristeza y le volvían irritable e introvertido.

En el sendero que llevaba a la escena del crimen vio a dos sanitarios que se acercaban en su dirección. Con las manos vacías y el rostro serio, se limitaron a saludarle con un movimiento de cabeza al pasar junto a él.

El policía al mando de la dirección del operativo levantó una de las cintas y lo dejó pasar. La puerta de la cabaña estaba abierta. Parte del marco estaba astillado a consecuencia del asalto. Más allá de la puerta podía ver las piernas del fallecido. Calzaba grandes botas con terrones de barro incrustados en las suelas.

Le hicieron un breve resumen que no aportó nada nuevo a lo que le habían dicho por teléfono veinticinco minutos antes.

Espen Mortensen había llegado antes que él. El joven técnico criminalista estaba poniéndose un mono blanco.

—¿Entras? —le preguntó.

Wisting asintió, pero se limitó a ponerse unas fundas de goma en los pies antes de seguirlo por la escalera de la entrada.

La herramienta utilizada para forzar la puerta había dejado marcas muy visibles alrededor de la cerradura. La madera se astillaba en todas direcciones y parte del marco había sido arrancado. En los escalones de piedra había gruesas gotas de sangre. En el borde de la puerta se veían manchas rojizas, como si alguien se hubiera apoyado en ella con una mano ensangrentada. Espen Mortensen hizo un par de fotos generales antes de seguir adelante. Wisting le siguió al estrecho recibidor. El policía que le había recibido se quedó fuera.

La víctima era un hombre. Estaba boca abajo en una postura extrañamente retorcida. Tenía un brazo atrapado bajo el cuerpo y el otro apuntando en ángulo recto, la mano enfundada en un grueso guante negro manchado de sangre. Las botas sucias le llegaban casi hasta las rodillas. Llevaba un jersey negro. Un pasamontañas del mismo color le cubría la cabeza.

Wisting rodeó al muerto.

Un charco de sangre se extendía alrededor del cuerpo, esparciéndose por el suelo de madera y obligándole a dar pasos muy largos para no pisarlo.

La cabeza estaba de costado. El pasamontañas negro que ocultaba el rostro estaba desgarrado por delante, más o menos en la mitad de la frente. Pliegues de piel blanca colgaban a ambos lados y astillas del cráneo sobresalían de la herida abierta.

Uno de los perros policía soltó un agudo ladrido en el exterior, ansioso por iniciar la búsqueda. Wisting se agachó apoyando las manos sobre las rodillas.

Los ojos tras las pequeñas aberturas de la máscara del hombre que tenía delante estaban muy abiertos, los globos oculares presionando hacia fuera. Tenía los labios plegados hacia atrás, como si todavía estuviera intentando coger aire.

Wisting se quedó en cuclillas, contemplando la muerte durante casi un minuto antes de ponerse de pie y mirar a su alrededor. La sangre había salpicado y dibujado figuras abstractas en los paneles de madera de las paredes. Había restos de huellas de manos ensangrentadas en varios lugares, las mismas que en la puerta. Al parecer el hombre se había apoyado para tratar de mantenerse en pie antes de desplomarse.

Del charco del suelo partían un par de huellas pegajosas hacia la puerta. Quien fuera que había estado allí había pisado la sangre antes de huir.

—¿Quién lo encontró?

Wisting le gritó la pregunta al policía que estaba al pie de la escalera.

—El vecino —explicó señalando una cabaña que estaba un poco más arriba—. Allí también han robado.

—¿Ha llegado a entrar en la casa?

El policía de uniforme negó con la cabeza.

—No pasó del final de la escalera.

Wisting se quedó en silencio intentando formarse una impresión general, al tiempo que procuraba fijarse en detalles que pudieran resultar cruciales para la investigación posterior.

Esto solía dárselo bien. A menudo la primera impresión de la escena de un crimen podía, junto con la ayuda de sus muchos años de experiencia como investigador, sentar las bases de una teoría preliminar, por frágil que fuera.

La escena de un crimen es como una obra de arte. Cada pequeño detalle de la imagen, cada pincelada de la obra terminada, desvelan algo sobre el artista.

Su mirada se dirigió hacia el interior del salón iluminado. La cabaña estaba decorada con elegancia, con una mezcla de antigüedades y mobiliario moderno. Los colores eran limpios y claros y estaban bien conjuntados.

Las señales del robo resultaban evidentes. Los cajones y los armarios estaban abiertos. Los cables sueltos de una mesita esquinera revelaban el lugar donde antes había un televisor, y en varios puntos de la pared solo quedaba el hueco más claro de los cuadros que allí colgaban.

Wisting volvió la mirada hacia el muerto, suspiró y sacudió la cabeza. Había algo que no le cuadraba en toda aquella situación, pero tampoco era capaz de discernir qué era.

—¿Han encontrado el arma homicida? —preguntó.

Espen Mortensen negó con la cabeza y repitió la pregunta al policía que esperaba fuera.

—La patrulla canina está buscándola ahora mismo —les informó.

—¿Y qué hay de la herramienta utilizada para forzar la puerta? —inquirió Wisting, señalando el marco roto de la puerta.

Mortensen negó con la cabeza.

—Podría ser también el arma del crimen —opinó—. Seguro que el forense podrá decirnos algo más, pero parece una incisión hecha con una herramienta afilada. Como una palanca, por ejemplo.

—¿No crees que él sea el ladrón? —preguntó Wisting, indicando con un gesto de la cabeza al hombre del pasamontañas tumbado entre ellos.

—Tal vez lo sorprendieron y le quitaron la barra de hierro...

Wisting negó con la cabeza, dubitativo. No había nada que indicara que se hubiera producido una pelea, más allá del golpe mortal. Dos cuadros pequeños

colgaban intactos en la pared, unas zapatillas de deporte estaban pulcramente alineadas junto a la puerta, dos anoraks pendían uno junto al otro en el perchero de la entrada. Tampoco en el resto del salón había más daños que los que Wisting hubiera observado con anterioridad en innumerables escenarios de robos.

—¿Y dónde está el botín? —preguntó dando unos pasos hacia el interior de la lujosa cabaña.

—¿Tal vez volvió para una segunda batida? —propuso el policía que seguía fuera—. ¿Volvió a por más?

—Puede —murmuró Wisting, y se quedó pensativo—. ¿Quién es el propietario de la cabaña?

—¿No te lo han dicho? Es Thomas Rønningen.

—¿El famoso de la tele? —preguntó Wisting, mirando fijamente el cadáver. Su colega asintió.

Wisting dejó a Mortensen a cargo de la escena del crimen y salió al espacio abierto frente a la cabaña. Llovía otra vez. Al policía que estaba al mando del operativo le goteaba la visera de la gorra del uniforme.

—¿Cuáles son las otras cabañas que han asaltado? —preguntó.

El agente se giró hacia el norte y señaló una cabaña que estaba más arriba. La silueta se dibujaba contra el cielo oscuro y Wisting vio que salía luz de las ventanas. En lo alto se alzaba un mástil con un banderín agitado por el viento.

—El propietario se llama Ove Bakkerud. Fue él quien dio el aviso. Llegó de Oslo hace más o menos una hora y descubrió que le habían robado. Luego fue a ver cómo estaban las cabañas de los vecinos y encontró el cadáver.

Wisting se pasó la mano por la cara mojada por la lluvia.

—¿Quién más?

El policía sacó su cuaderno de notas y dio la espalda a la tormenta.

—Jostein Hammersnes. —Señaló por encima del hombro derecho de Wisting —. Tiene una cabaña junto a la orilla y llamó a la central para dar parte del robo casi al mismo tiempo que nos avisaban del hallazgo del cadáver. No sería extraño que hubiera más, pero solo tenemos noticia de esas dos. En estos momentos estamos investigando casa por casa.

—¿Qué habéis hecho con las cabañas asaltadas?

—Las hemos acordonado.

Wisting asintió. Tenían al menos tres escenarios relacionados entre sí, lo cual multiplicaba por tres las probabilidades de encontrar huellas del autor. Era un punto de partida excepcionalmente positivo.

—Hemos llamado a técnicos criminalistas del resto de la región —prosiguió

el responsable del operativo, como si hubiera comprendido en qué estaba pensando Wisting.

—¿Y qué hay de los propietarios?

—Los estamos alojando en un hotel de Stavern. Podréis tomarles declaración allí mañana por la mañana.

—¿Alguno ha visto algo?

El otro negó con la cabeza, y estaba a punto de decir algo cuando le interrumpieron los ladridos de los perros no muy lejos de allí. Al mismo tiempo se oyó un crujido en el auricular que llevaba en la oreja. Levantó la mano y lo presionó para oír mejor.

—La patrulla canina ha dado con una pista hacia el este. Han encontrado un teléfono móvil en el sendero, quieren saber qué deben hacer con él.

—Que marquen el lugar del hallazgo y lo traigan aquí —pidió Wisting.

El responsable del operativo transmitió el mensaje. Poco después llegó corriendo un joven agente con el teléfono metido en una bolsa de plástico transparente para muestras.

—Está casi descargado —explicó entregándoselo a Wisting—. Deberías revisar el contenido antes de que se apague. Puede que necesitemos el pin para volver a encenderlo.

Wisting cogió la bolsa. A través del plástico buscó la tecla que iluminaba la pantalla. Era un Sony Ericsson y conocía el menú. Buscó el registro de llamadas. Estaba vacío. No había llamadas ni entrantes ni salientes. Volvió al menú principal y accedió a los mensajes de texto. El buzón de entrada contenía únicamente un mensaje, recibido a las 16.53. Solo era una cifra: «2030».

El mensaje se había mandado desde un número extranjero de nueve dígitos. En el buzón de enviados había dos mensajes respondiendo a dicho destinatario. El primero había salido a las 16.54: «OK». El siguiente a las 20.43: «I am here».

Wisting buscó en otros buzones, pero esos tres mensajes eran toda la información que había almacenada. Interpretó que «2030» era el aviso de una hora. Habían respondido con «OK». Después el dueño del teléfono avisaba de

que estaba en el lugar acordado: «I am here».

—Me lo llevo para ponerlo a cargar —dijo Wisting metiéndose el móvil en el bolsillo—. Puede que lleguen más mensajes a lo largo de la noche.

Una ráfaga de aire hizo que Wisting se estremeciera. Lanzó una mirada a la oscuridad nocturna que lo rodeaba. Rocas negras medio sumergidas en el mar, pinos arracimados y arbustos espinosos que se retorcían a merced del viento. No habían pasado más de tres horas escasas desde el encuentro funesto que había resultado en la muerte de un hombre. El otro todavía podía estar ahí fuera, en algún lugar.

—Van a mandarnos un helicóptero —explicó el jefe del operativo, que debía de estar pensando lo mismo.

—Bien —asintió Wisting.

No tenía intención de esperar. Quería pasar por casa para cambiarse de ropa, antes de ir al despacho a poner la maquinaria en marcha.

Volvió por el mismo camino por el que había llegado. Un grupo de periodistas se había reunido junto al aparcamiento. Uno de los fotógrafos apuntó con su cámara al rostro de facciones marcadas y expresión decidida de Wisting. Al abrir la puerta del coche oyó el sonido del helicóptero. Se aproximaba volando a baja altura por el este. El foco de luz recorrió el paisaje y los periodistas desviaron la atención de sus objetivos.

Se quitó la chaqueta mojada y la tiró sobre el asiento del copiloto, luego se sentó tras el volante y arrancó. Los faros se abrieron paso por la oscuridad de la noche e iluminaron la tupida maleza que enmarcaba la estrecha pista forestal cubierta de gravilla.

De pronto algo impactó contra el parabrisas con un estallido. Wisting frenó de golpe y el coche derrapó por la gravilla con las ruedas bloqueadas. El cristal estaba impregnado de restos de sangre y plumas negras. Debía de haber chocado con un pájaro. Echó líquido limpiador y dejó que los limpiaparabrisas eliminaran el mejunje.

Arrancó otra vez, pero no recorrió muchos metros antes de que otro pájaro

impactara contra el coche. Lo vio llegar como una bola negra antes de chocar sobre el capó y desaparecer por encima del parabrisas.

Prosiguió su marcha por el precario camino. Al cabo de unos cientos de metros llegó a la carretera comarcal entre Helgeroa y Stavern. Giró a la derecha.

El oscuro asfalto estaba cubierto por un fino velo de niebla. El viento arrastraba húmedas hojas otoñales, que se pegaban al cristal y quedaban atrapadas bajo los limpiaparabrisas.

Cien metros más adelante su mirada captó un movimiento en el arcén. Redujo la velocidad. Era un hombre. Caminaba en su dirección por el otro lado de la carretera. Sus pasos eran inseguros. Se protegía de la luz deslumbrante del coche con una mano levantada frente al rostro.

Wisting acortó las luces instintivamente. En ese momento, el hombre se llevó la mano libre al pecho y se desplomó.

Wisting miró un instante por el retrovisor antes de detener el coche y bajarse. El tramo de carretera estaba desierto, rodeado de oscuros campos arados y parcelas.

El hombre estaba inmóvil.

Wisting se agachó a su lado y le puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

No obtuvo respuesta y tiró de él para darle la vuelta.

De repente el hombre volvió la cara hacia él. Su mirada parecía enturbiada por una rabia desafiante que escondía la angustia y el miedo. Un puño salió lanzado y le impactó en mitad del rostro.

Wisting se tambaleó. Siguieron un par de golpes consecutivos y el hombre se puso de pie. Wisting alargó el brazo y lo retuvo. El hombre se liberó y volvió a golpear, esta vez sin acertar. Wisting se incorporó, se agachó para esquivar otro puñetazo y le devolvió el golpe. El puño impactó en el diafragma del hombre, que se dobló boqueando para tomar aire. Wisting se abalanzó sobre él en un intento de hacer que perdiera el equilibrio, pero recibió una nueva ráfaga de golpes. Uno le dio en la barbilla, y los dientes se le clavaron en el labio inferior.

Se le llenó la boca de sangre y cayó de rodillas.

El hombre se lanzó hacia el coche, se dejó caer tras el volante, apretó el acelerador y salió a toda velocidad directamente hacia Wisting. Los faros lo deslumbraron. Se tiró a un lado, rodó hacia la cuneta y se quedó allí tumbado. Al cabo de unos segundos su mirada se había acostumbrado a la oscuridad. El entorno apareció en distintos matices de gris y tuvo tiempo de ver las luces rojas traseras de su propio coche desaparecer al final de la recta.

Se levantó con dificultad, escupió sangre y maldijo. El móvil estaba en el coche.

A lo lejos podía oír el sonido del motor del helicóptero que volaba rastreando la costa. Volvió a escupir, miró hacia atrás e intentó recordar dónde estaba la casa más cercana. Después decidió caminar en la misma dirección del coche.

Al cabo de diez minutos aparecieron las luces de una granja. Apretó el paso y fue casi corriendo los últimos metros.

La granja constaba de una casa principal de madera blanca con una ancha escalera, un granero pintado de rojo y un par de cobertizos. En medio del patio se alzaba un viejo roble coronado por una enorme copa de hojas frondosas.

En el interior del granero, unos caballos se movieron inquietos y resoplaron al captar su olor.

Desde lo alto de la escalera, un gato blanco y gris le miró con ojos amarillentos y encrespó el lomo antes de recoger un pájaro negro de pico afilado y escabullirse con él entre los dientes.

La puerta estaba pintada de azul. Una placa de cerámica negra a un lado del marco, encima del timbre, informaba de quién vivía allí. Wisting apretó el timbre y se llevó la mano a la cara mientras esperaba. Le dolía más si se tocaba.

Se oyó una puerta en el interior de la casa y tras el cristal esmerilado pudo ver un movimiento en el recibidor.

Le abrió un hombre de gruesa barba pelirroja. Se quedó en la amplia puerta contemplando a Wisting.

—Soy policía —explicó este metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón,

pero recordó que tenía la placa en la cartera que había desaparecido con el coche.

El hombre asintió y dio un paso atrás para dejarle pasar. Wisting había sido la cara visible de tantos casos en la región que la mayoría de la gente sabía quién era.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el hombre al tiempo que cerraba la puerta.

Wisting no perdió el tiempo en explicaciones.

—Necesito que me prestes un teléfono —pidió sin más.

El hombre se sacó un móvil del bolsillo.

—No tienes buen aspecto —comentó—. ¿Quieres pasar al baño?

Wisting negó con la cabeza, cogió el móvil y marcó el número de la central. Fue breve y conciso en su descripción de lo ocurrido.

El hombre de la barba escuchaba con los ojos muy abiertos, y cuando Wisting dio por acabada la conversación preguntó si podía ayudar en algo.

Wisting pensó unos instantes.

—¿Tienes coche?

El hombre asintió y agarró su chaqueta.

—Está en el granero.

Wisting pidió al hombre que lo llevara a su casa. Cayó en la cuenta de que tampoco tenía las llaves de casa. Estaban en el mismo llavero que las del coche. Y lo mismo ocurría con la tarjeta de acceso a la comisaría. Estaba junto con su placa, en la cartera.

Tuvo que llamar a la puerta de su propia casa. Suzanne abrió con cautela.

—¡Dios mío! —exclamó, tomándolo por el brazo—. Pero ¿cómo vienes así?

—Ha sido una tontería —explicó Wisting sonriendo por primera vez.

Fue al baño y se desprendió de la ropa mojada y ensangrentada mientras le explicaba lo que había pasado.

—¿Podrías buscarme algo limpio para ponerme? —dijo metiéndose en la ducha.

Ella asintió y empezó a recoger la ropa sucia.

—No la laves —le rogó, y abrió el grifo—. Ponla a secar. Parte de la sangre podría ser suya.

El agua se calentó enseguida. Cerró los ojos y estiró el cuerpo hacia atrás bajo el chorro.

—Deberías pasarte por urgencias —le aconsejó Suzanne.

Wisting deslizó una mano por el vapor de la puerta de cristal y la miró.

—Ya veré —dijo—. ¿Podrías llamar a un taxi?

—Al menos deja que te eche un vistazo antes de irte.

No protestó y acabó de ducharse. Ella le pasó una toalla del armarito y fue en busca del botiquín.

Cuando volvió, Wisting se quedó desnudo frente a Suzanne mientras ella le examinaba el rostro.

—¿Crees que era él?

—¿Quién?

—El asesino. —Apretó un algodón con desinfectante sobre la herida. Escocía—. ¿Crees que era el mismo hombre con quien te peleaste?

Le estaba haciendo la misma pregunta que ya se había formulado él.

—No lo sé —respondió, y permaneció en silencio mientras ella acababa.

—Ese corte no tiene muy buen aspecto —dijo ella mientras cogía una tirita—. Pero creo que con esto bastará.

Wisting le dio un beso para agradecérselo. Ella pasó la mano por su pecho y bajó por el estómago, como para recordarle lo que se estaba perdiendo. Él sonrió, volvió a besarla y empezó a ponerse la ropa que le había buscado.

—¿Has llamado a un taxi? —preguntó.

—Puedo llevarte yo —dijo ella—. No he bebido nada más después de que te fueras.

Nils Hammer había llegado a la comisaría media hora antes y le franqueó el acceso.

Era un hombre fornido, unos cinco centímetros más alto que Wisting, de facciones duras. Tenía fama de solitario, pero era un investigador competente que se tomaba su trabajo muy en serio. Era resistente, algo imprescindible para un inspector de policía. Como el propio Wisting, Hammer no se daba nunca por vencido, se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo, y podía obsesionarse con resolver un caso. Habían pasado incontables horas de la noche juntos en la comisaría, analizando grandes gráficos de pared, compartiendo teorías y café amargo. Esa era la razón por la que Nils Hammer siempre era una de las personas con las que pedía contar cuando tenía que organizar un grupo de investigación.

—Torunn viene para acá —le informó.

Al hablar su aliento desprendía un ligero olor a cerveza, pero no parecía estar bebido. Eran varios los que habían tenido que cambiar sus planes del viernes por la noche.

—OK —dijo Wisting. Tranquilizaba que Torunn Borg también estuviera en la fase preliminar de la investigación. Era eficiente, concienzuda y muy profesional —. Cuando llegue nos reuniremos.

—He puesto en marcha una búsqueda de tu teléfono móvil —prosiguió Hammer, precediéndole por la escalera que llevaba al departamento de investigación criminal.

Wisting no había caído en ello. Su móvil emitía señales constantes y la compañía telefónica podría localizarlo a través de las estaciones repetidoras. La

idea le hizo sentirse entusiasmado y optimista.

—Está en algún lugar de la ciudad —continuó Hammer—. Telenor está desconectando algunos transmisores para asegurar una localización más exacta.

—¿Cuándo podremos tener resultados?

Hammer se encogió de hombros.

—Puede que dentro de un cuarto de hora o veinte minutos. Esperemos que el coche no esté en movimiento.

Wisting le dio las gracias y entró en su despacho. Encendió el ordenador. Tardaría unos minutos en conectarse. Mientras tanto tenía que hacer dos llamadas. El primer número que marcó fue el de Christine Thiis. Acababan de contratarla como abogada policial después de que Audun Vetti hubiera ascendido y dejado la comisaría.

Era una reputada abogada defensora de Oslo, pero había abandonado su carrera profesional para alejarse de la gran ciudad. Era claramente la candidata mejor cualificada y había aceptado un puesto mucho peor pagado como inspectora de policía. Como estaba de guardia, pasaba automáticamente a ser responsable de la investigación.

Christine Thiis respondió al primer tono.

—He estado intentando localizarte —dijo. Su tono era tenso, algo irritado—. Necesito saber qué está pasando.

Wisting carraspeó y dedicó tres minutos a explicar cómo estaba el caso. Mientras hablaba se la imaginaba con las mejillas ligeramente enrojecidas por la excitación, con los ojos castaños muy despiertos.

—¿Estás bien? —quiso saber tras escuchar toda la historia.

—Claro —aseguró Wisting.

Oyó que movía papeles. Seguramente había tomado notas mientras él hablaba.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó.

—De momento no hay nada concreto, pero todavía es pronto.

—OK. Ahora no puedo ir. Los niños están durmiendo y no puedo dejarlos solos.

—Necesitaremos un abogado aquí —dijo Wisting—. ¿Quieres que me informe de si hay alguien disponible para asumir el caso?

—No. —La respuesta fue tajante—. He llamado a mi madre. Viene de Lillestrøm y estará aquí en unas horas. Mientras tanto quiero que me mantengas informada por teléfono.

Wisting le aseguró que llamaría si ocurría algo importante y finalizó la conversación.

La siguiente persona con la que necesitaba hablar era Thomas Rønningen. Dio por descontado que el famoso presentador tendría un número privado y llamó a la televisión pública, la NRK. Explicó quién era y que era de vital importancia que pudiera ponerse en contacto con Thomas Rønningen.

La mujer que estaba de guardia nocturna en la centralita parecía ser una persona experimentada. Lamentó no tener el número, pero le pidió que esperara. La oyó teclear.

—Tengo el número de móvil y el correo electrónico de su agente, Einar Heier —explicó—. ¿Los quieres?

—Dame el número de teléfono.

Se lo dio.

—Gracias. El programa que se ha emitido esta noche, ¿sabes cuándo se grabó?

—Es una grabación en directo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Antes se grababa el día anterior, pero eso nos hacía perder algo de actualidad. Ahora se graba cuatro horas antes de la emisión y se emite sin cortes.

Wisting hizo el cálculo.

—¿Eso quiere decir que la grabación acabó hacia las dieciocho horas?

—Así es. —Hizo una pausa—. ¿Necesitas hablar de esto con nuestro responsable de seguridad?

—No, no. Si así fuera llamaría más tarde.

Colgó y marcó el número del agente, que respondió en un tono de amabilidad

impostada.

Wisting se presentó y pidió los datos de contacto de Thomas Rønningen.

—Te voy a dar un número de móvil, pero no es seguro que te lo coja.

—¿No?

—Siempre suelo llamarle tras la emisión del programa para darle mi opinión, pero esta noche no ha contestado.

Wisting miró por la ventana mientras hablaba. Pudo ver cómo se acercaba un helicóptero que volaba bajo sobre el fiordo.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —preguntó.

—Ayer. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Han entrado a robar en su cabaña de Helgeroa.

—Vale. En ese caso seguro que agradecerá tu llamada.

El agente le dictó el número.

—Si no responde, mándale un mensaje de texto en lugar de dejarle un recado.

—Muchas gracias.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿Alguna gestión de tipo práctico en relación con el robo?

—De momento no. Ya tengo tu número.

En el exterior, el helicóptero permanecía ahora suspendido en el aire. El haz de luz enfocaba hacia la zona interior del puerto. A la espera.

Wisting marcó el número de Thomas Rønningen antes de levantarse y acercarse a la ventana. Saltó el contestador de manera inmediata. Wisting colgó y guardó el número.

La voz de Nils Hammer en el intercomunicador rompió el silencio.

—Han localizado tu móvil. Parece que está por la zona de Revet.

El helicóptero se inclinó hacia un lado y voló hacia el este. Originariamente, Revet había sido un arenal situado entre Lågen y el fiordo de Larvik, pero hoy en día era una importante zona industrial y portuaria que se introducía como un apéndice en el mar. Había muchos lugares en los que esconder un vehículo, pero, a la vez, solo había una salida.

—Vamos a poner un control en el canal del puerto —explicó Hammer.

Wisting apartó la vista del helicóptero y se quedó mirando su propio reflejo en el cristal de la ventana. Las gotas de lluvia distorsionaban sus facciones, convirtiéndolo en un desconocido para sí mismo. Le pesaban los párpados. Cerró los ojos e intentó centrar sus pensamientos.

Esta era su primera misión de cierta envergadura tras su vuelta después de una baja prolongada. Siempre había considerado su trabajo un reto inspirador y estimulante, pero el verano anterior, enfrentado a una sobrecarga laboral cada vez mayor que se repartía entre una plantilla cada vez más escasa, había empezado a sentirse mal. La tensión constante acabó por agotarlo física y mentalmente.

Había estado alejado del trabajo tres meses. Al volver, había comprendido que no era imprescindible, y había sido capaz de delegar más responsabilidad y más tareas en los demás.

Ahora se concentró en las sensaciones que su cuerpo le transmitía. Se preguntó si estaba preparado para esto. Y tomó una decisión. Cogió la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla y caminó con paso firme hacia la puerta.

Wisting salió del garaje de la comisaría con la lluvia azotando el parabrisas. Un aluvión gris. Puso los limpiaparabrisas. Las gotas eran barridas, volvían a caer y desaparecían de nuevo.

El agua corría por los bordes de las aceras y formaba charcos donde las alcantarillas no eran capaces de tragarla toda.

Condujo por la calle Prinsegata y giró a la izquierda en el semáforo de la estación de ferrocarril. Las calles estaban vacías, envueltas en una bruma de humedad.

El trayecto hasta Revet no le llevó más de tres minutos. Se detuvo ante el control. Dos coches patrulla cerraban el paso situados uno frente al otro. Delante de ambos había otro vehículo policial.

Un agente cubierto con un chubasquero de plástico se acercó a él. Sus brazos descansaban sobre la metralleta que llevaba colgada al cuello.

Wisting bajó la ventanilla. El otro lo reconoció y lo saludó llevándose dos dedos a la gorra.

—¿Alguna novedad? —preguntó Wisting.

El policía negó con la cabeza. La lluvia caía en ráfagas sobre el polígono industrial. El helicóptero sobrevolaba en grandes círculos la zona.

Wisting vio los faros de un coche por el retrovisor. El policía se incorporó y miró en la misma dirección. Un pequeño Golf rojo se detuvo tras él y Garm Søbakken, del periódico local, bajó de un salto.

—¿Qué ocurre? —preguntó, dando la espalda a la lluvia.

El agente uniformado no respondió. El periodista se dirigió a Wisting.

—Estamos buscando un coche robado —explicó este.

—¿Con helicóptero y armas?

El policía armado regresó al control. Wisting asintió. Debería haber redactado un comunicado de prensa antes de salir, pero contaba con que el responsable de la central ya estaría trabajando en el asunto. La presión de los medios sería tremenda según se fueran conociendo los pocos detalles de que disponían. Las redacciones de los informativos no podían pedir más. Un caso criminal combinado con una historia de famosos.

—Va a salir un comunicado de prensa —dijo, y cerró la ventanilla.

No solía ser tan hermético, pero tampoco sabía cómo explicar la situación en la que se encontraban. Que el presunto asesino hubiera huido robando el coche del policía que estaba al frente de la investigación hacía que la gestión del caso pareciera bastante torpe.

El periodista del *Østlands-Posten* levantó su cámara y apuntó al control. Wisting observó que se trataba de un buen encuadre, con el helicóptero de fondo.

De pronto, el enorme aparato se lanzó en picado como un halcón hacia su presa, antes de volver a levantar el vuelo y quedarse suspendido en el aire con el foco apuntando en vertical hacia el suelo.

El piloto del helicóptero llamó a los policías que estaban en tierra:

—Fox 05, aquí Heli.

—Fox 05 —crepitó la radio policial.

—Tenemos un potencial vehículo iluminado. La cámara térmica muestra que el motor está caliente. No hay señal de presencia humana.

—Recibido, vemos dónde estáis.

Uno de los coches del control arrancó. Wisting bajó a toda prisa, corrió hacia el vehículo y se montó en el asiento trasero.

El conductor se volvió hacia él y asintió. Puso el coche en movimiento y condujo hacia el haz de luz del helicóptero.

Dejaron atrás el edificio de la terminal de la naviera Color Line y se dirigieron hacia el muelle de contenedores. Pasaron junto a almacenes, talleres y grúas. Bajo la lluvia, las farolas que bordeaban la amplia calle estaban rodeadas de

círculos de luz amarilla.

El coche robado estaba en una plaza abierta, junto a un cargamento de bloques de piedra listos para embarcar. Las ráfagas de viento arrastraban el agua en horizontal sobre el asfalto. Wisting miró hacia su coche con los ojos entornados. Parecía totalmente abandonado. Por el lado opuesto llegó otro vehículo policial que había estado patrullando por el interior de la zona. Se detuvo a veinte metros del coche de Wisting y bajaron tres hombres. Por la radio se intercambiaban breves mensajes. Se aproximaron al coche con las armas en alto mientras que los dos policías del vehículo en el que estaba Wisting formaban una especie de perímetro defensivo.

Concluyeron enseguida que no había nadie dentro del coche. Uno de los hombres se situó con el cañón del arma apuntando al maletero, mientras que otro lo abría desde el interior. Poco después se oyó por radio el mensaje: «Despejado».

Uno de los hombres de la otra patrulla hizo bajar a un perro mientras Wisting se adelantaba para observar su coche. La chaqueta mojada estaba sobre el asiento del copiloto. Abrió la puerta y la sacó. Debajo estaba la bolsa de recogida de pruebas con el móvil que habían encontrado cerca de las cabañas. Lo cogió. Aún tenía un poco de batería, pero no había nuevos mensajes ni llamadas.

Uno de los policías apuntó con una linterna Maglite al interior.

—¿Qué hacemos con el coche? —preguntó.

Wisting lanzó una mirada dentro. Las llaves estaban puestas en el contacto. La tapicería clara del asiento del conductor estaba impregnada de barro y lodo.

—Habrás que llevárselo para que lo revisen los técnicos. ¿Te ocupas tú?

El otro asintió mientras el haz de luz recorría el interior.

—¿Lo heriste? —preguntó enfocando con la linterna unas manchas oscuras del asiento.

Wisting negó con la cabeza y rodeó el coche.

—Nada digno de mención —respondió.

—Parece sangre —observó el policía.

Wisting reconstruyó mentalmente lo ocurrido. La caída del hombre había sido puro teatro. Iba vestido con ropa oscura y llevaba guantes. No había nada que indicara que estuviera herido. Había vislumbrado su rostro unos instantes durante la pelea, pero solo su mirada se le había quedado grabada en la memoria. Parecía estar muerto de miedo. Aterrado.

—Me pregunto por qué habrá venido conduciendo hasta aquí —dijo el policía, interrumpiendo el razonamiento de Wisting—. Tiene que haberlo recogido alguien.

El helicóptero se elevó y prosiguió la búsqueda. Wisting asintió, se levantó el cuello de la chaqueta y se dirigió al coche patrulla. Esta pista se estaba enfriando.

En el trayecto de regreso a la comisaría, Wisting buscó el número de Thomas Rønningen que había guardado y volvió a intentarlo. La voz del contestador sonó tan despierta y divertida como estaba acostumbrado a escucharla en la televisión.

Esta vez esperó a que sonara la señal. Dejó un breve mensaje y su número de móvil mientras entraba en el garaje de la comisaría.

Torunn Borg ya estaba en su sitio. Se encontraba en su despacho sin más iluminación que la del escritorio, un círculo de luz amarilla extendiéndose sobre sus papeles. Una mano estaba situada bajo el foco luminoso, en la otra apoyaba la cabeza. Un largo y suave mechón de cabello le caía sobre el hombro derecho.

Se incorporó al entrar Wisting.

—Me alegro de verte —dijo él.

—Le he pedido a Benjamin Fjeld que venga también —dijo colocándose el mechón detrás de la oreja con un rápido movimiento.

Wisting asintió. Bien pensado. Benjamin Fjeld venía de la sección de orden público, pero había estado haciendo prácticas como investigador casi seis meses y había causado buena impresión. Tenía formación y motivación y una gran capacidad de trabajo. Vista para los detalles y unas dotes excepcionales para establecer conexiones y relaciones. Era curioso y capaz de pensar de forma original, fuera de lo convencional, pero necesitaba la experiencia que da un gran caso. Un caso como aquel. Además, Wisting sentía cierta debilidad por el joven de veintiséis años porque algo en él le recordaba a sí mismo en sus comienzos. Decidido e idealista.

Wisting se sentó en la silla de las visitas.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —preguntó Torunn Borg.

—No mucho —respondió él.

Nils Hammer entró también en el despacho y se quedó apoyado en un archivador dando sorbos a una taza de café.

—Al parecer —empezó Wisting—, todo empezó con una serie de robos en tres cabañas.

—Seis —interrumpió Hammer—. La patrulla canina ha seguido el rastro y ha dado con tres cabañas más. Han reventado las puertas con una palanca o algo parecido.

—Más trabajo para los técnicos —asintió Wisting.

—Ahora mismo hay un equipo completo en acción —explicó Hammer—. Van a ir de cabaña en cabaña.

—He comprobado el historial del que encontró el cadáver y del vecino de la otra cabaña. —Torunn Borg cogió los papeles que tenía sobre la mesa—. Ove Bakkerud regenta una gestoría en Oslo. Hace más de veinte años que tiene esa cabaña. Casado, dos hijos mayores. Sin antecedentes.

Wisting asintió. Con frecuencia, quien daba aviso a la policía de un incidente estaba más involucrado de lo que pretendía aparentar. De momento, Ove Bakkerud no presentaba ninguna irregularidad a la que agarrarse.

—¿Y qué hay del vecino de la otra cabaña?

Torunn rebuscó entre sus papeles.

—Jostein Hammersnes. Se acaba de separar y tiene dos hijas pequeñas. La cabaña es parte de los bienes gananciales. Trabaja en una empresa informática de Bærum. Tiene unas cuantas multas de tráfico, nada más.

—Supongo que lo más interesante es saber quién es el muerto —observó Hammer, y dio un sorbo a su taza—. Puede tratarse de una disputa interna por algo. Dos ladrones discuten, se pelean y uno mata al otro.

Wisting asintió. No tenía por qué ser más complicado que eso.

Hammer prosiguió:

—El asesino huye, asalta a un conductor al azar y se hace con un coche.

—Pero ¿por qué no utilizó su propio vehículo? Seguro que tenían una furgoneta o algo así cargada hasta los topes con lo que habían robado.

—Puede que aún siga allí —propuso Torunn Borg—. Puede que la llave del vehículo esté en el bolsillo de la víctima.

—En ese caso tendremos que esperar a que le hagan la autopsia para comprobarlo —suspiró Hammer—. Mortensen ni siquiera hizo amago de levantarle un poco el pasamontañas para que pudiera echarle un vistazo a su cara.

—No creo que sirviera de mucho —dijo Wisting—. Probablemente tiene el rostro destrozado.

Se puso de pie y se sacó del bolsillo la bolsa con el teléfono móvil que habían encontrado en la zona de las cabañas.

—¿Puedes averiguar algo sobre esto? —preguntó tendiéndoselo a Hammer—. ¿Dónde ha estado las últimas veinticuatro horas? Como hiciste con mi teléfono.

Nils Hammer dejó la taza de café y lo cogió.

—Pero acuérdate de cargarlo antes de que se quede sin batería —añadió Wisting.

—Dame un par de horas —dijo Hammer, y desapareció por la puerta.

Torunn Borg se volvió hacia la pantalla del ordenador.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Wisting, apoyándose en el marco de la puerta.

—He sacado un listado de todos los robos en cabañas de Østlandet en las últimas tres semanas. Puede que exista una conexión. Se producen en series. Seis o siete robos en una zona un día, y lo mismo en otra zona al día siguiente.

—¿Europeos del Este?

—Probablemente —asintió Torunn.

Wisting se quedó en la puerta. Robos violentos perpetrados por ciudadanos de los países más pobres de Europa. Un problema cada vez mayor para la policía. No dejaban de aparecer nuevas bandas y nuevas tendencias. Algunos grupos estaban especializados en el robo de cosméticos y cuchillas de afeitar en tiendas.

Otros robaban motores fueraborda en los puertos. Unos se especializaban en tiendas de electrónica mientras que otros se concentraban en viviendas particulares o en zonas de cabañas aisladas. Las bandas eran cada vez más profesionales y la policía iba cada vez más a remolque de los delincuentes.

—¿Hay alguna pista o datos relevantes en los otros casos?

—Todavía no he encontrado nada, pero estoy revisándolos.

Wisting asintió reconociendo el valor de la iniciativa que había tomado. Luego se dirigió a su despacho. El móvil sonó antes de que llegara.

—¿Comunicado de prensa?

Wisting reconoció la voz del jefe del operativo de la central de Tønsberg, donde se estaban recibiendo la mayor parte de las preguntas de los medios. Un comunicado reduciría la presión sobre la centralita.

—¿Alguna propuesta?

—Lo de siempre. —El jefe del operativo removi6 unos papeles y ley6—: «El distrito policial de Vestfold ha iniciado una investigación tras el hallazgo de una persona fallecida en una cabaña en Helgeroa, Larvik. La policía fue informada del deceso el viernes 1 de octubre, poco después de las 22.00. En este momento no podemos ofrecer más datos sobre el asunto. Se ha convocado una rueda de prensa en la comisaría de Larvik... ¿a las...?». ».

Wisting tomó asiento tras su mesa y echó una mirada al reloj de la pared.

—A las diez —decidió—. Para entonces podremos darles algo más de información. Confirmar que hemos puesto en marcha una investigación por asesinato y que estamos rastreando la zona con helicóptero y perros en busca de uno o más autores.

—De acuerdo. ¿Hay algo concreto en lo que se esté centrando la búsqueda? ¿Movimientos, vehículos u otra cosa?

Wisting se quedó pensativo, pero decidió que era demasiado pronto para pedir la colaboración de la gente sobre posibles avistamientos. Ya habían comunicado el lugar y la hora del crimen. La experiencia le decía que, si alguien había visto algo fuera de lo normal, se pondría en contacto con ellos.

—No, de momento no —respondió—. ¿Me mandas una copia cuando lo publiques?

—Sí, saldrá dentro de unos minutos.

El responsable del operativo colgó sin despedirse.

Wisting encendió el ordenador y se reclinó en su silla mientras esperaba a que se iluminara la pantalla.

Cuando empezó su carrera en el cuerpo policial a mediados de los ochenta, todos los informes se redactaban en una máquina de escribir. Pasarían aún diez años antes de que cada inspector tuviera su propio ordenador. En las estanterías que tenía a su espalda guardaba cuadernos con anotaciones de todos los grandes casos en los que había participado. Contenían la secuencia completa de la investigación de cada caso concreto. En ellos había nombres anotados que después habían sido tachados. Algunos estaban encerrados en un círculo o relacionados con otros mediante flechas y rayas. También se recogían sus pensamientos y reflexiones. O la asignación de tareas. Muchos casos se habían aproximado a su resolución a través de complicados mapas mentales reflejados en el papel.

Ahora esa parte de la labor policial también había sido digitalizada. Se había desarrollado una herramienta informática para generar un espacio común para cada caso, a fin de poder compartir todos los datos con los que participaban en la investigación. La información recogida debía servir de base para un análisis específico del caso. Todos los documentos relacionados con el asunto y todas las personas a las que de una u otra manera se hacía referencia eran introducidos en un registro especial. El programa informático debía garantizar la realización de una investigación exhaustiva y eficaz desde las fases iniciales hasta la conclusión del caso. El objetivo era ofrecer una perspectiva completa, verificabilidad, objetividad y calidad profesional.

Se conectó al programa informático con su nombre de usuario y contraseña, y se quedó esperando con el rostro vuelto hacia la pantalla mientras el ordenador iniciaba el sistema. Luego giró la silla, abrió el armario que tenía detrás y sacó

un cuaderno nuevo de tapas duras. Lo abrió por la primera página en blanco y cogió un lápiz gris del bote que había sobre la mesa. En la parte superior anotó: «¿Quién?».

De momento no le preocupaban tanto el motivo o la acción en sí. Lo primordial era averiguar la identidad de la víctima. La respuesta podría llevarlos directamente al asesino.

Buscó las gafas que ya le eran imprescindibles y siguió tomando notas. Dedicó la hora siguiente a anotar las palabras clave de las que iban a ser las tareas principales. Subrayaba los puntos que eran más importantes o añadía comentarios al margen. Reforzaba algunas palabras clave con explicaciones y detalles. Dibujó flechas y símbolos y numeró las prioridades y lo que podía esperar. En un lugar destacado figuraba la recogida de pruebas electrónicas, una información valiosa que había que registrar antes de que pasara demasiado tiempo. Los vídeos de vigilancia de las gasolineras se borraban al cabo de una semana. Los de los vehículos que pasaban por un peaje se conservaban algo más. Lo mismo ocurría con la información de los móviles. A menudo no estaba claro qué era lo que se buscaba en el momento de recabar la información, pero si no se aseguraban de tener el material electrónico se perdería.

La autopsia del cadáver iba a resultar fundamental. Sobre todo, para averiguar la identidad del fallecido, pero en el cuerpo también podía haber cabellos, fibras u otros rastros que podían relacionarlo directamente con el autor. Heridas, hematomas y magulladuras post-mórtem también eran datos importantes que podían arrojar luz sobre la secuencia de los hechos.

Con frecuencia las investigaciones de los técnicos criminalistas proporcionaban la respuesta a qué era lo que había acontecido, pero los investigadores nunca sabían por adelantado qué tipo de evidencias aparecerían, así que no podían depositar toda su confianza en ello. Había que poner todo el peso en la investigación táctica.

También necesitaban tener una estrategia ante los medios. De momento se componía de dos palabras clave: transparencia y sinceridad.

Iba a ser la primera conferencia de prensa a cargo de Christine Thiis. Desde ese momento y hasta que se cerrara el caso, sería ella quien asumiera la responsabilidad formal. Iba a tener que aprender muy deprisa, y esperaba que lo hiciera bien. Un muerto en la cabaña de uno de los personajes más famosos de la televisión noruega era un caso que iba a estallar en los medios.

Intentó de nuevo llamar a Thomas Rønningen, pero sonó varias veces y saltó el contestador. Pensó en dejarle otro mensaje. Sin embargo, colgó y optó por mandarle un breve mensaje de texto.

Se levantó de la silla del despacho y se desperezó. Salió al pasillo y se dirigió a la sala de reuniones, donde había una cafetera mediada. Cogió una taza de la estantería, la llenó y miró hacia la puerta al oír pasos en el pasillo.

Espen Mortensen entró en la sala. Wisting le tendió la taza y se sirvió otra.

—¿Ya has acabado con la escena del crimen?

El técnico negó con la cabeza y bebió un sorbo de café.

—Hemos levantado el cadáver. Voy a preparar unas fotos y un informe general que mandaré a Medicina Legal. He quedado con el grupo de identificación de Kripos. Van a estar presentes en la obducción.

Kripos era la policía judicial. Se sentaron a la mesa de juntas.

—¿Has descubierto algo más? —preguntó Wisting.

Mortensen asintió.

—No fue como pensamos en un primer momento.

Wisting le observó.

—Le dispararon —explicó Mortensen—. Cuando le dimos la vuelta, encontramos una gran herida de entrada en la zona abdominal.

Wisting recordó la sangrienta escena de la cabaña donde apareció el hombre, justo pasado el umbral. La sangre derramada sobre la escalera y la hoja de la puerta embadurnada. Los guantes ensangrentados y el charco bajo el cadáver.

—Le dispararon antes de entrar en la cabaña —concluyó Wisting—. No sabemos dónde, así que nos encontramos ante un escenario desconocido.

Mortensen lo confirmó:

—Los disparos se hicieron en otro sitio. Fue capaz de llegar hasta la cabaña y allí prosiguió la pelea. Por cómo está esparcida la sangre por las paredes, lo golpearon al menos tres veces.

—¿Ha aparecido el arma?

Espen Mortensen se puso de pie.

—No, ni el instrumento con el que fue golpeado ni el arma de fuego. —Se encaminó hacia la puerta con la taza en la mano—. Y es difícil saber qué fue lo que lo mató en realidad. Le dispararon y luego le golpearon hasta dejarlo inconsciente. Podría haberse desangrado por la herida del disparo, pero también puede que los golpes fueran mortales de necesidad. Y tampoco estoy seguro de que fuera la misma persona la que disparó y la que golpeó.

Wisting permaneció sentado y siguió con la mirada al joven técnico. El caso había subido un peldaño más en su grado de complicación.

Line no quería irse a dormir, pero al final se sintió tan cansada que se tumbó en el sofá y se tapó con una manta.

La despertó el teléfono móvil. La pantalla indicaba que eran las 04.23. Le dolía la nuca y tenía la garganta seca.

Creyó que era Tommy, que le mandaba uno de sus habituales mensajes de que sentía haberse retrasado y que pronto estaría en casa. Se equivocaba.

Era una notificación en rojo, urgente, de la agencia de noticias NTB. Line estaba suscrita a un servicio que le daba aviso de las noticias importantes de última hora. Lo llamaban «mensaje rojo» porque cuando aparecía en las grandes pantallas de las redacciones salía resaltado en ese color. Siempre era motivo de orgullo cuando una noticia en la que los periodistas de su periódico habían estado trabajando se hacía de dominio público y se ganaba aparecer en un mensaje urgente de la agencia informativa.

Miró el teléfono con los ojos entrecerrados: «NTB: La policía de Vestfold confirma que investiga un asesinato tras el hallazgo de un cadáver en una vivienda vacacional. Policías armados buscan al autor con helicóptero y perros».

Se incorporó y abrió el ordenador para leer qué decía su periódico del caso. Ya habían publicado una espectacular foto de un agente de uniforme y armado, plantado ante las cintas del cordón policial agitadas por el viento, con un helicóptero suspendido en el aire a su espalda. El autor de la foto era uno de los freelance locales que trabajaban para ellos. El titular advertía al lector de que había un asesino a la fuga. Buscó la autoría del artículo y vio que la primicia la había conseguido uno de los periodistas más experimentados de la plantilla, que estaba de guardia en la redacción de la edición digital. Como los agentes iban

armados, era lógico preguntarse si la situación podía resultar peligrosa. Y mientras la policía no pudiera garantizar la seguridad de la población, el efectista titular estaba justificado.

Leyó por encima el breve artículo y vio que no daba más datos que los que contenía el mensaje urgente de la NTB. La policía era reacia a proporcionar más información y la edición digital de VG prometía volver con más detalles.

Comprobó qué tenían los otros periódicos. *Dagbladet* había ilustrado la noticia con un mapa, mientras que *Aftenposten* solo ofrecía texto. Ninguno aportaba nada nuevo.

Line llevaba poco más de dos años trabajando en el diario sensacionalista VG, pero ese breve lapso de tiempo ya le había supuesto varios premios periodísticos. No era capaz de imaginarse ejerciendo otra profesión. Se había convertido para ella en algo más que una fuente de ingresos. Ser periodista era una forma de vida.

Visualizó el ajetreo que reinaría en la redacción y se alegró de acabar de tomarse unos días libres. Le gustaba trabajar en casos como ese, pero en estos momentos tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Oyó que en la calle se cerraba la puerta de un coche. Se acercó a mirar por la ventana. Las farolas oscilaban solitarias al viento. Tres pisos más abajo el asfalto estaba mojado, pero había dejado de llover.

Tommy había aparcado en un sitio libre al otro lado de la calle, frente al portal. Se quedó junto al coche rebuscando en los bolsillos hasta que dio con el paquete de tabaco y sacó un cigarrillo. Al encenderlo, un suave fulgor iluminó los marcados rasgos de su rostro.

Después de la primera calada, miró un instante hacia el apartamento. Ella se apartó un poco para que no la viera.

El móvil debió de sonarle dentro del bolsillo del pantalón, porque Tommy se apresuró a cogerlo. Gesticuló con las manos mientras hablaba, luego miró a su alrededor, abrió la puerta del coche y volvió a meterse, como si quisiera asegurarse de que nadie podía oírle.

Al salir de nuevo, dejó caer la colilla al suelo y la aplastó con el tacón.

Line recogió una taza y un platito de la mesita baja del salón y fue a la cocina.

Tommy abrió la puerta y sonrió al verla.

—¿No te has acostado todavía? —preguntó.

Ella negó con la cabeza, evitando sostener su mirada de ojos castaños. Seguía sintiendo que algo se removía en su interior cada vez que él entraba en la habitación, pero ya había tomado la decisión y haría que prevaleciera el sentido común.

Tommy intentó darle un beso rápido, pero ella se apartó al notar el olor del cigarrillo. Él se rio y tiró la cazadora de cuero sobre una silla. Debajo solo llevaba una ceñida camiseta blanca que le marcaba los músculos de los brazos.

Abrió la nevera y sacó una cerveza. Buscó un abridor y lo dejó sobre la encimera junto con la chapa. Los tendones de su cuello se tensaron como cuerdas mientras bebía.

—¿Cómo fue la cena con tu padre? —preguntó apoyado en la encimera de la cocina—. ¿Os gustó?

Line inspiró profundamente y pronunció la frase que hacía mucho que tenía en mente.

—Esto no puede seguir así.

Él la miró asombrado.

—¿Qué quieres decir?

—Casi nunca estás en casa, y nunca sé dónde estás ni qué haces.

Se la quedó mirando fijamente.

—Llevo un restaurante —intentó explicarle.

—Allí tampoco estás nunca. No sé a qué te dedicas. No conozco a tus amigos ni la gente que frecuentas.

Tommy bebió otro trago de la botella.

—Tampoco parecía que tuvieras mucho interés en conocerlos. —Su acento danés resultaba más marcado cuando estaba irritado.

Line abrió los brazos.

—La verdad es que no he sentido mucho interés por tratar de conocer mejor a los que me has presentado —reconoció—. Pero esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

—Nosotros dos. ¿No ves que nos estamos distanciando?

Él tomó otro trago.

—No es solo culpa mía. Tampoco sé cuándo tú vas a estar en casa. A veces desapareces durante días mientras estás cubriendo una noticia.

—Es mi trabajo.

—Y Shazam Station es el mío. Lo hago por nosotros, aunque no me paguen todas las horas que estoy allí.

—¿Por nosotros? ¿Qué recibimos a cambio? No puede decirse que sea un negocio rentable. Vives en mi piso y utilizas mi coche. —Agarró la chapa de la cerveza de la encimera y la tiró al cubo—. Aportas bien poco.

Él dejó la botella y se acercó a ella.

—Las cosas van a mejorar —dijo tratando de abrazarla.

Ella se escabulló. Ya le había oído decir eso mismo en ocasiones anteriores.

Los primeros seis meses que pasó con Tommy fue totalmente feliz. Apenas comía ni dormía, y cada hora que pasaban separados parecía una pérdida de tiempo sin sentido. Estaba enamorada hasta la médula y las advertencias de sus amigas solo eran motivo de irritación. Kaja, una de las mejores amigas de Line en el periódico, se había presentado una noche con una botella de vino y cargada de buenas intenciones. Después de un par de copas, Kaja le ofreció consejos resabiados e hizo algunos comentarios sobre la procedencia de Tommy, su falta de estudios, sus circunstancias familiares. En su opinión, estaba claro que no era una pareja adecuada para Line. La noche acabó con Line pidiéndole que se marchara, ofendida por la falta de confianza que Kaja le demostraba y más segura de su amor por Tommy que nunca.

Pero ahora, cuando el intenso enamoramiento inicial se había atenuado un poco, tenía que reconocer, muy a su pesar, que Kaja tenía algo de razón. Sus escasos estudios y algunos errores cometidos en el pasado no constituían un

problema en sí mismos, pero era como si gran parte de la vida de Tommy permaneciera oculta. Y en los últimos meses la angustia había reemplazado a la felicidad. Pasaba mucho tiempo sola en el apartamento, y hacía más o menos una semana había hecho algo que podría haber jurado que nunca haría: había leído los mensajes de Tommy mientras él se estaba duchando. Temblorosa, revisó su buzón de entrada en busca de respuestas a las preguntas que la atormentaban día y noche. Pero no descubrió nada. No había ningún indicio de que le fuera infiel, solo citas profesionales y mensajes aparentemente inocuos de gente relacionada con Shazam Station. Después la invadió la vergüenza, y la única manera en que fue capaz de olvidar esa angustiosa sensación fue abandonándose entre los brazos de Tommy.

Era muy consciente de lo tópico de su situación, y eso no contribuía a mejorar las cosas. Estaba acostumbrada a tener su vida bajo control, incluso después de la muerte de su madre tuvo claro qué era lo correcto. Pero ahora se estaba desmoronando. Era algo que no podía prolongarse más, tenía que pasar un tiempo sola, recuperar el contacto con sus amigas de siempre, dar paseos, entrenar, descubrir qué clase de vida era la que quería. Con Tommy vivía de un día para otro, se había adaptado a sus hábitos, y empezaba a tener claro que no era una senda que condujera a una existencia armoniosa. Era fuerte, pero necesitaba cierta estabilidad en casa. El trabajo estaba plagado de giros inesperados y casos grotescos, y tenía que sentirse segura con aquellos que tenía más cerca. Y con Tommy no se sentía segura. Nunca mostraba sus cartas, se comunicaba más a nivel físico que con palabras, parecía intranquilo y nervioso, pero se negaba a admitir que estaba preocupado por algo.

—Esto no puede seguir así —repitió Line.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros dos —dijo ella, señalándole a él y después a sí misma—. Ya no sé si es esto lo que quiero.

Tommy no dijo nada. Se limitó a aferrarse a la botella de cerveza que había vuelto a coger, sujetándola a la altura del pecho mientras la miraba.

—Necesito un tiempo para mí sola —dijo Line.

Era una manera prudente de decirlo. A pesar de eso, vio en la mirada de él un destello de algo parecido al miedo. Line había dejado que todos sus pensamientos se convirtieran en palabras y, cuando abrió la compuerta, continuaron brotando. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

—No lo entiendo —dijo él negando con la cabeza.

—Puede que ese sea el problema —sugirió ella.

Tommy iba a decir algo, pero lo interrumpió un aviso del móvil. Leyó el mensaje y levantó la mirada hacia ella.

—¿Podemos hablar de esto mañana? —preguntó, dejando la botella de cerveza sobre la encimera.

—¿Vas a volver a salir?

—Han surgido unos problemas en Shazam —dijo agarrando su cazadora—. Me necesitan.

Line quiso decir que ella también le necesitaba, pero ya no era verdad. Optó por anunciar:

—Cuando vuelvas ya no estaré aquí.

Él suspiró y permaneció allí plantado con la cazadora en la mano.

—¿No podemos hablarlo?

—Yo ya he dicho lo que tenía que decir. Me voy a casa una temporada.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Quiero que cuando vuelvas recojas tus cosas y te busques otro sitio para vivir.

Se quedó cruzada de brazos. Tommy la miraba fijamente. Luego agachó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó.

Poco antes de las seis, Wisting se reclinó en la silla del despacho y cerró los ojos con la esperanza de descansar un poco. Había recuperado fuerzas así en muchas ocasiones, y sabía que media hora de duermevela le bastaría para estar más activo y despierto el resto del día. Era un reconstituyente eficaz e imprescindible para mantener el nivel de concentración y eficacia.

Se deslizó hacia el sueño y despertó veinte minutos más tarde cuando se abrió la puerta de su despacho. Se incorporó enseguida, carraspeó y saludó a Christine Thiis con un movimiento de cabeza.

La recién contratada inspectora en calidad de abogada policial tomó asiento al otro lado de la mesa y lo miró fijamente. Sus ojos revelaban cómo era su manera de ser. Siempre miraba a su alrededor con una mirada clara y honesta. Sus ojos eran como los de una chiquilla inteligente deseosa de aprender.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Wisting antes de que tuviera tiempo de decir nada.

Por un instante pareció que no sabía de qué le estaba hablando. Después sonrió.

—Están bien, dormidos. Ha venido mi madre y se quedará todo el fin de semana. Y durante la semana también, si hiciera falta.

—Eso está bien.

Christine Thiis llevaba trabajando con ellos cuatro meses. Nunca mencionaba al padre de los niños. Sabían que era abogado mercantil en Oslo, pero nunca parecía darse la circunstancia de que los críos estuvieran con él. Wisting tenía la impresión de que ella no quería hablar del matrimonio que había dejado atrás, como si solo tuviera malos recuerdos que prefiriera olvidar.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó ella.

Wisting se frotó la barbilla.

—Lo de siempre. Farragoso y desconcertante.

Vio inquietud en su mirada y cayó en la cuenta de que ella nunca había participado en una investigación de este tipo con anterioridad.

—Siempre es así al principio —dijo él para tranquilizarla—. Pero estamos empezando a hacernos con el caso.

Relató la evolución de los hechos a lo largo de la noche mientras su mirada se deslizaba por ella evitando quedarse enganchado a la suya, tan penetrante. Tenía el cabello corto, castaño, con rizos rebeldes. Los labios suaves y llenos. La nariz cubierta de una fina lluvia de pecas. De repente perdió la concentración y se preguntó casi sin querer qué clase de hombre la habría dejado ir, antes de proseguir con su explicación para acabar con las heridas de bala de la víctima.

—¿Tenemos alguna teoría sobre lo que ha podido pasar? —preguntó ella.

—En realidad no —respondió Wisting—. En una fase tan temprana de la investigación solo serían especulaciones.

—Pero al menos tendrás alguna idea de lo que ha podido ocurrir...

Wisting dudaba. Basar un caso en especulaciones era como echar arena en el depósito de la gasolina, precipitarse al desastre.

—Resulta evidente que existe una relación entre los robos en las cabañas y el asesinato —dijo—. Pero todo será más fácil cuando sepamos quién es la víctima.

—¿Y cuándo será eso?

—Puede llevar tiempo. La autopsia empezará dentro de un par de horas. Estarán presentes varios técnicos del grupo de identificación de la policía judicial. Empezarán por desnudarlo. En cuanto tengamos una imagen de la cara que hay bajo el pasamontañas sabremos más, pero no es seguro que nos sirva de mucho. No tiene por qué ser alguien que tengamos fichado. Puede que ni siquiera sea noruego. Si tenemos suerte, llevará alguna identificación en un bolsillo o algo que nos permita avanzar. Si tenemos realmente mucha suerte, figurará en nuestro registro de huellas dactilares. En ese caso tendríamos la

respuesta antes de esta noche.

Christine Thiis se puso de pie.

—Muy bien. —Asintió con la cabeza—. ¿Cuándo vas a reunirte con los demás?

Wisting miró el reloj.

—Dentro de media hora. En la sala de reuniones.

—Entonces nos vemos allí.

La inspectora se encaminó hacia la puerta.

—Hay una cosa más —dijo Wisting a su espalda.

—¿Sí?

—Las funciones de la abogacía policial incluyen también el contacto con los medios de comunicación.

Christine Thiis asintió. Wisting creyó detectar cierta inseguridad en su mirada.

—Hemos convocado la rueda de prensa a las diez.

—Vendrás conmigo, espero.

—Sí. —Wisting le sonrió—. Iré contigo.

Unos minutos antes de las siete, los inspectores llenaron la sala de reuniones. Wisting fue al baño y se mojó la cara con agua fría para intentar espabilarse. Se observó unos segundos en el espejo. Tenía la cara pálida y algo hinchada. El cabello desordenado y la mirada fija.

Arrancó papel del dispensador, se secó, lo tiró a la cesta que había junto al lavabo y se unió a los demás.

Alguien había encendido el televisor. Wisting se quedó en la puerta viendo la noticia del caso en el que estaban trabajando.

En la pantalla, cuatro policías llevaban una camilla cubierta y la introducían en un coche fúnebre mientras un reportero explicaba lo que el canal de noticias sabía del asunto. En la parte inferior de la imagen sus comentarios quedaban

resumidos en una frase que no dejaba lugar a dudas: ALARMA EN LARVIK POR UN ASESINATO .

El reportaje continuó alternando imágenes del helicóptero policial, los guías caninos y agentes armados equipados con chalecos antibalas, mientras de fondo se escuchaba una entrevista telefónica en que la inspectora Christine Thiis hacía unas concisas declaraciones. Wisting reconoció sus propias palabras del sucinto resumen que le había hecho. La noticia terminó con la imagen del coche fúnebre abandonando el lugar y con Christine Thiis comentando que la víctima no había sido identificada y que la investigación avanzaría de forma significativa en cuanto se hiciera la autopsia y se conociera la identidad de la víctima.

Wisting pensó que se defendía bien. La voz sonaba firme, sin rastro de la inseguridad que había detectado en su mirada hacía media hora.

El presentador del informativo prometió a los espectadores que seguirían el caso y que volverían con una conexión en directo con la rueda de prensa a las diez.

Apagaron el televisor y Wisting entró en la sala. Hizo un rápido recuento: había un total de veintidós efectivos. En las sillas pegadas a la pared estaban los guías caninos y otros miembros de las fuerzas de intervención que habían prestado servicio durante la noche. Junto a la mesa se encontraban los agentes que iban a llevar la investigación. El comisario ya había ocupado su lugar en la cabecera de la mesa. Christine Thiis estaba sentada en la silla que Wisting solía ocupar en reuniones como aquella.

Wisting tomó asiento en la silla libre que había a su lado. En el exterior todavía reinaba una oscuridad otoñal. Aún tardaría una hora en clarear.

—Bienvenidos —dijo, y dio las gracias a los que se habían presentado fuera de su horario laboral.

Nils Hammer encendió el proyector que colgaba del techo y en la pantalla apareció un plano general de la zona que se extendía entre el fiordo de Hummerbakk y el puerto de Nevlunghavn. En un punto situado en el interior de

la bahía identificada como Ødegård, aparecía resaltada una cabaña junto a la orilla.

Wisting carraspeó e hizo un resumen. Fue lo más breve que pudo, y dedujo de las miradas de los presentes que todos estaban ya al tanto de la situación.

Localizó al responsable del operativo, sentado junto a la hilera de ventanas, y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Cuáles son las últimas novedades del lugar de los hechos?

El corpulento hombre dejó la taza de café entre sus piernas y sacó un cuaderno de notas.

—Concluimos la búsqueda del presunto autor hace media hora —explicó mientras pasaba las páginas—. Como sabéis, no hemos obtenido resultados. No nos ha llevado a detención alguna ni a dar con el arma homicida. Aunque sí hay un par de datos interesantes, y estoy seguro de que los técnicos de criminalística podrán aportar algo más, pero de momento puedo decir esto: ha habido demasiado tránsito de gente por allí. Los guías caninos han seguido huellas en todas direcciones en su recorrido de cabaña en cabaña. Creo que estamos hablando de, al menos, cuatro o cinco pares de pisadas sin identificar.

Wisting tomaba nota. Esa información aparecería en algún informe a lo largo del día, pero era importante tenerla en cuenta desde ese mismo instante.

—Con frecuencia las huellas terminan junto a alguna carretera, así que disponían de un vehículo.

—¿Habéis encontrado algún coche?

—Hemos descartado varios. Siempre hay alguno aparcado en una zona de cabañas como esa. Todos han sido identificados. Te daremos una lista detallada, pero pertenecen a propietarios de cabañas, pescadores, ornitólogos y agricultores que no han visto ni oído nada.

El jefe del operativo volvió a coger su taza y pasó las páginas de su cuaderno.

—Lo más interesante es el hallazgo que hemos hecho justo antes de acabar. —Dio un sorbo a su café antes de continuar—: Hemos encontrado tres casquillos de bala cerca de Smørvika.

Wisting se volvió hacia el mapa de la pared. Nils Hammer acercó la flecha del ratón a una pequeña ensenada al este de Ødegårdsbukta. El entorno estaba marcado en verde, lo que quería decir que se trataba de una reserva natural. La construcción más cercana era la cabaña en la que apareció el cadáver. La distancia era de unos quinientos o seiscientos metros.

—Estaban en medio del sendero y no podían llevar allí mucho tiempo. A los lados del camino se acumula la hojarasca, y dos de los casquillos estaban encima de hojas recién caídas. Hemos acordonado la zona de alrededor y hemos cubierto el lugar con una lona, los técnicos lo examinarán en cuanto puedan.

—Esto está bien —comentó Wisting—. Muy bien.

No había oído mencionar con anterioridad el hallazgo de los casquillos, y lo que el responsable del operativo contó le levantó el ánimo. Tambores, cargadores, cañones y dedos dejaban huellas en los casquillos. Aquello suponía asegurar pruebas de gran valor.

Dedicó otro cuarto de hora a dejar que los agentes que habían prestado servicio durante la noche comentaran sus pensamientos e impresiones. Luego les agradeció su asistencia y redujo el número de participantes de la reunión. En este tipo de investigaciones siempre había alguna información que solo quería compartir con los imprescindibles. Lo que había bautizado como «la pista telefónica» en su cuaderno de notas era uno de esos detalles.

Les comunicó brevemente la existencia del teléfono hallado por los perros.

Nils Hammer dejó el móvil sobre la mesa. Seguía metido en una bolsa transparente de recogida de muestras.

—Ya lo he cargado —dijo mirando a Wisting—. Hay un mensaje en el buzón de entrada —prosiguió dirigiéndose a los que todavía no conocían los detalles—. Ayer, a las 16.53, recibió el mensaje: «2030».

—¿Una hora? —sugirió Christine Thiis.

—Probablemente. El mensaje fue respondido con un «OK». Más tarde, a las 20.43, el propietario del móvil escribió «I am here».

Christine Thiis reflexionó en voz alta:

—Primero un aviso de la hora a la que debía presentarse, y luego una confirmación de que había llegado.

Se inclinó sobre la mesa y cogió el móvil, como si pudiera ofrecerle más respuestas.

—Yo también lo he interpretado así —asintió Hammer.

—¿El reloj va bien? —quiso saber Torunn Borg.

—Más o menos. Va con treinta y siete segundos de retraso sobre la hora correcta.

—¿Quién es el titular? —preguntó Christine Thiis.

Hammer le quitó el teléfono de las manos, como si temiera que pudiera estropearlo.

—Pues es interesante —respondió—. Esto hace el caso aún más grande de lo que era hasta ahora.

Wisting se inclinó hacia delante esperando a que siguiera.

—Lleva una tarjeta española —explicó Hammer.

—¿Española?

—Sí, los dos números son españoles, tanto el emisor como el receptor, y ambos están registrados a nombre de la misma persona: Carlos Mendoza, en Málaga.

Wisting escribió ESPAÑA en mayúsculas en su cuaderno. Tenían un nombre, pero no sabía si le hacía mucha gracia. Las conexiones internacionales suponían un gran reto.

—Le seguiré la pista a lo largo del día, pero creo haber encontrado otra cosa que también puede resultar productiva.

Wisting asintió para que prosiguiera.

Hammer sostuvo el teléfono mientras hablaba.

—En el momento en que recibe el primer mensaje, el teléfono está en Oslo. El SMS queda registrado en un repetidor del almacén del puerto de Havneleret. Tres horas y cincuenta minutos más tarde, cuando el propietario escribe «I am

here», está en Nevlunghavn.

—Una conexión en Oslo —concluyó el comisario. Hasta ese momento había escuchado en silencio—. ¿Dónde se localiza el otro teléfono?

—También en Nevlunghavn. Pero de aquí podemos obtener más información.

Nils Hammer se puso de pie y se aproximó al rotafolio. Cogió un rotulador y escribió «20.43» en la parte inferior de la hoja. Luego dibujó una línea hasta la parte superior y escribió «16.53».

—Si la persona en cuestión envía el mensaje «I am here» en el momento de llegar a Nevlunghavn...

—Es que llega con casi un cuarto de hora de retraso —le interrumpió Christine Thiis—. Y ha empleado casi el doble del tiempo de lo que se tarda normalmente en llegar desde Oslo hasta allí.

Nils Hammer asintió y prosiguió. Wisting, comprendiendo lo que se disponía a plantear, se inclinó sobre la mesa.

—Aquí y aquí —dijo Hammer, dibujando dos cruces sobre la línea que unía Oslo con Nevlunghavn—, hay dos peajes. El tiempo medio para llegar desde el peaje de la carretera E18 en Langåker es de veinticinco minutos, y desde el peaje de Sande es de una hora y diez minutos. Todos los coches que pasan quedan registrados con una fotografía de la matrícula o del número de abono.

El comisario asintió.

—Todos los coches que pasaron por el peaje de Langåker unos veinticinco minutos antes de que se enviara el mensaje pueden estar relacionados con el caso —resumió.

—Como ha señalado Christine —prosiguió Hammer—, la persona en cuestión llega con casi un cuarto de hora de retraso, y es poco probable que hiciera una parada en el último tramo del recorrido o que esperara para avisar de que había llegado. Aun concediéndole unos minutos de margen, su coche debería ser uno de los que pasaron por el peaje entre las 20.00 y las 20.20.

—Siguen siendo muchos coches —dijo Torunn Borg—. Imagino que un viernes por la tarde deben de pasar por allí varios miles de vehículos a la hora.

—Sí, cierto, pero nuestro hombre viene de Oslo, y solo buscamos coches que también hayan pasado por el peaje de Sande. Además, es razonable suponer que hizo el mismo trayecto de vuelta esa misma noche.

Christine Thiis recapituló, como si quisiera demostrar que lo había comprendido:

—Así que quieres empezar identificando los coches que pasaron por el peaje de Sande hacia las 19.30 y por el de Langåker hacia las 20.15, y que además quedaron registrados volviendo esa misma noche.

—Eso es. Es como un buscador de internet. Cuantas más palabras busques menos resultados obtendrás.

—¿Y sería posible llegar también sin pasar por los peajes?

—Por supuesto —contestó Hammer—. Pero creo que la respuesta está aquí —añadió, trazando un círculo alrededor de la marca que representaba el peaje de la E18 en el límite entre Larvik y Sandefjord.

—Estoy de acuerdo —convino Wisting—. Dadle prioridad a esa tarea.

En un caso como este, cada rastro electrónico constituía una posible pista. Wisting consideraba todos esos datos almacenados como los testigos silenciosos de nuestra época, datos que había que seleccionar y analizar.

Espen Mortensen entró en la sala. Se acercó a la cafetera, se sirvió una taza, y luego buscó un sitio libre para sentarse.

—¿Alguna novedad? —preguntó Wisting.

—En realidad no. El cadáver está camino del Instituto Anatómico Forense. ¿Sabéis ya lo de los casquillos?

Los demás asintieron.

—Calibre 38. Nuestro hombre perdió mucha sangre, así que estamos buscando rastros por toda la zona, pero está siendo difícil a causa de la lluvia. Hemos encontrado algunas pisadas cerca de donde aparecieron los casquillos, pero también están en muy mal estado por la lluvia.

—¿Crees que le dispararon allí y que se las arregló como pudo para llegar hasta la cabaña? —preguntó Christine Thiis.

—Sí. Presenta heridas de bala en la zona abdominal, pero lo más probable es que lo mataran los golpes que recibió en la cabeza. Calculo que fueron tres golpes. Por las salpicaduras de sangre en las paredes del recibidor, parece que primero le golpearon dos veces mientras estaba de pie, y luego un último golpe más fuerte cuando ya había caído de rodillas.

El técnico criminalista bebió de su taza.

—¿Habéis contactado con Thomas Rønningen? —preguntó.

William Wisting negó con la cabeza.

—Lo volví a intentar justo antes de la reunión, pero voy a tener que enviar una patrulla a su casa.

—Creo que estaba en la cabaña escribiendo un libro.

—¿Un libro?

—Sí, hay papeles por el suelo del salón. Parece el manuscrito de un libro.

—¿De qué trata? —preguntó Christine Thiis.

Espen Mortensen se encogió de hombros.

—Podrás leerlo cuando hayamos reunido todas las páginas —sugirió—. No eran muchas, pero parece una novela documental o algo así. Aparecen unos cuantos nombres conocidos.

Wisting prosiguió con la reunión, que acabó en menos de una hora. Los inspectores se apresuraron a salir para empezar con las tareas que les habían asignado. Retuvo a Espen Mortensen.

—Ese manuscrito... —dijo, recordando que él también había visto algunas hojas impresas en la cabaña de Thomas Rønningen—. ¿Qué clase de nombres menciona?

Espen Mortensen volvió a sentarse.

—Famosos —respondió—. Al parecer trata de gente que ha pasado por su programa: actores, músicos, políticos... ¿Por qué?

Wisting no respondió. Su mirada se dirigió con aire pensativo hacia la ventana.

En el exterior, la oscuridad empezaba a clarear.

Wisting colgó después de haber solicitado a sus colegas de la policía de Bærum que fueran a casa de Thomas Rønningen para intentar ponerse en contacto con él.

Había algo en este caso que le causaba inquietud. No estaba seguro de qué era, pero se trataba de algo más que de la habitual desazón que sentía al principio de una investigación. Había algo frío y premeditado en todo el asunto, pero a la vez dejaba traslucir cierta desesperación o desconcierto.

Wisting se obligó a ser optimista. Pese a todo, el caso avanzaba bien. Tenían muchos cabos sueltos de los que ocuparse, pero parecían entretejerse en una dirección concreta. Investigar un asesinato desconociendo la identidad del ejecutor era como quitarle la etiqueta a una botella de cerveza. Nunca se despegaba entera, sino en pequeños trozos. Pero un caso como el que ahora tenían entre manos era de los más fáciles de resolver. El factor distintivo era que nada había sido planificado. Un hecho desencadenaba el siguiente y todo lo que ocurría era una especie de efecto dominó. La investigación debía seguir el mismo esquema. Solo había que dar con el hecho desencadenante y todo lo demás iría encajando en su lugar. No sabía cuál podía ser, pero era eso lo que estaba buscando cuando empezó a leer los informes que ya se amontonaban.

Al cabo de una hora se levantó de su mesa y se dirigió a la sala de reuniones. Se sirvió una taza de café, bebió un sorbo y se acercó a la ventana. La gente de la prensa ya estaba allí. Formaban grupos en la plaza pavimentada de delante de la comisaría, esperando a que les dejaran entrar para coger un buen lugar en la sala. Wisting miró el reloj. Christine Thiss les había pedido al comisario y a él que fueran a su despacho media hora antes para dar un último repaso. Faltaban cinco

minutos, así que volvió al despacho para recoger sus notas.

El teléfono de su mesa sonó. Wisting lo cogió de pie.

—Soy Anders Hoff-Hansen del Instituto Anatómico Forense —dijo una voz estridente en su oreja—. Estamos esperando el cadáver.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy aquí trabajando fuera de mi horario. También Asbjørn Olsen, del grupo de identificación de la policía judicial. He recibido un fax solicitando una autopsia, pero no tengo ningún cadáver.

—¿Estás seguro? —preguntó Wisting, recordando las imágenes que había visto en televisión del coche fúnebre abandonando el lugar de los hechos—. Debería haber llegado hace varias horas.

—Estoy seguro.

Wisting hizo un cálculo rápido. Habían levantado el cadáver poco antes de las cinco de la madrugada. Mortensen había estado en la comisaría para preparar las diapositivas de los planos y para redactar un informe preliminar que acompañara el transporte del cuerpo a Medicina Legal. La autopsia debía comenzar a las nueve, eso era lo que estaba previsto.

—Déjame que lo compruebe —pidió, sentándose a su mesa.

—Bien. Mientras esperamos nos tomaremos un café.

Wisting dejó su taza y colgó. Marcó el número de Espen Mortensen. Este respondió con cierta brusquedad, como si estuviera concentrado en algo.

—En el Anatómico Forense están esperando el cadáver —explicó Wisting.

Oyó cómo Espen Mortensen se cambiaba el teléfono de mano.

—¿Qué has dicho?

—El cadáver no ha llegado.

—¿Has hablado con la funeraria? Vinieron a recoger la documentación sobre las seis.

—¿Qué compañía?

—Memento. El conductor era nuevo. Deberían haber llegado allí antes de las ocho. Los sábados por la mañana apenas hay tráfico. ¿Quieres que les llame?

—Ya lo hago yo. —Wisting conocía la funeraria. Fue la que utilizó para el entierro de Ingrid—. ¿Alguna novedad sobre la inspección de la escena del crimen?

—La verdad es que no. Había buenas pisadas en la sangre del recibidor, las detectaron en cuanto pudieron iluminar bien los tablones del suelo. Las he cotejado con las del vecino de la cabaña de al lado. No son de sus zapatos. No llegó a entrar tan dentro. Tienen que ser del asesino. El dibujo de la suela es tan nítido que es probable que podamos identificar la marca del calzado. Te haré llegar todo cuanto antes junto con las fotos y el informe.

Wisting solo escuchaba a medias mientras buscaba el número de la funeraria responsable del transporte al Anatómico Forense. Tras dar por acabada la conversación con Mortensen, marcó el número para emergencias que figuraba en el listín telefónico.

El agente de la funeraria saludó dando el nombre de la compañía. Wisting reconoció la voz grave y serena de Ingvar Arnesen, la tercera generación familiar al frente del negocio.

—Vuestro coche fúnebre no ha llegado a su destino —explicó tras presentarse. Tuvo que repetirlo para que Arnesen comprendiera lo que quería decir.

—No lo entiendo —dijo el hombre. La voz había perdido algo de su aplomo—. Ottar salió poco después de las seis. Hace mucho que debería haber llegado. ¿Has comprobado si ha habido algún accidente de tráfico o algo así?

—No, no lo he hecho —reconoció Wisting—. Pero tal vez podrías llamarle.

—Sí, espera. Lo haré desde el otro teléfono.

Wisting oyó que marcaban un número y a continuación la voz de un contestador automático.

—No contesta —dijo Arnesen—. ¿Podría tratarse de un accidente de tráfico?

—Lo voy a investigar. ¿Cuál es el apellido de ese tal Ottar?

—Mold. Ottar Mold. No hace mucho que trabaja para mí, y, para ser sincero, no estoy muy seguro de que se quede una vez pasado el periodo de prueba.

—¿Por qué no?

—Ha habido muchas historias. Se acaba de separar y ha faltado mucho al trabajo por esa razón. Eso no supondría mayor problema, pero es que no siempre avisa, y en esta profesión eso resulta inadmisibile. La gente tiene que poder confiar en nosotros.

—¿Crees que eso podría ser lo que ha pasado? ¿Que se haya ido a casa de su exmujer en lugar de a Oslo?

—No creo que sea el caso, pero puedo llamarla y preguntarle si ha sabido algo de él.

—Bien. ¿Tienes la matrícula?

Wisting esperó mientras Ingvar Arnesen rebuscaba entre sus papeles antes de leerle la matrícula.

—Es una Voyager negra —añadió.

—¿Con una cruz en el techo?

—Una cruz en el techo y el nombre de la funeraria en los laterales. No debería ser difícil de localizar.

Wisting llamó a Torunn Borg por el altavoz. La puso al corriente de la situación y le pidió que averiguara si el coche fúnebre podía haberse visto envuelto en algún accidente de tráfico. Luego consultó la hora. Faltaban veinte minutos para la rueda de prensa. Deslizó la mirada hacia el exterior. La niebla se había disipado. El cielo gris estaba cubierto de nubes en movimiento que de manera casi imperceptible cambiaban constantemente de forma, se disolvían y volvían a fundirse entre sí.

El teléfono volvió a sonar. Era Arnesen. Ya no quedaba ni rastro de calma en su voz.

—He hablado con su exmujer. No ha tenido noticias de él. He intentado llamarle varias veces, pero creo que el teléfono está apagado.

—Bien —respondió Wisting.

No se le ocurría nada más sensato que añadir, así que colgó justo en el momento en que Torunn Borg apareció en la puerta del despacho.

—Tiene que cruzar tres distritos policiales para llegar al Instituto Anatómico

Forense —explicó—. Søndre Buskerud, Asker y Bærum, y luego Oslo. En ninguno de ellos se ha recibido aviso de accidentes de tráfico con heridos ni otro tipo de incidentes.

Wisting se mesó el cabello. Una terrible sensación de malestar empezó a removerle las entrañas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Torunn Borg—. ¿Activamos la búsqueda del coche?

Faltaba un cuarto de hora para la rueda de prensa y toda la atención de los medios estaría puesta sobre ellos. Pero no tenía ningunas ganas de presentarse ante las cámaras para contar que el cadáver había desaparecido.

—Manda una patrulla para que efectúe el mismo recorrido —dijo poniéndose de pie—. Prioridad absoluta. Puede que el coche fúnebre esté en un arcén con una rueda pinchada y que el idiota del conductor tenga el móvil sin batería.

Torunn Borg asintió y se esfumó. Wisting agarró la chaqueta del traje del respaldo de la silla para acudir a la reunión preparatoria con Christine Thiis. Algunos periodistas ya habían entrado en el edificio y estaban siendo conducidos a la sala de prensa del segundo piso. Un par de ellos probaron a lanzarle algunas preguntas, pero Wisting siguió apresurado su camino.

El escritorio de Christine Thiis estaba despejado, salvo por el informe actualizado que Wisting le había enviado por correo electrónico y un bolígrafo que había empleado para corregir y hacer algunas anotaciones. El informe resumía los aspectos del caso que consideraba que debían ser transmitidos a la opinión pública. Estaba escrito en términos vagos, pero a la vez contenía suficientes detalles para satisfacer a los periodistas presentes.

Wisting se sentó en la silla que estaba vacía junto al comisario.

—Puede que tengamos un problema —dijo, y les contó la desaparición del vehículo que transportaba el cadáver al Anatómico Forense.

—¿Qué hacemos? —preguntó Christine Thiis.

—Sugiero que lo dejemos estar hasta después de la rueda de prensa —dijo el comisario—. ¿Repasamos la declaración?

Wisting asintió con un movimiento de cabeza y dejó que Christine Thiis leyera el comunicado en voz alta. Comentaron algunos puntos hasta ponerse de acuerdo.

—¿Hemos localizado a Thomas Rønningen? —quiso saber la abogada policial.

—No. Vive en Bærum. Le he pedido a la policía local que vaya a su casa, pero aún no me han respondido.

—¿Crees que los de ahí saben lo de Rønningen? —preguntó Christine Thiis señalando hacia la zona del edificio donde iba a tener lugar la rueda de prensa—. ¿Que su cabaña es la escena del crimen?

—No lo sé —respondió Wisting—. Pero si es así no te lo van a preguntar. Es un titular que querrán reservarse para ellos y no darlo a conocer en presencia del resto de los medios. Solo será cuestión de tiempo que se sepa, pero todavía no podemos hacerlo público.

Se repartieron los distintos papeles y funciones. La joven letrada policial asumió el cometido de liderar la comparecencia ante la prensa. Wisting se daba cuenta de que era una circunstancia nueva para ella.

—Todo saldrá bien —le dijo cuando se levantaron—. Si hay algo que sientas que no puedes responder, pásame la cuestión a mí.

Ella le dedicó una breve mirada amistosa y se acercó al espejo colgado junto a la puerta. Colocó en su lugar unos cabellos sueltos, puso un gesto serio y movió la cabeza para indicar que estaba lista. Wisting echó un vistazo a su propio reflejo. Tenía un lado de la cara hinchado y la piel que rodeaba la tiritita de la barbilla había adquirido un tono azulado. El encontronazo con el atacante nocturno había dejado huellas visibles y también, empezaba a notar, dolorosas.

Su móvil comenzó a sonar cuando salían del despacho. El nombre de su hija iluminaba la pantalla. Rechazó la llamada, preguntándose si estaría presente en la rueda de prensa. Con anterioridad ya había cubierto casos en los que él trabajaba, y siempre había sentido cierta incomodidad ante el papel ambiguo en que se veía.

En cualquier caso, debía admitir que su hija era una buena reportera de sucesos. Conocía las distintas fases del trabajo policial y tenía un talento especial para interpretar el desarrollo de una investigación. Y no solo en las que él intervenía. En ocasiones, sus reportajes habían ayudado incluso a hacer avanzar las pesquisas. Wisting tenía que reconocer que se sentía orgulloso de ella.

El teléfono volvió a sonarle en el momento en que entraban en la sala de prensa. Wisting recordó lo abarrotada que había estado el verano anterior, cuando cuatro pies izquierdos habían aparecido en las orillas de la costa de su distrito policial. Ahora la estancia solo estaba medio llena. No vio a Line entre los presentes. Menos mal. Solo había dos cámaras y un periodista de la prensa de la capital. Seguramente el resto de los medios nacionales contaba con hacer uso de las informaciones de las agencias.

Los periodistas se volvieron hacia ellos. Algunos fotógrafos inmortalizaron su llegada.

Wisting sacó el teléfono. Si era Line quien llamaba de nuevo, podría tratarse de algo importante. Pero era otro número. Respondió para decir que devolvería la llamada más tarde.

—Soy Hoff-Hansen, del Anatómico Forense —dijo el hombre al otro lado de la línea.

Wisting le hizo una señal a Christine Thiis de que debía responder a la llamada.

—Ha estado aquí —explicó el forense—. Pero se ha marchado sin hacer la entrega.

—¿Qué quieres decir?

—Una de las empleadas del laboratorio vio el coche. Era de una funeraria de Larvik, y supuso que había venido en relación con el caso del que hablan en las noticias.

—¿Y?

—Lo vio marcharse a gran velocidad cuando ella llegaba.

—¿Está segura de que era un coche de Larvik?

—Está segura. Además, tampoco esperamos ninguna entrega más hoy. Estuvo aquí, dio media vuelta y desapareció.

—¿Y el cadáver no está allí? Puede que lo entregaran y lo dejaran en un lugar equivocado.

—Te garantizo que no.

Wisting se mordió el labio. No estaba seguro de qué podía significar aquello, salvo la confirmación de que la pista más importante del caso, el cadáver, había desaparecido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el forense.

—No lo sé —respondió Wisting—. Te volveré a llamar.

Colgó el teléfono y lo puso en silencio antes de entrar en la sala por segunda vez. Se sentó junto a Christine Thiis y se pasó la mano por la barbilla. El dolor había ido en aumento.

El comisario dio la bienvenida al grupo de la prensa y presentó a los portavoces policiales. Confirmó que estaban investigando un asesinato de autor desconocido y dio la palabra a Christine Thiis para que informara. Punto por punto, la inspectora fue desgranando la declaración que habían preparado y solo de vez en cuando miraba sus notas, lo cual hacía que pareciera segura de su papel.

En cuanto terminó, los periodistas lanzaron preguntas sobre detalles que pudieran dar color al relato neutro que habían escuchado.

Una reportera del periódico local sentada en la primera fila preguntó:

—¿Qué pistas tienen?

Christine Thiis dudó un momento.

—Disponemos de varias pistas interesantes —respondió—. Pero seguimos trabajando en el lugar de los hechos.

—¿Qué es lo que resulta interesante? —continuó la periodista.

Wisting carraspeó. La abogada policial había entreabierto una puerta. Habían acordado no dar detalles sobre las pistas que tenían. Eran datos que la opinión pública no tenía por qué conocer. Revelar demasiada información podría resultar

perjudicial para la investigación. Al mismo tiempo, comprendía la necesidad de la letrada de mostrar a los medios y a la población que la investigación ya había dado resultados y que estaban haciendo progresos hacia la resolución del caso.

—Disponemos, entre otras cosas, de una pisada —oyó responder a Christine Thiis.

Wisting se arrepintió de no haberla preparado mejor. Era inexperta, ignoraba cómo podía verse atrapada por sus propias palabras.

—¿Tenéis la huella de la pisada del asesino?

En ese momento comprendió claramente las consecuencias de lo que acababa de revelar, ya que el asesino también estaría al corriente de lo que publicara la prensa.

—¿Wisting? —dijo, pasándole a él la pregunta.

—Es pronto para decirlo, por supuesto. —Hizo una pausa dramática, y luego se aclaró la garganta para dar a entender que tenía más que contar—. Sin embargo, se ha producido un hecho muy extraño —prosiguió, sabiendo que eso desviaría el foco de atención de la prensa—. El vehículo que trasladaba al fallecido no ha llegado al Instituto Anatómico Forense. Estaba previsto que el coche fúnebre llegara al Rikshospitalet sobre las ocho, pero tenemos un testigo que ha observado cómo el vehículo abandonaba el hospital a gran velocidad, sin que el conductor se haya puesto en contacto con nadie del departamento de Medicina Legal. Todos nuestros intentos de contactar con el conductor han sido infructuosos, de modo que nos vemos obligados a pedir cualquier información que se nos pueda hacer llegar sobre el coche.

Wisting leyó en voz alta la matrícula que tenía anotada en sus papeles e hizo una descripción del vehículo. Notó las reacciones que habían provocado sus palabras. Flashes y manos que se alzaban al aire. Wisting entornó los ojos. Era muy consciente. A partir de ese instante no iban a tener un momento de tranquilidad.

Tras la rueda de prensa, Wisting salió a toda prisa de la sala. Sabía que los periodistas presentes no lo habían percibido así, pero él tenía la sensación de que acababan de representar una función teatral a cargo de aficionados.

Los reporteros se agolparon en torno a la abogada policial para tratar de obtener más información. Pero ella no sabía nada del coche fúnebre desaparecido aparte de lo que él había declarado, así que no podía decir nada comprometedor.

Cerró la puerta del despacho y se quedó de pie junto a su mesa mientras marcaba el número de Arnesen en la funeraria. Le informó de la orden de búsqueda del coche y de que debía estar preparado para recibir llamadas de periodistas. Después convocó a otra reunión a los inspectores que estaban en la comisaría.

Wisting se sentó al final de la larga mesa de juntas y alargó los brazos para agarrarse a ambos lados del tablero.

—El caso ha dado un giro poco habitual —dijo—. Acabamos de pedir la colaboración ciudadana en la rueda de prensa para localizar el coche fúnebre que debía transportar el cadáver al Anatómico Forense.

Todos volvieron la vista hacia él. Desconcertados y perplejos. Wisting siguió hablando sin dejar que su reacción le afectara, presentando los pocos detalles de los que disponían. Acabó expresando lo que llevaba rondándole la mente desde que se enteró de lo ocurrido:

—Puede que nos enfrentemos a un secuestro, lo que, de ser así, supondría que el asesino ha causado un importante revés a nuestra investigación.

Los presentes no dijeron nada. Wisting observó que las nuevas circunstancias

provocaban en ellos el mismo sentimiento de inquietud que tenía él. En la mayoría de los casos el criminal trataba de pasar desapercibido. Se ocultaba con la esperanza de que la situación acabara calmándose por sí sola. Ahora estaban ante un adversario que trabajaba activamente para ocultar sus huellas y complicarles el trabajo.

—Hay una cosa más —prosiguió Wisting—. En el coche fúnebre también había documentación gráfica del lugar de los hechos y un informe para el equipo forense en el que Mortensen había resumido lo que sabemos del caso. No hace falta que os explique lo perjudicial que sería que hubieran caído en las manos equivocadas.

—¿Qué hacemos?

Wisting se puso de pie, se acercó a la encimera de la cocina y llenó un vaso de agua.

—Lo que hacemos siempre —respondió—. Investigar. Hemos sufrido un revés, pero ahora nos encontramos ante un nuevo escenario. Tenemos que encontrar el coche, y el cadáver.

Apuntó con el índice a Torunn Borg y a Benjamin Fjeld, que estaban sentados el uno junto al otro.

—Coged un coche e id para allá —les ordenó—. La policía de Oslo mandará a un experto en criminalística al Anatómico Forense y han dicho que tomarán declaración a la mujer que vio el coche fúnebre, pero quiero más. Preguntad a la gente de la zona, revisad las cámaras de videovigilancia... el paquete completo. No quiero que quede ni una colilla sin examinar frente al Rikshospitalet.

Los dos investigadores asintieron y tomaron nota.

—Y una cosa más —dijo clavando la mirada en Nils Hammer. Sabía que el experimentado inspector ya tenía asignadas muchas tareas, pero era el mejor buscando información—. Quiero saberlo todo del conductor del coche fúnebre.

Hammer sostuvo su mirada con una expresión decidida, intensa.

—Lo tendrás —aseguró.

No hubo más preguntas, tan solo el arrastrar de las patas de las sillas por el

suelo, y la reunión se dio por concluida.

A las 11.30 de la mañana del sábado 2 de octubre, Wisting se encontraba de nuevo en la escena del crimen. Habían pasado doce horas desde que se marchara la noche anterior, y todo tenía otro aspecto a la luz del día. El paisaje era más abierto de lo que había imaginado. Había matas de enebro por todas partes. La mayoría, retorcidas y atormentadas por el viento, no pasaban del metro de altura. Desde el lugar donde dejó aparcado el coche se veía el mar en toda su amplitud. Un viento frío y húmedo se adentraba hacia el interior.

Wisting sorteó las cintas policiales, blancas y rojas, que bloqueaban el sendero. Arriba, en la carretera principal, había un cordón exterior que mantenía a los periodistas alejados.

El terreno que bajaba hacia las cabañas era escarpado y casi impracticable. El sendero estaba lleno de raíces escurridizas, así que tuvo que pisar con cuidado. Por el camino pasó junto a dos técnicos que estaban acuclillados observando algo a un lado del sendero. Parecía un pequeño trozo de papel pisoteado entre los brezos, algo que para cualquier otro habría pasado desapercibido. Para los técnicos de criminalística que revisaban cada metro del sendero serpenteante, todo era una prueba en potencia. Lo que ahora parecía intrascendente podía adquirir importancia más adelante. Lo que ahora parecía incomprensible e inconexo podría convertirse en el detalle decisivo que faltaba.

Un poco más abajo había un pájaro muerto. Tenía la cabeza retorcida hacia atrás y las alas abiertas.

—¿Habéis visto esto? —preguntó Wisting.

El técnico de más edad se puso de pie y asintió con la cabeza.

—Hay otro un poco más abajo —dijo acercándose a Wisting—. ¿Crees que

tienen algo que ver con el caso?

—¿Lo crees tú?

El hombre negó con la cabeza.

—No —dijo con decisión, y apartó el pájaro del sendero con el pie.

Wisting se detuvo en el claro que había delante de la cabaña para hacerse una impresión general del entorno. A la luz del día, parecía un lugar apacible y bien cuidado.

Los expertos en escenas del crimen estaban trabajando allí también. Uno de ellos se encontraba agachado frente a la entrada de la cabaña hurgando en algo. Se irguió al ver a Wisting. Detrás de él, la negra sangre coagulada y la silueta de tiza de un cuerpo humano sobre el basto suelo de madera daban testimonio de lo ocurrido.

Las investigaciones de Mortensen habían desvelado que el escenario era diferente al que habían imaginado la noche anterior. Habían matado a golpes al hombre en el angosto recibidor, pero ya estaba herido de muerte cuando entró por la puerta.

Wisting llevaba el mapa en el que estaban marcados los lugares en los que habían hallado el teléfono móvil y los casquillos de bala. Siguió el sendero hasta que encontró las ubicaciones acordonadas en el terreno.

Se situó en el punto en el que había estado quien disparó y miró a su alrededor. Entre los arbustos más próximos se veían algunas ramas partidas, pero no era fácil saber si la causa eran los perros policía o una persona huyendo presa del pánico en la oscuridad de la noche.

Levantó los brazos y apuntó hacia el paisaje de vegetación de poca altura, como si tuviera una pistola en las manos. Luego tensó el cuerpo y disparó el arma imaginaria.

La sencilla reconstrucción no le proporcionó una mayor comprensión de lo ocurrido. Dobló el mapa y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta antes de volver al coche.

Un gorrión llegó aleteando y se posó frente a él sobre el capó. Parecía que le

estuviera observando. Antes de que retomara el vuelo y desapareciera, Wisting creyó intuir algo parecido al miedo en los ojos negros del pajarillo.

En el trayecto de vuelta redujo la velocidad al acercarse al lugar en el que le habían asaltado y robado el coche. Junto a la granja en la que le habían prestado ayuda, vio al granjero cerca del camino, recogiendo algo con una pala y echándolo en una carretilla. Wisting dudó si parar y darle las gracias por su ayuda, pero pasó de largo.

En ese momento sonó el móvil. Vio que era Line y respondió por el manos libres.

—Hola, papá —dijo ella—. Soy yo.

Con solo oír esas cuatro palabras supo que las cosas no iban bien. Pasaba algo.

—¿Cómo vas? —preguntó ella antes de que él tuviera tiempo de decir nada.

—Muy ocupado —respondió él—. ¿Cómo estás tú?

—He pensado ir para allá.

—¿Vas a cubrir el caso?

—No. Tengo unos días libres. Solo quiero ir a casa una temporada. ¿Te viene bien?

Wisting fue directo al grano.

—¿Pasa algo malo?

—Solo necesito alejarme un poco. Descansar.

—¿Va todo bien entre Tommy y tú?

—No.

Wisting calló. Se dio cuenta de que estaba utilizando el silencio del mismo modo que cuando quería que un interrogado le proporcionara más detalles.

—Se acabó —prosiguió Line—. En realidad solo era cuestión de tiempo. He pensado pasar unos días en casa para que Tommy pueda recoger sus cosas y buscarse otro sitio para vivir. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —respondió Wisting—. Suzanne está viviendo conmigo ahora. Tiene la casa llena de operarios trabajando, pero no hay problema. Tu habitación está libre.

Volvió a quedarse en silencio.

—Tal vez podría quedarme en la cabaña —propuso.

—¿La cabaña?

—Sí, la que te ha dejado el tío Georg.

—Pues no sé, Line. Hace años que no va nadie por allí.

—Entonces ya va siendo hora —dijo ella—. Puedo limpiar y ordenar. Así tendré otras cosas en las que pensar.

—Pero no sé si tendré tiempo para ir allí contigo...

—No hace falta. Sé dónde está. Y hay tanto agua corriente como electricidad.

Wisting percibió que la idea de ir a la cabaña del tío Georg le había levantado el ánimo. Su voz sonaba más enérgica.

—La llave está en casa —dijo él—. Puedes llevarte todos los productos de limpieza que necesites.

—Los compraré por el camino. También me hará falta algo de comida.

Le deseó suerte y puso fin a la conversación. Recordó el mapa que colgaba de la pared de la sala de reuniones. La cabaña en la que encontraron al muerto estaba rodeada con un círculo rojo. La distancia hasta la del tío Georg en Værvågen no sería de más de cuatro kilómetros. Y seguían sin saber nada del asesino que andaba suelto por aquel gélido paisaje de costa otoñal.

Wisting removió el contenido del cajón de su escritorio en busca de algún analgésico. Encontró una caja de paracetamol en la que quedaba un solo comprimido. Apretó para sacarlo del blíster y se lo tragó con un poco de café frío de la taza que tenía sobre la mesa.

Nils Hammer entró en el despacho, seguido por un hombre pálido y tímido vestido con un anodino traje gris. Wisting reconoció a Ingvar Arnesen, de la funeraria Memento.

Hammer dejó frente a él una foto de carnet ampliada.

—Ottar Mold —dijo.

Wisting cogió la foto del conductor del coche fúnebre desaparecido: un rostro ancho, con ojos oscuros y muy juntos, la frente despejada, la mandíbula amplia y un robusto mentón con barba.

—¿Qué sabemos de él?

El hombre de la funeraria se quedó de pie, mientras Hammer se sentaba en la silla de las visitas.

—Bastante —respondió, y empezó a pasar las páginas de su cuaderno—. Cuarenta y seis años, dos hijos adultos, recién separado, ahora vive en un estudio en Torstrand.

Wisting le indicó con la mano que continuara. Todo eso ya lo sabía.

—Lo más interesante es que ha cumplido condena —prosiguió Hammer.

—¿Ha estado en la cárcel?

—Dos veces. Tres meses en 2002 y año y medio en 2004.

—¿Por qué?

—Compraventa de objetos robados.

Ingvar Arnesen dio un paso al frente.

—De esto no sabía nada —aseguró en voz baja.

Hammer sacó unas hojas grapadas.

—Tengo la última sentencia aquí —dijo—. Compraba ordenadores, televisores y reproductores de DVD robados, y luego los vendía.

Wisting clavó la mirada en el propietario de la funeraria. Sentía el deseo imperioso de preguntarle cómo había podido contratar a un hombre así. Si había una circunstancia en la vida en que la gente necesitaba confiar en otros, esa era sin lugar a dudas un entierro.

Ingvar Arnesen carraspeó.

—Fue él quien vino a mí —explicó sin esperar a que se lo preguntaran—. Dijo que llevaba tres meses parado y que estaba harto de no tener nada que hacer. Yo había comunicado a la oficina de desempleo que necesitaba ayuda temporal, pero este no deja de ser un trabajo bastante especial y nadie se había interesado por el puesto. Aprecié su iniciativa y quise darle una oportunidad.

—¿No tenía referencias?

—Me puse en contacto con una mensajería con la que había trabajado. Me hablaron bien de él. Era trabajador y siempre estaba dispuesto a echar una mano. Eso era lo que yo necesitaba: un auxiliar que pudiera hacer recogidas en el hospital o en residencias de ancianos, o acompañarme durante la noche. Era discreto y educado, pero tenía poco trato con los clientes. De eso me ocupó yo. Además, conocía a su familia. He enterrado a sus abuelos y conozco bien a su madre. Participa mucho en las actividades de la parroquia.

Wisting no le quitaba los ojos de encima, y el hombre apartó la mirada. El inspector intuyó que había algo más y esperó a que continuara.

—Debería hablaros también de ciertas circunstancias —dijo Ingvar Arnesen, después de que Wisting hiciera que el silencio resultara opresivo—. Ottar Mold tiene serios problemas económicos. Tanto Hacienda como la oficina de impagos me han dado órdenes para que le retenga parte del sueldo.

Wisting se preguntó si debería pedirle a Arnesen que acercara la silla que

estaba junto a la puerta y tomara asiento, pero dejó que siguiera de pie.

—Y hay una cosa más —siguió el hombre de la funeraria—. Han desaparecido cosas de los muertos.

—¿Qué quieres decir?

—El fin de semana pasado, Ottar recogió a un hombre de la residencia hospitalaria de Stavern que había fallecido de manera algo imprevista. Después su hijo echó en falta varios miles de coronas que estaba seguro de que su padre tenía en la cartera, en el cajón de la mesilla. Puede que hayan sido los auxiliares de la residencia u otros familiares, pero no lo sé.

—¿Crees que lo cogió Mold?

—No tengo ninguna razón para afirmarlo, pero también han desaparecido otros objetos. Me entero de bastantes cosas en las conversaciones que mantengo con los allegados. Algunos han mencionado joyas que no encuentran, o dinero en efectivo que ha desaparecido. Nunca había sospechado de él, pero ahora que ha ocurrido esto, me da que pensar. Como ya te mencioné por teléfono, Ottar ha sido problemático, demasiadas ausencias sin avisar. No pienso pedirle que siga con nosotros cuando acabe el periodo de prueba.

—¿Y él lo sabe?

Ingvar Arnesen asintió.

—Le dije que no había tanta necesidad de un asistente como para poder ofrecerle un puesto fijo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Ayer.

Wisting se reclinó en su asiento. Se estaba perfilando la imagen de una persona acorralada que podría actuar de manera irracional impulsado por la desesperación. Pero no alcanzaba a imaginar qué podría ganar Ottar Mold quedándose con el cadáver de un caso de asesinato.

Veinte minutos más tarde William Wisting y Nils Hammer abrían el piso de

Ottar Mold en el bajo de un adosado, usando las llaves del propietario.

Una puerta acristalada llevaba del pequeño recibidor a una habitación que era a la vez sala de estar y cocina. Todas las cortinas estaban echadas y el aire era denso y húmedo. La zona de la cocina constaba de frigorífico, lavadora y dos placas para cocinar junto al fregadero. Comunicaba con el dormitorio por un breve pasillo. La puerta estaba abierta. Sobre la cama había un edredón doblado, sin funda. Daba la impresión de que Ottar Mold pasaba las noches tapado con una manta en el sofá.

Todo indicaba que solo había vivido allí un par de meses. Las paredes estaban desnudas y sus cosas todavía estaban metidas en cajas.

Sobre la mesita de la sala de estar, Wisting vio un vaso vacío y un plato con una rebanada de pan a medio comer. El embutido estaba reseco, con los bordes curvados. Al lado había un montón de sobres de distintos tamaños: reclamaciones de pago y avisos de deudas pendientes, junto a otras cartas sin abrir.

El escaso contenido del lugar apenas les dijo gran cosa. Daba testimonio de la vida anodina de un hombre solitario, y no había nada que les pudiera proporcionar algún indicio sobre qué había sucedido. Sin embargo, había algo desasosegante en aquel piso angosto. Wisting no era capaz de concretar qué era, pero le recordaba a un velero que hubiera sido abandonado por su tripulación a toda prisa, sin una razón evidente, y que fuera a la deriva por el mar como un desolado barco fantasma.

Cuando volvió a su despacho, Wisting se arrepintió de no haber parado en una farmacia para comprar otra caja de paracetamol. La solitaria pastilla que encontró en el cajón de la mesa había mitigado el dolor, pero no lo había hecho desaparecer. Se quedó sentado dándose un masaje en la barbilla magullada mientras se conectaba al espacio virtual en el que todos los que trabajaban en el caso iban registrando nuevos datos constantemente. Era un flujo interminable de información. A veces resultaba tan abrumador que le impedía ver dónde debía centrar su atención, pero no había ninguna manera de discriminarla. Debía asimilar toda la información sin filtrarla e intentar extraer lo más importante, pese a ser muy consciente de que a menudo la respuesta estaba en los detalles.

Antes de empezar a leer llamó a Suzanne.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Me duele, pero estoy bien.

—Deberías haber ido a que te lo viera un médico.

Wisting navegaba por la pantalla del ordenador mientras hablaba con ella.

—Si empeora iré —dijo—. Me he tomado un paracetamol.

—¿Vendrás a casa esta noche?

—Sí, pero puede que llegue tarde. —Carraspeó antes de proseguir—: Line me ha llamado. Va a venir.

El silencio al otro lado de la línea le dio a entender que Suzanne esperaba que dijera algo más.

—Ella y Tommy lo han dejado. Viene a desconectar un poco.

—Oh, vaya. ¿Está muy mal?

—No, más bien parece aliviada. Ha sido ella quien lo ha dejado. Le ha dado

unos días para que recoja sus cosas y se busque otro sitio para vivir. Mientras tanto, se instalará en la cabaña.

—¿En la cabaña? Pero si no está acondicionada.

—Quiere hacerlo ella. Pasará a buscar la llave.

—Vale. ¿Crees que debería ir con ella para echarle una mano?

—Creo que quiere estar sola.

—Entonces me quedaré aquí y prepararé algo de cenar, con la esperanza de que puedas venir.

Wisting prometió que lo intentaría y colgó. El teléfono fijo de su mesa y el móvil eran una fuente constante de interrupciones, y las conversaciones solían alargarse más de lo necesario. Introdujo en el fijo un código que indicaba que estaba ausente y apartó el móvil a un lado, sin arriesgarse a desconectarse por completo del mundo. Una sola llamada podía dar un impulso definitivo a un caso.

Pudo trabajar sin interferencias durante casi una hora antes de que llegara la llamada decisiva.

Wisting no retuvo el nombre del hombre que llamaba, pero entendió que trabajaba en la comisaría central del distrito de Oslo.

—Empezaré por las buenas noticias —dijo—. Creo que hemos encontrado el coche fúnebre que buscáis.

Wisting se echó hacia atrás fijando la vista en un punto del techo.

—¿Y las malas noticias?

—Está en llamas.

Wisting cerró los ojos. Se le había pasado por la cabeza esa posibilidad.

—¿Qué más nos puedes contar? —preguntó.

—Unos excursionistas dieron aviso sobre las 12.02 de que había un vehículo ardiendo en la ladera este de Vettakollen.

Wisting frunció el ceño y miró la hora. Hacía cuarenta y ocho minutos. Vettakollen estaba a unos pocos kilómetros del Rikshospitalet. Era un trayecto que no llevaría más de diez minutos en coche. Sin embargo, habían pasado varias horas desde la desaparición del vehículo hasta que le habían prendido fuego.

El hombre continuó hablando al otro lado de la línea.

—La policía y los bomberos están allí. Al igual que un montón de periodistas.

Wisting entró en internet para ver si la noticia había llegado a los medios digitales. Los incendios siempre proporcionaban buenas fotos, incluso una vez extinguidos.

—¿Estáis seguros de que es nuestro vehículo? —preguntó.

—Sí. Los que dieron aviso comunicaron el número de la matrícula.

El diario sensacionalista VG publicaba la noticia bajo el titular: EL COCHE

FÚNEBRE INCENDIADO . Acompañaba al texto una foto que un lector había tomado con su móvil. Wisting miró la pantalla con los ojos entornados. Los bomberos habían acabado su trabajo y la policía había acordonado la zona que rodeaba al vehículo carbonizado.

Wisting hizo clic sobre el artículo. Habían publicado más fotos. Los restos metálicos ennegrecidos soltaban humo, pero los daños no parecían tan graves como Wisting había temido.

—¿Tenemos algún testigo? —preguntó.

—Nadie que haya visto nada aparte del incendio en sí.

—¿Qué aspecto tiene el interior del vehículo?

—La cabina está vacía, pero parece que vuestro cadáver sigue aún en la parte trasera. Si lo hubieran transportado en un ataúd puede que se hubiera salvado algo más. Pero el plástico de la funda en la que iba metido se ha fundido y ha alimentado las llamas.

Wisting volvió a cerrar los ojos. No le gustaba la visión de los cuerpos carbonizados. Había visto los suficientes como para temer al fuego más que a ninguna otra cosa. Si tuviera que elegir entre un cadáver devuelto por el mar y la víctima de un incendio, probablemente preferiría la masa informe e hinchada del cuerpo sumergido antes que los restos carbonizados y despellejados de un muerto entre las llamas.

—Mandaremos técnicos al lugar —prosiguió el hombre de la central—. Pero en cuanto sea técnicamente viable traeremos el coche para inspeccionarlo aquí. Es probable que los forenses puedan tener su cadáver a primera hora de mañana.

Wisting le dio las gracias y pidió que lo mantuvieran informado.

Acababan de actualizar el artículo de internet con fotos propias del periódico. El fotógrafo había usado un gran angular. Además de la estructura del vehículo cubierta de espuma, se veía al grupo de bomberos recogiendo su equipo, un grupo de curiosos que se tapaban la nariz y la boca para protegerse del humo apestoso, y una parte del entorno. El lugar del hallazgo era una zona despejada

que lindaba con un camino de gravilla. Al fondo, los árboles amarillentos y otoñales se alzaban hacia el cielo gris.

Leyó el texto por encima. Afirmaba que se trataba del coche fúnebre que la policía estaba buscando. El periódico había hablado con un excursionista que había pasado por allí media hora antes de que se descubriera el incendio. En aquel momento, el lugar había estado vacío. La gran cuestión era dónde había estado el vehículo durante las horas transcurridas entre su desaparición del Instituto Anatómico Forense hasta que le prendieron fuego.

Y había otra pregunta sin responder que el periódico no planteaba. ¿Dónde estaba el conductor?

Después de que Line recogiera las llaves de la cabaña había empezado a llover.

Ahora, conforme se acercaba a la costa, la niebla llegaba arrastrándose desde el mar y la humedad formaba gotas en el cristal. Puso en marcha los limpiaparabrisas. Las nubes bajas amortiguaban la luz diurna y desdibujaban el entorno.

Se equivocó tres veces antes de dar por fin con el camino de grava correcto. Estaba lleno de baches y charcos sucios. Otro vehículo más pesado había dejado marcas de neumáticos profundas y llenas de barro que dificultaban sus maniobras.

El camino seguía serpenteando unos setecientos cincuenta metros más entre el bosque cerrado antes de ascender a una cima que le permitió ver las laderas rocosas que descendían hacia el mar. La niebla suavizaba los contornos del paisaje gris.

El camino desembocaba en un espacio abierto a unos treinta metros de la cabaña. Desde allí partía un sendero, el último tramo cubierto de arenilla formada por conchas marinas trituradas.

En medio del claro había aparcada una gran furgoneta gris con los laterales salpicados de barro. Line estacionó al otro lado, ante un denso arbusto de escaramujo, y se bajó del coche. El olor salado del mar salió a su encuentro. Lo inhaló profundamente.

La cabaña estaba como la recordaba. Un poco retirada, pintada de rojo, el techo entejado y las contraventanas verdes.

Abajo, junto al mar, se hallaba el embarcadero. Una silenciosa gaviota estaba posada sobre uno de los últimos postes de amarre, con el pico apuntando hacia el

horizonte. Algunos de los travesaños de la escala del trampolín estaban podridos; a pesar de eso, su visión despertó felices recuerdos de la infancia, de sus visitas al tío Georg en los veranos.

Unos cientos de metros más allá, en Steinholmen, un hombre cubierto con un impermeable negro hasta los pies miraba por unos prismáticos, oteando hacia el nordeste. Era evidente que no había visto llegar a Line. Ella intentó mirar en la misma dirección, pero no vio nada aparte de la monotonía gris y compacta del paisaje.

La gaviota del embarcadero levantó el vuelo y ascendió planeando. Utilizaba las corrientes de aire para permanecer suspendida en el aire sin batir las alas.

Cogió las bolsas con los productos de limpieza y las provisiones y cargó con ellas los últimos metros. Una ancha escalera de madera subía hacia la amplia terraza también de madera que bordeaba la cara sur de la cabaña.

En el último escalón había un pájaro muerto. Lo empujó con cuidado con la punta del zapato. Las alas abiertas. Del pico amarillo y afilado manaba una mucosidad que había manchado un poco la madera. Lo dejó estar y quitó la tranca de la puerta.

La llave entró en la cerradura con dificultad. El tiempo transcurrido desde la última vez que alguien había estado allí hacía que estuviera poco predispuesta a colaborar. Consiguió hacerla girar y se encontró ante la penumbra del interior. El aire estaba húmedo y cargado, y el olor a moho era nauseabundo.

Dejó la puerta abierta y encontró el interruptor de la lámpara del techo. La pantalla de cristal estaba llena de moscas y polillas muertas que apenas dejaban pasar la luz.

Salió para abrir las contraventanas antes de poder hacerse una idea del estado del interior de la cabaña.

Los muebles del amplio salón estaban cubiertos por sábanas blancas. Un viejo mapa para navegantes del fiordo de Oslo, desteñido por el sol, colgaba de una de las paredes junto a tres fotos enmarcadas en blanco y negro. Al otro lado, una abarrotada estantería llegaba hasta el techo con los libros dispuestos sin ningún

orden aparente. Sobre el suelo de madera había alfombras tejidas a mano.

Una gran chimenea abierta separaba el salón de la cocina. Aparte de las cenizas frías y grises y los restos de unos troncos a medio quemar en el hogar, todo parecía estar limpio y recogido.

Había cuatro habitaciones más en la cabaña: un baño, una despensa y dos dormitorios. Uno de ellos era casi tan grande como el salón. Además de una cama ancha, había una cómoda y un sillón de orejas de respaldo alto. Dos grandes ventanas daban al mar. La niebla se había hecho más espesa y el hombre de Steinholmen había desaparecido.

Volvió a la cocina y abrió el grifo. El agua fría se derramó sobre el fondo de la pila esmaltada. Encontró el calentador de agua debajo de la encimera y lo encendió. Pasarían unas horas hasta que tuviera agua caliente para limpiar, a menos que la calentara al fuego.

Habían apartado la nevera de la pared y la puerta estaba entreabierta. La enchufó, la empujó hasta encajarla en su sitio y la llenó con la comida que había comprado.

Recogió las sábanas de los muebles del salón y consiguió dar vida a un viejo transistor. Luego se quedó mirando fijamente por las ventanas mientras pensaba en Tommy. Su mirada oscura y cálida, sus brazos nervudos, la intensidad de sus abrazos.

Nunca antes se había sentido tan próxima a alguien, una cercanía de la que había llegado a depender. Puede que se hubiera vuelto cada vez más dependiente de esa intimidad física a medida que aumentaba la distancia emocional entre ambos. Unas semanas antes lo había visto muy claro: no podía seguir con en esa relación. A pesar de que le había dolido reconocerlo, también había sentido alivio. Tenía que recuperar su vida, ser independiente. En su fuero interno hacía mucho que sabía que la vida con Tommy acabaría desembocando en tristeza y dolor, quizá en algo peor, como ya habían advertido quienes la rodeaban. Sus facetas oscuras, las mismas que en un principio la habían atraído, eran las que ahora la alejaban de él.

Se estremeció, como si tuviera frío, y pensó que aquello era algo que solía pasar. Las cualidades que el enamoramiento cubría con un indulgente velo de pronto se volvían insoportables cuando la intensidad de la pasión inicial se atenuaba. Y eso era lo que sentía ahora. La vida oculta de Tommy, sus salidas nocturnas y conversaciones telefónicas en susurros encerrado en el baño, solo le producían desasosiego y frustración.

En el exterior, la grisura empezaba a diluirse. El viento había empezado a soplar entre los árboles, arrastrando consigo la niebla.

Se sentó y alargó la mano hacia un libro que asomaba de la estantería. Era una novela de misterio de Agatha Christie. El envoltorio de una chocolatina servía de punto de lectura entre las páginas casi al final del libro. Lo abrió, leyó unas líneas y volvió a cerrarlo.

Tenía la cabeza llena de pensamientos caóticos: dudas, desconcierto, los buenos y los malos recuerdos entremezclándose. La idea de pasar unos días en la cabaña era un intento de huir de esos pensamientos, pero haría falta algo más que una vieja novela de intriga para alejarlos.

La soledad y el silencio que la rodeaban no iban a facilitar las cosas. Tal vez era algo de lo que no podría escapar. Tal vez fuera algo a lo que tendría que enfrentarse.

Fue a buscar su bolso y sacó el ordenador. Volvió a sentarse y lo abrió con la intención de plasmar con palabras sus pensamientos y sentimientos dispersos.

Se gustaba más ahora que antes de conocer a Tommy. Antes era inmadura e insegura. Seguía sintiéndose insegura, pero de otra manera. Sabía más sobre lo que quería y sobre quién era, era más consciente de todo lo que la vida podía ofrecer. Había aprendido lo que la pasión puede hacerle a la gente, lo vivificante y perjudicial que puede resultar al mismo tiempo. Había madurado y había llegado el momento de seguir su camino. Tenía veintisiete años. Hubo un tiempo en que creyó que a esa edad una ya era adulta. Que estaba lista para comprometerse. Qué equivocada había estado... Era hora de recuperar su vida. Hora de vivir. No solo en su cabeza, no en el pasado o en el futuro, sino aquí y

ahora.

No podía mirar atrás, tenía que pasar página e iniciar un nuevo capítulo.

Miró con el rabillo del ojo el libro de Agatha Christie, lo cogió y pasó unas cuantas páginas. Todo era tan sencillo, tan fácilmente comprensible. Una comunidad o una familia se ven conmocionados hasta los cimientos por un asesinato. Miss Marple entra en escena, recopila información, analiza la situación, desvela la identidad del asesino y la armonía queda restablecida. Un universo cuidadosamente planificado, cerrado en sí mismo y transparente. En el que era fácil vivir. Ojalá alguien pudiera tomar el control de su vida de la misma manera y organizarla de forma que todo tuviera una solución sencilla, lógica y feliz.

Volvió a levantar la vista hacia la ventana. El mar estaba a punto de desaparecer en la oscuridad entre gris y azulada del ocaso. Estuvo un rato sopesando una idea. Luego tachó todo lo que había escrito sobre sí misma y empezó con una frase nueva: «Lograron recuperar el cadáver el 8 de julio, poco después de las tres de la tarde».

Asintió satisfecha. Era un buen comienzo para una novela negra.

Benjamin Fjeld había mandado fotos del coche fúnebre carbonizado. Una vista general del interior de la parte trasera del vehículo ocupaba la pantalla del ordenador del despacho de Wisting. Los detalles que desvelaba dejaban poco lugar al optimismo.

No quedaba nada de la ropa del cuerpo yacente. La piel calcinada presentaba grandes ampollas reventadas.

Abrió otro archivo y obtuvo un primer plano de la cabeza. Unos pocos cabellos seguían adheridos al cráneo destrozado. El fuego había consumido por completo la nariz y los labios y los ojos se habían transformado en profundos agujeros vacíos.

Los forenses no podrían sacar gran cosa del cadáver carbonizado. Puede que los empastes de la boca pudieran ayudarles a establecer su identidad, pero había pocos datos más que los técnicos pudieran extraer.

Ahora se arrepentía de no haberle levantado el pasamontañas cuando estaban en el lugar del crimen y haber hecho unas fotos que mostraran su rostro.

Nils Hammer apareció en la puerta. Se frotó los ojos con el índice y el pulgar de la mano izquierda.

—En esto se ha convertido nuestro trabajo —dijo señalando la pantalla con un gesto—. En estar sentados mirando un ordenador.

Wisting se quitó las gafas y se tocó la barbilla aún dolorida.

—¿Cómo va lo de los peajes? —preguntó—. ¿Te han llegado los archivos informáticos?

—Sí, y empiezo a tener una visión de conjunto, pero lleva tiempo clasificar la información. —Hammer se sentó—. Hay más tráfico del que había previsto. Aun

limitándonos a una franja temporal de veinte minutos, son trescientos setenta y ocho los coches que pasan por los dos peajes en dirección sur, y de esos son nada menos que doscientos dieciséis los que vuelven la misma noche. El problema es que los datos que nos proporciona la compañía que gestiona los peajes solo contienen las matrículas. Tengo que buscar cada uno de los números manualmente en el registro de vehículos para dar con la marca del auto y el propietario. Una vez que eso esté hecho será cuando empiece la parte interesante. Pero me he visto obligado a tomarme un descanso. Demasiadas cifras y números de una sentada. La cabeza me da vueltas.

Christine Thiis entró antes de que Wisting pudiera contestarle.

—Ya es de dominio público —dijo—. Los medios han averiguado que la cabaña donde se produjo el crimen pertenece a Thomas Rønningen. Y ellos tampoco son capaces de dar con él.

—Tal vez deberíamos intentar contactar con su dentista —sugirió Hammer, señalando la pantalla que Wisting tenía delante.

Christine Thiis hizo una mueca y se acercó a la ventana.

—¿Qué les digo cuando llamen? —dijo mirando hacia el exterior.

Wisting abrió el cajón de la mesa para ver si quedaba algún paracetamol suelto por allí.

—Tendremos que confirmar que se trata de su cabaña —dijo mientras rebuscaba—. Y que nuestros intentos de ponernos en contacto con él han sido infructuosos.

Su móvil sonó y cerró de golpe el cajón sin haber encontrado ningún analgésico. Miró la pantalla para ver quién era y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Giró el teléfono hacia los otros dos para que pudieran verlo: «Thomas Rønningen».

Después respondió de manera concisa y asintió con la cabeza a sus colegas cuando el que llamaba se presentó.

—Tengo entendido que has intentado localizarme —dijo el presentador.

Wisting se lo confirmó.

—No sé cuánto sabes acerca de lo ocurrido, pero necesitamos hablar contigo.

—He visto las noticias. ¿Es mi cabaña? ¿Me llamabas por eso?

—Sí.

—Eso me temía, así que ya voy de camino.

—¿Cuándo podrás estar aquí?

—En una hora más o menos, pero confiaba en que pudiéramos vernos en algún lugar que no fuera la comisaría. Supongo que habrá mucha prensa por allí.

—¿En qué habías pensado?

—¿Podríamos hacerlo de la manera más discreta posible?

—Podemos buscar una solución. —Wisting se pasó la mano por la barbilla dolorida y tuvo una idea—. Podemos vernos en mi casa.

—¿En tu casa?

—De todas formas tengo que pasar por allí.

—Si podemos hacerlo así, te lo agradeceré mucho.

Wisting nunca había hecho antes algo parecido, pero no veía ninguna objeción al respecto. Lo más importante para obtener una buena declaración era crear un ambiente en el que el testigo pudiera sentirse relajado. Le dio su dirección en la calle Herman Wildenvey y, una hora más tarde, aparcaba en el camino de entrada de la casa.

Suzanne estaba bajo el gran abedul del jardín rastrillando las húmedas hojas otoñales. Había encontrado las botas de goma negras de Wisting y un par de guantes de jardinero en la caseta de las herramientas. Enderezó la espalda y sonrió al verlo. Apoyó el rastrillo en el tronco, tiró de los guantes para quitárselos y fue a su encuentro.

—Qué bien que hayas podido venir —dijo dándole un beso.

—Eres tan eficiente... —sonrió él mirando por encima de su hombro.

—Me gusta trabajar en el jardín, hace que los pensamientos fluyan libres.

—¿Y en qué piensas?

—Ya te lo contaré en otro momento.

Se echó a reír y lo besó de nuevo. Después se apartó de él y examinó su

rostro.

—¿Cómo estás?

—Me duele —dijo él dirigiéndose a la puerta—. Tengo que tomarme un analgésico.

—¿Por eso has venido a casa?

—Eso también. —Le sonrió—. Vamos a tener visita.

—¿De quién?

—De Thomas Rønningen.

Ella repitió el nombre como si no entendiera qué quería decir.

—Es un testigo del caso —explicó Wisting—. El cadáver apareció en su cabaña.

—¿Y él está implicado?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—¿Y vas a hablar con él aquí?

—Era la solución más conveniente.

Suzanne se quitó las grandes botas de agua.

—Va a resultar un poco extraño —dijo ella.

—¿Por qué?

—Ayer lo estuvimos viendo por la televisión y hoy viene aquí.

Wisting encontró una caja de paracetamol en el armario de la cocina. Llenó un vaso de agua del grifo y se metió dos comprimidos en la boca. Suzanne hirvió agua para el té.

—Line ha estado aquí —le contó—. Se llevó la llave de la cabaña.

—¿No conseguiste convencerla para que se quedara? —preguntó Wisting tomando asiento junto a la ventana.

—Se lo propuse, pero me dijo que quería pasar un tiempo a solas.

—¿Cómo estaba?

—Parecía estar bien, pero no me gusta la idea de que vaya a estar completamente sola en Værvågen. Me pregunto si debería pasarme por allí.

Wisting bebió un sorbo del té que le había servido. Le gustaba que se

preocupara por Line.

—Pero eso es lo que ella quiere —replicó—. Pasar un tiempo a solas.

—Aun así... —objetó ella señalando con la cabeza hacia el lúgubre exterior—. Según las previsiones meteorológicas, el tiempo va a empeorar.

Llamaron a la puerta antes de que les diera tiempo a acabarse el té. Wisting fue a abrir.

Thomas Rønningen era más bajo de lo que había supuesto. Iba vestido con pantalones vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto bajo el anorak. Le tendió la mano con un brillo jovial en su mirada de ojos azules. Wisting tuvo la sensación de que era como saludar a un viejo amigo.

Le invitó a pasar. El famoso presentador colgó el anorak en el recibidor y se quitó los zapatos. Saludó a Suzanne antes de seguir a Wisting a la sala abuhardillada del primer piso.

Se quedó de pie junto a la ventana mientras Wisting buscaba algo para poder tomar notas. La luz diurna agonizaba en el cielo plumizo.

—Imagino que la vista debe ser fantástica en un buen día —comentó Rønningen.

—Así es —confirmó Wisting, e invitó al conocido presentador a tomar asiento.

—En realidad podríamos haber hablado de esto por teléfono —dijo Thomas Rønningen sentándose en el sofá—. No sé nada de lo ocurrido.

Wisting se acomodó frente a él y puso en marcha la pequeña grabadora. Así se creaba un ambiente un poco más formal.

—Aun así, es bueno que te hayas tomado la molestia de venir.

El otro asintió.

El objetivo de un interrogatorio era siempre el mismo: conseguir información nueva. Wisting solía pensar en ello como un juego entre dos personas sentadas a ambos lados de un tablero, cada una con información distinta sobre un mismo caso. El policía debía dirigir y sentar las bases del interrogatorio, pero en ocasiones el interrogado era tan hábil que se hacía con el control de la

conversación y el interrogador acababa proporcionando datos en lugar de recabarlos.

Thomas Rønningen era un adversario profesional. Si estaba más implicado en el asunto de lo que había dado a entender, Wisting tendría que proceder con cuidado. Se colocó el cuaderno de notas en el regazo y pasó las páginas hasta dar con una en blanco a fin de indicar al otro que el interrogatorio había empezado.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la cabaña?

—Hace unas dos semanas. Estuve de viernes a domingo.

—¿Estuviste solo?

—Sí.

Wisting miró de reojo a la grabadora. Sabía por la prensa del corazón que Thomas Rønningen estaba divorciado. Se referían a él como un soltero codiciado y en los últimos años lo habían relacionado con varias actrices y cantantes famosas.

—¿Ninguna visita? —preguntó.

Thomas Rønningen dedicó un segundo a pensar la respuesta.

—Pues no. Estoy escribiendo un libro y para eso prefiero estar solo.

—¿Un libro?

—Trata de todo lo que no se ve en la televisión —sonrió Rønningen—. Lo que ocurre entre bambalinas cuando se apagan los focos. Me falta poco para llegar a los doscientos programas con casi mil invitados. Toda la élite de la sociedad noruega ha pasado por allí. Líderes empresariales y personalidades del mundo de la cultura. He entrevistado a presidentes de gobierno y miembros de la realeza, estrellas del porno y delincuentes famosos. Está claro que de algo así tiene que salir un buen libro.

Wisting le devolvió la sonrisa y prosiguió:

—¿Hay alguien más, aparte de ti, que pueda hacer uso de la cabaña?

Thomas Rønningen se removió en su asiento. Una contracción muscular en la comisura del ojo reveló a Wisting que la pregunta le resultaba incómoda.

—No entiendo muy bien adónde quieres ir a parar con todo esto. Supongo que

lo importante aquí es que quienes estuvieron ayer en la cabaña no estaban invitados.

—Lo siento.

Wisting dejó el bolígrafo sobre el cuaderno abierto. Debería haberle dejado más claro cuál era su propósito al interrogarlo: un testigo inseguro de a qué se enfrenta es un mal testigo.

—Lo que trato de hacer es eliminar y descartar —explicó—. Los técnicos criminalistas han tomado huellas dactilares y muestras de ADN. Debemos excluir a las personas que últimamente hayan tenido acceso legítimo a la cabaña, solo así podremos estar seguros de cuáles son las pistas que ha podido dejar el autor del crimen. Necesitaremos tus huellas dactilares. Si la investigación se prolonga, puede que también necesitemos las huellas de tus invitados.

Thomas Rønningen se reclinó sobre el respaldo. Leves movimientos faciales transmitían que estaba pensando.

—No sé... —empezó, pero se interrumpió como Wisting le había visto hacer en televisión—. Deja que intente comprenderlo —dijo entonces—. Mi cabaña ha sido el escenario de un asesinato.

Wisting asintió.

—Tengo entendido que la víctima apareció en el recibidor —continuó Rønningen—. ¿Lo mataron en el pasillo o dentro de la cabaña?

—Lo mataron en el recibidor —explicó Wisting—. En la entrada. El asesino se encontraba ya dentro de la cabaña.

Wisting calló, preguntándose si ya había dicho demasiado. Cabía la posibilidad de que Rønningen concediera entrevistas y refiriera lo que le habían contado.

—¿Un ladrón?

—Es una teoría.

—¿Qué han robado?

—Han entrado en varias cabañas. Tenemos la impresión de que buscaban aparatos electrónicos fáciles de vender. ¿Qué tenías en tu cabaña?

—Pues algo de eso hay, y también un ordenador portátil en el que trabajo cuando estoy allí.

Wisting recordó el aspecto que presentaba la cabaña asaltada.

—Estaba sobre la mesita del salón —añadió Rønningen.

—Creo que se lo han llevado —confirmó Wisting—. Tan solo quedaban algunas páginas sueltas de un manuscrito.

Thomas Rønningen hizo una mueca.

—Era un ordenador viejo y tengo una copia de seguridad, claro, pero no me hace ninguna gracia que mi manuscrito ande perdido por ahí.

Wisting volvió a coger el bolígrafo. Rønningen había cambiado el foco de atención para esquivar la pregunta. Daba la impresión de que no quería contar quién utilizaba la cabaña además de él. Mientras hablaba no paraba de mover las manos, inquieto, una actitud muy diferente a la que mostraba en televisión. La intranquilidad solía ser síntoma de una actividad mental caótica y compleja.

—¿Quién más ha estado en la cabaña? —volvió a preguntar Wisting.

—He tenido bastantes visitas este verano —respondió el presentador—. La revista del corazón *Se og Hør* vino a hacer un reportaje, por ejemplo. Y también estuvieron unos colegas de la NRK.

Thomas Rønningen pronunció varios nombres del medio televisivo, y después le informó de otros visitantes que habían pasado por allí durante el verano. Wisting tomaba nota. Poco a poco la lista empezó a estar dominada por una serie de rubias considerablemente más jóvenes que el propietario de la cabaña. Cuando parecía que por fin había acabado, añadió:

—Y también vinieron David Kinn y unos amigos suyos.

Wisting no pudo ocultar su sorpresa.

—¿El inversor? —preguntó.

Thomas Rønningen asintió. Los medios se referían a David Kinn como un acróbata de las finanzas y un depredador de empresas en quiebra. Estaba involucrado en asuntos de juego y en montajes piramidales, y unos años antes había sido condenado por receptación criminal después de haber prestado una

importante cantidad de dinero que resultó ser robado. Lo último que se había publicado sobre él era que le perseguían unos matones de la mafia.

—Estuvo invitado a mi programa más o menos por Semana Santa —explicó Rønningen—. Este verano nos hemos visto unas cuantas veces para hacer negocios, pero no llegamos a ningún acuerdo.

Wisting permaneció callado confiando en que el silencio le resultara incómodo al presentador y, llevado por el hábito profesional, siguiera hablando para llenarlo.

—Le presté la cabaña durante unas semanas hacia el final del verano —dijo por fin—. No sé si recibió visitas o si alguien se estuvo quedando allí con él.

—¿Unas semanas?

—Tres. Del 4 al 25 de agosto.

Wisting levantó el bolígrafo y anotó «David Kinn» en la parte superior de la hoja.

La lista de visitantes era larga, y una arruga vertical se había hecho visible en la frente del presentador.

—¿Tenéis alguna idea de quién es la víctima? —preguntó.

Volvía a desviar el rumbo de la conversación.

—No tenemos confirmación de la identidad —dijo Wisting, dándole una respuesta lo más concisa posible.

Thomas Rønningen señaló el cuaderno con un movimiento de cabeza.

—¿Crees que puede ser alguno de ellos?

Wisting recorrió la lista de nombres con la mirada.

—¿Lo crees tú?

El presentador pensó unos instantes y luego negó con la cabeza.

—Creo que fue completamente accidental que ocurriera en mi cabaña —dijo, y abrió la mano como Wisting le había visto hacer en televisión cuando iba a cambiar de tema—. Tu trabajo debe de ser muy difícil —prosiguió—. Un reto constante, ¿verdad?

—Eso es lo que hace que sea interesante.

—Me fascina cómo los investigadores competentes como tú sois capaces de encontrar conexiones que a los demás nos resultan invisibles.

Wisting comprendía por qué los invitados se sentían a gusto y se sinceraban con Thomas Rønningen. Conseguía de forma natural ser el protagonista y el centro de atención, pero al mismo tiempo era capaz de dirigir el foco hacia su interlocutor. Su encanto y sus dotes para la conversación creaban un ambiente propicio. Era un tipo de carisma que no se podía aprender ni ensayar. A pesar de eso, sus palabras de ahora sonaban más a maniobra de distracción para encubrir algo que a una opinión sincera.

—¿Dónde estuviste la tarde y la noche de ayer? —preguntó Wisting sin entrar al trapo que proponía el famoso presentador.

Thomas Rønningen sonrió y volvió a cambiar de postura.

—Podría pensarse que tengo la mejor coartada del mundo: un millón de telespectadores, pero la verdad es que lo que todos estaban viendo en la pantalla era una grabación. El programa se graba por la tarde, pero se emite sin editar.

—Entonces ¿dónde estabas?

—En casa. Solo.

—Te hemos estado llamando por teléfono. Incluso enviamos un coche a tu casa esta mañana.

Thomas Rønningen asintió.

—Lo desconecté todo —dijo—. El móvil, el timbre, el televisor... Todo. Llegué a casa hacia las siete y me senté a escribir. No paré hasta casi las cinco de la madrugada, y entonces caí rendido en la cama. Cuando desperté encendí el móvil, vi tus mensajes y te llamé.

Wisting pensó en los posibles métodos para verificar la coartada. Si había estado trabajando en un ordenador conectado a la red de la casa, habría quedado registrado. Lo dejó estar e hizo unas cuantas preguntas rutinarias. La conversación de una hora le había proporcionado una imagen algo distinta de la que tenía del personaje televisivo. Había algo impostado y poco natural en él que no se percibía a través de la pantalla.

Acompañó a su invitado hasta la calle. La luz de las farolas se veía mortecina bajo la llovizna.

—¿Adónde tienes pensado ir ahora? —preguntó Wisting.

Thomas Rønningen se subió la cremallera del anorak y se metió las manos en los bolsillos.

—Había pensado ir a la cabaña a ver cómo ha quedado. ¿Crees que sería posible?

—Todavía tenemos a técnicos trabajando allí. No te dejarán entrar.

—Pasaré por allí igualmente, y luego me iré a casa.

Se dieron la mano para despedirse. Thomas Rønningen se subió al coche y salió marcha atrás del camino de entrada.

Esto no va a ninguna parte, pensó Wisting en un repentino ataque de pesimismo. Estamos estancados y ni siquiera sabemos qué estamos buscando. Nos encontramos en punto muerto.

A las 21.57 el caso entró en su segunda jornada. Wisting acabó el día reuniendo al grupo de inspectores.

Resumió los hechos fundamentales del desarrollo de la investigación. Se sentía exhausto. Las frases parecían caérsele de la boca, como si estuvieran poco meditadas, aunque estaban cargadas de contenido.

—La escena del crimen —le dijo a modo de entrada a Espen Mortensen cuando dio por finalizado su resumen.

El técnico de criminalística puso en marcha el proyector.

—De momento, las huellas de pisadas son lo más interesante —dijo mostrándoles las fotos de pisadas ensangrentadas que se dirigían hacia la puerta de salida. El dibujo de la suela se delineaba con claridad bajo la luz oblicua—. Son interesantes porque están marcadas con sangre y porque tienen que pertenecer a la última persona que estuvo en la casa.

—¿Tipo de calzado?

—Estamos trabajando en ello, pero de momento solo sabemos que se trata de calzado deportivo del número 44.

La siguiente imagen se explicaba por sí sola. Se veían varias huellas dactilares en el marco de la puerta.

—La víctima llevaba guantes, y no sabemos si estas pertenecen al dueño de la cabaña o a algún visitante. Estamos buscando en las bases de datos.

Espen Mortensen siguió con su exposición. En la pantalla apareció la foto de un ticket de caja arrugado. La tinta se había extendido por el papel mojado. Las letras se habían fundido entre sí y era imposible descifrarlas.

—Fue encontrado junto al sendero que baja hacia la cabaña —explicó

Mortensen—. No llevaba allí mucho tiempo, pero el suficiente para resultar dañado. Lo he introducido en el contenedor de vacío. Con un poco de suerte el texto será más legible cuando el papel se haya congelado en seco.

Nils Hammer ladeó la cabeza para observar mejor la imagen.

—Creo que pone «Pølsemeny», algo de perritos calientes —dijo—. Seguro que es un ticket de las gasolineras Statoil que se le cayó a alguien de la patrulla canina.

El comentario provocó algunas risas entre los presentes.

—¿Cómo va el asunto de los vídeos? —le preguntó Wisting.

Hammer se llevó la taza de café a la boca. La recogida de los vídeos de las cámaras de vigilancia era responsabilidad suya.

—Los estamos recopilando, pero es una tarea ingente. Me he puesto en contacto con todas las gasolineras de la ciudad para que no borren nada. En algunos sitios los empleados que están de servicio saben manejar el equipo de vigilancia, pero en otros hay que esperar a que lleguen los que saben hacerlo.

Bebió otro sorbo de su taza.

—En cambio, el tema de los peajes se ha ralentizado. Bueno, se ha parado del todo.

—¿Y eso?

—El registro de vehículos está bloqueado por tareas de mantenimiento y no volverá a ser accesible hasta mañana por la mañana.

Wisting sintió que su irritación iba en aumento. Estaba acostumbrado a que el anticuado programa informático de la policía diera problemas, pero se encontraban en un momento crítico de la investigación y resultaba difícil ser paciente.

Continuaron con la reunión.

Torunn Borg había estado en Oslo con Benjamin Fjeld. Wisting decidió que fuera el joven en prácticas quien explicara cómo había ido la colaboración con la policía de la capital.

—Al menos el cadáver ha sido entregado por fin en el Anatómico Forense —

contó—. Empezarán a practicar la autopsia mañana a primera hora, pero creo que no debemos albergar demasiadas esperanzas de que nos proporcione respuestas. Tampoco se ha podido sacar gran cosa del análisis del vehículo. Han encontrado restos de un líquido inflamable, pero no es ninguna sorpresa que el fuego fuera intencionado.

—¿Algún testigo?

—Nadie, salvo los excursionistas que dieron el aviso. Hemos hablado con la técnica de laboratorio que vio el coche frente al Rikshospitalet. No puede contarnos más que eso. Solo vislumbró el lateral del vehículo y desde atrás. No vio al conductor.

—¿Alguna novedad con respecto al chófer de la funeraria?

—No, y es bastante extraño. No puede haber desaparecido sin más.

—¿Qué estamos haciendo al respecto?

—Estamos en contacto con su empleador y con su familia, y han denunciado formalmente su desaparición.

Wisting sintió que la incertidumbre que rodeaba a todo aquel asunto del conductor le provocaba una leve y viscosa sensación de inquietud. Había algo que no cuadraba. Pero así llevaba siendo todo el día. Nada encajaba, y estaban dedicando su tiempo a buscar algo que no sabían qué era. Lo mejor que podía esperar por el momento era que tanto él como los demás investigadores tuvieran una noche de sueño reparador y que el día de mañana les deparara más respuestas.

Wisting conducía a través de la oscuridad. Sus pensamientos se deslizaban sobre los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas como un ancla que se arrastra sobre el fondo arenoso sin encontrar un punto de agarre.

El torrente de pensamientos se fue tranquilizando según se aproximaba a Stavern. No fue hasta que aparcó frente a su casa cuando cayó en la cuenta de que debería llamar a su hija. Permaneció en el coche mientras marcaba el número.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Line—. Me acaba de llamar Suzanne para preguntarme lo mismo. Confiaba en que llegaras a casa pronto.

—Estoy a punto de entrar en este momento —dijo bajándose del coche—. ¿Estaba muy sucia la cabaña?

—Para nada. Olía a cerrado, pero ahora huele a detergente por todas partes.

—¿Has hablado con Tommy?

—Sí, me llamó hace un rato.

—¿Qué quería?

—No creo que sepa lo que quiere.

—¿Cuándo tienes que reincorporarte al trabajo?

—El próximo lunes, pero me deben algunos días de vacaciones.

Wisting entró en casa.

—Si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme —dijo, y colgó.

Suzanne salió a su encuentro en el recibidor.

—¿Era Line?

—Sí.

—Acabo de hablar con ella. Ha sido una conversación agradable, pero se muestra un poco reservada conmigo. Creo que echa de menos a su madre.

Wisting exhaló con fuerza. Él también echaba de menos a Ingrid, pero no lo dijo en voz alta. En lugar de eso le dio un beso a Suzanne y susurró:

—Me alegro de tenerte.

Había descubierto que en su vida había lugar para dos mujeres. No se podían comparar entre ellas, y el amor que sentía por la una en cierto modo se solapaba con el amor que sentía por la otra. Pero Ingrid, como madre de sus hijos, siempre sería la más importante.

Se sentaron en el salón, donde Suzanne había estado leyendo. Sobre la mesa había un libro abierto boca abajo. Era un libro que había pertenecido a Ingrid y que había cogido de la estantería del piso de arriba.

—¿Cómo va el caso? —se interesó Suzanne.

Wisting se encogió de hombros.

—Me parece que aún estamos muy lejos de resolverlo, pero nunca se sabe. De repente puede ocurrir algo que haga que las cosas se aceleren.

Suzanne dobló las piernas sobre el sofá.

—¿No tienes miedo? —preguntó.

—¿De qué?

—De lo desconocido. De aquello que no sabes, pero que está ahí, esperándote.

Wisting se encogió de hombros y lo consideró. Era una de las cosas que más le gustaban de Suzanne: su curiosidad.

—No me asusta —respondió—. Creo que es más bien al contrario: el no saber es lo que me mueve.

Suzanne pareció sopesar su respuesta, pero Wisting no tenía fuerzas para entablar una conversación trascendente, así que cambió de tema.

—¿En qué pensabas? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas rastrillando las hojas. Dijiste que trabajar en el jardín te ayudaba a pensar.

Se echó a reír, como si le diera apuro compartir sus pensamientos con él.

—Estaba eligiendo un nombre —dijo.

Al principio Wisting no entendió a qué se refería, pero luego cayó en la cuenta. Hacía apenas veinticuatro horas habían estado sentados en ese mismo sitio y Suzanne había hablado de despedirse de su trabajo administrativo y abrir un café galería.

—¿Para el restaurante?

Ella asintió.

—¡Dímelo!

Ella dudó un poco antes de anunciar:

—La Paz Dorada.

Wisting saboreó el nombre.

—Le va bien a un café de ese tipo —concluyó—. ¿Cuándo es la inauguración?

—No creo que eso llegue a ocurrir.

—¿Qué te retiene? ¿Tienes miedo a lo desconocido?

—Puede ser. Al menos a la inseguridad. No es precisamente un sector estable. Da más tranquilidad tramitar asuntos en una oficina, con un sueldo fijo.

Wisting se la quedó mirando. Suzanne había vivido una guerra y huido como refugiada a un país desconocido. Había buscado nuevos retos a través de la formación y el empleo. Se había enfrentado a muchos desafíos y rara vez había conocido la respuesta con antelación. Le costaba entender que ese tipo de inseguridades pudieran frenarla.

—¿Dónde estaríamos si supiéramos todo lo que nos espera? —le preguntó—. No quedaría nada. La esperanza, las creencias y los sueños no valdrían nada. Creo que debes hacerlo. Imagínate lo bueno que sería: yo podría tener mi propia mesa como cliente fijo.

La sonrisa dibujó arrugas en el rostro de Suzanne, y soltó una risita mientras se ponía en pie.

—Vamos a acostarnos.

Wisting la siguió al baño. Diez minutos más tarde apoyaba la cabeza en la almohada. Sentía una gran intranquilidad al pensar en qué le depararía el día siguiente.

El cielo estaba bajo y gris con una densa cortina de lluvia y nubes desgarradas por el viento.

Line cerró la puerta de la cabaña a su espalda. No solía levantarse tan temprano, al menos no en un día libre, pero hacía una hora que se había despertado y había sido incapaz de volver a dormirse.

Se anudó la bufanda alrededor del cuello del anorak y volvió el rostro contra el viento. Luego bajó por la ancha escalera de la terraza y siguió el sendero de la costa.

El viento había aumentado de intensidad durante la noche. La niebla había desaparecido por completo, pero persistía la humedad en el aire.

La noche anterior había escrito siete páginas de lo que iba a ser una novela policiaca. Había pensado en ello de vez en cuando, que podría ser divertido emplear sus habilidades con la escritura para algo más que redactar artículos de prensa y entrevistar a personajes destacados. Además de la técnica narrativa, había adquirido muchos conocimientos sobre la labor policial y la investigación a través de su padre.

Había empezado como un juego. Había dado vida a una protagonista de ficción. Le atribuyó cualidades y un aspecto físico. La situó en el tiempo y el espacio, y luego definió su entorno. Pero al cabo de siete páginas sufrió un bloqueo total. Leyó lo que había escrito, y aunque había muchas partes buenas, le faltaban un estilo y una dirección.

Mientras meditaba sobre cómo estructurar la historia, se había puesto a limpiar los armarios de la cocina. Al tirar el agua sucia, los pensamientos seguían dando vueltas por su cabeza, pero estaba demasiado cansada para

ponerlos en orden. El torrente de ideas había hecho que durmiera mal, por eso se había despertado tan temprano. Había demasiadas emociones sin resolver para que fuera capaz de concentrarse debidamente, y sus pensamientos volvían constantemente a Tommy.

Había desayunado dos rebanadas de pan crujiente y una taza de café. Después decidió dar un largo paseo para dejar que sus pensamientos vagaran libremente.

Estaba sola, con la costa gris e inhóspita ante ella y las olas rompiendo sobre rocas y peñascos sumergidos. En el gris horizonte, un carguero se abría paso hacia el oeste.

Los gritos solitarios de las gaviotas sonaban como una risa burlona en el viento. Vistas desde lejos, resultaban hermosas. Surcaban majestuosas el cielo, pero Line sabía que comían todo lo que se ponía a su alcance y eso hacía que pensara en ellas como sucios pájaros carroñeros, plagados de parásitos.

En el paisaje se alternaban playas de guijarros redondeados, laderas rocosas y zonas de matorrales azotados por el viento. Line siguió caminando entre rosas silvestres y arbustos espinosos hasta que el sendero prácticamente desapareció al llegar a la roca pelada.

En la orilla de una cala, un grupo de gaviotas permanecían suspendidas en el aire sobre una barca de remos abandonada. Luego se lanzaron en picado y empezaron a pelearse entre ellas por algo que había en su interior, agitando frenéticamente las alas y tirando de los mismos pedazos. Las que no conseguían arrancar nada daban picotazos a las que tenían algo en el pico. Las más pequeñas o débiles dejaban caer lo que habían conseguido atrapar. Las que tenían más fuerzas engullían su botín y se hacían aún más fuertes.

Sus pasos la condujeron hacia la embarcación. Al acercarse, las gaviotas alzaron el vuelo.

Era un lugar extraño para dejar una barca. Puede que la pequeña nave se hubiera soltado y el mar la hubiera arrastrado hasta allí. Las olas la hacían mecerse sobre los cantos rodados.

Se quedó paralizada: había alguien a bordo. Un hombre estaba sentado al

fondo de la barca, medio apoyado en la última bancada y con la cabeza echada hacia atrás. Los ojos comidos a picotazos. La boca abierta. El rostro estrecho y pálido, manchado de muerte.

La primera llamada se produjo mientras Wisting estaba junto a la sencilla encimera de la sala de reuniones, llenando su taza de café. El que llamaba era Leif Malm, responsable del servicio de inteligencia del distrito policial de Oslo.

—Tenemos información que puede ser de interés para vosotros —empezó.

Wisting se dirigió a su despacho con el móvil pegado a la oreja.

—Un confidente nos ha hablado de una entrega de droga que tendría que haber llegado por mar desde Dinamarca la noche del viernes —prosiguió con voz áspera—. El cargamento tenía que desembarcar cerca de Helgeroa, pero algo salió mal. Al parecer el jefe de la banda ha perdido varios millones y a uno de los suyos en un tiroteo.

Wisting se sentó. Podría tratarse de una nueva vía.

—¿Sabemos quién es ese narcotraficante?

—Sí, un tipo que se llama Rudi Muller. Es un pez gordo y una figura importante en una red más amplia que trafica con armas, drogas y prostitución.

Wisting asintió. El nombre le resultaba familiar por diversos informes sobre el crimen organizado.

—¿Fue él allí en persona?

—No, dos hombres fueron en coche a recoger el cargamento. Todavía no hemos podido identificarlos.

—¿Se sabe qué fue lo que salió mal?

—La verdad es que no. Al parecer se trata de una entrega regular que lleva funcionando cerca de medio año: diez kilos de cocaína cada tres semanas. Probablemente alguien se enterara y tratara de robarlo.

Wisting escribió deprisa algunas palabras clave en su cuaderno.

—¿Podemos reunirnos para hablar de esto?

—Creo que deberíamos hacerlo, sí —respondió Leif Malm—. Hemos quedado con nuestro informante a las once. Podríamos ir allí a veros después. Espero que para entonces sepamos algo más.

Dieron por terminada la conversación. Wisting no estaba seguro de cuáles serían las consecuencias de aquello, pero sintió la emoción agarrarse a su estómago como una sensación de cosquilleo. Estaban sobre la pista de algo.

Faltaba media hora para la reunión de la mañana. Ya podía oír las voces de varios de los inspectores en el pasillo y tenía ganas de informarles de las novedades.

El teléfono sonó otra vez. Era Line. Antes de que dijera nada, ya pudo percibir que algo iba mal. La joven tomó aire temblorosa y soltó las palabras a trompicones:

—He encontrado a un hombre muerto.

Aunque Wisting oyó lo que había dicho, le pidió que lo repitiera.

—He salido a dar un paseo —explicó ella—. Y he encontrado a un hombre muerto en una barca. Creo que la corriente la ha arrastrado a tierra.

—¿Estás segura de que está muerto?

—Las gaviotas le han arrancado los ojos.

Wisting se esforzó por mantener un tono de voz sereno.

—Dime exactamente dónde estás.

Tenía delante un plano en el que estaba marcada la cabaña de Thomas Rønningen. Se lo acercó y lo estudió mientras Line le explicaba dónde se encontraba. El lugar del hallazgo estaba justo al oeste del camping de Oddane Sand. Solo la ensenada de Havnebukta, con el islote de Råholmen y el escollo de Bramskjæra, separaba el nuevo cadáver del que encontraron el viernes.

—Bien. Quédate ahí —le ordenó—. Ya vamos de camino.

Sintió que casi se mareaba. Line estaba allí completamente sola. Y ahora no era un lugar seguro.

Para llegar al lugar tuvieron que avanzar a pie por un sendero de varios cientos de metros entre densos alisos negros. Wisting iba el primero. Se había llevado con él a Torunn Borg y a Benjamin Fjeld después de avisar a Espen Mortensen, que les había seguido con el coche equipado para el trabajo de campo.

Line les esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Una ráfaga de viento agitó su cabello antes de volver a caer desordenado alrededor de su fino rostro. La ligera llovizna la había empapado. Temblaba de frío.

Wisting la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos sin decir nada. Luego la soltó y le frotó los brazos arriba y abajo para que entrara en calor.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió y él comprendió que era cierto. No era la primera vez que vivía de cerca una situación así.

Se alejó unos pasos de Line y miró hacia la barca. El casco rechinaba contra las piedras pulidas en la bajamar, meciéndose inquieta con cada ola que llegaba a la orilla.

El muerto estaba reclinado contra la popa. Las heridas infligidas en la cara por las gaviotas parecían grandes pústulas.

El agua que había entrado en la barca le llegaba al hombre por las caderas. Llevaba puesta una chaqueta negra abierta, y debajo un jersey gris empapado de sangre grumosa.

Wisting se volvió de nuevo hacia su hija deseando que no hubiera tenido que presenciar aquello. Era fuerte, sí, pero él sabía bien que visiones como aquella podían volver a aparecer, incluso después de muchos años. Eran incontables las veces que se había despertado empapado en sudor, con imágenes aterradoras

clavadas en su retina. Imágenes sacadas del mundo real. Y Line no era consciente de hasta qué punto podría afectarle el carácter imprevisible de aquellas visiones. Cómo la oscuridad podía transformarse en algo amenazante, y cómo las cosas que hemos visto alguna vez pueden volver a la vida y crecer en nuestra conciencia. Wisting lo sabía demasiado bien.

Se aclaró la voz y volvió a recuperar su tono profesional.

—Tendremos que tomarte una declaración formal —dijo, y se giró hacia Benjamin Fjeld—. ¿Podrías acompañarla a la cabaña?

El joven agente asintió.

—Por supuesto.

Wisting volvió a mirar a su hija.

—¿Te parece bien?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Claro.

—Y después, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres ir a casa? Yo tengo que trabajar, pero Suzanne está allí.

Line se negó enérgicamente.

—Me quedo en la cabaña.

Wisting cerró los ojos y sacudió la cabeza. No le gustaba la idea de que Line estuviera sola después de lo ocurrido. Puede que no supusiera un riesgo físico quedarse allí, pero sabía cómo los pensamientos no deseados podían llegar arrastrándose en la oscuridad de la noche. Entendía que necesitara tiempo para procesar la ruptura con Tommy, pero quedarse allí sola con tantos pensamientos y emociones no era bueno.

—Vente al menos esta noche. Puedes dormir en tu cuarto —le propuso.

—Estoy a gusto aquí —dijo ella, y su mirada le dejó claro que era inútil intentar convencerla.

Otra cualidad heredada de su madre, pensó Wisting, y meneó ligeramente la cabeza. La miró con gesto serio y se aseguró de dejarle claro que podía cambiar

de opinión cuando quisiera, que podía llamarle por teléfono a cualquier hora del día o de la noche. Line le sonrió, le dio un suave beso y se cerró mejor la chaqueta. Parecía decidida, y agradecida.

Benjamin Fjeld dejó que encabezara la marcha. Wisting los siguió con la mirada hasta que desaparecieron al doblar el cabo. Luego se volvió hacia el mar. El viento soplaba hacia tierra en violentas rachas y agitaba la barca con fuerza. El hombre de popa se movía rígidamente al compás de los bandazos de la embarcación.

—¿Qué crees? —preguntó Torunn Borg.

—Existe relación, sin duda —dijo—. Es imposible que no la haya.

Espen Mortensen bajaba por el sendero con una mochila. La dejó en el suelo sin decir nada y se quedó observando al muerto.

—Creo que reconozco esas botas —dijo—. Son las mismas huellas que encontramos en la cabaña.

Wisting se acercó, haciendo equilibrios sobre una roca escurridiza. Las botas del hombre asomaban por encima del agua turbia del fondo de la barca. No había examinado las fotos de la escena del crimen, pero el dibujo de la suela era de trazo grueso y bastante peculiar.

—¿Las huellas que había en la sangre? —preguntó.

—No, en el salón. Las huellas marcadas sobre la sangre pertenecen a una zapatilla deportiva o algo similar. Seguramente tendré la respuesta del tipo exacto a lo largo del día.

Torunn Borg se unió a Wisting sobre las rocas resbaladizas.

—¿De dónde sale toda esa sangre? —preguntó señalando el jersey empapado.

Espen Mortensen llevaba botas de agua de caña alta y se metió en el agua recorriendo el costado de la barca.

—Las lesiones de la cara son de las gaviotas —opinó—. Las heridas más graves están en el abdomen.

Torunn Borg se apoyó en Wisting para dar otro paso más hacia la barca.

—¿Eso es una pistola? —preguntó, señalando algo que estaba bajo el agua

entre los tablones del fondo.

Mortensen se apoyó en la borda, se inclinó y miró con los ojos entrecerrados a través del agua turbia. Confirmó que se trataba de un arma.

—Los casquillos que encontramos en la zona de las cabañas eran del calibre 38. Esta es un arma menor. Probablemente del calibre 22.

Volvió chapoteando a tierra, abrió la mochila y sacó una cámara. Wisting y Torunn Borg se apartaron un poco para no estorbar.

—La barca no lleva matrícula —comentó el técnico—. Ni motor fueraborda ni remos. Me pregunto qué estaría haciendo en el agua.

Wisting levantó la vista. Las gaviotas daban vueltas a poca altura sobre sus cabezas. El mar se fundía con el cielo gris. La línea del horizonte había desaparecido por completo.

—¿Qué hacemos con la barca? —preguntó.

—Pediremos a los de salvamento marítimo que la remolquen hasta el puerto más cercano. Luego la sacaremos del agua con una grúa y nos la llevaremos para analizarla.

—¿Con el cuerpo dentro?

—Creo que será lo más sencillo. Pero antes haré un examen preliminar aquí. Ha pasado toda la noche a la intemperie, así que no creo que pueda causarle mucho más daño.

Wisting se mostró de acuerdo. Se subió el cuello de la cazadora, dio la espalda al mar y se dirigió hacia su coche.

Line abrió la puerta de la cabaña.

—Necesito cambiarme —dijo, encaminándose hacia el dormitorio.

Benjamin Fjeld cerró la puerta y miró a su alrededor.

—Aquí hace frío —dijo—. Es acogedor, pero frío.

Una vez en el dormitorio, Line se quitó la ropa mojada. Tenía la piel de gallina en el pecho y en los brazos.

Puso la bolsa de viaje sobre la cama y buscó ropa que ponerse. Encontró algunas prendas deportivas, se las puso y volvió al salón.

Benjamin Fjeld estaba en cuclillas ante la chimenea abierta, colocando algo de leña menuda en el hogar.

—¿Te parece bien? —le dijo, cogiendo una caja de cerillas que estaba sobre la repisa.

—Sí, claro. Genial. No la he encendido todavía, así que tendrás que probar la salida de aire y todo eso.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó, encendiendo una cerilla.

—Llegué ayer.

—¿La cabaña es tuya?

—Es de mi padre. —Sonrió—. Su tío acaba de cedérsela.

—¿Vives aquí sola?

—Vivo en Oslo, pero he venido a descansar unos días.

El fuego prendió en la leña menuda y seca. Benjamin Fjeld añadió un par de gruesos troncos de la cesta de la leña y se sentó en la silla que estaba junto a la ventana. Line se acercó al rincón de la cocina.

—Necesito tomar algo caliente —dijo—. ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, gracias.

Line lo miró de reojo mientras llenaba la tetera. Era más o menos de su edad. Alto y de hombros anchos. Llevaba el cabello oscuro un poco demasiado corto para su gusto, pero resaltaba sus facciones nítidas y marcadas. Se descubrió pensando que iba sin maquillar, ni siquiera se había duchado ni arreglado antes de salir a pasear.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De Bjørkelangen —explicó él—. Un sitio pequeño al este de Akershus.

Line conocía el lugar. Había estado allí el año anterior para cubrir el caso de una persona desaparecida. La había enviado el periódico. Era una zona boscosa e idílica.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Casi dos años. Empecé en Oslo tras salir de la academia de policía, pero luego pedí que me destinaran a este distrito. Mi familia ha pasado las vacaciones aquí en una caravana toda la vida.

—¿Te gusta esto?

—Me gusta la amplitud del paisaje. De donde yo vengo casi todo es bosque.

—Pues yo lo echo en falta —observó Line sonriendo—. Oslo puede resultar demasiado grande y extraño. ¿No te parece?

Él dijo que estaba de acuerdo y sonrió.

—Bueno, se supone que aquí soy yo quien tiene que hacer las preguntas.

Ella soltó una risita y se sentó frente a él. El fuego de la chimenea le calentaba la espalda.

—Disculpa —dijo—. Es la costumbre. Se supone que también es mi trabajo. Soy periodista.

Él asintió y ella comprendió de pronto que todos sabían dónde trabajaba la hija del jefe. Al mismo tiempo, cayó en la cuenta de que debería avisar a la redacción del hallazgo del cadáver. La noticia aún no se había hecho pública, y ellos podrían ser los primeros en dar la primicia. Debería coger la cámara y volver al lugar donde encontró el cuerpo antes de que fuera demasiado tarde.

—Pero me temo que no tengo mucho que contarte —prosiguió—. Encontré un hombre muerto en una barca y eso fue todo.

Benjamin Fjeld había sacado un pequeño cuaderno de notas y lo abrió por una hoja en blanco.

—¿Te cruzaste con alguien más?

Ella negó con la cabeza.

—Por aquí sale de excursión mucha gente, pero era demasiado temprano y hacía muy mal tiempo.

—¿Has visto a alguien más desde que llegaste aquí?

Line se había olvidado del hombre de los prismáticos que vio el día anterior, y asintió enérgicamente al recordarlo.

—Me pareció un poco extraño —concluyó después de contárselo—. No sé qué estaba buscando.

Mientras tomaba notas, Benjamin Fjeld levantó la vista y miró por encima del hombro de ella.

—El agua está hirviendo —dijo señalando hacia la cocina.

—Ay, sí.

Line se acercó presurosa, llenó las tazas solo hasta la mitad y volvió con ellas a la mesita del salón. Benjamin Fjeld cogió la suya y se la acercó con cuidado a los labios. Al tragar, se le contrajeron los tendones del cuello. Se levantó, pasó por su lado y echó otro tronco a la chimenea. El fuego se avivó. El reflejo de las llamas bailaba en sus ojos cuando volvió a sentarse. Eran castaños, con las pupilas completamente oscuras.

Pestañeó y se centró de nuevo en su cuaderno.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Eh?

—El hombre de los prismáticos. ¿Cómo era?

—Solo lo vi desde lejos. Llevaba un impermeable grande y negro que le llegaba hasta las rodillas, y botas de agua.

—¿Llevaba algo en la cabeza?

—Un gorro impermeable bastante anticuado.

Entonces recordó algo más.

—Creo que tenía el coche aparcado allá arriba, en el claro —dijo señalando en la dirección de donde estaba estacionado su propio coche—. O por lo menos había allí una furgoneta grande y sucia. Una Transporter o algo así.

Benjamin Fjeld le hizo algunas preguntas más para obtener una descripción del vehículo. Luego dejó el cuaderno a un lado.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la cabaña? —preguntó.

—Una semana más o menos.

El joven agente se puso de pie.

—Bueno, debería volver ya. Si recuerdas algo más no dudes en llamar, a mí o a tu padre. —Depositó sobre la mesita una tarjeta con su nombre y número de teléfono—. O si aparece de nuevo el hombre de los prismáticos.

Line dejó la tarjeta donde estaba, recogió las tazas y las llevó al fregadero.

—Te acompaño.

—No es necesario —dijo él poniéndose la chaqueta.

Line cogió la bolsa con la cámara que colgaba de un gancho junto a la puerta.

—No creo que mi redactor jefe opine lo mismo —dijo ella sonriendo.

La reunión de la mañana se había aplazado hasta que todos los investigadores hubieran regresado. En esos momentos solo faltaba Espen Mortensen.

Wisting ya había informado a Christine Thiis de la llamada de la policía de Oslo. Dio comienzo a la sesión abordando ese asunto.

—Leif Malm, de inteligencia, vendrá aquí a lo largo de la mañana junto con la persona que está en contacto con el confidente —explicó Wisting—. Quiero que Christine Thiis y Nils Hammer me acompañen en esa reunión.

El estado de ánimo de los presentes cambió bruscamente y se tiñó de optimismo. Los inspectores aportaron comentarios e ideas sobre cómo una entrega frustrada de un alijo de droga podría encajar con las informaciones que tenían hasta el momento.

—Y ahora centrémonos en el incidente del día —dijo Wisting pasando las páginas de su cuaderno—. El hallazgo de un nuevo cadáver.

Benjamin Fjeld le ayudó a poner en marcha el proyector. Wisting señaló sobre el mapa de la pantalla el lugar en que había aparecido el cuerpo.

—La distancia en línea recta respecto a la cabaña donde el viernes se encontró el primer cadáver es de menos de tres kilómetros. El lugar y la hora nos dan razones de sobra para creer que ambos crímenes están relacionados. Además, el dibujo de la suela de sus zapatos coincide con unas huellas encontradas en la cabaña.

—¿Sabemos quién puede ser? —preguntó uno de los inspectores.

Espen Mortensen entró en la sala y Wisting le trasladó la pregunta.

—No —respondió, dirigiéndose hacia el otro extremo de la mesa—. He revisado sus bolsillos sin dar con nada que pueda servirnos de ayuda. Solo

llevaba una cosa encima. —El técnico de criminalística dio un paso al frente y dejó sobre la mesa una bolsa transparente de recogida de pruebas—. Una foto.

Wisting se inclinó y tiró de la bolsa hacia él. Era la fotografía de una mujer, un poco más grande que una foto de carnet corriente, y ligeramente manchada por la humedad. La joven, de unos veinticinco años, mostraba una sonrisa de dientes algo torcidos, tenía las mejillas redondeadas y lucía un pintalabios un tanto exagerado. El cabello rubio caía levemente rizado sobre los hombros.

—¿Una novia? —sugirió, pasando la foto.

—Puede ser.

Espen Mortensen se acercó a Hammer y cogió el ordenador que estaba conectado al proyector.

—Acabo de añadir otra foto que resulta muy interesante.

Los presentes se giraron hacia la pantalla. Wisting reconoció el ticket que había aparecido junto al sendero de las cabañas. El día anterior la tinta estaba corrida y resultaba ilegible. Ahora el trozo de papel había sido congelado en seco y aparecía iluminado por una intensa luz azul. Seguía siendo difícil de leer, pero se podía interpretar.

Era un ticket de la gasolinera Esso situada en la salida de la carretera nacional E18 hacia Larvik. Alguien había comprado un perrito caliente y una caja de caramelos Dent para la garganta.

—No se le ha caído a ninguno de los nuestros —prosiguió Mortensen. Se acercó a la pantalla y señaló—. Está fechado el viernes por la noche a las 20.49, es decir, una hora escasa antes de que nos dieran aviso del asesinato.

—¡Entonces puede que se le cayera al asesino o a la víctima! —concluyó Hammer. El corpulento inspector se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Tengo el DVD de la cámara de vigilancia de esa gasolinera en mi despacho.

Wisting se reclinó, disfrutando de la sensación de que las piezas fueran encajando.

—Bien —continuó Mortensen—. Mientras esperamos a que lleguen las imágenes del culpable: he podido constatar que la pisada marcada sobre la

sangre corresponde a la suela de una zapatilla de la marca Nike.

Buscó la carpeta correspondiente en el programa informático y apareció la imagen de una zapatilla deportiva de cuero blanco. El logo curvado de Nike se perfilaba claramente en azul en un costado.

—Una Nike Main Draw de hombre —explicó Mortensen—. La misma pisada ha aparecido también en, por lo menos, una de las otras cabañas.

—¿Cuál?

—En la más cercana, pero todavía quedan muchas muestras de pisadas por revisar. Quiero creer que aparecerá también en otros lugares.

—Lo más probable es que el autor ya se haya deshecho de ellas —opinó Torunn Borg—. Tienen que estar impregnadas de sangre.

Wisting le dio la razón, evitando comentar que las declaraciones de Christine Thiis en la rueda de prensa también podían haber afectado negativamente.

Nils Hammer regresó blandiendo en alto el DVD, lo introdujo en el ordenador y pulsó para dar comienzo a la reproducción. Las imágenes eran inusualmente nítidas y claras. Un texto sobreimpreso en la parte inferior informaba de la fecha y la hora. Nils Hammer lo puso a cámara rápida.

—No sabemos con certeza que el reloj de la caja y el de la cámara estén sincronizados —le recordó Mortensen.

—Tendremos que estar atentos a todos los que coman perritos calientes.

Solo el zumbido del proyector que colgaba del techo rompía el silencio que se hizo en la sala. El contador de la grabación pasó de las 20.45.

Dos minutos más tarde un hombre fornido y calvo con gafas de montura fina entró en la tienda de la gasolinera. Intercambió unas frases con la chica de detrás del mostrador, cogió una caja de caramelos de un expositor y sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón. La joven del mostrador aceptó un billete y le dio el cambio junto con el recibo. El hombre se metió el cambio y el recibo en el bolsillo lateral del chaquetón mientras la chica se desplazaba para poner un perrito caliente en un panecillo y se lo entregaba.

Hammer detuvo la imagen en el momento en que el hombre abría la boca para

dar el primer mordisco.

—Es Jostein Hammersnes —dijo Benjamin Fjeld.

—¿Quién?

—El propietario de una de las cabañas que fueron asaltadas. Le tomé declaración ayer. Llegó a la cabaña poco después de las nueve de la noche del viernes, accediendo por el mismo sendero, pero no vio ni oyó nada. Para cuando él llegó, ya debía de haber acabado todo.

—Una pista falsa —concluyó Hammer, y apagó el reproductor de vídeo—. Mierda.

—¿Cómo va la revisión de los peajes?

—Los sistemas pronto estarán funcionando de nuevo.

Hammer volvió a sentarse a la mesa de juntas y revolvió entre sus papeles.

—Resulta más rápido obtener respuestas del extranjero que de nuestros propios sistemas informáticos.

Cogió un informe impreso.

—Carlos Mendoza —dijo, pasando las páginas—. La cuenta de la línea española del móvil encontrado en la zona de las cabañas fue contratada desde una especie de supermercado y cibercafé de Málaga. El propietario fue encarcelado el mes pasado, sospechoso de fraude y suplantación de identidad. La policía española cree que nuestros abonados bajo el nombre de Carlos Mendoza son solo dos de las muchas personalidades falsas que ha vendido a delincuentes. No son optimistas con respecto a las probabilidades de dar con el usuario real. El teléfono con el que se comunicaba este móvil está apagado. El último uso registrado es el nuestro.

Otro callejón sin salida, concluyó Wisting mirando por la ventana. Seguía haciendo viento, pero las nubes de lluvia habían desaparecido.

La foto de la rubia de pelo rizado ya había dado la vuelta a la mesa. La cogió y se puso de pie.

—Quiero saber quién es —dijo, plantándola delante de Torunn Borg—. Esa mujer era importante para el hombre que llevaba su retrato encima. Quiero

hablar con ella. Puede que tenga las respuestas que estamos buscando.

Las fotos del hombre de la barca de remos ya estaban en una carpeta propia en el foro electrónico de la investigación. Los primeros planos mostraban que gran parte del rostro había sido destrozado por los picos y las garras de las gaviotas. A pesar de las lesiones, quienes lo conocieron en vida también podrían reconocerlo ahora.

Rondaría los treinta años, era de constitución menuda y tenía un rostro pequeño de frente baja, mandíbula estrecha y barbilla cuadrada con una incipiente barba rubia.

Wisting se preguntó qué habrían visto recientemente esos ojos que ya no estaban en sus cuencas. ¿Cuándo habrían contemplado por última vez a la mujer de la foto que llevaba con él? ¿Cuántas veces se habría reído aquel hombre sin saber que se estaban consumiendo los segundos de sus últimos días y horas? ¿Y qué fue lo que vio cuando la certeza, final e irreversible, se presentó ante él?

Cerró la carpeta de las fotos, descolgó el auricular y marcó el número de su hija.

—¿Llamas para regañarme? —preguntó ella.

—¿Por qué?

—¿No has visto la edición digital?

Wisting entró en la página del diario *VG*. Una foto de la barca de remos entre las rocas de la bajamar ilustraba el artículo de portada. Después de que Wisting se marchara, varios policías uniformados habían llegado al lugar del hallazgo y el barco de salvamento marítimo estaba preparándose para remolcar la barca. El nombre de Line aparecía discretamente junto al pie de foto, aunque habían tenido la consideración de no colocarlo junto al titular.

Sucedía a menudo que los testigos u otras personas relacionadas de manera indirecta con algún suceso criminal se dejaban tentar por el dinero que pagaban los grandes periódicos a cualquiera que pudiera aportar alguna información. Sin embargo, Line solo estaba haciendo su trabajo.

No solo eso, sino que también le había ayudado a comprender mejor la importancia de que la policía fuera abierta, honesta y responsable con la prensa, y que una buena comunicación con los medios era la vía a seguir para reducir las críticas que recibían las fuerzas del orden. Muchas empresas y organizaciones se esforzaban por obtener mayor visibilidad en los medios, pero el caso de la policía era completamente distinto. Eran una importante fuente de suministro de noticias, lo cual les daba también la posibilidad de controlar la gestión de la información. Por supuesto debían tener en cuenta la protección de datos personales y la confidencialidad, pero también tenían que aprender a considerar a los medios como colaboradores necesarios a la hora de comunicarse con la opinión pública.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras leía el artículo por encima.

El periódico había hecho un buen resumen del caso. El hallazgo de otro cadáver en Larvik en la mañana del domingo se relacionaba con la víctima del pasamontañas que apareció el viernes anterior en la cabaña del conocido presentador Thomas Rønningen.

La policía no solo desconocía la identidad del nuevo cadáver, sino que seguía sin saber quién era la primera víctima. Las labores de identificación de esta última se habían visto significativamente dificultadas cuando el coche fúnebre que debía transportar el cadáver al Instituto Anatómico Forense fue robado e incendiado.

—Estoy bien —le tranquilizó ella—. No quiero que te preocupes por mí.

—¿Cómo fue la toma de declaración?

—No era la primera vez.

—Pero ¿fue bien?

—Sí, claro. El chico que me interrogó era muy agradable.

—Benjamin. Sí, es bueno.

—Creo que no le sentó muy bien que llamara a la redacción.

—Lo entiendo.

—¿Habéis descubierto ya quién es? ¿El hombre de la barca?

Wisting se echó a reír.

—Te mandaré una nota de prensa cuando sepamos algo más. —Cambió de tema—. ¿Te apetece venir hoy a casa para comer con Suzanne y conmigo?

—¿Y tendrás tiempo para eso?

—Me lo tomaré.

—Bien, pero luego volveré aquí.

Acordaron una hora y colgaron.

Benjamin Fjeld avisó de su presencia con un golpecito en la puerta abierta. Wisting le hizo un ademán para que pasara.

El joven policía echó un vistazo a la pantalla del ordenador, ocupada casi en su totalidad por la foto tomada por Line del lugar del hallazgo. Pareció sentirse incómodo y miró hacia otro lado.

Wisting se preguntó si debería hacer algún comentario sobre el papel que desempeñaba su hija como periodista, pero prefirió esperar a ver qué quería comunicarle Benjamin.

—Creo que hemos encontrado al dueño de la barca —dijo señalando la pantalla con la cabeza.

—Cuenta —le pidió Wisting.

—Me acaba de llamar Ove Bakkerud.

Wisting asintió. Ove Bakkerud era el vecino más próximo a la cabaña de Thomas Rønningen y el que había dado aviso de la aparición del cadáver.

—Ha visto el artículo en la web y cree que se trata de su barca. Estaba amarrada a un embarcadero de madera que está bajando desde su cabaña. Aún no ha podido comprobar si ha desaparecido, pero cree que es la suya.

Wisting se llevó la punta del bolígrafo a la boca y empezó a mordisquearla.

—Tiene sentido —dijo.

Supuso que el hombre habría pillado la primera embarcación que encontró y habría huido en la oscuridad. Las heridas que le habían infligido hicieron que no llegara a tierra con vida.

—El viento soplaba del este —continuó Benjamin Fjeld—. Encaja con el lugar donde apareció.

Wisting se sacó el bolígrafo de la boca y anotó un par de palabras clave.

—Buen trabajo —dijo en tono de aprobación—. ¿Sigues con este tema?

—Sí, todavía hay técnicos en el lugar de los hechos. Les pediré que comprueben el embarcadero. —Benjamin Fjeld ya salía del despacho—. Y creo que también debería preguntarles a los guías caninos si todo esto encaja con sus hallazgos.

Wisting pudo seguir trabajando sin contratiempos en la documentación del caso durante unos diez minutos antes de que el teléfono lo interrumpiera.

El hombre que llamaba empezó la conversación con un profundo suspiro.

—Aquí Anders Hoff-Hansen.

Wisting reconoció el nombre y el tono algo brusco y chulesco del forense de Medicina Legal.

—¿Habéis acabado la autopsia? —preguntó.

—Hemos abierto y cerrado el cuerpo —confirmó el otro—. Pero hay algo que no cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—He estudiado las imágenes de la escena del crimen y he leído el informe de tu técnico criminalista, y no puedo evitar pensar que hemos practicado la autopsia a un cadáver distinto al que se describe.

Wisting sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Dejó que el forense siguiera hablando:

—El cadáver está completamente calcinado, sí, pero no encuentro ninguna lesión externa en la región abdominal como la que presentan las fotos. En cambio, los tejidos de la nuca y el cuello están seriamente dañados. Ahí está la causa de la muerte. Un proyectil ha penetrado y perforado el cuerpo.

—¿Un tiro en la nuca?

—Exacto. He encontrado el orificio de entrada, la vía seguida por el proyectil y el orificio de salida, pero se trata de un cadáver distinto al que describís en vuestro informe. El peso y la altura tampoco parecen coincidir. El cadáver quemado pertenece a una persona de menor tamaño.

—¿Cómo puede ser? —fue todo lo que Wisting consiguió decir, aunque ya había deducido la conexión y la explicación lógica.

—Deberíais haber pensado antes en eso, claro —prosiguió el forense—, pero evidentemente cabe la posibilidad de que hayamos practicado la autopsia al conductor, y no al cadáver original.

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—Corresponde a vosotros decidirlo, pero ya hemos tomado muestras para aislar el ADN y hemos hecho radiografías de la dentadura. Sería importante obtener muestras de referencia y el historial dental del conductor para poder cotejarlos. Por supuesto, debería ser el equipo de identificación de Kripos quien se encargue de eso.

La conversación terminó con la promesa del forense de enviar por fax el informe provisional de la autopsia, junto con un resumen de las conclusiones. Wisting no esperó a que llegara y fue directamente al despacho de Christine Thiis.

La joven abogada policial acababa de colgar el teléfono cuando Wisting se sentó frente a ella.

—Lamento haber mencionado lo de las pisadas en la escena del crimen —dijo—. No debería haber revelado esa información.

Wisting le quitó importancia y le contó la conversación que había mantenido con el forense.

—¿Me estás diciendo que alguien ha asesinado al chófer y lo ha cambiado por el cadáver? —preguntó espantada—. Eso quiere decir que tenemos tres asesinatos.

Wisting asintió. Nunca se había encontrado con nada parecido, pero no veía

otra explicación posible. Estaba claro que se enfrentaban a un adversario extraordinariamente calculador y peligroso.

Encajaba bien con la imagen que el jefe del servicio de inteligencia del distrito policial de Oslo les había dibujado de Rudi Muller. Cínico, calculador y con los objetivos muy claros. Wisting volvió a sentir un escalofrío en la nuca. Tenían que aprovechar bien el tiempo. No debían perder la calma ni dejar que el miedo los dominara.

Leif Malm era un hombre de constitución esbelta, con un rostro de rasgos fuertes y marcados. Llevaba una americana oscura y una camisa clara con el cuello almidonado.

Tendrían aproximadamente la misma edad. Wisting le había visto hablando como portavoz de la policía de Oslo en algunas entrevistas televisadas y en la prensa.

La reunión confirmó la impresión que Wisting tenía de él como un líder de carácter autoritario. Tomó la palabra en cuanto se sentaron en torno a la mesa de juntas y les presentó al agente que lo acompañaba. Petter Eikelid debía de tener unos treinta años y era más bien bajo para ser policía. Mascaba chicle con la boca cerrada. Les saludó con una inclinación de cabeza, de manera que el flequillo oscuro le cayó sobre los ojos. No miró a Wisting, sino que paseó la mirada nerviosamente por la sala.

—Llevamos ya un tiempo investigando a una banda que está detrás de la introducción de cantidades relativamente importantes de cocaína en el país — continuó Malm—. Basándonos en la magnitud de sus operaciones, calculamos que habrán introducido cerca de cien kilos desde mayo. El jefe de la banda se llama Rudi Muller.

Petter Eikelid abrió la carpeta que tenía delante sin decir nada. Sacó una foto tomada durante un operativo de seguimiento. Se trataba de un hombre de mediana estatura y constitución robusta rayando en la cuarentena. Vestía una camisa de lino de color claro y con el cuello un poco abierto, dejando ver el brillo de una gruesa cadena de oro. Sonreía levantando apenas las comisuras de los labios mientras el resto de su rostro permanecía impertérrito bajo el cabello

negro y espeso peinado hacia atrás. Su manera de entornar los ojos a la luz del sol hizo pensar a Wisting en una pantera adormilada u otro animal grande y peligroso al que hubieran despertado a destiempo.

—Cien kilos es mucho negocio —comentó Nils Hammer.

Leif Malm asintió.

—El precio en la calle de la cocaína varía según el grado de pureza. El precio estándar de un gramo está entre doscientas y cuatrocientas coronas.

Wisting hizo un rápido cálculo mental. Cien kilos supondrían en torno a entre veinte y cuarenta millones de coronas.

—El dinero se blanquea a través de la industria del entretenimiento y se reinvierte en restaurantes, bares y propiedades —prosiguió Leif Malm—. Hace tres semanas conseguimos contactar con una fuente muy próxima a Rudi Muller, y así hemos podido averiguar cómo funciona y opera la organización. La venta de cocaína es solo una parte del negocio. Introducen diez kilos cada tres semanas. La mercancía procede de algunos contactos que Rudi Muller tiene en el sur de Europa y llega en barco por el estrecho de Skagerrak desde Dinamarca.

—Eso encaja con nuestra conexión española —comentó Hammer, y explicó brevemente la aparición del móvil junto al lugar de los hechos.

—Así es como también creemos nosotros que llevan a cabo las operaciones —confirmó Leif Malm—. Los acuerdos se hacen por adelantado, y cuando la mercancía llega se comunican mediante breves mensajes de móvil que resultan imposibles de rastrear. La droga es desembarcada y el dinero en efectivo sale por la misma vía.

Wisting reconoció el modus operandi propio del contrabando. Así era como entraba la mayor parte de la marihuana en el país cuando él empezó en la policía treinta años atrás. Entonces se utilizaban barcos pesqueros; hoy en día, el transporte se haría seguramente con lanchas rápidas que cruzaban el estrecho en unas horas.

—Pero el viernes algo salió mal —comentó, abordando la cuestión central.

Leif Malm asintió con los labios tensos.

—Petter Eikelid se ha reunido con su confidente esta mañana.

El joven agente dejó de mascar.

—En realidad no sabemos qué salió mal —dijo, tomando la palabra por primera vez—. Solo que tanto el dinero como la droga han desaparecido, y que dos hombres han muerto.

Wisting se giró hacia Leif Malm.

—Dijiste por teléfono que Rudi Muller había perdido a uno de sus hombres.

Petter Eikelid respondió por él:

—Uno de los hombres no volvió a Dinamarca en el barco. Nuestro confidente supone que el tipo que apareció en la barca esta mañana es el danés que falta.

—No acabo de seguirte —reconoció Christine Thiis—. ¿Estás diciendo que vienen dos hombres de Dinamarca en barco con diez kilos de cocaína, y otros dos vienen de Oslo con el dinero para pagar la droga? —Ilustró sus palabras sacando dos dedos de cada mano y acercándolas por la superficie de la mesa hasta hacerlas coincidir frente a ella—. ¿Y que entonces algo sale mal, hay disparos, encontramos dos cadáveres, y el dinero y la droga han desaparecido?

Leif Malm le sonrió con cierta indulgencia.

—Tanto nosotros como Rudi Muller creemos que se trata de un robo. Que alguien se enteró de la entrega y se ha largado con el dinero y la droga.

Nils Hammer se levantó para coger la cafetera con el café recién hecho.

—¿De cuánto dinero hablamos? —preguntó, y empezó a repartir tazas.

—Dos millones de coronas, pero Rudi debe responsabilizarse también de la droga.

—¿A qué te refieres?

—Los traficantes europeos consideran que han entregado la mercancía, pero que no les han pagado.

—¿Tenemos alguna idea de quién puede estar detrás del robo?

Petter Eikelid sacó un paquete de chicles del bolsillo, cogió uno y se lo metió en la boca.

—No —dijo tajante.

Hammer volvió a sentarse.

—Rudi Muller debe de tener alguna noción de quién le ha traicionado, ¿no?

—Está removiendo cielo y tierra para averiguarlo.

Wisting levantó la vista de sus notas.

—¿Sabemos quiénes fueron los hombres encargados de recoger la droga?

—Creemos saber quién fue el asesinado.

Petter Eikelid mostró la foto de la ficha policial de un hombre joven de ojillos redondos, con el pálido rostro salpicado de granos en el mentón y las mejillas.

—Este es Trond Holmberg —explicó—. Es el hermano pequeño de la chica de Rudi. No se sabe nada de él desde el viernes por la mañana, cuando estuvo con Rudi en el bar de Shazam Station.

Wisting notó que se le hacía un nudo en el estómago. El nombre del restaurante del que Tommy era uno de los socios le impactó como un puñetazo. Se le secó la boca y bebió un trago de agua.

—¿Shazam Station? —preguntó Christine Thiis.

—Es uno de los restaurantes de los que Rudi Muller es copropietario —explicó Petter Eikelid—. Si identifican a Holmberg como el cadáver del coche fúnebre, habremos avanzado mucho.

Wisting sintió que se le cerraba la garganta. Carraspear solo lo empeoró.

—No es Holmberg —dijo al fin.

Tragó saliva y explicó lo que había sabido de la autopsia. Lo más probable era que el cadáver del coche fúnebre fuera el del conductor.

Wisting respiró profundamente, se frotó las palmas de las manos y oyó el zumbido de las conversaciones de sus colegas, sentados alrededor de la mesa, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Rudi Muller era copropietario de Shazam Station, el mismo restaurante en el que había invertido quien hasta el día de ayer fuera pareja y compañero de piso de su hija. En otras palabras: Tommy tenía negocios con el hombre que parecía ser el principal responsable de un caso que implicaba varios asesinatos.

Maldijo para sus adentros. ¿Dónde había tenido la cabeza estos últimos años?

Había elegido no entrometerse en la relación que su hija mantenía con aquel danés de su misma edad, sobre todo porque estaba al tanto de su pasado y de sus antecedentes delictivos. Había optado por no decir nada, al menos hasta ver cómo evolucionaba la relación con su hija, y cuando esta se consolidó siguió guardando silencio. Se había mostrado de lo más reacio a interferir en la vida amorosa de Line.

Tuvo que esforzarse mucho para aparentar que aquella relación no le afectaba. Había vivido lo suficiente como para saber que valía la pena hacer caso de su intuición: era la que le había guiado en algunos de los casos más serios de su carrera profesional. Pero ahora se trataba de su propia hija, la persona más importante de su vida. Wisting se maldijo a sí mismo y a su debilidad. El miedo a alejar a su hija de sí le había llevado a guardar silencio sobre lo que opinaba realmente de su relación con Tommy. Había dejado que Line viviera su vida, y ahora, de pronto, se encontraba con una información que preferiría no tener. Y también con una angustia creciente por el bienestar y la seguridad de su hija.

Cuando empezaron a salir, había seguido buscando de vez en cuando el nombre de Tommy en los registros de la policía, sin encontrar nada. Y conforme fue conociéndolo más, comprendió que Tommy también tenía cualidades que era natural que Line apreciara. Podía ser atento y considerado, y había demostrado ser un buen conversador, alguien que sabía escuchar y reflexionar. Pero Wisting había sido un iluso. Tenía muchos años de experiencia, y debería ser el primero en saber que los delincuentes también tienen virtudes. Sin embargo, lo que acababa de escuchar ponía a Tommy Kvanter bajo una luz completamente diferente. Una cosa era cometer algunos delitos menores en los primeros años de juventud. Pero estar implicado en las actividades de uno de los criminales más peligrosos de Europa era algo completamente distinto. La sola idea de que Line pudiera estar cerca de gente tan falta de escrúpulos le ponía enfermo. Aquel no era ningún juego inocente.

Tragó saliva con dificultad y se obligó a volver a participar en la conversación.

—Dejadme que comente que esto nos proporciona una explicación racional a lo ocurrido —dijo intentando verbalizar una hipótesis que había tomado forma en su mente en paralelo a su propia preocupación—. Rudi Muller sabe cómo trabaja la policía. Y sabía que, si el cadáver era identificado como Trond Holmberg, lo relacionaríamos directamente con él. Pero nosotros anunciamos públicamente que la víctima llevaba un pasamontañas y que tendríamos que esperar al informe de la autopsia para poder pronunciarlos sobre su identidad. La televisión incluso mostró imágenes del coche fúnebre abandonando el lugar de los hechos. Así que se lo pusimos muy fácil.

—Aun así, suponía correr un riesgo muy grande —opinó Christine Thiis.

—Algo muy del estilo de Rudi Muller —explicó Petter Eikelid.

—¿Qué hay del otro hombre que acompañaba a Holmberg? —preguntó Nils Hammer—. ¿Vuestro confidente sabe algo de él?

—De momento no. Probablemente verá a Rudi Muller esta noche. Puede que entonces tengamos más.

—¿Por qué desembarcaron la droga precisamente aquí, en nuestra jurisdicción? —siguió preguntando Hammer.

—No lo hemos hablado con nuestro informante. Probablemente se trate de una ruta ya establecida de la que Rudi Muller se ha hecho cargo. Sabemos que también tiene contactos aquí.

—¿Qué tipo de contactos?

—No pudo demostrarse, pero colaboró con Werner Roos, que está cumpliendo una larga condena y actúa en la misma red de narcotráfico.

Wisting asintió. Werner Roos era un inversor inmobiliario que había levantado su negocio gracias a la importación y distribución de droga. La brigada de delitos económicos se encargó de llevar la investigación que le había costado una condena de ocho años, pero su estructura seguía activa.

Leif Malm volvió a tomar la palabra:

—Las cosas se están poniendo cada vez más feas para Rudi Muller. Nuestro confidente dice que lo están presionando y que le han dado un plazo para pagar

la deuda. Y si encima ha muerto uno de los hombres encargados de hacer la entrega, la presión será aún mayor.

Christine, que no paraba de tomar notas, pasó a una página nueva.

—¿Cuánta de esta información podemos utilizar? —preguntó.

—Ninguna —respondió Leif Malm con firmeza—. Todo esto es información clasificada de una investigación. Si algo de esto llega a filtrarse, pondría en peligro la vida de nuestro confidente. Podemos ofreceros esto, pero solo podéis usarlo a nivel interno.

La foto de la ficha policial de Trond Holmberg seguía en el centro de la mesa. Wisting se la acercó y se quedó pensativo.

—¿Figura en el registro de ADN?

—No, solo la foto y las huellas dactilares.

Christine Thiis parecía desanimada.

—O sea que tenemos una escena del crimen probablemente impregnada con su sangre, pero no podemos confirmarlo.

Wisting volvió a dejar la foto en su sitio. Tenían la respuesta ante ellos, pero tendrían que recurrir a toda su creatividad para encontrar los rodeos que condujeran a ella.

—Si se denunciara la desaparición de Trond Holmberg, podríamos encontrar una vía de acceso —reflexionó en voz alta—. En ese caso sería normal tomar muestras a sus familiares y compararlas con las de los cadáveres sin identificar y con los perfiles de otros casos en curso.

—No creo que tenga mucho contacto con su familia, salvo con su hermana —objetó Leif Malm—. Pero claro que podemos provocar que denuncien su desaparición. Podemos mandar una citación y ponernos en contacto con sus padres.

—¿Dónde está Rudi Muller ahora? —preguntó Hammer.

—Lo tenemos bajo vigilancia. Antes de empezar esta reunión todavía estaba en su piso de Majorstua.

—¿Y qué hay de las escuchas telefónicas?

—Esperamos tener controladas todas sus comunicaciones a partir de primera hora de mañana —confirmó Malm—. El problema es que no sabemos qué número usará en cada momento.

—Lo importante ahora es saber manejar al confidente —dijo Wisting mirando a Petter Eikelid, que apartó la vista—. Hay tres cosas que debemos saber: ¿dónde está el cadáver de Trond Holmberg? ¿Quién era el otro hombre que iba con él? ¿Y cuál será el siguiente movimiento de Rudi Muller?

Leif Malm se mostró de acuerdo.

Mientras echaba un vistazo a sus notas, Wisting pensó que también tenía algunas preguntas sin responder de índole personal. Si era cierto que Line había vivido con un delincuente durante más de dos años, con el consentimiento tácito de su propio padre, le esperaban por delante unas cuantas noches de insomnio. Pero tendría que lidiar con eso por su cuenta.

—Tal y como se presenta el caso, estaríamos buscando a unos ladrones desconocidos —resumió—. Pero ¿existe alguna posibilidad de que no fuera eso lo que ocurrió?

—¿Estás pensando en un simple ajuste de cuentas entre suministrador y receptor?

—O eso, o que nos enfrentamos a algo completamente distinto. Algo que no vemos.

Nadie supo darle una respuesta. Tampoco él la tenía.

Suzanne había preparado una cena sencilla pero deliciosa, y les sorprendió con un postre de fresas batidas.

—Fui a casa para sacarlas del congelador —explicó poniendo el bol sobre la mesa.

—¿Cómo van las cosas por tu casa? —se interesó Line—. ¿Les queda mucho a los fontaneros?

—No lo sé —suspiró ella—. No parece que haya ningún cambio desde la última vez que estuve allí.

Wisting probó el postre.

—Deberías servir esto en tu restaurante —le dijo.

—¿Vas a abrir un restaurante?

Las mejillas de Suzanne enrojecieron de esa manera que tanto la favorecía.

—Un restaurante no, un café —dijo—. Tal vez.

Wisting dio más detalles.

—Se convertirá en tu lugar favorito —comentó Line—, sobre todo si sirven comidas.

—Eso mismo pienso yo —rio Wisting—. ¿Ibas mucho por Shazam Station?

Line habló mientras comía.

—Al principio sí —dijo, y tragó—. Iba allí un par de veces a la semana, pero luego cada vez menos. Tommy estaba siempre allí, al menos esa era mi sensación. Le absorbía todo su tiempo.

—¿Había mucha clientela?

—Nunca estaba lleno, pero siempre había mucho que hacer. Y luego le hicieron también encargado del bar, así que tampoco podía volver a casa cuando

cerraba la cocina.

—¿Conociste a alguno de sus compañeros de trabajo?

—A muy pocos. Cambiaban constantemente, pero supongo que es así en ese sector. La verdad es que no conocí a ninguno que pudiera llegar a ser amigo mío. Me siento mucho más a gusto con mis compañeros de la redacción.

—¿Y Tommy? ¿Se juntaba mucho con sus colegas del trabajo en su tiempo libre?

—Creo que no había mucha separación entre trabajo y tiempo libre. —Line dejó la cuchara sobre el plato vacío—. Pero ¿de qué va esto? Parece que te interesa más Tommy ahora que hemos roto que cuando estábamos juntos.

—Perdóname —sonrió Wisting—, pero es que los amigos comunes pueden convertirse en un problema cuando se termina una relación.

Un tanto avergonzado, bajó la vista al platito del postre. Se dio cuenta de que en realidad estaba investigando. Sus preguntas eran inocentes solo en apariencia.

Line quitó la mesa y metió los platos sucios en el lavavajillas.

—¿Van bien las cosas por la cabaña? —preguntó Suzanne.

—Sí, aquello es fantástico. Y me encanta que el tiempo sea tan desapacible. Es una delicia mirar por los ventanales con el calor de la chimenea dándote en la espalda. Aunque resulta bastante desagradable lo que les está ocurriendo a los pájaros, la verdad.

—¿Qué les pasa a los pájaros? —preguntó Wisting.

—Los pájaros muertos que caen del cielo. ¿No te has enterado? El asunto ha ocupado titulares más grandes que vuestro caso.

Line fue a la cocina a buscar su bolso y sacó su portátil. Lo abrió y lo puso sobre la mesa delante de su padre.

LLUEVEN PÁJAROS MUERTOS DEL CIELO , rezaba el titular. Wisting reconoció al hombre de la foto. Era el anciano de la granja a la que Wisting había acudido en busca de ayuda después de que lo asaltaran. Tenía una pala en la mano, con la que había recogido cuatro pájaros negros.

Leyó: «Cerca de un millar de pájaros habrían caído muertos al suelo en la zona de Helgeroa, en Vestfold, durante el fin de semana. El misterioso fenómeno se inició el sábado por la mañana y se prolongó a lo largo de todo el fin de semana. El granjero Christian Nalum vio cómo varios pájaros caían muertos sobre su casa, el techo de su coche y sus campos, y ha recogido más de cien aves solo en su propiedad. Los responsables de Medio Ambiente se han hecho cargo de la recogida de los cuerpos para que sean analizados en la Escuela Superior de Veterinaria».

—Atropellé a dos de esos pájaros cuando estuve allí el viernes por la noche —comentó Wisting.

—Y yo encontré uno en las escaleras de la cabaña —dijo Line—. También ha ocurrido en otros países —añadió, señalando un párrafo.

«La semana pasada, más de cinco mil aves cayeron muertas del cielo sobre la pequeña localidad de Beebe, en Arkansas —leyó Wisting—. Los pájaros fueron analizados en laboratorios de Georgia, y los expertos concluyeron que la muerte se debió a causa de hemorragias internas y daños en los órganos vitales, sin que eso proporcione una explicación lógica del misterioso fenómeno.» El periódico informaba de que había ocurrido algo similar en un pueblecito de Brasil.

—Tiene más visitas que vuestro caso de asesinato —explicó Line, cerrando el ordenador.

Luego siguieron charlando de otros temas hasta que Line les dio las gracias por la cena y emprendió el viaje de regreso a la cabaña. Wisting disponía de media hora antes de volver al despacho.

—Creo que deberías hacerlo —le dijo a Suzanne—. Abre ese café. Sigue tu sueño para disfrutar de la buena vida.

—Tengo una buena vida —dijo sentándose junto a él en el sofá y apoyando la cabeza en su pecho—. Siempre lo he sentido así. Al menos si me comparo con los que nacieron en la misma guerra que yo. Los que no lograron huir y todavía viven sumidos en el hambre y la miseria. Me ha tocado la lotería, William.

Él asintió. Suzanne había nacido en Afganistán, y cuando se produjo la

invasión soviética de 1978 se encontraba estudiando en la Sorbona de París. No regresó a su país, y si en aquel entonces hubiera decidido hacerlo, hoy en día las cosas serían muy distintas para ambos. Wisting creía entender a qué se refería. Cuando uno ha vivido mucho, la cuestión de qué hacer con el resto de la vida cobra una gran trascendencia.

—¿Qué es la buena vida? —preguntó él.

—No hay una respuesta para eso —opinó ella—. Todos somos demasiado diferentes, todos tenemos sueños y fantasías muy distintas. Para la mayoría, consiste en conseguir más dinero y un mayor estatus, pero para mí se trata de cumplir un sueño.

—¿Y qué te lo impide?

—El camino es largo y complicado. No sé si me atrevo a cambiar de dirección.

Se volvió hacia él.

—¿Qué es para ti la buena vida?

Lo pensó y llegó a la conclusión de que se trataba de ser feliz, pero no estaba seguro de dónde hallar esa felicidad. No era ningún soñador: prefería disfrutar de la vida exactamente como era.

—Para mí —dijo despacio—, probablemente consista en sentarme a mi mesa de siempre, al fondo de La Paz Dorada.

El camino siempre era largo y complicado.

Sentado a su escritorio, Wisting pensó en lo que Suzanne había dicho acerca de alcanzar una meta. En este caso, se trataba de abrirse paso a través de la multitud de informes y documentos que abarrotaban su mesa, buscando una solución que nunca estaba seguro de llegar a encontrar.

Alternaba entre leer la información registrada en el sistema informático y la que le habían entregado impresa en papel, y le sorprendió descubrir que encontraba una gran satisfacción en todo aquello. Pensó que la vida era mejor cuando sentía que lo que hacía era importante. Cuando dejaba que sus pensamientos y sus actos se entrelazaran en una misma dirección y sabía que el resultado de sus esfuerzos podría marcar una diferencia. Aquello reforzaba su creencia en que su trabajo podía contribuir a hacer de este un mundo mejor.

Cuando Benjamin Fjeld entró en su despacho, Wisting levantó la vista y se apresuró a quitarse las gafas para poder enfocar la vista.

—¿Todavía estás aquí? —le preguntó.

—Pensaba irme ya —respondió el agente—. Si no hay algo más...

Wisting reconoció en el joven aquel temor que él mismo sentía en sus inicios como inspector a perderse algo, a no estar presente cuando surgía alguna novedad que podía ayudar a solucionar un caso.

—Te llamo si pasa algo —le aseguró—. Vete a casa y duerme un poco.

Benjamin Fjeld estaba saliendo cuando de pronto se detuvo en la puerta y se giró a medias.

—Por cierto, ¿te has enterado de que nos echan la culpa de los pájaros muertos?

—¿A nosotros?

—Un ornitólogo está culpando a la policía. —Señaló con la cabeza la pantalla del ordenador—. Lo publica el diario VG en su edición digital.

Wisting abrió la página y contribuyó a incrementar en un clic el cómputo editorial de visitas. El periódico especulaba con que la repentina muerte de las aves podía deberse a una acción policial llevada a cabo en relación con el asesinato ocurrido en Larvik el viernes por la noche, cuando un helicóptero de la policía sobrevoló la zona a baja altura. El presidente de la Asociación de Ornitólogos Noruegos opinaba que los pájaros podrían haber muerto por puro agotamiento. Cuando grandes bandadas se veían sometidas a un fuerte estrés, afirmaba, volaban sin parar hasta morir.

—Así son las cosas —dijo Wisting, haciendo clic en otro enlace que le llevó a otros artículos sobre el mismo asunto—. Todo está conectado.

Alargó la mano para alcanzar su taza de café, solo para comprobar que estaba vacía.

—Por cierto, ¿te gusta trabajar aquí? —preguntó cogiendo el termo.

Benjamin Fjeld volvió a entrar en el despacho.

—Sí —respondió.

Wisting llenó su taza y luego encontró otra de plástico limpia para el joven.

—Se nota en tu trabajo —dijo Wisting, señalando la cesta de informes entrantes—. Eres eficiente y concienzudo.

Benjamin Fjeld aceptó la taza.

—Gracias —dijo—. Espero que quede alguna plaza vacante para poder quedarme.

Wisting asintió. La norma era que los agentes de la sección de orden público hicieran una residencia de seis meses en el departamento de investigación y luego volvieran a primera línea policial con la experiencia adquirida. Pero Benjamin Fjeld tenía cualidades que le hacían valioso para el departamento. Wisting lo consideraba un investigador nato, alguien que lo absorbía todo y que se interesaba de verdad por los casos y las personas implicadas.

—Veremos qué se puede hacer —dijo—. Todavía te quedan unas semanas, y si la investigación no se ha resuelto para entonces, te aseguro que no te dejaremos ir.

Se pusieron a comentar el caso. Wisting opinaba que el joven sentado al otro lado de la mesa era un buen conversador, y que sus observaciones, preguntas y argumentos aportaban puntos de vista útiles.

Cuando Benjamin Fjeld salió del despacho una hora más tarde, era más de medianoche. Wisting se volvió de nuevo hacia la pantalla del ordenador, se puso las gafas y empezó a revisar de nuevo la información relativa a la investigación.

Nils Hammer había acabado por fin el listado de coches que habían pasado por los dos peajes entre Oslo y Larvik. La había introducido en el sistema informático con el comentario de que los datos aún no habían sido analizados.

Wisting fue bajando por la larga lista que incluía matrículas, marca del vehículo, información sobre el propietario y horas de paso. Los párpados le pesaban y forzó la vista para enfocar mejor.

En medio de la pantalla apareció un nombre conocido: «Thomas Rønningen». Era el propietario de un Audi S5 negro que había pasado por el peaje de Sande a las 19.32. Era el mismo coche que había aparcado a la puerta de Wisting la tarde anterior.

Tragó saliva y buscó el documento donde aparecía transcrita la grabación de la declaración de Thomas Rønningen. Más o menos hacia la mitad, encontró lo que buscaba:

W. W.: ¿Dónde estuviste la tarde y la noche de ayer?

T. R.: Podría pensarse que tengo la mejor coartada del mundo: un millón de telespectadores, pero la verdad es que lo que todos estaban viendo en la pantalla era una grabación. El programa se graba por la tarde, pero se emite sin editar.

W. W.: Entonces ¿dónde estabas?

T. R.: En casa. Solo.

W. W.: Te hemos estado llamando por teléfono. Incluso enviamos un coche a tu casa esta mañana.

T. R.: Lo desconecté todo. El móvil, el timbre, el televisor... Todo. Llegué a casa hacia las siete y me senté a escribir. No paré hasta casi las cinco de la madrugada, y entonces caí rendido en la cama.

Cuando desperté encendí el móvil, vi tus mensajes y te llamé.

Wisting volvió a la pantalla del ordenador y bajó hasta encontrar el peaje que marcaba el límite entre las comarcas de Larvik y Sandefjord. El mismo coche había pasado por allí a las 20.17. Thomas Rønningen había cruzado los dos peajes de la ruta directa entre Oslo y Larvik la noche del asesinato.

Se echó hacia atrás en su silla.

El famoso presentador había estado sentado frente a él en su propia casa y le había mentido.

Volvió a leer la transcripción una vez más. De eso trataba un interrogatorio, de obtener una declaración detallada que pueda servir más tarde para desvelar mentiras. Era cierto que faltaba un detalle por comprobar: otra persona podría haber usado el coche mientras él estaba en su piso escribiendo, pero Wisting lo consideró poco probable. Con anterioridad se había enfrentado a gran cantidad de mentirosos hábiles y actores consumados, y sabía reconocerlos. Thomas Rønningen era uno de ellos. Solo que no conseguía encajar la mentira con la información dada por el confidente de la policía de Oslo.

Se metió los dedos por debajo de los cristales de las gafas y se frotó los ojos. Cuanto más complejo se volvía un caso, menos visibles resultaban las posibles soluciones.

Decidió apagar el ordenador, marcharse a casa y dormir un poco. Pero entonces vio otra cosa en la pantalla que le cortó la respiración.

Apenas tres minutos antes de que el Audi de Thomas Rønningen pasara por el peaje, lo había hecho también un Golf negro. El nombre del propietario que figuraba en la lista era Elcon Leasing, pero Wisting reconoció la matrícula. Era el coche de Line.

Sus pensamientos se arremolinaron como hojas de otoño en el aire, revoloteando frenéticamente por su conciencia, y se sentía incapaz de retenerlos.

El viernes por la noche, a las 19.29, Line se encontraba acabando de cenar con él y Suzanne en Shazam Station. Tommy Kvanter había estado demasiado

ocupado y no pudo reunirse con ellos.

Se dio cuenta de que tenía la boca abierta y de que apenas respiraba. Jadeó en busca de aire, pero no sirvió para aplacar el gélido nudo que se formó en su pecho.

Las nubes oscuras colgaban bajas sobre la línea del horizonte. Quedaba algo de niebla sobre el mar, pero el viento la desgarraba constantemente en amplios jirones.

La noche anterior, Line había pensado que sería una buena idea elaborar un esquema del argumento del libro que quería escribir. Había decidido que la protagonista fuera una periodista, igual que ella, que ha heredado una gran casa en las estribaciones rocosas de un archipiélago. La casa lleva muchos años vacía, pero cuando entra por primera vez en ella, hay flores frescas en el jarrón de la mesa y el reloj de la pared marca la hora correcta. En el segundo piso hay una puerta cerrada con llave, y ninguna de las que le han entregado encaja en la cerradura. Cuando por fin consigue abrir la puerta, se encuentra con el enigma de un misterioso asesinato.

Aunque se quedó escribiendo hasta bien entrada la noche, los chillidos de las gaviotas la despertaron temprano.

Esa mañana desayunó una taza de té y una rebanada de pan crujiente con queso de untar. Leyó lo que había escrito la noche anterior y descubrió que muchas partes le resultaban insatisfactorias. Sin embargo, había algunos pasajes de los que se sintió verdaderamente orgullosa. Se vistió en consonancia con el tiempo desapacible, cogió la cámara de fotos y salió. El viento soplaba con fuerza y el mar estaba revuelto. Las olas golpeaban con violencia contra la orilla y el viejo embarcadero de madera.

Eligió la dirección contraria a la del día anterior, cuando encontró al hombre muerto en la barca. Hacia el oeste, la orografía del terreno era diferente. El sendero la condujo hasta un bosque enmarañado y denso donde el suelo estaba

blando y fangoso. Alguien había pasado por allí antes que ella, o bien a última hora de la tarde anterior o bien a primera hora de la mañana. Grandes y profundas huellas avanzaban en su misma dirección.

Se detuvo y escuchó. A ambos lados del sendero, el sotobosque era tan espeso que resultaba imposible ver el suelo. Exuberantes marañas de madreSelva de anchas hojas se abrazaban a los troncos de los árboles. En algún lugar se quebró una rama. Volvió a hacerse el silencio. Un pájaro levantó el vuelo y desapareció.

Line siguió caminando hasta que el bosque pantanoso se vio reemplazado por un terreno rocoso y húmedo. Se paró sobre una roca, aspirando el olor a algas y a sal.

Había una hermosa panorámica para hacer una foto con gran angular, pero la luz era demasiado apagada y el paisaje apenas ofrecía contrastes. Miró alrededor buscando imágenes más suaves que capturar con su cámara. Hacia el interior, las hojas amarillentas del otoño también carecían de la luz apropiada.

Enfocando a través del objetivo, hizo un par de fotos de prueba, pero les faltaba tiempo de exposición y quedaban algo difusas. Ajustó el obturador, separó las piernas para mantener la cámara estable y lo intentó de nuevo. El resultado mejoró y buscó nuevos encuadres.

Enfocó dos pinos retorcidos y azotados por el viento que se alzaban sobre un saliente rocoso. Hizo una foto, bajó el objetivo, y se disponía a levantarlo otra vez cuando algo llamó su atención. Un poco más abajo, vio que algo sobresalía de entre las rocas en el paisaje asolado por la intemperie. Algo construido por la mano humana. Enfocó con el zoom y pudo verlo con más claridad. Había unos troncos colocados entre dos montículos de piedra, y sobre ellos habían extendido una lona verde. La parte de delante estaba cubierta por unos tablones de madera, y lo habían tapado todo con una red de camuflaje para intentar ocultar la endeble estructura.

Hizo un par de fotos, guardó la cámara y se encaminó hacia la construcción semioculta bordeando un pequeño saledizo en la roca.

Al llegar, descubrió que la pared rocosa constituía también la parte de atrás del

rudimentario refugio. Parecía una guarida construida por unos niños, salvo por su remota ubicación. Estaban muy lejos de la población más próxima y no había ningún sendero que condujera fácilmente hasta aquel pequeño saliente.

En los tablones de la parte frontal había dos aberturas talladas que parecían troneras. Metió las manos por dentro de la red y apartó la trampilla.

Dentro había una base enrollable y un saco de dormir. Pegados a la roca, había una lámpara de gas y un hornillo; al lado, una botella de agua y latas de conserva vacías.

Se agachó para entrar. En las grietas de la pared rocosa, alguien había metido plumas de aves de distintas clases. Cogió una y la hizo rodar entre dos dedos.

De repente, tuvo la desagradable sensación de que alguien la observaba. Soltó la pluma y se giró hacia la pequeña abertura. No había nadie, pero se apresuró a salir y a poner la trampilla en su sitio.

En el momento en que dio la espalda al pequeño escondrijo, oyó un extraño crujido al tiempo que el cielo se oscurecía. Levantó la mirada y vio que una gran bandada de pájaros levantaba el vuelo de los matorrales que tenía detrás, maniobrando como si todo el grupo formara parte de un único organismo conectado. El rumor de las alas aumentó de intensidad antes de que la bandada virara a gran altura por encima de ella y desapareciera hacia el oeste.

Line se estremeció. Se levantó el cuello del anorak, volvió al sendero y se alejó de allí con paso presuroso.

Cuando llegó a la cabaña, había un hombre en la amplia terraza. Con las manos ahuecadas sobre el cristal del ventanal del salón, miraba hacia el interior. Solo cuando estuvo un poco más cerca vio que se trataba de su padre.

Lo llamó y él se dio la vuelta saludando con la mano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella mientras subía los escalones de la terraza.

—Quería ver cómo estabas.

—¿A las nueve de la mañana de un lunes?

—Andaba por aquí cerca —sonrió él.

—Esto no está cerca de nada —comentó ella, volviendo la cabeza hacia el viento helado para apartarse el cabello de la cara.

—La escena del crimen no queda muy lejos de aquí —explicó él, y la siguió al interior de la cabaña—. Tengo que hablar con Thomas Rønningen.

Line se descolgó del hombro la bolsa de la cámara.

—¿Ya habéis acabado allí?

—Sí, anoche. No consigo contactar con Rønningen por teléfono y he pensado en pasarme para ver si está en la cabaña.

—¿No había prestado ya declaración?

—Sí, claro, pero tengo unas cuantas preguntas más. Unos detalles que hay que encajar.

Line quiso preguntar algo más, pero lo dejó estar.

—Hacía años que no venía por aquí —dijo Wisting mirando a su alrededor—. Resulta acogedor.

—Estoy muy a gusto. —Se acercó a la encimera de la cocina para llenar la tetera—. ¿Quieres una taza de té?

—Sí, gracias —respondió él.

Luego recorrió la casa, echando un vistazo por las distintas habitaciones, antes de sentarse a la mesa ante el ventanal.

—No deberías dejar el ordenador ahí —comentó—. Resulta muy visible desde fuera. Los ladrones podrían sentirse tentados.

—Tienes razón —contestó ella—. Me alegro de no haber estado aquí el viernes por la noche, cuando pasó todo.

Su padre cogió la tarjeta que había dejado Benjamin Fjeld.

—El viernes, después de la cena, ¿te fuiste directamente a casa? —preguntó jugueteando con la tarjeta entre los dedos.

—Sí, compré algunas cosillas y me fui a casa para ver a Rønningen en la televisión.

—¿Llevabas el coche?

—No, cogí el tranvía. Es mucho más fácil. —Se sentó mientras esperaba a que hirviera el agua del té—. Tommy se quedó el coche.

—¿Sabes por qué razón no pudo cenar con nosotros?

—No estoy segura. Dijo algo de reunirse con unos daneses que querían abrir un restaurante. Pero no le presté mucha atención. Y tampoco me importó que no nos acompañara. Ya había decidido romper con él.

Su padre dejó la tarjeta del joven policía sobre la mesa.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—Cuando llegó a casa. Intenté esperarle levantada, pero cuando llegó eran casi las cinco y me había quedado dormida en el sofá. Hablamos un momento y se volvió a marchar. Yo me fui a la cama.

—¿Se volvió a marchar? ¿En plena noche?

Line observó a su padre. No acababa de entender tanto interés por Tommy. Su tono de voz delataba una intensa preocupación por ella, y sus preguntas parecían entretejer una red invisible en busca de un objetivo concreto.

El agua del té estaba hirviendo. Se puso de pie y fue a la cocina.

—Sí, se marchó —confirmó ella—. Pero fue después de decirle que me iba a

casa unos días, y que debía recoger sus cosas y encontrar otro lugar para vivir antes de que yo volviera.

—¿Crees que ha conocido a otra? —preguntó su padre, aceptando la taza que ella le ofrecía.

Line volvió a sentarse. No había querido pensar en ello. Eso implicaría traición y engaño, pero era la conclusión más obvia. Muchas de sus explicaciones sobre por qué no pasaba más tiempo en casa o con ella eran demasiado inconsistentes.

—Podría ser —dijo, recogiendo los pies sobre la silla—. Pero ahora mismo me da igual. Solo me alegro de que haya terminado.

Quería cambiar de tema, y estaba a punto de hablarle del pequeño escondrijo que alguien había construido entre las rocas escarpadas cuando su padre se le adelantó.

—¿Hay mucho que arreglar en la cabaña? —preguntó—. Me ha dado la impresión de que la madera de fuera estaba algo reseca, ¿no?

—Sí, en verano habrá que volver a tratarla —respondió ella—. También me gustaría pintar aquí dentro, hacerlo un poco más luminoso.

—Entonces yo puedo ocuparme del exterior y tú puedes arreglar el interior —propuso él.

Charlaron sobre las cosas que habría que hacer, y sobre lo bonito que sería pasar el verano junto al mar abierto. Luego Wisting se puso de pie y dijo que tenía que marcharse.

Una gran hoguera ardía en el claro embarrado y pisoteado que había frente a la cabaña de Thomas Rønningen. Dos hombres vestidos con petos de carpintero cargaban con un montón de tablones y los arrojaron a las llamas que apenas humeaban. El calor del fuego acompañó a Wisting hasta la entrada de la cabaña.

Todo el suelo ensangrentado del recibidor estaba levantado, al igual que las paredes, la puerta de entrada y el marco astillado.

Wisting preguntó por Rønningen. Ninguno de los carpinteros lo había visto.

Marcó el número que tenía grabado en el teléfono y esta vez el presentador respondió al instante.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Estoy en tu cabaña —explicó Wisting—. Los carpinteros están trabajando a marchas forzadas.

—Eso es bueno. La compañía de seguros accedió a tirarlo todo.

—¿Estás de vuelta en Oslo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo algunas preguntas más que hacerte, y además tenemos que tomarte las huellas dactilares.

—Ah, claro. Iré para allá, pero tendrá que ser a última hora de la tarde —dijo Thomas Rønningen, y propuso una hora.

Tras ponerse de acuerdo, Wisting volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Una bandada de pájaros negros sobrevolaba en círculos una planicie rocosa que emergía en medio del denso terreno boscoso. Eran como él, pensó. Estaban buscando algo.

En lugar de volver al coche, siguió el sendero hacia el este hasta la cabaña

más cercana. De la chimenea salía un humo negro y denso que el viento dispersaba.

Wisting había leído la declaración que Benjamin Fjeld le había tomado a Jostein Hammersnes. En pocas palabras, el hombre había ido a la cabaña el viernes por la tarde, lo mismo que había hecho todos los fines de semana desde el verano. Acababa de separarse, pero hasta que resolvieran el reparto de los bienes comunes seguiría viviendo con su mujer y sus hijas de siete y nueve años en un chalet de Bærum. Los fines de semana se hacían largos y difíciles, así que había optado por pasarlos en la cabaña.

La transcripción no contenía referencia alguna a la breve parada que había hecho en la gasolinera de la salida de Larvik. Probablemente lo había considerado un detalle sin importancia. Y de hecho lo era. El ticket encontrado junto al sendero que bajaba hasta la cabaña había resultado ser una pista falsa.

Cuando le abrió la puerta y le invitó a pasar, Wisting reconoció al hombre del vídeo de las cámaras de vigilancia. Iba vestido de otra manera: con un pantalón de chándal y un jersey grueso.

La cabaña probablemente había pertenecido a la familia de Jostein Hammersnes durante generaciones, sin que se hubiera hecho reforma alguna. El salón estaba amueblado al tradicional estilo campesino, con bordados, cacharros de cobre y utensilios de cocina antiguos colgados en las paredes. El aire húmedo estaba cargado de un olor acre y desconocido que Wisting no pudo identificar.

Jostein Hammersnes se acercó a la chimenea abierta, atizó un poco las brasas hasta que se avivó el fuego y echó dos troncos de leña.

Wisting se sentó a una larga mesa de pino. Sobre ella había varios periódicos de los últimos días. Uno de ellos estaba abierto por un artículo que iba acompañado de una foto de Christine Thiiis.

—¿No has ido a trabajar? —preguntó Wisting.

Jostein Hammersnes se sentó frente a él.

—Preferiría estar en otro sitio, pero son las vacaciones de otoño y mi mujer, o exmujer, es profesora. Acabamos de separarnos y vivimos bajo el mismo techo.

Es una pesadilla tener que estar viéndonos a cada rato. Además, desde aquí puedo hacerlo casi todo con la banda ancha. Por lo general me gustaba estar aquí, pero ahora ya no me encuentro a gusto.

—¿Y eso?

—Los daños materiales del robo no han sido muchos, pero la idea de que alguien haya entrado aquí se me hace casi insoportable. Empaña todos los buenos recuerdos que tengo de este lugar con Else y con las niñas, y también de cuando era pequeño. Ahora ya me da lo mismo que haya que vender la cabaña para poder cerrar el acuerdo de divorcio.

Jostein Hammersnes evitó la mirada de Wisting bajando la vista hacia la mesa. Cuando la levantó de nuevo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora es un lugar vacío —dijo con voz cansada.

Miró por encima del hombro de Wisting hacia una estantería de la pared. Una mancha más clara en el panel de madera indicaba que allí había habido algo expuesto.

Se puso de pie.

—Hasta se llevaron mi lágrima de cristal —dijo acercándose al hueco de la estantería—. Me la regaló mi padre el verano que cumplí ocho años, cuando conseguí cruzar el estrecho a nado. —Señaló con la cabeza hacia el mar—. Es el único premio que he ganado en mi vida —prosiguió—. Era un buen nadador, pero nunca he practicado ningún deporte. Mi padre era un artista del vidrio. Tenía su propio taller en casa, en Høvik. Podía pasarme horas viendo cómo transformaba el vidrio fundido y candente en las formas más hermosas. — Jostein Hammersnes se aclaró la voz—. Esa lágrima fue una de sus mejores creaciones. Trataba el vidrio como si fuera un metal noble. Lo fundía, le daba forma, lo pulía y lijaba con amor y cuidado. Cuando me la entregó, me dijo que guardara en ella todos mis sueños. Que vertiera en ella todos mis pensamientos y esperanzas, sin que llegara a llenarse ni desbordarse. Ahora todo eso ha desaparecido.

Wisting dejó que el propietario de la cabaña diera rienda suelta a sus

emociones antes de proceder con el interrogatorio.

—¿Te paraste en algún lugar antes de llegar a la cabaña?

—Pasé por el Meny de Holmen para hacer un poco de compra. Había preparado la maleta en casa por la mañana, y luego me quedé trabajando hasta tarde antes de salir para aquí.

—¿No hiciste más paradas? ¿En una gasolinera o algo así?

—Ah, sí. —Jostein Hammersnes cayó en la cuenta—. Paré en una gasolinera Esso al salir de la carretera nacional.

—¿Por qué?

—Casi siempre paro allí para comprar algo de comida preparada, así no tengo que cocinarme nada al llegar.

—¿Qué compraste?

—Un perrito caliente y una caja de pastillas para la garganta. ¿Tiene importancia? El policía con el que hablé el sábado no entró en tantos detalles.

—En principio no es importante, pero encontramos un ticket de Esso junto al sendero que baja a la cabaña —explicó Wisting—. Cabía la posibilidad de que se le hubiera caído al asesino o a la víctima. O también podía haber una tercera explicación más simple, como esta.

Repasó el resto de la declaración del hombre, intentando hacer que recordara cualquier vehículo con el que se hubiera cruzado por la carretera o cualquier ruido que pudiera relacionarse con los robos o el asesinato. Al final tuvo que admitir que Hammersnes no tenía nada que aportar.

Cuando acabaron la conversación, las llamas de la chimenea se habían extinguido. Wisting se puso de pie y le agradeció haberle dedicado su tiempo.

—Saldré contigo —dijo Hammersnes—. Necesito que me dé un poco el aire.

En el recibidor, dos pares de zapatitos de verano de niña estaban alineados junto a las grandes botas de Hammersnes. Wisting pensó que cuando vendieran la cabaña las niñas ya no podrían correr por las rocas junto al mar ni chapotear por el borde de la orilla. De un solo brochazo, la imposibilidad de reconciliación de los padres borraría los futuros recuerdos veraniegos.

Hammersnes se calzó las botas y siguió a Wisting afuera. Caminaron a lo largo del sendero sin decir nada, hasta que Wisting se apartó de él para dirigirse a su coche.

Alguien había conseguido un ejemplar de la edición veraniega de *Se og Hør* con el reportaje realizado en la cabaña de Thomas Rønningen. La revista estaba abierta sobre la mesa de la sala de reuniones. En la foto más grande, el presentador estaba sentado en primer plano presidiendo una larga mesa con un abundante surtido de gambas y cangrejos de río. Los invitados brindaban con vino blanco, con el cielo azul a su espalda. El pie de foto rezaba: «Verano idílico en Vestfold».

Thomas Rønningen mostraba la cabaña a los lectores, estancia por estancia. En una de las fotos estaba sentado en una confortable butaca ante una abarrotada librería, hojeando una novela negra. El artículo contaba que el mismo Rønningen estaba inmerso en un proyecto literario, cuyo tema y contenidos eran secretos por el momento.

A Rønningen le encantaba recibir visitas en su paraíso veraniego, tal como constataba la revista, que también detallaba una lista de nombres más o menos similar a la que el presentador le había dado a Wisting.

Había llegado más o menos a la mitad del reportaje cuando lo interrumpió el teléfono. Era Leif Malm, del servicio de inteligencia de la policía de Oslo.

—Los agentes que vigilaban a Rudi Muller lo han perdido —informó—. Salió de casa hace media hora. Es mucho antes de lo habitual y teníamos poco personal. Pasó por el Deli de Luca de la calle Bogstadveien antes de dirigirse al centro. Lo perdieron de vista junto al Teatro Nacional.

—¿Sabéis adónde iba?

—No, no hemos detectado nada especial en el KK, así que no ha hablado de ello por teléfono.

KK eran las siglas de Control de Comunicación. Eso quería decir que la policía pinchaba todas las comunicaciones que mantenía, ya fuera por teléfono o vía internet. Era uno de los métodos clandestinos más utilizados en la lucha contra el crimen organizado, pero no era tan eficaz como sería deseable. Los candidatos a ser objeto de este tipo de vigilancia eran conscientes del interés que la policía tenía por ellos, de modo que se comunicaban en clave con códigos ya acordados con antelación, o tan solo quedaban en un lugar y una hora para poder hablar de manera segura.

—Es posible que tenga un teléfono y un número de móvil que no conozcamos —siguió Leif Malm—. Estamos vigilando su piso y Shazam Station, por si aparece por uno de esos dos sitios.

—¿Y sus comunicaciones por internet?

—Lee casi todo lo que los medios digitales publican sobre el caso. Además, hay algo que refuerza la sospecha de que está involucrado en el incidente del coche fúnebre. Ha pasado mucho tiempo consultando páginas sobre incendios y quemaduras. Una de las páginas que más ha frecuentado describe los fuegos provocados en un espacio cerrado y los daños causados en el cuerpo por efecto del calor. Las palabras que ha buscado indican que le interesa cuál debe ser la intensidad y la duración del fuego para que un cuerpo se calcine, y qué posibilidades hay de identificarlo a partir de la dentadura y el ADN.

—Interesante —comentó Wisting.

—Sí, podría servir como prueba si finalmente se utilizan las comunicaciones del KK —corroboró Leif Malm.

—¿Vuestro confidente ha conseguido algo más?

—No. No llegó a encontrarse con Rudi ayer. Al parecer se está poniendo muy nervioso y quiere dejarlo.

—Eso no debe suceder —dijo Wisting—. Lo necesitamos.

—Petter está trabajando para animarlo a seguir.

—¿Cuál es la razón por la que ha estado colaborando con vosotros hasta ahora? —preguntó Wisting—. ¿Por qué se ha arriesgado tanto?

Al otro lado de la línea telefónica se produjo un silencio. Utilizar informantes policiales era complicado, y al final podía convertirse en un juego en el que la policía solo era una pieza menor. La persona que proporcionaba información con frecuencia tenía intereses propios, como la venganza o la posibilidad de ascender en la jerarquía criminal. Pero era un juego muy peligroso en el que el confidente apostaba su propia vida. Y por esa razón era muy reducido el número de agentes que conocían su identidad.

—Eso es asunto nuestro —respondió el jefe de inteligencia.

Wisting sopesó la posibilidad de preguntarle si habían tenido en cuenta que el confidente podría estar interesado en desviar el foco de atención. Que su objetivo al informar a la policía fuera apartar las sospechas de su persona y centrarlas en un tercero. Decidió dejarlo estar, diciéndose que Leif Malm y sus hombres estaban preparados especialmente para tratar con confidentes.

—He leído que los pilotos del helicóptero policial niegan su responsabilidad en la mortandad de aves en vuestra zona —comentó Leif Malm como si quisiera cambiar de tema—. Han escrito sobre ello incluso en la prensa de Estados Unidos. A Rudi Muller también le interesa, lee todo lo que se publica en la red al respecto.

—Cuento con que me mantengas informado —dijo Wisting para no apartarse del tema.

—En cuanto haya alguna novedad, lo sabrás —le aseguró Leif Malm.

Wisting colgó con la fuerte sensación de que el jefe de inteligencia le estaba ocultando algo. Se acercó a la ventana. Había empezado a llover de nuevo. Una llovizna fina y constante que volvía la ciudad y el paisaje aún más grises.

Un pájaro de grandes alas alzó el vuelo desde una grieta de la chimenea de la vieja fábrica que estaba junto a la comisaría. Dio varias vueltas en el aire y soltó un graznido ronco antes de deslizarse silenciosamente sobre los tejados de las casas y perderse de vista.

De repente sintió un intenso frío, como si la temperatura de la sala hubiera descendido varios grados. La desagradable sensación bajó por su columna

vertebral y le llegó hasta las yemas de los dedos. Las manos se le humedecieron, el corazón le latía más deprisa y tenía la boca seca.

El frío no está en la habitación, sino dentro de mí, pensó estremeciéndose.

Espen Mortensen dejó una foto sobre el escritorio delante de Wisting. Mostraba el cuerpo desnudo de un hombre menudo sobre la mesa de autopsias. Las cuencas vacías revelaban que se trataba del cadáver que Line había encontrado en la vieja barca de remos.

Después de haberle quitado la ropa y de haberlo lavado a fondo, no era difícil ver cuál había sido la causa de la muerte. Dos orificios oscuros bajo la escuálida caja torácica mostraban la vía de entrada de los proyectiles en el cuerpo.

—Ya sabemos quién es —dijo Mortensen.

Wisting cogió la foto y esperó a oír el nombre.

—Darius Plater.

—Suen a Europa del Este.

Mortensen consultó la documentación.

—Proviene de Vilna, en Lituania —leyó—. Veintitrés años, mecánico de coches.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Por las huellas dactilares. Lo cogieron por el robo de una embarcación de recreo en un puerto de Østfold en verano del año pasado y está registrado en nuestros archivos. Cumplió una condena de treinta días en la prisión de Halden y luego fue deportado. Está claro que ha vuelto.

Wisting dejó la foto. Tras la ampliación de la Unión Europea se había producido un incremento de los delitos cometidos por ciudadanos de Europa del Este. Eran en su mayor parte robos, pero cada vez con más frecuencia estos delincuentes llevaban a cabo acciones más graves, y cada vez tenían menos reparos en recurrir a la violencia.

—No me acaba de encajar —dijo—. Este hombre es un ladrón itinerante, mientras que nuestras informaciones apuntan a un caso de tráfico de drogas.

—Los lituanos trafican con drogas a gran escala —le recordó Mortensen—. Puede ser un plan que combine las dos cosas. Entra la droga, sale la mercancía robada. Lo hemos visto antes.

—Sí, pero en esos casos se trata de anfetaminas —dijo Wisting—. La cocaína viene de América del Sur a través de España y Portugal, a veces a través de África occidental. No del este.

—Concuerda con la información del servicio de inteligencia de Oslo de que uno de los hombres que llegaron en barco desde Dinamarca está desaparecido.

Wisting volvió a coger la foto sin hacer ningún comentario sobre esto último.

—¿Los forenses han encontrado algún proyectil?

Mortensen asintió.

—Aquí es donde la cosa empieza a ponerse interesante —dijo—. Han encontrado dos balas, de distinto diámetro.

—¿Quieres decir que le dispararon con dos armas diferentes?

Mortensen le tendió el informe.

—Al menos eso es lo que dicen las cifras. Una bala de 10,4 milímetros y otra de 9 milímetros corriente.

—¿De qué calibre era la pistola que se encontró junto al cuerpo?

—Era un arma mucho menor, de calibre 22. El número de serie ha sido lijado. Puede que podamos descifrarlo con un baño de ácido, pero antes de sumergirlo tenemos que hacer unos disparos de prueba para poder ver qué marcas dejan el gatillo y el cañón en los proyectiles.

Wisting trató de hacer memoria.

—¿Los casquillos que encontramos en el sendero corresponden a una 9 milímetros?

Mortensen asintió otra vez.

—La bala de 10,4 milímetros corresponde a un calibre 41. Podría tratarse de un revólver que no expulse casquillos.

Wisting volvió a coger la foto. Si sus suposiciones eran ciertas, el viernes pasado habría ocurrido algo en la oscuridad de la noche que había convertido al asesino en víctima.

—Dos pistoleros —concluyó Mortensen.

—O un pistolero con dos armas —sugirió Wisting—. ¿Tenemos algo del servicio de inteligencia sobre Darius Plater?

Mortensen volvió a pasar las páginas del informe.

—No mucho. El verano pasado una patrulla policial lo detuvo cuando circulaba con otros hombres en una furgoneta en las afueras de Grimstad. Plater era el conductor y solo han registrado su nombre. Inspeccionaron el vehículo. Al parecer llevaban unas cuantas herramientas, pero nada que permitiera a la patrulla arrestarlos.

—¿Te has puesto en contacto con los de Sin Fronteras?

—No, pensé que querrías hacerlo tú.

Wisting asintió. El flujo de ladrones procedentes de Europa del Este se había hecho tan intenso que el cuerpo policial había creado su propio grupo de investigación. Por razones obvias, había sido bautizado como Sin Fronteras. El grupo estaba compuesto por agentes que se dedicaban exclusivamente a investigar a dichos individuos, estableciendo un sistema de comunicación transversal entre los distintos distritos policiales. El innovador método había dado buenos resultados. Parte del éxito se debía a la colaboración casi extraoficial con la policía de varios países de Europa del Este. Los conocimientos y capacidades del grupo podrían resultar muy valiosos para la investigación del asesinato. Pero aún faltaba mucho camino por recorrer.

Wisting se quedó pensativo. Los hechos acaecidos en estos últimos días daban testimonio de una criminalidad apenas vista con anterioridad. Completamente pragmática, carente de escrúpulos, cínica.

No estamos a la altura, pensó. Cuando el paisaje cambia, es preciso rediseñar el mapa. Y con urgencia.

El jefe del grupo Sin Fronteras se llamaba Martin Ahlberg. Era calvo, con un fino bigote y grandes ojos oscuros que miraban fijamente a Wisting cuando se sentó frente a él en la mesa de reuniones. Llevaba un maletín.

—Casi esperaba que me llamaras antes —dijo—. Los robos en serie de residencias vacacionales encajan a la perfección con el modus operandi de varias de las bandas criminales que estamos investigando.

—Me alegro de que pudieras venir tan pronto —le agradeció Wisting, y le presentó a Christine Thiis, Espen Mortensen y Nils Hammer—. Nos ha llegado una información que no apunta directamente hacia Europa del Este —explicó, y lo puso al corriente a grandes rasgos del soplo que habían recibido gracias al confidente de la policía de Oslo.

—¿Estáis seguro que se trata de cocaína? —preguntó Ahlberg.

Wisting tuvo que reconocer que solo tenían la palabra del confidente para corroborarlo.

—Me cuesta ver a los lituanos tan metidos en el tráfico de cocaína —prosiguió Ahlberg—, aunque, la mayor parte de la anfetamina que llega al mercado noruego proviene de laboratorios clandestinos de Europa del Este, y Lituania se ha convertido en uno de los principales proveedores. Polonia sigue siendo el país de origen más importante, pero la mayoría de los detenidos son de Lituania.

Martin Ahlberg se sirvió café de la jarra que había sobre la mesa y siguió hablando con convicción:

—Cada vez es mayor la cantidad de droga que llega en los ferris del Báltico, pero la ruta más establecida es la que parte de Lituania y Polonia, pasa por

Alemania y Dinamarca, cruza el puente de Øresund hasta Suecia y de allí llega a Noruega.

Bebió y añadió:

—Pero esas bandas están muy bien organizadas y no conocen de fronteras. En algún lugar del norte de Europa del Norte existe un punto de intersección para la cocaína que llega desde España. Los lituanos, que últimamente han adquirido un papel prominente en el mundo del narcotráfico, podrían haberse hecho cargo del último tramo de la ruta. Os vuelvo a repetir que estamos hablando de bandas criminales muy bien organizadas. Y que saben aprovechar las ventajas de trabajar a gran escala como lo haría cualquier otra organización empresarial.

—¿Qué sabéis de Darius Plater? —preguntó Wisting.

—Bastante.

Martin Ahlberg abrió el maletín y sacó una fotocopia de un pasaporte lituano. Wisting reconoció los rasgos del hombre enjuto de la barca de remos. Su nombre aparecía impreso en letras mayúsculas.

—Darius Plater formaba parte de un grupo de ladrones de las afueras de Vilna. Han estado en Noruega por lo menos seis veces en los últimos tres años. El año pasado fue detenido en Østfold junto con este otro hombre.

Martin Ahlberg puso ante ellos la copia de otro pasaporte. El hombre de la foto se llamaba Teodor Milosz. Era de constitución robusta, con el cuello grueso, nariz achatada y ojos pequeños.

—Los pillaron en Hvaler, cuando se disponían a sacar del país cinco grandes motores fueraborda. Los dos fueron condenados a treinta días de cárcel, y tras cumplir sentencia fueron deportados. Después han vuelto en dos ocasiones.

Wisting asintió con la cabeza.

—Debéis tener en cuenta que los robos varían según las temporadas —prosiguió Ahlberg—. El verano es la temporada alta para los grandes motores fueraborda. El otoño, para asaltos masivos a cabañas cerradas para el invierno. Y el invierno y la primavera, para coches y viviendas.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvieron en Noruega? —preguntó Wisting.

Martin Ahlberg sacó un montón de papeles, pero se tomó su tiempo para responder.

—Estamos hablando de bandas criminales muy organizadas —repitió—. Los hombres que están al mando son antiguos oficiales y militares que no temen a nada, ni al castigo ni a las condiciones en prisión. Constituyen una amenaza para nuestra sociedad mayor de lo que podamos llegar a imaginar.

Wisting echó un vistazo a la foto de Darius Plater. Aquel hombre menudo era mecánico de profesión. Su imagen no encajaba en absoluto con la descripción que estaba dando el jefe de Sin Fronteras, pero se abstuvo de comentarlo.

—Darius Plater y Teodor Milosz forman parte del grupo que hemos bautizado como «El Cuarteto de Paneriai». Son cuatro hombres del barrio de Paneriai, una ciudad dormitorio de Vilna, situada a unos diez kilómetros al sudoeste del centro.

—¿Has estado allí?

Ahlberg asintió.

—El cónsul nos invitó a ir la primavera pasada —explicó—. Las autoridades provinciales tienen un proyecto conjunto sobre formación, salud, cultura y desarrollo empresarial, que se ha ampliado para incluir la cooperación en la lucha contra el crimen. —Hizo una pausa para beber de su taza—. El gran mercado de los ladrones está en Paneriai. Allí puedes comprar de todo.

—¿Quiénes son los restantes miembros del cuarteto? —inquirió Hammer.

Martin Ahlberg pronunció dos nombres con ensayado acento extranjero y les mostró otras dos fotos tamaño carnet. Al ver a uno de ellos, el corazón de Wisting se aceleró.

—Es él —dijo cogiendo la foto—. Es el hombre que me robó el coche.

—¿Estás seguro?

Wisting asintió. Solo había visto a su atacante durante un breve instante, pero estaba seguro. Reconoció aquellos rasgos toscos, los ojos hundidos.

—Valdas Muravjev —confirmó Ahlberg—. Es el de más edad. Condenado por robo con violencia en su país de origen.

—¿Sabéis dónde se encuentra ahora? —preguntó Wisting.

—Está en su casa, en Lituania —respondió Ahlberg, sacando una hoja con el logotipo de la compañía DFDS Seaways—. El cuarteto al completo llegó en ferry a Karlshamn, en el sur de Suecia, el 18 de septiembre. Conducían una furgoneta Volkswagen Transporter. Tres de ellos regresaron en el ferry de las 18.00 ayer por la tarde.

Wisting se enderezó.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora?

—Lo que está muy claro aquí —respondió Ahlberg— es que tenéis un caso en el que han disparado y asesinado a un ciudadano de Lituania. Naturalmente, tendréis que informar a las autoridades lituanas. Y en algún momento también tendréis que comunicar el fallecimiento a sus familiares y organizar el transporte del cadáver a su país. Por otra parte, sabemos con quién se encontraba cuando fue asesinado. Podríamos mandar una petición por vía judicial para interrogarlos, pero, si yo estuviera en vuestro lugar, viajaría hasta allí para hacerlo en persona.

Wisting había llegado a la misma conclusión. Empujó la foto de su agresor por encima de la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Puedes sacarnos los billetes?

A las 17.07, Thomas Rønningen aparcó su Audi S5 negro en la plaza situada delante de la comisaría. Llegaba siete minutos tarde a la cita.

Wisting observaba sus movimientos desde la ventana. El coche estaba recién lavado y desde la distancia podía ver cómo las gotas de lluvia perlaban el capó antes de deslizarse y caer. En la parte superior del parabrisas delantero vio el contorno de la tarjeta de abono del peaje.

Rønningen cerró la puerta del coche y echó una mirada a la fachada de la comisaría. Le saludó con la mano cuando sus miradas se encontraron y corrió al trote bajo la lluvia hasta la entrada.

Dos minutos después estaba sentado en el despacho de Wisting. Dejó el móvil y las llaves del coche en el borde de la mesa y se sacudió el agua de lluvia de los hombros con la mano.

—Bonito coche —dijo Wisting para empezar la conversación.

El presentador sonrió.

—Estoy contento con él.

—¿Es tuyo?

—Sí, ¿por qué?

—No, es que pensé que podía ser un coche de empresa o que usaran varias personas.

Rønningen no dejó de sonreír, pero resultaba más condescendiente que amable.

—Bueno, es una especie de coche de empresa, pero no deo que lo conduzca nadie más.

—¿Así que solo lo conduces tú?

Wisting vio que Rønningen torcía ligeramente el gesto. La sonrisa se esfumó y parecía inseguro.

En realidad, pensó Wisting, el presentador estaba dejando de tener interés para la investigación. Los indicios apuntaban en todas las direcciones menos en la suya, pero les estaba ocultando algo, y ahora estaba a punto de verse atrapado por su propia mentira.

—Bueno, supongo que en alguna ocasión se lo habré prestado a alguien —dijo Rønningen.

—¿A quién?

—Pues debe de hacer tanto tiempo que ya ni me acuerdo. —Su voz sonaba irritada, muy alejada del tono suave que empleaba en televisión—. No me habrás pedido que venga aquí para hablar de coches, ¿no?

—Pues sí —dijo Wisting inclinándose hacia delante—. Porque tu coche estuvo en Larvik el viernes pasado.

Thomas Rønningen se quedó en silencio frente a él. La lluvia golpeaba sin descanso el alféizar de la ventana sin que el sonido, habitualmente tranquilizador, pareciera tener ningún efecto sobre él.

—Eso no tiene nada que ver con el caso —dijo por fin.

—Tiene todo que ver con el caso —replicó Wisting—. Porque ya no tienes coartada. Al contrario, te sitúa cerca de la escena del crimen, y haber mentido sobre ello te deja en muy mala situación.

Wisting podía ver cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula.

—No es lo que pensáis —balbuceó Rønningen, al tiempo que cogía el teléfono y las llaves—. ¿Soy sospechoso de algo?

—Podemos citarte para declarar por falso testimonio —dijo Wisting con calma.

Puso frente a él el listado de los peajes y señaló el recuadro con la hora y el nombre del propietario del vehículo: «20.17 h. Thomas Rønningen».

A pesar de los muchos años de investigación sobre cómo el lenguaje corporal podía delatar a quienes mentían, no había ningún método cien por cien seguro

para distinguir la mentira de la verdad. Wisting había comprobado que la mirada de quienes mentían no se tornaba huidiza, ni su cuerpo revelaba inquietud, ni se tocaban la nariz o carraspeaban con más frecuencia que si estuvieran diciendo la verdad. Lo único que podía dejarles en evidencia eran las pruebas y, en el caso de Rønningen, no tenía escapatoria. No había posibilidad alguna de ofrecer una excusa razonable.

Puede que los indicios físicos de mentir no resultaran del todo fiables, pero la resignación del cuerpo ante una mentira descubierta no dejaba lugar a dudas.

Rønningen se dejó caer en el asiento y movió la cabeza.

—Puedo explicarlo —dijo.

Eran unas palabras que Wisting había oído pronunciar muchas veces a las personas que se habían sentado en esa misma silla. Guardó silencio, esperó a que continuara.

—Estuve en Larvik, pero no fui a la cabaña —dijo.

—¿Qué hacías allí?

Thomas Rønningen se levantó y se acercó a la ventana, luego se giró y volvió a la silla.

—Se llama Iselin Archer —dijo sin sentarse.

Wisting conocía el nombre. Era una joven pintora que había sido objeto de mucha más atención por su matrimonio con Johannes Archer que por su arte. Él era un millonario mucho mayor que ella, un inversor en propiedades que con frecuencia aparecía en los medios de comunicación. La desigual pareja vivía en Nevlunghavn, donde habían reformado una antigua planta conservera de gambas para construir una casa con estudio de pintura. Allí, Iselin Archer organizaba exposiciones privadas y otros eventos sociales de los que después se hacían eco la prensa y las revistas del corazón.

—Ha estado en tu programa —recordó Wisting.

Thomas Rønningen asintió.

—Dos veces. Fue así como empezó todo. La llamé desde la cabaña al día siguiente del primer programa, más que nada para preguntarle si había quedado

contenta. Johannes se encontraba de viaje y ella estaba sola en aquella casa enorme. Él ni siquiera había visto el programa. Cuando supo que yo también estaba solo en la cabaña, muy cerca de allí, me invitó a almorzar en su casa. Sirvió champán y fresas, y al final me quedé hasta el día siguiente.

Wisting escuchó sin bajar la guardia. Cuando se había perdido o traicionado el respeto por la verdad, todo se volvía dudoso. Sin embargo, lo que le contaba sobre cómo se había ido desarrollando la relación resultaba creíble. Una vez comenzado el relato, Thomas Rønningen narraba con pasión y entrega. Era como si, al poder por fin hablar con alguien de su relación secreta, se hubiera abierto una especie de compuerta.

—Solíamos vernos en mi cabaña —concluyó—. Pero Johannes está de viaje y pasamos todo el fin de semana en casa de Iselin. No me atrevo ni a pensar lo que podría haber ocurrido de no ser así.

Wisting no tenía mucho más que añadir. Estuvo un rato en silencio y luego preguntó:

—¿Dónde está Johannes Archer?

—En Francia —respondió Rønningen—. Ha ido a ver unos viñedos.

—¿Crees que sospechaba que os veáis en tu cabaña?

—Creo que sospecha de Iselin, pero no que sea conmigo con quien se está viendo.

—¿Sabe él dónde está tu cabaña?

—De hecho, ha estado allí. Iselin participó en el programa de fin de temporada esta primavera. Y Johannes vino al estudio. No sé cómo fue, pero acabé invitándoles a una mariscada.

—¿Ha viajado solo a Francia?

—Que yo sepa sí. ¿Por qué?

Wisting sacudió la cabeza sin responder. Una idea absurda estaba cobrando forma en su mente, pero la dejó estar.

—Tendré que hablar con ella —dijo.

Rønningen asintió.

—Ya la he preparado al respecto. Aun así, confío en que esta parte de la investigación no salga a la luz pública.

Wisting no prometió nada. Tal y como estaban las cosas, se trataba de ir descartando posibles sospechosos. Y todavía no estaba seguro de si podía borrar de la lista a Thomas Rønningen, o si de algún modo seguía formando parte del entramado del caso.

Se levantó y acompañó al presentador hasta la salida del edificio. La lluvia había aumentado de intensidad y caía en ráfagas arrastradas por el viento. Wisting permaneció a cubierto mientras Thomas Rønningen caminaba deprisa, con la cabeza baja, hacia su coche. Un mentiroso caminando hacia su prueba incriminatoria.

Cuando Wisting volvió al despacho le esperaban dos mensajes. Uno era de Martin Ahlberg, informándole de que el vuelo directo a Vilna salía al día siguiente del aeropuerto de Gardermoen a las 10.45 y que le vería en el aeropuerto con los billetes.

El otro mensaje era de Leif Malm pidiéndole que lo llamara.

—Hemos localizado a Rudi Muller —explicó Malm cuando Wisting le devolvió la llamada—. Llegó a Shazam Station hace treinta minutos. Pongo el altavoz para que escuches el informe.

Wisting oyó pulsar unas teclas y luego un fuerte crepitar en la línea.

«Charlie 05 —dijo la voz de Malm—. ¿Tienes un informe de situación?»

El responsable de la operación de seguimiento respondió:

«Muller está sentado en una mesa junto a la ventana con otros dos hombres, posición 2-4. El coche está en Grensen. Un BMW 730 negro, matrícula BR».

Wisting visualizó el edificio en el que se encontraba el restaurante. 2-4 era la clave que situaba a Rudi Muller en la primera planta, la cuarta ventana empezando por la izquierda. Eso quería decir que estaba junto a la mesa en la que Suzanne y él habían cenado con Line tres días antes.

«Muller se ha quitado la chaqueta gris y lleva puesta una camiseta roja —siguió el jefe del operativo—. Frente a él está sentado Tage Larsen con una sudadera verde. Hay un tercer hombre al que no conocemos. Moreno pero noruego, cazadora de cuero negra, gorra negra. Tenemos foto.»

Wisting se cambió el teléfono de oreja. Era una descripción vaga, pero podría corresponder a Tommy.

—Hemos identificado al hombre que apareció en la barca de remos —dijo en

voz alta.

—¿Y?

—Es un lituano llamado Darius Plater.

Otra unidad irrumpió en la línea:

«Charlie 0-5. ¿Has oído eso?».

«Negativo. ¿A qué te refieres?»

«Estamos escuchando por el canal 3. 01 acaba de informar de un incendio en la calle Teppaveien 5 en Grorud. ¿No es esa la dirección de Trond Holmberg?»

Se hizo un silencio, hasta que el jefe del operativo llamó a Leif Malm:

«¿Charlie?».

—Ahora entro —respondió Malm. Wisting lo oyó teclear en un ordenador—. El aviso ha llegado a través de la central de emergencias 110 hace tres minutos, e informa que la última vivienda de una hilera de adosados en Teppaveien 5 está en llamas. Figura como residente Trond Holmberg.

«Charlie 3-1 interrumpiendo. Aquí hay movimiento. ¿Estamos listos para seguirlos?»

«Charlie 3-2 en Akersgata», confirmó la primera patrulla.

«Charlie 3-3 en Pilestredet.»

«Charlie 3-4 en Møllergata con la plaza Stortorvet.»

«Muller está hablando por teléfono. ¿Tenemos a alguien en KK?»

Leif Malm fue quien respondió:

—No tenemos personal de guardia allí. Luego sacaremos la transcripción.

«Tienen prisa. Los tres van hacia el coche.»

La emisora quedó en silencio mientras esperaban el siguiente mensaje.

«Se han montado. Muller conduce.»

«¿Dirección?»

«Están subiendo por Akersgata.»

«Charlie 3-2. Lo tenemos.»

Los mensajes se sucedían sin pausa.

«Charlie 3-3 en posición para el túnel de Vaterland.»

«Charlie 3-4 en paralelo por Grubbegata.»

«3-2 bajo control. Lo seguimos como tercer coche. Tienen prisa, pero hay un atasco de tráfico.»

«Charlie 3-1. Lo seguimos.»

«Van por Ullevålsveien, bordeando el cementerio de Vår Frelzers.»

El responsable del operativo daba instrucciones:

«Charlie3-3: id por Bislett y preparaos para cogerlo en St. Hanshaugen.»

«Recibido.»

«Se para en un semáforo en Waldemar Thrane. Gira a la derecha.»

«3-1 por Bjerregaard. Podemos cogerlo más adelante.»

«Charlie 3-4, ¡preparados para el cruce de Synse!»

«Recibido.»

Wisting escuchaba el bombardeo incesante de mensajes. Los seguimientos eran todo un arte. Era importante permanecer siempre tres pasos por detrás del objetivo, pero también un paso por delante. Los agentes que escogían este tipo de trabajo solían ser poco amantes del papeleo y la burocracia policial, pero tenían buen instinto para la caza. Muchos creían que era un trabajo excitante, pero la mayor parte del tiempo consistía en esperar. Podían pasarse horas sin hacer otra cosa que mirar fijamente una puerta, pero cuando por fin sucedía algo, ocurría a toda velocidad.

«Han girado por Trondheimsveien —oyó Wisting zumbir en la radio—. Repito, Trondheimsveien. Yo lo dejo ir, ¿puede alguien hacerse cargo?»

«Charlie 3-1 lo tiene. Seguro que va a Grorud. Apuesto a que se ha enterado de lo del incendio en casa de Holmberg.»

« Joder, ya estamos viendo el humo desde aquí en Bjerke.»

Leif Malm intervino:

—Dejadle ir. Va a la calle Teppaveien. Su chica lo ha llamado hace unos minutos para contarle lo del incendio.

«Recibido.»

—Charlie 0-5 que vaya hasta Grorudveien, el resto que tome posiciones.

Tenemos que estar preparados para seguirlo cuando se marche.

Las distintas unidades confirmaron y Malm apagó el altavoz del teléfono.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó—. Pero si ese piso está vacío...

—Creo que encontraréis ahí a Trond Holmberg —dijo Wisting.

—¿Cómo?

—Si Rudi Muller es tan calculador como lo presentan los informes de inteligencia, esto era lo único que podía hacer.

—Joder —masculló Leif Malm cuando comprendió lo que Wisting quería decir—. Ha colocado el cadáver de Holmberg en el apartamento y le ha prendido fuego.

—Es una maniobra muy inteligente. Tiene que deshacerse del cadáver de Holmberg sin que lo asocien a él o al caso. Cualquier cadáver que aparezca por ahí con heridas de bala se relacionaría con nuestra investigación.

—También podría haberlo enterrado o asegurarse de que nunca encontrarán el cuerpo —objetó Malm, pero Wisting pudo notar que ya había aceptado su hipótesis.

—Al fin y al cabo, se trata de la novia de su hermano pequeño, y su desaparición también habría desencadenado una investigación. Si le sale bien la jugada, solo quedarán los dientes para identificarlo. Si no fuera por el soplo del confidente, no habríamos establecido la conexión y habríamos concluido que ha muerto a causa del incendio.

—Joder —volvió a maldecir Malm—. Creíamos que estaba leyendo sobre incendios y quemaduras para averiguar cómo habría quedado el conductor del coche fúnebre, y resulta que estaba documentándose.

Wisting amplió la información contándole que habían identificado el cadáver que Line había descubierto en la barca de remos.

—Esto da un vuelco a algunas de nuestras suposiciones —concluyó.

Leif Malm se mostró de acuerdo.

—¿Y estáis seguros de que se trata de cocaína? —preguntó Wisting.

—Absolutamente —respondió Malm—. Ya nos hemos incautado de algunas

entregas.

—¿Podrían los lituanos estar detrás?

—Podrían estar encargándose de uno de los tramos de la red de contrabando. Disponemos de poca información al respecto, pero sabemos que hay cárteles latinoamericanos que están intentando montar una red de transporte por los países de Europa del Este. Muchas de las rutas por el oeste han sido detectadas y dinamitadas gracias a la colaboración policial europea. En el mercado del este ven más posibilidades de esquivar la atención de la policía, o piensan que resulta más fácil de sobornar y corromper.

—Me marcho a Lituania mañana por la mañana —dijo Wisting—. ¿Podríamos vernos antes?

—Cuando quieras —respondió Malm—. Intentaremos que nuestro confidente vuelva a establecer contacto esta noche. Espero que para mañana podamos tener más novedades.

Llovía tanto que a Line se le quitaron las ganas de salir. Además, conforme caía la noche la temperatura había descendido en picado.

La leña que había puesto en la chimenea se negaba a prender y solo echaba humo. Al final desistió de tratar de encender el fuego y se puso un jersey más grueso.

Había intentado escribir, pero se quedó atascada en la misma frase. Estaba intranquila y al final tuvo que admitir que se sentía sola.

Las primeras noches que pasó en la cabaña no había tratado de encender el viejo televisor que estaba sobre un banco en la pared que daba al este. Ahora había conseguido devolverlo a la vida, pero en la pantalla solo había interferencias, y cayó en la cuenta de que la red analógica no estaba en funcionamiento y necesitaba un decodificador.

Se preguntó si tal vez podría llamar a algunas amigas de la época en que vivía en Stavern. Repasó mentalmente algunos nombres del colegio y del equipo de balonmano, pero concluyó que un lunes por la tarde estarían ocupadas con sus vidas.

No era demasiado tarde para coger el coche y bajar al centro a una cafetería. Le gustaba sentarse a una mesa a leer el periódico o un libro, o a tomar notas en su cuaderno. Estar rodeada de gente le daba la sensación de sentirse acompañada, a la vez que podía seguir trabajando en sus cosas. Pero ahora no le apetecía. Podría haber resultado agradable si al regresar alguien la esperara en casa, pero no era el caso.

Se acercó a la ventana y cruzó los brazos para entrar en calor. La pálida luz del farol de la fachada dibujaba un semicírculo en el suelo de la terraza. En la

periferia del cono de luz vislumbró otro pájaro muerto. Ya era el quinto. Debía de haber caído en la última hora. Consideró la posibilidad de salir y tirarlo entre los arbustos, pero no lo hizo. Probablemente algún animal hambriento se lo llevara a lo largo de la noche.

Más allá del resplandor amarillento del farol, la oscuridad de la noche se antojaba pesada y opresiva. Era imposible discernir qué había allí afuera. Todo lo que se oía era el incesante batir de las olas contra la orilla.

Una llamada al móvil la sacó de sus lúgubres pensamientos.

Era su padre.

Su propia voz le sonó hueca al responder.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó él.

—Bien —respondió ella sentándose—. Tienes que dejar de preocuparte. Me las apañó bien.

—¿Estás segura?

—Sí, claro, pero me gusta que me llames.

—Me marcho unos días de viaje por trabajo —siguió él—. Estoy seguro de que Suzanne agradecería un poco de compañía en casa.

Line sonrió ante el tono preocupado de su padre.

—Está acostumbrada a estar sola. Vivió por su cuenta muchos años antes de conocerte a ti.

—El ofrecimiento sigue en pie, tenlo en cuenta.

—Gracias. ¿Adónde vas?

—No muy lejos. Puedes contactar conmigo por teléfono.

Se dio cuenta de que temía que ella lo comentara y que alguien del periódico intuyera que la investigación estaba tomando un nuevo rumbo. Debía ser algo importante, si tenía que ausentarse en persona de la ciudad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el padre para cambiar de tema.

Line encogió las piernas sobre el sofá y sacó un libro de la caótica estantería.

—Estoy leyendo —dijo.

—¿Qué lees?

—Una vieja novela negra que había por aquí.

—Vale. No quiero molestarte. No dejes de llamarme para cualquier cosa.

Prometió hacerlo así y colgó. Después abrió el libro por el primer capítulo. Le gustó la frase inicial: «Justo después de medianoche dejó de pensar».

De repente se avivaron las llamas de la chimenea. Sonrió y se acurrucó en el sofá.

Wisting colgó. En la televisión, un locutor informaba de que estaban tratando de localizar a una persona tras el incendio declarado en un apartamento del barrio de Grorud, en Oslo. El reportaje que siguió mostraba imágenes de bomberos corriendo arriba y abajo por la calle cerrada al tráfico. El apartamento en el que se había originado el fuego estaba prácticamente calcinado. Los efectivos se esforzaban con denuedo por acabar con las llamas que se abrían paso hacia los pisos vecinos, las lenguas de fuego ondulándose bajo la presión del agua de las múltiples mangueras.

Wisting cogió el mando a distancia, esperó a que el reportaje terminara y apagó.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera —dijo volviéndose hacia Suzanne—. ¿Podrías ir a ver a Line mañana?

Suzanne asintió.

—Pero ¿por qué tienes que ir tú a Lituania? —objetó—. ¿No sería mejor que tú, que estás al frente de la investigación, te quedaras aquí?

—Ahora mismo creo que es mejor que me mantenga algo apartado —respondió él.

—¿Qué quieres decir?

Wisting se pasó la mano por el cabello y fijó la mirada en un punto de la pared antes de responder:

—Creo que Tommy está involucrado de alguna manera.

Suzanne se incorporó.

—¿Cómo?

Era muy raro que Wisting le contara detalles de los casos en los que estaba trabajando. La obligación de preservar la confidencialidad y proteger los datos personales solía poner bastantes límites a sus conversaciones. Pero en ese momento necesitaba hablar con alguien.

—Tenemos informaciones que apuntan a que el caso gira en torno a una entrega de droga que salió mal —empezó, y después le habló de la ruta de narcotráfico por el estrecho de Skagerrak—. El hombre fuerte aquí en Noruega es un tal Rudi Muller —continuó—. Es uno de los propietarios de Shazam Station. La policía de Oslo cree que toda la actividad del restaurante tiene como finalidad blanquear dinero procedente del tráfico de drogas, y que el restaurante es un punto de encuentro y reunión de delincuentes.

Los ojos de Suzanne se llenaron de preocupación.

—Eso no tiene por qué significar que Tommy esté involucrado —dijo.

—Ha cumplido condena por asuntos de drogas con anterioridad.

—Pero eso fue mucho antes de que conociera a Line —objetó Suzanne, aunque él percibió que no era un argumento que la convenciera.

—Aún hay más —prosiguió Wisting—. La noche que se suponía que iba a cenar con nosotros, Tommy estuvo en Larvik.

—¿La noche del asesinato?

Wisting asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos registrado todo el tráfico de los peajes entre Oslo y Larvik. El coche de Line es uno de los que cruzaron las barreras a una hora que encaja perfectamente con el asesinato. Y en ese momento lo tenía Tommy.

Suzanne se quedó callada.

—Lo descubrí por casualidad —siguió Wisting—. Pero todavía no se lo he dicho a los demás.

—¿Lo has hablado con Line?

—No directamente. No puedo hacerlo, no mientras la investigación esté en

curso.

—Entonces no puedes saber si las cosas son realmente como crees. Puede que haya una explicación razonable.

—En todo caso, debería contarles a los demás lo que he descubierto.

—¿Y si te equivocas?

—No hay error posible. El coche y Tommy estuvieron allí el día del asesinato. Solo él puede responder a lo que estaba haciendo.

—¿No podrías esperar hasta que vuelvas?

Él se mordió el labio inferior y la miró fijamente mientras se preguntaba si debería comprometerse a algo así.

—Me llevaré toda la documentación para repasarla en el vuelo —dijo—. Si no encuentro nada que me haga ver las cosas desde otro punto de vista, llamaré a Nils Hammer desde Vilna.

En algún momento de la noche había dejado de llover, pero todavía había niebla cuando Wisting salió de su casa a primera hora del martes por la mañana.

La comisaría estaba prácticamente desierta, y llegó a su despacho sin que lo entretuvieran.

Tenían dos métodos para gestionar la documentación nueva relativa a los casos. En uno, todos los informes se numeraban de forma consecutiva. En el otro, cada documento se marcaba con un número según un sistema establecido, en función del tipo de información que contenían: declaraciones de testigos, informes técnicos, datos del lugar de los hechos o información sobre la víctima. El primero constituía una herramienta práctica de trabajo que siempre estaba al día, mientras que el segundo organizaba todo el material para poder entregarlo al fiscal y a la defensa cuando se presentaban cargos.

Wisting buscó una copia de la documentación ordenada de manera consecutiva. Había ya tanta información acumulada que ocupaba dos archivadores marcados con números romanos, I y II.

Los dos le cupieron en el equipaje de mano, aunque temió que pudiera exceder el peso permitido introducir en la cabina.

Antes de marcharse revisó el correo electrónico, sin encontrar nada interesante. Luego apagó la luz y cerró la puerta con llave.

A las nueve llegó conduciendo a Grorudveien, y en una de las bocacalles pudo ver el esqueleto del edificio arrasado por las llamas recortándose contra el cielo gris. La calle residencial seguía cerrada al tráfico. Wisting detuvo el coche junto a una de las barreras y se bajó. El aire húmedo olía ligeramente a ceniza.

Los bomberos ya se habían marchado, dejando tras de sí un espectral silencio

que envolvía como un sudario el piso calcinado. Los técnicos especializados en escenarios de crímenes vestían monos blancos con capucha y máscaras para protegerse de los gases venenosos que emitían las cenizas que removían.

Un coche aparcó detrás del suyo. El jefe del servicio de inteligencia de la policía de Oslo finalizó una conversación telefónica antes de bajarse. Se estrecharon la mano brevemente y en silencio antes de acercarse al lugar del incendio.

Los técnicos estaban analizando la capa superior de restos carbonizados y escombros. Leif Malm llamó a uno con un movimiento de la mano. Este se acercó y se subió la mascarilla hasta la frente.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Malm.

—Aún es pronto —respondió el otro—. Estamos abriéndonos paso hacia abajo, capa a capa.

Wisting ya se lo esperaba. La investigación de incendios era una labor que requería tiempo. Los técnicos iban excavando entre los restos que había dejado el fuego, prestando la máxima atención a cualquier rastro o marca que hubiera quedado en las paredes y el suelo. Todo lo que se iba desenterrando se fotografiaba y registraba en un croquis. Cada rescoldo de hollín podía proporcionar información sobre los puntos en que el fuego se había propagado a mayor o menor velocidad, si lo había hecho a ras del suelo o había alcanzado altura, o si las llamas se movían de forma ascendente o descendente. En determinadas circunstancias, también podían averiguar la dirección en que se había extendido el fuego: hacia arriba desde donde se había originado, y hacia abajo cuando todo lo de arriba ya se había consumido. Era una labor que no solo podía llevar horas, sino días.

—¿Alguna idea sobre la causa del incendio? —preguntó Malm.

—Las conclusiones dependerán de lo que encontremos, pero dada la intensidad y la velocidad con que se ha propagado resulta fácil suponer que ha sido intencionado.

—Si hay una persona ahí dentro, ¿cuánto quedaría de ella? —inquirió

Wisting.

—Yo diría que no gran cosa.

—¿Suficiente como para poder averiguar algo acerca de la hora o la causa de la muerte? —preguntó Malm.

El técnico sacudió la cabeza.

—Eso dependerá de cuánto quede del cuerpo. Algunas cosas se pueden deducir de restos totalmente calcinados, pero la hora exacta de la muerte no suele ser una de ellas. Para eso hay que analizar el grado de descomposición de las proteínas, aminoácidos y ácidos grasos del tejido muscular, algo que generalmente queda consumido por el fuego.

—¿Y para poder identificar el cuerpo?

—El método más sencillo es mediante la dentadura. Y la respuesta es rápida. Si conseguimos el historial dental de la persona a la que buscamos, es cuestión de unas horas. Pero antes tenemos que encontrar el cadáver.

—¿Y mediante el ADN?

—Eso lleva más tiempo, hasta dos semanas. Además, hay que recabar muestras de la familia para cotejarlas.

—Pero ¿quedaría material suficiente como para elaborar un perfil de ADN?

—Yo diría que sí, pero lo más sencillo y rápido es recurrir a la dentadura. Si el calor ha alcanzado una gran intensidad, no es seguro que quede tejido celular suficiente para extraer el ADN.

Wisting asintió. Sabía lo que el calor podía hacerle a un cuerpo humano. Rudi Muller también lo sabía. Algunas de las cosas que el técnico criminalista les estaba explicando eran casi una repetición literal del contenido de las páginas web que había visitado.

—De todas maneras, necesitaríamos obtener un perfil de ADN —dijo—. Eso establecería una conexión directa con nuestro caso y demostraría que fue Trond Holmberg quien apareció asesinado en la cabaña de Thomas Rønningen. Daría un gran impulso a nuestra investigación.

El hombre del mono blanco saludó con un movimiento de cabeza, se colocó

de nuevo la mascarilla sobre la nariz y la boca, y dio media vuelta para seguir trabajando sobre el terreno calcinado.

—Vamos a sentarnos —dijo Leif Malm dirigiéndose hacia su coche.

Wisting entró por el lado del copiloto.

—¿Alguna novedad? —preguntó cerrando la puerta.

Leif Malm alargó un brazo hacia el asiento trasero y cogió un dossier.

—Nuestro confidente se reunió con Rudi Muller ayer a última hora —respondió abriendo la carpeta—. Tiene la impresión de que fue él quien acompañó a Trond Holmberg a Larvik el viernes y que fue el propio Muller quien sacó el arma.

Wisting miraba fijamente al frente. Una fina capa de vaho cubría el interior del parabrisas.

—Su coche no aparece registrado en los peajes —dijo.

Leif Malm encendió el motor y buscó a tientas el interruptor de la calefacción.

—Podría haber utilizado otro coche —dijo pulsando el botón—. Mándanos los listados y haré que uno de los muchachos del equipo de análisis los coteje con los datos de los vehículos conocidos del círculo más próximo a Muller.

Wisting asintió. El vaho desapareció del parabrisas y pudo ver con claridad. De vez en cuando seguían saliendo vaharadas de humo negro del terreno incendiado.

—Si realmente estaba con Trond Holmberg cuando fue asesinado, puedo entender mejor los riesgos que está corriendo con todo esto —dijo—. Si hubiéramos podido poner a Trond Holmberg sobre la mesa de autopsias, toda la atención habría recaído directamente sobre Rudi Muller.

Leif Malm se mostró de acuerdo y luego le tendió unas fotos.

—Imágenes del seguimiento de la reunión de ayer en Shazam Station.

Wisting las cogió y las fue pasando. Pese a estar tomadas a distancia, las fotos tenían buena resolución. Reconoció a Rudi Muller, pero no a los otros dos.

—Este es Tage Larsen —explicó Malm señalando a un hombre regordete con una densa mata de pelo rizado sentado enfrente de Muller—. Al otro no lo

conocemos.

Wisting entornó los ojos para poder mirar mejor al tercer hombre. No distinguía quién era, pero al menos no se trataba de Tommy Kvanter.

Al devolverle las fotos, pensó que existían otras posibilidades aparte de las que se había imaginado. Pero una cosa era segura: Malm y sus agentes conocían a Tommy y estaban al corriente de su relación con Line; lo contrario habría evidenciado que el servicio de inteligencia no funcionaba como debía.

—El exnovio de mi hija trabaja allí —dijo señalando las fotos con un movimiento de cabeza—. Es uno de los propietarios, Tommy Kvanter.

Leif Malm le miró un buen rato antes de decir nada.

—¿Han puesto fin a su relación? —preguntó por fin.

—Sí. Hacía tiempo que las cosas no iban bien, pero ahora ya han roto. Vivían juntos en el apartamento de Line. Ella está ahora en nuestra cabaña esperando a que él encuentre otro lugar para vivir.

—Pensaba que solo se habían tomado un tiempo —comentó Malm.

Wisting tragó saliva. Estaba claro que el servicio de inteligencia funcionaba. Seguramente también tendrían fotos de la pareja tomadas por los agentes.

—¿Tommy está involucrado? —preguntó abiertamente.

Leif Malm guardó los documentos en la carpeta para indicar que la reunión había terminado.

—No tenemos ninguna información al respecto —dijo—. Pero si como dices han puesto fin a su relación, deberías alegrarte. Ese no es un ambiente del que uno quiera formar parte.

Wisting abrió la puerta del coche.

—Una cosa más —dijo Leif Malm. Wisting se quedó con la puerta entreabierta—. Es probable que la situación esté tomando una deriva peligrosa —añadió en voz baja.

Wisting cerró la puerta.

—Muller está bajo una fuerte presión económica. Los traficantes europeos le hacen responsable de la pérdida de la droga y de la muerte de uno de los suyos.

Le exigen cinco millones de coronas.

—¿Qué piensa hacer Muller?

—Está organizando un atraco.

—¿Un atraco?

—Así fue como construyó su organización. Mediante varios atracos a transportes de valores a finales de los años noventa. En los últimos años sus ingresos han procedido principalmente del tráfico de drogas, pero sigue conservando su red de contactos.

—¿Y qué piensa atracar?

Leif Muller se encogió de hombros.

—No lo sabemos todavía. Nuestro confidente está trabajando en ello, pero hace tiempo que circulan rumores de que hay planes de un atraco a gran escala, casi a la altura del robo de NOKAS, algo tan grande que nadie hasta ahora ha tenido la necesidad de correr el riesgo.

Wisting cerró los ojos. Era un círculo vicioso. Los criminales se veían absorbidos por una espiral de delitos cada vez más graves, y cuanto más se adentraban en ella, más difícil resultaba para la policía detenerlos.

El vuelo directo a Vilna despegó con puntualidad a la hora prevista. Wisting y Martin Ahlberg estaban en la fila diez, con un asiento vacío entre ellos. El avión solo iba medio lleno. La mayoría de los pasajeros parecían ser trabajadores lituanos de regreso a casa, pero entre ellos también había algunos hombres de negocios noruegos, trajeados y con la prensa financiera en el regazo.

Al otro lado del pasillo, una fila más adelante, una mujer joven hojeaba el último número de la revista de cotilleo *Se og Hør*. Se detuvo en una página que mostraba una gran foto de Thomas Rønningen. Wisting pudo leer el titular desde su asiento: «Un hombre desconocido aparece ASESINADO EN LA CABAÑA». Varias de las fotos publicadas eran de archivo, del reportaje veraniego en el que Rønningen había sido retratado junto a conocidos compañeros de la televisión pública NRK.

Wisting apartó la mirada, se reclinó en el asiento e intentó recordar lo que sabía sobre el país al que se dirigía. Unos días atrás apenas hubiera sido capaz de situar Lituania en el mapa en relación con el resto de los estados bálticos. Se avergonzaba de saber tan poco de un país que estaba a menos de dos horas en avión de Oslo. La noche anterior había consultado la enciclopedia y había leído que limitaba con Letonia al norte, con Bielorrusia al este y con Polonia al sur. Hubo un tiempo en que Lituania fue un impresionante imperio que se extendía desde el Báltico al mar Negro. Actualmente, la otrora gran potencia era más pequeña que Østlandet, la región oriental de Noruega. Le sorprendió descubrir que el país no tenía más que 3,6 millones de habitantes, ya que los lituanos copaban de manera desproporcionada las estadísticas de extranjeros en los índices de criminalidad en Noruega. Polonia, con casi cuarenta millones de

habitantes, apenas aportaba la mitad de esa cifra. Eso hacía que la imagen de criminalidad de Lituania resultara todavía más evidente. Gran culpa de ello la tenían una tasa de paro próxima al veinte por ciento y el hecho de que una parte importante de la población viviera por debajo del umbral de la pobreza.

La capital, Vilna, con quinientos ochenta mil habitantes, poseía una rica tradición histórica.

El jefe del Estado era un presidente que Wisting no recordaba haber oído mencionar con anterioridad. Había revisado la información que ofrecía la enciclopedia sobre la forma de gobierno y la economía del país, pero se interesó sobre todo por cómo estaba organizada la policía. Por lo que pudo averiguar, no era muy diferente de la noruega.

—Hemos quedado con el comisario a las dos —explicó Martin Ahlberg cuando el avión alcanzó la altura de crucero—. Podemos registrarnos en el hotel después.

—¿Cómo vamos a proceder? —preguntó Wisting, hablando en voz baja para que los ocupantes de las filas contiguas no pudieran oírlos.

—Les he enviado un resumen del caso explicándoles que estamos investigando un asesinato y queremos hablar con la familia de Darius Plater y con otros tres ciudadanos lituanos: Teodor Milosz, Valdas Muravjev y Algirdas Skvernelis. Ya he recibido información sobre sus direcciones y antecedentes.

Sacó un montón de hojas impresas con fotos de los tres supervivientes del Cuarteto de Paneriai.

—Dijiste que Valdas había sido condenado por atraco —comentó Wisting señalando al hombre que le había atacado.

Ahlberg deslizó el dedo bajo el texto del pie de foto.

—«Assault and robbery in 2006» —leyó—. «Seis meses de cárcel.»

—¿Qué hay de los otros?

Martin Ahlberg siguió moviendo el dedo y negó con la cabeza.

—Ninguna condena —concluyó entregándole los folios.

Wisting se puso las gafas y leyó.

Darius Plater era el mayor de cuatro hermanos y la dirección que figuraba era la de su madre en Šešėlių gatvė. No constaba ningún padre.

—¿La familia está informada de su fallecimiento? —preguntó.

—Les he pedido que esperen hasta que hayamos hablado con los hombres que estuvieron con él en Noruega. No hay problema mientras no tengamos una identificación oficial basada en algo más que las huellas dactilares del registro noruego.

Wisting asintió. Eso supondría una ventaja táctica.

Continuó estudiando la documentación. Otro de los hombres residía en la misma calle que Darius, también en el domicilio de su familia más cercana. Su atacante vivía solo, pero el código postal era el mismo. Las mismas circunstancias se aplicaban al cuarto hombre.

—¿Cómo vamos a manejarnos con el idioma? —preguntó.

—Los lituanos nos proporcionarán un intérprete de inglés.

Wisting barajó los papeles de manera que la foto de su atacante quedara la primera.

—Quiero que empecemos por este —dijo—. Valdas Muravjev.

—Tú decides —asintió Ahlberg—. Pero no olvides que se trata de declaraciones de testigos. Si tuviéramos intención de inculparlos de robo o asalto, tendríamos que emprender unos procedimientos formales totalmente distintos.

La azafata les sirvió café. Wisting bajó la mesita y le devolvió los papeles a Ahlberg. Este le entregó a su vez una serie de informes unidos por un canutillo y guardados en una carpeta plastificada.

—¿Qué es esto?

—Es un análisis comparativo de los casos de robos más graves en Østlandet que sospechamos que han sido perpetrados por el Cuarteto de Paneriai —explicó Ahlberg—. Contiene la descripción de cada uno de los escenarios. ¡Mira esto!

Cogió el dossier de las manos de Wisting y lo abrió por una de las últimas páginas, donde se veía un mapa de Østlandet marcado con una serie de puntos

rojos. La mayoría se acumulaban en grupos a lo largo del fiordo de Oslo.

—Sesenta y ocho cabañas —dijo.

En la página siguiente, una fina línea azul conectaba los puntos rojos a lo largo de la misma franja costera.

—Hemos rastreado el teléfono de Teodor Milosz en la red de telefonía móvil noruega. —Martin Ahlberg señaló con el dedo cómo la línea azul partía de la frontera con Suecia y llegaba hasta Larvik, para luego hacer un bucle y volver por la ruta más rápida a través de la E18 hasta Oslo y después por la E6 hasta Suecia—. El número de teléfono que dieron al pedir los billetes para el ferry es el suyo. Recibimos los datos de la compañía telefónica ayer y los registramos en el mapa.

Wisting expresó su admiración ante la labor realizada. El mapa se explicaba por sí solo, mostrando cómo el grupo de viajeros lituanos había dejado a su paso docenas de viviendas asaltadas.

—Así es como trabajamos —prosiguió Ahlberg—. Es la clave de nuestro éxito. No investigamos los delitos, sino a los individuos, viendo lo que van dejando a su paso. Si encontramos ADN o huellas dactilares en uno de los escenarios, el resto de los casos en los que se han empleado métodos similares van cayendo uno tras otro como las fichas de un dominó.

—¿Tenéis la información telefónica del viernes por la noche? —preguntó Wisting.

Martin Ahlberg asintió y fue pasando páginas hasta llegar a una de las últimas. Una transcripción detallada mostraba una serie de llamadas recibidas y enviadas, fecha y hora, la duración de la conversación y la ubicación del terminal telefónico.

—Llegaron a Larvik el jueves por la tarde. Hay poco movimiento hasta la noche del viernes. Ahí es cuando se desata el tráfico de comunicaciones, pero de eso ya lo sabes tú todo. Estamos analizando con más detalle los teléfonos con los que Teodor Milosz se ha puesto en contacto. Puede resultar útil para tu caso.

Wisting observó la columna de números telefónicos con los ojos

entrecerrados. Algunos se repetían varias veces. Descubrió que varios de ellos eran noruegos, y lo comentó.

—Se hacen con tarjetas prepago noruegas que utilizan para comunicarse entre ellos mientras están el país —explicó Ahlberg—. Hasta ahora no hemos visto que contacten con números noruegos de terceros.

—¿Y con números daneses o españoles?

—No lo creo. Son conversaciones con Lituania y de los miembros del cuarteto entre sí.

Wisting se quedó pensativo mientras pasaba las páginas del informe y se terminaba el café. Era un documento de importancia crucial que situaba a los lituanos en el tiempo y el espacio de los asaltos cometidos.

Tras leerlo, dejó el dossier a un lado y sacó uno de los dos archivadores con la información del caso que había metido en su equipaje de mano.

El constante zumbido de los motores del avión le dio sueño, y no había pasado muchas páginas antes de dejarlo en el regazo y apoyar la frente en la ventanilla. Fuera, las nubes se agolpaban grises y compactas.

La terminal de llegadas del aeropuerto de Vilna resultó ser más moderna de lo que Wisting había supuesto, con grandes fachadas acristaladas y acogedores restaurantes. Después de una espera de apenas veinte minutos, ya tenían su equipaje y pudieron salir directamente hasta una fila de taxis sin mostrar ni el pasaporte ni ninguna otra forma de identificación. Tras la firma del acuerdo de Schengen, ya no había que pasar unos estrictos controles aduaneros para entrar y salir del antiguo estado soviético. Los pasajeros procedentes de los países miembros del espacio Schengen, ya viajaran en coche, barco, tren o avión, no necesitaban identificarse con pasaporte ni con visado para cruzar la frontera.

Era ese mismo acuerdo el que había llevado la delincuencia a los países nórdicos. La ampliación de la UE en 2004 facilitó a los criminales el acceso a un mercado mucho mayor y, después de que los países de Europa del Este entraran a formar parte del espacio Schengen en 2007, se había producido un aumento exponencial de los delitos contra la propiedad.

El conductor de un viejo pero espacioso Opel cogió su equipaje y les dio la bienvenida a Lituania. Martin Ahlberg se sentó en el asiento del copiloto y mostró al chófer un papel con la dirección de la comisaría central. Este agradeció la información inclinando la cabeza. Luego salió de la terminal y condujo al límite de la velocidad permitida por la autopista camino de Vilna.

El aeropuerto estaba a pocos kilómetros del centro. A pesar de ello, hubo tiempo para que el paisaje que veían por la ventanilla fuera cambiando: cruzaron bosques tupidos y oscuros campos arados hasta llegar finalmente a los grandes bloques grises de viviendas de la capital. El sol se abrió paso a través de la uniforme capa plomiza que cubría el cielo para reflejarse en las fachadas de las

torres de gran altura y las oficinas del centro. Grandes grúas se alzaban sobre los esqueletos de hormigón de nuevos edificios en construcción.

La comisaría era un edificio de cuatro plantas al norte del río que dividía la ciudad en dos. Ante la puerta se alineaban coches patrulla blancos con rayas verdes en los laterales.

Martin Ahlberg pagó al conductor y entró el primero por las puertas de cristal. Se presentó a un agente sentado tras un mostrador y le mostró el correo electrónico impreso donde constaba la cita.

Llegaban media hora antes de lo acordado, pero un joven vestido con camisa gris y corbata granate apareció enseguida y les indicó con la mano que pasaran por una puerta. Dejó su equipaje en otra sala y luego les precedió hacia el interior de la comisaría, el eco de sus pasos resonando mientras lo seguían por unas escaleras hasta la planta superior. A medio camino del corredor vacío, el joven agente se detuvo frente a una puerta con el rótulo: «Sigitas Lancinskas — Policijos Viršinininkas». Parecía que le daba miedo llamar a la puerta. Abrió una joven, que les dejó pasar a la antesala de un despacho y dio las gracias al hombre que les había acompañado.

La mujer les pidió que esperaran sentados en un sofá y luego desapareció por una puerta de madera de doble hoja que comunicaba con la estancia contigua. Poco después regresó con un hombre de tez pálida que mediaba la cincuentena, con el cabello gris muy corto. Vestía una gruesa chaqueta de uniforme verde con tres estrellas refulgiendo en las hombreras. En el pecho llevaba varias condecoraciones.

—Bienvenidos a Lituania —dijo en inglés, abriendo los brazos antes de estrecharles la mano entre las suyas—. Soy Sigitas Lancinskas, jefe de la comisaría central del distrito de Vilna —dijo traduciendo el título que figuraba en la puerta, y le dio a la secretaria un par de breves instrucciones en lituano.

El despacho del comisario era amplio y cálido, pero mal iluminado. Sobre el parquet había gruesas alfombras, y las ventanas estaban cubiertas por persianas y pesadas cortinas. El espacio estaba dominado por una mesa de juntas ovalada

cubierta por un tapete verde. A su alrededor había doce sillas. En el centro se veía una jarra de agua y varios vasos.

Lancinskas les indicó con un gesto que tomaran asiento a la cabecera de la mesa. En cuanto se acomodaron, llamaron a la puerta y un hombre trajeado entró en el despacho.

—Este es el director de la policía judicial, Antoni Mikulskis —lo presentó el comisario—. Será el responsable de daros apoyo en todo lo que necesitéis.

El recién llegado les dio la mano y les entregó una tarjeta de visita a cada uno con sus datos de contacto impresos en inglés.

—¿Habéis tenido buen viaje? —les preguntó tomando asiento.

—Sin problemas —le aseguró Wisting.

El director de la policía judicial asintió, como complacido de oírlo. Luego abrió una carpeta con varios documentos y sacó uno con el logo de la policía noruega.

—Permitidme comprobar si lo he entendido bien —dijo en un inglés más que correcto—. Un compatriota nuestro ha aparecido muerto por arma de fuego en el sur de Noruega. Vosotros habéis venido para hablar con la familia del fallecido y con tres personas que viajaban con él.

Tanto Wisting como Ahlberg asintieron.

Antoni Mikulskis alargó la mano para coger la jarra de agua.

—¿Hay algún acusado del crimen? —preguntó mientras llenaba cuatro vasos de agua.

—No.

—Entiendo que vuestra solicitud se debe a que las personas que viajaban con él abandonaron Noruega sin hablar con ninguna autoridad del asunto. ¿Es posible que alguno de nuestros compatriotas pudiera ser sospechoso de estar relacionado con el crimen?

—El caso es mucho más amplio de lo que vosotros sabéis, y mucho más complicado —respondió Wisting, colocando los archivadores con la documentación sobre la mesa.

Dedicó más de una hora a presentarles los detalles de la investigación y a mostrarles fotos e ilustraciones. Vio cómo su relato despertaba el interés de los dos altos cargos policiales, quienes, según avanzaba su informe, fueron aportando datos, sugerencias y comentarios.

—Muy interesante y muy extraño —resumió el comisario—. Espero de verdad que vuestro viaje a Vilna os proporcione las respuestas que buscáis.

—Ese es también nuestro deseo —asintió Wisting.

—Hablemos ahora de los detalles prácticos —propuso el director de la policía judicial—. Dada la naturaleza del caso, queréis hacer primero algunas investigaciones extraoficiales para después proceder a tomar declaraciones. ¿Es así?

—Así es.

—En ese caso, no tiene sentido que los hagamos venir aquí. En lugar de ello, deberíamos ir a verlos sin previo aviso.

Wisting asintió.

—Yo mismo os acompañaré. Si os parece bien, podemos pasar a recogeros por el hotel con un coche sin distintivos mañana a las nueve.

Wisting habría preferido empezar con las pesquisas esa misma tarde, pero aun así se mostró de acuerdo con la propuesta.

Los dos oficiales lituanos intercambiaron unas palabras en su lengua y se pusieron de pie.

Wisting les agradeció su eficiente disposición y el director de la policía judicial les dijo que se ocuparía de que los trasladaran al hotel.

Es aquí donde podremos encontrar las respuestas, pensó Wisting mientras esperaban frente a la comisaría al coche que los llevaría.

Al mismo tiempo, sintió una inquietud indefinible. Comprendió que era a esto a lo que se había referido Suzanne al hablar del miedo a lo desconocido. Le asustaba la idea de que algo imprevisto y dramático pudiera ocurrir en cualquier momento en este país extraño.

Desde el asiento trasero del coche patrulla observaron cómo las calles llevaban la impronta de la joven generación que había transformado la antigua república soviética de Lituania en una sociedad moderna. La impresión que causaba era completamente diferente a la que Wisting había esperado. La ciudad daba la imagen de una capital moderna y cosmopolita, y en muchos aspectos podía recordar a Copenhague o París, con su mezcla de concurridas calles céntricas y pintorescas plazas y callejuelas. Se sucedían exclusivos centros comerciales, franquicias, terrazas de cafés y tiendas de diseño. Todo estaba limpio y ordenado.

Martin Ahlberg le señaló una catedral con la torre del campanario aparte y un castillo que se alzaba sobre las colinas de detrás de la ciudad, monumentos que había visitado en su anterior estancia. El chófer asentía y sonreía sin entender lo que decían.

El hotel Astorija se encontraba en el otro lado de la ciudad, en la parte antigua de Vilna. Según se iban acercando a su destino, las calles pasaron a ser adoquinadas y cada vez más estrechas. Muchos de los edificios antiguos parecían recién restaurados después de haber sufrido un mantenimiento deficiente durante la época comunista, y el barrio parecía tener encanto y mucho ambiente.

Les dieron habitaciones contiguas en la cuarta planta, con vistas a la que debía de ser la calle principal del casco antiguo. Wisting salió al pequeño balcón y se agarró con fuerza a la barandilla de hierro forjado. El cielo seguía estando gris y un viento frío soplaba entre los altos edificios, pero las terrazas de los cafés estaban llenas de clientes sentados cómodamente ante tazas de café y copas de

vino. Un gran número de puestos de souvenirs atraían a los turistas con joyas de ámbar, artesanía tallada en madera, prendas de punto y muñecas rusas.

Desde donde se encontraba, contó las agujas de once iglesias sobre los tejados. Daban testimonio de que el pueblo lituano era profundamente religioso, algo que contrastaba con la visión que tenía de ellos como delincuentes itinerantes.

Wisting llamó a Nils Hammer antes de cenar. El joven agente no tenía nada nuevo que comunicarle sobre la investigación en Noruega, pero por su tono de voz Wisting dedujo que algo le preocupaba. Supuso que habría completado el análisis de los coches que habían pasado por los peajes y habría encontrado el de Line. Sus colegas de la policía sabían que era la pareja de Tommy Kvanter, y cuál era el pasado de este. Anteriormente su nombre había aparecido en varios informes, pero hacía mucho que no lo investigaban por nada.

—Hay una cosa de la que no hemos hablado —dijo Wisting—. Tommy Kvanter es uno de los dueños y gestores de Shazam Station.

—Lo sé —respondió Hammer—. Pero tenía entendido que ya habían roto.

—Sí, han puesto fin a su relación —confirmó Wisting—. Pero quiero que me comuniquen si su nombre vuelve a aparecer.

—¿Hay alguna razón para esperar eso? —preguntó Hammer.

—No, al contrario —respondió Wisting, y le contó la reunión que había mantenido con Leif Malm—. El confidente cree que Rudi Muller fue en persona a Larvik a recoger la cocaína.

—¿Saben qué clase de vehículo utilizaron?

—No, pero quieren que les mandemos toda la información de los peajes para que puedan comprobar si hay algo que les resulte familiar.

—Ningún problema —contestó Hammer—. Se lo haré llegar.

Wisting no le dijo que él mismo había revisado los listados y que había visto la matrícula del coche de Line. No fue capaz de percibir si en la voz de Hammer había algo que indicara que él había hecho el mismo descubrimiento.

Cuando colgaron, se quedó con la sensación de que había hecho mal. Iba a

volver a telefonar a Hammer cuando llamaron a la puerta.

Martin Ahlberg conocía un restaurante en un sótano de una callejuela por allí cerca que servía jabalí asado y una fantástica cerveza local.

La oscuridad del final de la tarde se instaló sobre las paredes de la cabaña. Line levantó la vista de la pantalla del ordenador y se frotó los ojos. En algún sitio había leído algo sobre un autor que escribía cinco páginas diarias, ni una más, daba igual si había tardado una hora o diez, si le habían quedado bien o mal. Al día siguiente revisaba lo escrito, borraba la mitad y escribía cinco páginas más. Había decidido hacer lo mismo y, poco a poco, fue descubriendo que lo que escribía ya no eran palabras sueltas, sino que adquiriría un significado más profundo y complejo. Personajes acartonados e insustanciales empezaban a suavizarse y cobrar vida.

Algo hizo que girara la vista hacia la ventana. En el alféizar había un pájaro negro mirándola fijamente con ojos brillantes y oscuros del tamaño de la cabeza de un alfiler.

Mientras estaba allí sentada, observándolo, otro se le unió. Line se puso de pie sin que eso los espantara.

Llegó otro pájaro más y se hizo un sitio entre los otros dos, y tras ellos vio una bandada que llenaba la barandilla y las ramas de los árboles más próximos.

Como si respondieran a una señal, levantaron el vuelo todos a la vez, se reunieron, volaron trazando un arco y desaparecieron por encima del tejado de la cabaña. Line se acercó más a la ventana para ver qué podía haberlos asustado, pero no vio nada. Corrió las cortinas y se sentó de nuevo. Eran demasiado pequeñas para cubrir toda la ventana, y quedó una abertura entre ellas.

Volvió a la pantalla y fue subiendo por el texto para leer los tres últimos párrafos, pero se detuvo cuando iba por la mitad. Se puso de pie y se acercó a la puerta, echó el pestillo y dio un paso atrás para escuchar. Una sensación extraña

invadía todo su cuerpo. Ya había experimentado lo mismo antes, muchas veces. Cuando estaba sola. Por la noche. Cuando estaba oscuro. Cuando el silencio se llenaba de sonidos extraños.

Pero nunca con tanta fuerza como en ese momento. Tuvo la desagradable e insidiosa sensación de que no estaba sola. De que había alguien allí fuera, en la oscuridad. De que alguien la observaba y permanecía a la espera.

Sabía que era un pensamiento irracional, pero se sentía vulnerable y expuesta. Buscó unas pinzas de la ropa en el armario de la cocina, juntó más las cortinas y las unió.

En el exterior la oscuridad ya era total.

Encendió un fuego en la chimenea abierta. Esta vez los troncos prendieron con facilidad. Su crepitar resultaba tranquilizador y las llamas bañaron el salón con una agradable luz titilante.

Se quedó observando cómo ardía hasta que el resplandor amarillento le escoció en los ojos.

En el ordenador había aparecido el salvapantallas. Pasó un dedo por el panel táctil del teclado y volvió a la vida. Empezó a leer deprisa y enseguida sus pensamientos se centraron de nuevo en el texto. Fuera llovía otra vez, pero no hacía viento.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando, de pronto, dio un respingo, sobresaltada por un sonido desconocido que no procedía de la chimenea. Venía del exterior, de la pared junto a la que estaba sentada. Un ruido sordo, como si alguien estuviera pisoteando la hierba. Luego desapareció.

Se quedó inmóvil. Se esforzó por escuchar algo más, pero no fue capaz de oír nada a través de la lluvia.

Ante ella, sobre la mesa, estaba la tarjeta que le había dejado el agente que le tomó declaración, con instrucciones de llamarle si surgía cualquier cosa. «Benjamin Fjeld», leyó. La cogió y jugueteó con ella, pero no echó mano al teléfono.

Entonces volvió a oír el ruido del exterior. Las mismas fuertes pisadas,

seguidas de algo raspando contra la pared.

Un animal, pensó. Un corzo salido del bosque de detrás de la cabaña, que rondará por ahí fuera pastando.

Se puso de pie, fue hasta el fregadero de la cocina y llenó un vaso de agua. Antes de bebérselo, volvió a acercarse a la puerta y comprobó que estuviera cerrada con llave.

Las manecillas del reloj de la cocina marcaban las diez y media. No estaba cansada, pero decidió que se acostaría y leería un rato.

Guardó su trabajo en el ordenador y se cepilló los dientes. Después comprobó que todas las ventanas estuvieran bien cerradas y dejó a mano una linterna por si se iba la luz. Antes de desvestirse, apagó las luces. Buscaba una camiseta que se pudiera poner para dormir cuando de repente una sombra se proyectó sobre las cortinas del salón.

Se quedó paralizada. Escuchó en tensión, pero solo oía el sonido de su propia respiración y de la lluvia golpeando rítmicamente sobre el tejado.

¡Ahí estaba! Un crujido en la barandilla de la terraza.

Su corazón latía a un ritmo infernal, dejándola sin apenas fuerzas. Temblaba como si tuviera frío, sudaba como si tuviera calor.

Había alguien allí fuera. Alguien estaba delante de la puerta, arrojando su sombra a la luz del farol.

Los adoquines brillaban mojados por una lluvia que debía de haber caído mientras cenaban. Sintió algo aturdido por la cerveza y el fuerte licor que les habían servido con el postre, Wisting le dijo a Martin Ahlberg que iba a tomar un poco el aire antes de volver al hotel.

La oscuridad de la noche había dado otro aire a las calles, llenándolas de ritmo, risas y música que salía a ráfagas por las puertas de los restaurantes abiertas de par en par. El ambiente iba en aumento y se arrepintió de haber cogido una habitación orientada a la concurrida calle.

Era una estampa llena de contrastes. Hombres bien trajeados y mujeres muy maquilladas con elegantes y livianos vestidos se cruzaban por las aceras con mendigos que buscaban esperanzados un alma compasiva.

Un hombre sin manos ni piernas, sujeto a algo que parecía un patinete, se las arreglaba como podía para avanzar impulsándose con dos palos.

—*Help me, sir!* —suplicaba—. *Help me! No food! No home!*

Su enjuto rostro esbozaba muecas y ruegos insistentes.

Wisting negó con la cabeza y hundió las manos en los bolsillos. Pasó de prisa por su lado con un poco de remordimiento y entró en una estrecha bocacalle donde las luces de neón eran un poco más estridentes.

Una joven que estaba sola junto a una farola lo miró con aire inquisitivo.

Tenía una belleza algo tosca. Iba vestida con una cazadora de piel, pantalones vaqueros estrechos y botas altas de cordones. Tendría unos diecinueve o veinte años.

—*I might help you* —dijo en un inglés vacilante, y le puso la mano sobre el brazo.

Sus ojos azules se movían nerviosos sin control. Wisting podía ver en ellos que albergaban sueños. Sueños de otra vida que no fuera aquella miseria que la llevaba a estar en la calle.

—Creo que no —respondió Wisting negando con la cabeza.

—¿No estás solo? —preguntó repitiendo su ofrecimiento.

Su mano subió por el brazo y le acarició la cara. Ese sencillo movimiento provocó en él una reacción involuntaria que le hizo detenerse. Su cuerpo se estremeció. Nunca una mujer tan joven y entregada le había acariciado de aquella manera.

—¿De dónde eres? —preguntó ella.

—De Noruega —respondió él.

—Puedo acompañarte a la habitación del hotel —sonrió ella esperanzada.

—*Sorry* —dijo Wisting.

Se aclaró la garganta, le dejó claro que no estaba interesado en lo que ella vendía y siguió su camino.

Un adolescente vestido con ropa mugrienta lo abordó para mostrarle una bandeja con bisutería de ámbar.

—*Present for your lady at home* —le ofreció.

Tenía collares, pulseras y pendientes hechos de resina petrificada. La mirada de Wisting se demoró en un colgante pulido en forma de corazón, de un ámbar transparente de un tono rojizo oscuro.

Al verlo dudar, el chaval lo agarró por el brazo.

—*Very nice price* —aseguró.

—*How much?*

—*Two hundred litas.*

Cuatrocientas cincuenta coronas noruegas, calculó Wisting rápidamente. Negó con la cabeza e hizo ademán de marcharse.

—*Please , mister* —suplicó el muchacho sosteniendo ante él el colgante—. *Tell me your price.*

Wisting pudo apreciar que se trataba de una buena pieza de artesanía.

—*One hundred* —ofreció.

El otro pareció ofendido, pero al momento propuso rebajarla a ciento cincuenta. Wisting se mantuvo firme, pero cedió finalmente cuando le pidió ciento veinte litas.

Solo tenía un billete grande, y el chaval tuvo problemas para darle cambio. Estuvo un buen rato negociando con otro vendedor que se acercó a ellos, y Wisting empezó a dudar de si le iban a dar la vuelta. Al final el muchacho le entregó un fajo de billetes y Wisting se lo guardó sin contarlos. Al mismo tiempo, reparó en la presencia de una niña que casi pareció emerger de entre las sombras. Animada por el pequeño éxito del vendedor de bisutería, dio unos pasos al frente sosteniendo ante ella un cestito lleno de muñecas hechas de punto.

Tendría unos ocho años, y sus rasgos eran hermosos. Eran ya casi las once y media de la noche.

Wisting le indicó que se acercara con la mano y la niña le ofreció el cestito con gesto ansioso mientras le decía algo en lituano con su vocecilla.

Aunque Wisting tenía varios billetes pequeños en la mano, sacó otro de los grandes y se lo entregó antes de coger una de las muñecas. Cuando la niña se rebuscó en los bolsillos para darle el cambio, él le hizo señas de que podía quedárselo. Sabía que era una forma inútil de caridad, pero renunció a sus principios para iluminar la carita de la niña a aquella hora tan tardía de la noche, y esperando que recordara aquel momento durante algún tiempo aunque el dinero se acabara enseguida.

Encontró el camino de regreso al hotel sin hacer más paradas. Guardó el colgante en la maleta y dejó la muñequita de punto sobre la mesilla. Antes de meterse en la cama, volvió a asomarse al balcón. Frente a él se extendía el nuevo patio de recreo de los ricos de Europa. Pero el crecimiento de la economía no había alcanzado a todos. Las contradicciones de la ciudad que estaba a sus pies eran más fáciles de ver con la llegada de la oscuridad. Prostitución descarada y miseria coexistían con hombres ricos que bajaban de coches caros en compañía de rubias de largas piernas.

Podía entender que quienes no veían futuro alguno en esta ciudad optaran por intentar robar las riquezas de otros países.

Line respiraba con fuerza, entre jadeos entrecortados, para protegerse del miedo.

Vio cómo la silueta masculina que estaba allí fuera se acercaba aún más, ahuecaba las manos sobre el ventanal del salón e intentaba mirar hacia el interior.

Dio un paso atrás, buscó a tientas el jersey que había dejado sobre la silla y se lo enfundó por la cabeza. Después agarró el atizador de la chimenea y lo blandió a un costado del cuerpo, sintiendo las manos húmedas sobre el duro acero.

Con paso inseguro, se acercó a la mesa del salón donde estaba el móvil. Procedió con el mayor cuidado posible para evitar que quien estaba allá fuera lo notara.

En el momento en que iba a agarrar el teléfono, unos nudillos golpearon en el cristal de la ventana.

—¿Line? —llamó alguien.

A continuación volvieron a golpear en el cristal y repitieron su nombre.

Le llevó algo de tiempo darse cuenta de a quién pertenecía la voz.

—¿Tommy? —preguntó, y recibió una respuesta afirmativa desde el exterior.

Dejó el atizador junto a la entrada y entreabrió la puerta.

Tommy le sonrió. La lluvia le había aplastado el pelo contra la cabeza. Line abrió para dejarlo pasar.

—¿Qué haces aquí?

Él se pasó la mano por el cabello espeso.

—Tenía que verte.

Line se cruzó de brazos.

—¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido fácil —admitió, y dio unos pasos hacia ella. Sus zapatillas deportivas dejaron marcas de barro en el suelo—. Hay muchas cabañas por aquí.

—Estás empapado. Espera ahí.

Tommy se miró la ropa mientras Line iba al pequeño aseo a buscar una toalla.

—Toma —le dijo, tirándosela—. ¿Has traído algo de ropa seca?

Negó con la cabeza y se frotó el cabello con la toalla.

—Vas a coger una pulmonía.

—Puedo secar la ropa delante de la chimenea —dijo, señalando hacia las brasas con un movimiento de cabeza.

Line se disponía a protestar, pero antes de que tuviera tiempo de decir nada Tommy ya había dejado las deportivas junto a la puerta y se había quitado el jersey y los pantalones. Se acercó al sofá y se echó una manta sobre los hombros, al tiempo que colgaba las prendas sobre unas sillas y echaba más leña a la chimenea.

Se dejó la camiseta puesta.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella.

—Quiero intentar que esto funcione —respondió él, sentándose en el sofá frente a ella.

En la habitación en penumbra, las llamas de la chimenea se reflejaban sobre la piel húmeda de su rostro.

—No lo sé, Tommy. Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —dijo él—. No si lo nuestro es auténtico, Line. Y para mí lo es. Yo sé lo que quiero. La pregunta es: ¿qué quieres tú?

Ella lo sabía muy bien.

—Quiero estabilidad. Seguridad. Quiero tranquilidad en mi vida y cierta previsibilidad. Quiero a alguien que tenga tiempo para estar conmigo.

—Puedo vender mi parte del restaurante —propuso él.

—No puedes —replicó ella—. Perderías mucho dinero.

—Perderé más si no lo hago.

Line luchaba por encontrar las palabras apropiadas. Comprendió que él estaba

dispuesto a sacrificar mucho por ella, y eso la hizo sentirse confusa.

Tommy se levantó y se acercó a las sillas que estaban frente a la chimenea, donde el calor hacía brotar vapor de sus pantalones.

—¿Qué te parecen las islas Mauricio? —preguntó de repente, aunque ya sabía lo que pensaba ella al respecto.

No hacía mucho que habían estado tumbados en la cama mirando al techo y hablando de los destinos exóticos que deseaban conocer. Para Line, el pequeño archipiélago de islas africanas en el océano Índico era uno de esos lugares: exuberante y fértil, con ondulantes campos de caña de azúcar, grandiosas cascadas precipitándose por las laderas de las montañas, lagunas, coloridos arrecifes de coral y hermosas playas rodeadas de palmeras.

Tommy sacó algo del bolsillo trasero del pantalón y lo dejó frente a ella.

—Quiero que viajemos allí —dijo—. Así tendremos tiempo de estar juntos, solos tú y yo.

Line miró el billete sin cogerlo, y vio que costaba más de lo que Tommy se podía permitir.

—¿Cómo...? —empezó ella.

—Me ha salido barato —dijo él.

—Aun así, no te lo puedes permitir.

—Todo va a ir bien —sonrió él, sentándose a su lado—. Recibiré un montón de dinero del restaurante. Todo se va a arreglar. Primero tengo que solucionar algunas cosas, pero luego nos iremos.

Line comprobó la fecha del billete. El vuelo salía dentro de ocho días. Se quedó un rato mirándole sin decir nada. Era imposible adivinar qué pasaba por su cabeza tras aquella mirada felina.

Tommy puso una mano en su regazo.

—Será maravilloso poder marcharnos lejos de aquí —dijo.

Ella apartó la mirada y volvió a fijarla en el billete. Lo cogió y vio que no había contratado un seguro de cancelación.

Cuando él apoyó la cabeza en la base de su cuello, ella pudo percibir lo bien

que olía, su agradable aroma, tan masculino y familiar.

—Te he echado de menos —susurró Tommy.

Su respiración le acariciaba la garganta. De repente, Line sintió la necesidad de rodearlo con sus brazos. Era lo único cálido y seguro que conocía ahora mismo. Le acarició con delicadeza la mejilla, notando su aliento en la palma de la mano. Sus dedos recorrieron el perfil de su oreja, encontraron el cálido hueco de su nuca. Su piel resultaba tan agradable...

Tommy, con la boca ligeramente entreabierta, la escrutó con la mirada. Después acercó los labios a su cuello y besó la suave piel donde se encuentran la nuca y el hombro.

Despertó algo en ella que no creía que podría volver a sentir por él.

La mano de Line se agarró con fuerza a su nuca, donde el cabello era más denso.

—¿Te parece bien? —preguntó él, mirándola profundamente a los ojos.

Como Line no respondió, inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Ella le rozó los dientes con la lengua. Sus dedos se enredaron en el cabello de Tommy, le acarició la espalda y metió las manos por debajo de su camiseta, notando los músculos que se movían bajo la piel.

Line se enderezó para que él pudiera sacarle el jersey por la cabeza y arrojarlo a un lado. Entonces ella apoyó la frente sobre su pecho con repentina timidez. Percibió los latidos acelerados de su corazón antes de que él la apartara, bajara la cabeza y la besara otra vez.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y respondió a su beso. Buscó su lengua, le mordisqueó los labios, compartió su respiración y solo quería más.

Pronto estuvieron los dos desnudos. Cálido, fuerte y duro, se deslizó en su interior. Line gimió. La sensación era tan abrumadora que las lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras él se movía con su ritmo certero y reconocible.

Un tsunami de sentimientos creció en su interior hasta que cerró los ojos, se mordió el labio inferior y llegó al clímax con un pequeño jadeo, ralentizando el

movimiento de sus caderas, casi sin ganas de detenerse.

Después se quedó tumbada lánguidamente. Sin aliento y con el corazón acelerado mientras Tommy le acariciaba el cabello. Noto el corazón de él latiendo con fuerza sobre su pecho, sus fuertes brazos rodeándola. Se sentía bien, pero a la vez la invadió una especie de arrepentimiento.

Line se sentó y se rodeó con la manta. Él tiró de un extremo para taparse.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella.

—No ha sido nada fácil —sonrió él, y luego se echó a reír—. Pero sabía más o menos por dónde estarías, y estuve dando vueltas hasta encontrar tu coche. Luego solo tuve que ir de cabaña en cabaña. Pasé por casi todas antes de dar contigo.

—¿De quién es el coche que llevas?

Tommy se puso de pie, se acercó desnudo a la ventana y miró hacia el exterior.

—Me lo prestó uno de los camareros —dijo—. Había otro vehículo allí cerca —dijo moviendo la cabeza hacia la zona de aparcamiento—. Una furgoneta bastante sucia.

Line se acercó un poco más a él. Se alegraba de no estar sola.

William Wisting y Martin Ahlberg se llevaron sus tazas de café del salón del desayuno a una de las mesitas de la recepción. Wisting había dormido mal. Las impresiones que le había causado la ciudad la noche anterior no lo abandonaron durante el sueño y se había despertado antes de que sonara la alarma del móvil.

A las nueve en punto, el director de la judicial Antoni Mikulskis entró por la puerta giratoria. Llevaba una gabardina oscura y se quedó plantado en la entrada con las manos en los bolsillos. Cuando Wisting y Ahlberg se pusieron de pie, los vio y se acercó para saludarles estrechándoles la mano entre las suyas.

—¿Han dormido bien, caballeros?

—Muy bien —aseguraron ambos.

—Excelente —dijo—. Excelente. El coche está esperando.

Mikulskis se dio la vuelta y salió delante de ellos del hotel. Junto a la acera había un Opel gris con el motor en marcha. El oficial lituano les abrió la puerta trasera y Wisting atisbó la correa del arma reglamentaria que llevaba oculta bajo la gabardina.

Al volante del coche policial sin distintivos, iba un hombre de cabello corto y nuca ancha. Se giró en su asiento, los saludó con una inclinación de cabeza y pronunció una frase de cortesía en lituano.

—¿Adónde vamos? —preguntó el director de la judicial.

Wisting abrió la carpeta en la que llevaba los documentos más relevantes del caso.

—Nos gustaría empezar por este hombre —dijo tendiéndole la hoja con la foto y los datos personales del tipo que le había atacado cinco días atrás—. Valdas Muravjev.

Antoni Mikulskis cogió el papel y repitió el nombre.

—Vilkiškės gatvė 22 —le dijo al conductor.

El hombre de nuca poderosa asintió y se pusieron en movimiento.

Las calles del centro presentaban un magnífico aspecto, con restaurantes sofisticados, buenos coches y edificios espléndidos, pero a escasas manzanas del hotel la ciudad ofrecía ya una imagen más deteriorada. Llegaron a lo que recordaba a un viejo barrio periférico soviético, y la impresión de que Vilna era una capital moderna perdió fuerza. A medida que se alejaban del centro, más se acentuaba el contraste con la riqueza y el éxito que parecía imperar alrededor del hotel a la luz del día.

Al cabo de diez minutos, los edificios se fueron espaciando.

Pasaron por delante de erosionadas estructuras de construcciones sin terminar y patios llenos de coches oxidados, chamizos provisionales, tanques sépticos oxidados y gallinas que picoteaban el suelo. Vieron un cerdo hozando en un montón de estiércol. Aquí y allá, carteles escritos a mano ofertaban distintos tipos de verduras.

Al cabo de unos kilómetros, el chófer se desvió de la carretera asfaltada y enfiló por un camino de gravilla flanqueado por robles cubiertos de musgo. Una corriente de agua verdosa fluía por la estrecha cuneta.

El director de la judicial señaló un grupo de casas al otro lado del campo abierto.

—Por ahí —dijo.

El conductor volvió a desviarse y siguió hasta el final del camino. Ante ellos se alzaban cinco viviendas rodeadas de una maraña de árboles, arbustos y hierbajos que llegaban hasta los tobillos. La más grande era una casa de tres plantas que en su día había sido blanca, pero cuya pintura se veía ahora grisácea y desconchada.

Se bajaron del coche. El lugar, extrañamente silencioso, resultaba tétrico. Un humo acre salía de la chimenea de una de las casas más pequeñas, suspendido en el aire como si fuera neblina.

Por detrás de las viviendas, una anciana estaba colgando ropa en un tendedero.

Antoni Mikulskis la llamó y le preguntó algo. La vieja señaló una casa de madera de una sola planta con las ventanas grises por la mugre.

Se acercaron a la entrada. A la escalera le faltaban varios peldaños y la barandilla estaba medio descolgada. El director de la judicial se plantó ante la puerta mientras el chófer, Wisting y Ahlberg esperaban sobre la hierba mojada.

Cuando llamó golpeando con los nudillos, unos pájaros negros alzaron el vuelo desde un árbol cercano.

Wisting creyó oír el llanto de un bebé en el interior, pero nadie respondió.

Mikulskis volvió a llamar.

Poco después oyeron pasos y una mujer rechoncha apareció en la puerta. Tenía la tez pálida y el cabello lacio de color castaño claro. Los dos agentes lituanos explicaron que eran de la *Policijos* y le mostraron sus placas. En el torrente de palabras que siguió, Wisting reconoció el nombre «Valdas Muravjev».

La mujer negó con la cabeza y lanzó una mirada hacia el interior de la casa, donde ahora se oía con más claridad el llanto del niño. Después explicó algo y señaló un cartel escrito a mano bajo la ventana: KAMBARI NUOMA .

Antoni Mikulskis sacó un cuaderno de notas del bolsillo de la gabardina e hizo unas cuantas preguntas que la mujer pareció no saber contestar. Después su voz se alteró y gesticuló con los brazos. El director de la judicial le respondió en tono brusco y la conversación terminó con dos firmes movimientos de cabeza de los agentes lituanos. La mujer expresó su disgusto soltando un par de exabruptos antes de retroceder y cerrar la puerta.

—Muravjev se ha marchado —explicó Antoni Mikulskis—. Ella vive aquí sola con su bebé y alquila una habitación.

El policía señaló el cartel escrito a mano de la ventana como si quisiera confirmar las palabras de la mujer: KAMBARI NUOMA . Se alquila habitación.

—Se marchó hace algo más de una semana, dejándole a deber cien litas por el

alquiler de dos semanas. Todo lo que sabe es que se fue a algún sitio a buscar trabajo. Ahora no sabe cómo conseguir comida para el bebé. Resulta muy difícil alquilar esa habitación. No hay ningún autobús que comunique esto con el centro.

Cien litas, pensó Wisting. La mujer rentaba una habitación de su casa a un desconocido por menos de quinientas coronas al mes, la misma cantidad que la noche anterior le había dado a la niña del callejón por una muñequita de punto.

—¿Seguimos con las pesquisas? —propuso Ahlberg.

El director de la judicial les pidió la lista de los lugares a los que querían ir.

Wisting le tendió la hoja.

—Teodor Milosz es el que vive más cerca —dijo Antoni Mikulskis, devolviéndosela—. Está a tan solo cinco minutos.

—Pues vamos allá —pidió Wisting.

Se acomodó en el asiento trasero y estudió la fotografía de aquel hombre de cabello corto y cuello robusto. Teodor Milosz tenía veinticuatro años y era el segundo de más edad de los lituanos que aparecían en los archivos de la policía noruega con el sobrenombre del Cuarteto de Paneriai. Parecía ejercer como una especie de líder. Era el propietario de la furgoneta gris que conducían y también quien había sacado los billetes para el ferry que cruzaba el mar Báltico. Asimismo, tenían datos de la empresa de telefonía que lo situaban en el momento y el lugar de los sucesos acaecidos en Nevlunghavn.

El lugar al que se dirigían estaba en una zona más densamente poblada, pero también aquí la decadencia resultaba evidente. El conductor se equivocó dos veces antes de detenerse ante un edificio bajo de cemento casi oculto entre grandes árboles. Había varias ventanas cerradas con tablones claveteados. El tejado estaba medio hundido y salpicado de musgo. Una camioneta abandonada y sin ruedas, levantada sobre unos bloques de piedra, había pasado a formar parte del paisaje. Sin embargo, unos juguetes infantiles esparcidos sobre un montón de tierra daban testimonio de que la casa estaba habitada.

Al bajar del coche, Wisting notó el olor a cieno y hojas podridas, y el débil

rastros de una hoguera.

Se aproximaron a la entrada. La fachada, entre gris y marrón rojizo, estaba desconchada en las esquinas y las cornisas, y el canalón del extremo oriental colgaba suelto.

Una de las dos barandillas forjadas que flanqueaban la ancha escalera estaba parcialmente caída. Pasaron por encima de varias bolsas de basura antes de llegar a la puerta, también manchada por la humedad.

Antoni Mikulskis llamó con los nudillos.

Poco después apareció en la puerta una mujer joven con un niño pequeño en brazos. Llevaba un jersey verde oscuro y el liso cabello castaño le caía en una melena recta a los lados.

Los policías se presentaron y Wisting distinguió la palabra «Norvegija» cuando el director de la policía judicial señaló en su dirección.

La mujer asintió cuando preguntaron por Teodor Milosz. Después utilizó un tono inquisitivo. Antoni Mikulskis respondió e intercambiaron unas cuantas frases. Luego el oficial se giró hacia Wisting.

—Es su hermana —explicó—. Teodor Milosz no está en casa. Dice que ha estado en Noruega por trabajo, pero que regresó antes de lo previsto. Ayer volvió a marcharse.

—¿Y dónde cree que podría estar?

El director de la judicial tradujo la pregunta.

—No lo sabe, pero es probable que esté en el mercado de Gariunai.

—El mercado de los ladrones —comentó Martin Ahlberg.

—¿Y sabe con quién está? —inquirió Wisting.

Volvieron a transmitirle la pregunta.

La respuesta fue rápida.

—No lo sabe.

El niño empezó a lloriquear. Los policías lituanos dieron la conversación por terminada sin que Wisting captara ninguna fórmula de despedida de cortesía.

—¿Y ahora qué? —dijo Mikulskis mientras el coche salía marcha atrás del

acceso a la casa.

—No tardarán mucho en saber que estamos preguntando por ellos —dijo Wisting.

—Seguramente estará llamando a su hermano en este momento —asintió el oficial, y se sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de la gabardina—. ¿Vamos a ver al último de la lista lo antes posible?

Wisting se mostró de acuerdo. De la carpeta de documentos que tenía sobre el regazo, extrajo la hoja con los datos registrados de Algirdas Skvernelis y se la pasó a Mikulskis.

Este se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió antes de coger el papel.

—Conocemos bien al hermano de este hombre —dijo dando unos golpecitos a la foto con la yema del dedo—. Están en la cárcel de Lukiskes, esperando sentencia por un atraco a un comercio. —Mientras hablaba, mantenía el cigarrillo atrapado con firmeza entre los labios y entornaba los ojos para que el humo no lo cegara—. Algirdas no es más que un ladronzuelo, al menos lo ha sido hasta ahora —añadió—. Hablará.

Una vez en la carretera principal, acabaron detrás de un carro tirado por caballos. Iba tan cargado de paja que rebosaba por los lados, y no pudieron adelantarlo hasta que se desvió por el camino de una granja.

Wisting se percató de que ninguna de las casas que veían tenía número, y solo unas pocas calles tenían un rótulo con el nombre. Se preguntó cómo se las apañaba el conductor para poder encontrar las direcciones.

Al cabo de unos diez minutos, se detuvieron ante otra vivienda de muros grises. Arados, motores viejos y piezas de camiones estaban esparcidos por la explanada de delante. Una bicicleta vieja estaba atada a un portalón oxidado con una cadena gigantesca.

Había luz en un par de ventanas, y una mujer de más o menos la edad de Wisting se asomó cuando aparcaron. Era menuda y delgada, y tenía el rostro estrecho y pálido con una nariz breve y recta. Abrió antes de que llegaran a la puerta.

Los policías se presentaron y la mujer los miró fijamente con ojos azules y vidriosos.

Dijo algo en lituano antes de dar media vuelta y volver a entrar en la casa con la espalda encorvada. Wisting siguió a Antoni Mikulskis por un gélido pasillo donde los oscuros paneles de la pared y el papel pintado marrón tornaban el ambiente más lúgubre de lo necesario. Aquí y allá faltaba alguna que otra baldosa en el suelo, pero aun así la casa parecía estar limpia y bien cuidada.

Les llevó a una sala de estar. Las lámparas tenían pantallas de color naranja con flecos y manchas de quemaduras marrones. Cortinas amarillentas y descoloridas colgaban a ambos lados de una ventana, y la única vista era la de otro edificio de cemento gris. En lo alto de una librería vacía había un pájaro disecado al que alguien había intentado dar un hálito de vida entreabriéndole el pico, desplegando las alas y sustituyendo los ojos ausentes por bolas de vidrio de brillo amenazante.

En un estante, por debajo de la librería, una gran pantalla plana imponía su presencia en la estancia, en claro contraste con tanto mobiliario viejo y triste.

La mujer se sentó en un sofá cubierto con una colcha que hacía juego con las cortinas. Los dos policías lituanos se acomodaron frente a ella. No había más sillas en la pequeña sala de estar, y Wisting fue a la cocina en busca de un par de taburetes.

—Es la madre de Algirdas —explicó Mikulskis—. Hace una semana que su hijo no viene por casa. Está trabajando en Noruega.

—¿No sabe que ha vuelto? —preguntó Wisting.

El director de la judicial le hizo algunas preguntas más. La mujer negó firmemente con la cabeza.

—Sigue pensando que está en Noruega trabajando. Iba a quedarse tres meses. Es un buen carpintero, y ya ha estado allí antes.

—Cuéntale lo de los billetes del ferry —propuso Martin Ahlberg.

De nuevo se produjo un intercambio que Wisting no pudo seguir.

—Cree que si realmente hubiera vuelto en el ferry, ya habría venido a casa.

Ella le lava la ropa y le cocina. Aparte de eso, no para mucho por casa.

La mujer siguió hablando mientras se balanceaba adelante y atrás y se frotaba las manos.

—No puede entender qué puede haber hecho de malo en Noruega —tradujo Mikulskis—. Es un buen chico y no entiende qué está haciendo aquí la policía noruega. —La mujer continuó con su perorata—. Ahora está preocupada por él. Suele llamar a casa un par de veces a la semana, pero no ha sabido nada de él desde que la llamó para decir que había llegado a Noruega.

Martin Ahlberg se puso de pie.

—Pregúntale de dónde ha salido ese televisor —dijo.

El director de la judicial pareció desconcertado. Wisting levantó una mano para que lo dejara estar.

—Aquí ya hemos acabado —dijo.

Antoni Mikulskis se mostró claramente de acuerdo. Se levantó y acabó la conversación, supuso Wisting, pidiendo a la mujer que le dijera a su hijo que se pusiera en contacto con la policía.

—Es hora de comer algo —propuso Mikulskis cuando regresaron al coche—. Conozco un restaurante por aquí cerca donde hacen un *kugelis* excelente. Podemos comer y discutir la estrategia.

—Pudin de patata —aclaró Martin Ahlberg.

No sonaba muy bien, pero Wisting notó que empezaba a tener hambre.

Line despertó muy lentamente, con los sentidos aún embotados por el vino que habían bebido la noche anterior. A su lado, la cama estaba vacía y oyó ruidos en la cocina.

En el dormitorio no había reloj. Solía dejar el móvil a mano en la mesilla de noche, pero estaba en el salón.

Extendió la mano hacia la cortina y la echó a un lado.

Serían más o menos las nueve. El cielo estaba despejado. Aunque el sol no había salido aún, empezaba a clarear y el día sería el más luminoso que habían tenido en mucho tiempo.

Volvió a tumbarse y se quedó reflexionando sobre lo que había ocurrido la víspera. No sabía si arrepentirse o no de haber dejado que Tommy se acercara de nuevo a ella. Creía que había tomado una firme decisión, pero ahora ya no estaba tan segura.

Tommy apareció en la puerta y sonrió al ver que estaba despierta.

—¿Té? ¿Café? —preguntó.

—Café.

—Buena elección —comentó él—. Está listo. Aparte de eso, no tienes gran cosa en la cocina. Tendrás que conformarte con pan crujiente con queso para desayunar.

—¿Amarillo o marrón?

—Amarillo.

Line se sentó y cubrió su cuerpo desnudo con el edredón. Tommy volvió a la cocina y ella se puso un chándal y un par de gruesos calcetines. Antes de reunirse con él, echó un vistazo rápido al espejo. Debería hacer algo con su cara,

pero lo dejó estar.

Tommy le puso delante una taza humeante.

—Me tengo que ir dentro de un rato —dijo, y dio un sorbo a su café.

Ella dudó si molestarse o alegrarse. En cierto sentido, la hacía sentirse utilizada y explotada. Al mismo tiempo, tenía tantos sentimientos con los que lidiar que le vendría bien quedarse a solas con ellos.

—Tengo que estar en Oslo antes de las once. Pia necesita el coche.

Ella se limitó a asentir.

—Están pasando muchas cosas —prosiguió—. Al parecer, el hermano de la novia de Rudi ha muerto en un incendio.

Line frunció el ceño. Sabía quién era Rudi. Se había convertido en socio de Shazam Station cuando uno de los amigos con los que Tommy había puesto en marcha el restaurante tuvo que dejarlo. Solo le había visto unas cuantas veces. Era un tipo que no le gustaba. Tenía un gran ego, pero poca autoestima. Su novia era una rubia siempre bronceada, con los dientes blanqueados y luciendo taconazos; una mujer con la que resultaba imposible mantener una conversación razonable. Después de verlos unas pocas veces, se había distanciado de ellos.

—¿En un incendio? —fue todo lo que acertó a decir.

—Sí, llevaba días sin dar señales de vida y el lunes su piso de Grorud fue arrasado por el fuego. Todavía no han acabado de examinar el lugar.

Line asintió. Había oído mencionar el incendio en las noticias.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

—No lo sé, pero el piso está totalmente calcinado. Ayer fui a echarle un vistazo. Será difícil que puedan dar con la causa.

Tommy apuró su taza y se puso de pie.

—¿Cuándo volverás a casa? —le preguntó.

Line no respondió. Le había dicho a Tommy que recogiera sus cosas y se buscara otro sitio para vivir antes de que ella regresara, pero su visita lo había trastocado todo. Ahora comprendía claramente que se arrepentía de lo ocurrido. Nada podía cambiar las experiencias que la habían llevado a decidir que su

relación no tenía futuro. Una noche de pasión y un viaje a un destino exótico no podían cambiar eso.

—Ya veremos —contestó sin más.

Tommy no pareció satisfecho con la respuesta, pero no dijo nada. Dejó la taza de café en el fregadero, fue hacia la puerta y se calzó las deportivas.

—Tengo que marcharme ya —dijo.

Line se levantó.

—Te acompaño hasta el coche —dijo, y se bebió el resto del café de pie.

Siguieron el estrecho sendero hasta la explanada, esquivando los pequeños charcos y los trozos de terreno enfangado.

Tommy había venido en un Peugeot azul. La furgoneta que estaba allí el día de su llegada, una VW Caravelle, seguía junto al coche de Line, cuyo parabrisas estaba empañado de condensación por dentro. Tommy fue a abrir su coche y ella se acercó a la furgoneta para echar un vistazo dentro. Estaba todo recogido, salvo por un par de zapatillas deportivas encima del asiento del copiloto. La puerta trasera estaba cerrada. Tomó nota mental de la matrícula y cruzó los brazos sobre el pecho mientras esperaba a que Tommy se marchara.

Se acercó a ella y quiso besarla. Ella le ofreció la mejilla y le dio un abrazo, convirtiendo la despedida en un gesto amistoso.

—Te llamaré —dijo él cuando ella se apartó.

—Bien —dijo ella.

Luego se metió en el coche, cerró la puerta y dio marcha atrás antes de alejarse por el estrecho sendero.

Line siguió el coche de Tommy con la mirada. Se sentía totalmente vacía por dentro, sin fuerzas. La decisión de la que tan orgullosa se había sentido hacía solo unos días se había esfumado. Ahora estaba confusa. Y sola. Otra vez.

El restaurante se hallaba junto a un parque cuyos árboles estaban cubiertos de otoñales hojas amarillas. Siguiendo el consejo del director de la policía judicial lituana, Wisting pidió el pudin de patata.

Mientras esperaban, les sirvieron Kvas, una cerveza dulce de baja graduación que recordada a la que la madre de Wisting solía preparar en Navidad, aunque más clara.

—Solo nos falta hablar con la madre de Darius Plater —dijo Antoni Mikulskis—. Puede que tenga información sobre dónde están los otros tres.

—Tenemos un problema práctico —objetó Wisting—. No sabemos con certeza que el fallecido sea Darius Plater. Nuestra identificación se basa en huellas dactilares tomadas durante su arresto en Noruega el año pasado. Se han cotejado con las que aparecen en su pasaporte, pero no tenemos ninguna garantía de que fuera auténtico. No podemos ponernos en contacto con su familia hasta que no estemos completamente seguros.

—¿Y cuándo lo estaréis?

Martin Ahlberg respondió:

—Plater está registrado también en los archivos lituanos de huellas dactilares. En este momento Interpol está trabajando con las huellas tomadas en los dos países. Es un jaleo burocrático, pero deberíamos tener la respuesta entre hoy y mañana.

—Hasta que no la tengamos, no podremos actuar oficialmente —admitió el director de la judicial—. ¿Qué hacemos mientras esperamos?

—¿Podríamos visitar el mercado de Gariunai? —preguntó Wisting. Quería comprobar cómo se vendía la mercancía robada en Noruega—. Tal vez

encontremos allí a nuestros hombres.

Mikulskis se llevó el vaso a los labios y bebió mientras pensaba.

—Hay unos siete mil puestos —explicó—. Será una tarea imposible, pero podemos acercarnos hasta allí. Ahora mismo tengo trabajo esperándome en el despacho.

Martin Ahlberg asintió.

—Podemos regresar al hotel en taxi, y volver a quedar mañana.

—Bien —sonrió el director—. Tenéis mi tarjeta. Llamadme y haremos un nuevo intento de contactar con esos hombres.

Tardaron casi media hora en servirles la comida. El plato tradicional olía ligeramente a orégano u otro condimento. Recordaba un poco a las patatas gratinadas con nata líquida, y consistía en capas de rodajas de patata y beicon servidas en la fuente en que se habían cocinado. Estaba decorado por encima con mermelada de arándanos rojos y queso fresco batido.

Sabía muy bien.

Wisting insistió en pagar, haciendo oídos sordos a las objeciones del resto referentes a las dietas para viajes oficiales de servicio. Después de calcular rápidamente el coste de la cuenta, concluyó que todo el almuerzo no había costado más de ciento cincuenta coronas noruegas.

El director de la policía judicial encendió otro cigarrillo cuando volvieron al coche. Les llevó un cuarto de hora llegar hasta Gariunai. El gigantesco mercado se encontraba tras una valla de tablones de madera de varios cientos de metros de largo, contigua a la autopista de tres carriles que llevaba a Kaunas.

El conductor detuvo el vehículo en la entrada, junto a una garita policial. Mikulskis bajó con ellos. Wisting se quedó mirando hacia las hileras de puestos, consistentes en casetas de chapa y tenderetes cubiertos con lonas tirantes. Sobre los rudimentarios tejadillos habían colocado ruedas de coches, piedras y otros objetos pesados para evitar que el viento se los llevara.

Wisting había visitado otros mercadillos estando de vacaciones en Turquía y en España, pero nunca había visto nada parecido. Aquello era gigantesco. Desde

donde se encontraba, podía ver filas y filas de estanterías con estéreos para coches, teléfonos móviles, sierras mecánicas, altavoces, aspiradores, cortacéspedes, recambios mecánicos, equipos de música, frigoríficos e incluso una docena de vestidos blancos de novia. Era como una mezcla de los grandes macroespacios comerciales, Clas Ohlson, Biltema e IKEA, todo en uno.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó, casi hablando para sí mismo.

—Este es el hipermercado de la gente que no tiene dinero para comprar ropa ni comida en las tiendas normales —explicó Mikulskis—. La mayoría de lo que aquí se vende es de segunda mano, y los precios son bajos.

—¿Mercancía robada? —preguntó Wisting.

El otro se encogió de hombros.

—Seguramente la habrá, en pequeñas cantidades. Aunque tenemos más problemas con los carteristas —dijo, señalando una cámara de vigilancia.

—Pero ¿no tenéis ninguna garantía de que lo que se vende aquí no sea robado? —objetó Ahlberg.

—Es imposible evitar que en un mercado así se cometan algunas ilegalidades —admitió el director de la judicial.

—¿Y por qué no cerráis todo el lugar? —preguntó Wisting—. Imagino que la gran mayoría de las transacciones comerciales que se realizan aquí serán en negro...

Mikulskis suspiró.

—Hay demasiada gente trabajando aquí —dijo—. Unas setenta mil personas viven de lo que se vende en estos puestos. Si clausuráramos Gariunai, provocaríamos una catástrofe social. Es más barato para Lituania combatir la delincuencia en el mercado que deshacerse por completo de él.

Wisting se quedó sin palabras. Toda una economía basada en la venta de mercancías robadas y de contrabando...

—Un auténtico infierno humano —comentó Martin Ahlberg en noruego mirando hacia la explanada.

Estaba claro que Mikulskis no tenía más ganas de discutir sobre el tema y se

metió en el coche.

—Ya me avisaréis mañana —se despidió, y le hizo una señal al chófer para que arrancara.

Wisting y Ahlberg empezaron a deambular entre las hileras de puestos. Por todas partes se oía regatear a voces.

—Me da igual lo que digan —dijo Ahlberg deteniéndose ante un puesto de venta de cuchillas de afeitar, desodorantes y otros cosméticos. Cogió un bote de espuma de afeitar y le mostró a Wisting la etiqueta de Rimi, la cadena de supermercados noruega—. Este es el mercado de los ladrones. El mayor lugar del mundo para la compraventa de objetos robados. Es una vergüenza para el país y para la policía local.

Siguieron su recorrido hacia el interior. Resultaba evidente que mucho de lo que se ofertaba era robado, pero conforme fueron avanzando el mercado recordaba cada vez más a un lugar donde se reciclaba el exceso consumista del mundo occidental. Se trataba básicamente de objetos descartados: electrodomésticos reparados y pequeños dispositivos pasados de moda.

—Esto no es muy diferente a una web de venta de objetos de segunda mano —comentó Wisting. Era sabido que muchas de las transacciones llevadas a cabo entre particulares por internet movían mercancía robada—. Aquí todo está reunido físicamente en un mismo sitio —prosiguió—, mientras que en Noruega ofrecemos lo robado por vía digital y lo llamamos mercado de oportunidades.

—No es exactamente lo mismo —objetó Ahlberg.

Wisting no quiso discutir. Cuando empezó en la policía, las calles solían ser el lugar para el intercambio de mercancía robada. Ahora era internet. En el mercado de la electrónica de segunda mano, había en casi todo momento cerca de trescientos mil objetos a la venta. Se calculaba que se producían transacciones por valor de setecientos cincuenta mil millones de coronas al año. Y los cálculos más prudentes aseguraban que una décima parte procedía de la venta de objetos robados.

Empezó a lloviznar, y los vendedores cubrieron las mercancías más expuestas

con plásticos transparentes.

Wisting se detuvo ante una mesita donde se exhibían distintas joyas, en su mayoría de oro. Anillos, pulseras, collares. Cogió una gruesa alianza mientras el hombre del puesto le miraba con aire escéptico. «Tu Kari —leyó—. 12 de agosto de 1966.» Una alianza de casado, seguramente un preciado recuerdo perdido para siempre.

—Cien litas —dijo el vendedor.

Wisting negó con la cabeza y la dejó en su sitio.

Delante de un contenedor de acero, como los de cargamento marítimo, un hombre plantado con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho observaba vigilante a todo el que entraba y salía. Uno de los que salió llevaba una enorme caja con la foto de una pantalla plana. LG — LIFE'S GOOD , ponía.

Wisting y Ahlberg entraron.

El contenedor estaba lleno de todo tipo de electrodomésticos y material electrónico: televisores, reproductores de DVD, sistemas home cinema, ordenadores y videoconsolas. Algunos venían en su embalaje original, pero la mayoría estaban expuestos sin envoltorio alguno.

Oyó a dos hombres discutir acerca del precio de un televisor de pantalla plana Samsung de treinta y dos pulgadas. Era un aparato similar al que habían robado de la cabaña de Thomas Rønningen. El precio sobre el que no se ponían de acuerdo estaba un poco por debajo de las quinientas litas. Mil doscientas coronas.

—No me conviene ver esto —exclamó Ahlberg—. Me pone de los nervios.

La lluvia se hizo más intensa y tamborileaba sobre el techo del contenedor. El guardia de la puerta se refugió bajo la entrada.

Ellos se quedaron detrás de él, esperando a que amainara un poco. Un hombre avanzaba apresuradamente entre los puestos, protegiéndose con un periódico. Cuando pasó por delante del contenedor, giró la cara y les observó de soslayo. Su mirada se quedó clavada en Wisting. Abrió los ojos de par en par. También la

boca. Entonces dio un traspié, tropezó y se cayó.

—¡Es él! —exclamó Wisting, apartando a un lado al vigilante.

El hombre se levantó con dificultad y echó a correr. Wisting iba unos diez metros por detrás de él.

Valdas Muravjev.

Estaba claro que él también había reconocido a Wisting, a pesar de la brevedad de su encuentro de hacía cinco días, cuando el lituano se había desplomado en la cuneta cerca de Nevlunghavn en una farsa que acabó con Wisting golpeado y su coche robado.

—*I wanna talk* —gritó Wisting a su espalda, en vano.

Lo persiguió entre casetas y filas de bancos, apartando a su paso vestidos, bufandas y chales que se agitaban al viento.

El hombre se adentró por un estrecho pasadizo hasta llegar a una calle aún más concurrida, sorteando y esquivando la masa de gente que se echaba a un lado, pero volvía a juntarse en cuanto él había pasado. Wisting se abrió paso a empujones, seguido por una estela de imprecaciones y exclamaciones de enfado. Temía haberlo perdido, pero a mitad de otra callejuela vio sus anchas espaldas cuando intentaba llegar a la calle paralela. Wisting se metió por en medio de una caseta de relojes, gafas y cinturones, y a punto estuvo de cortarle el paso. Lo agarró de la manga de la chaqueta, pero el otro se liberó y le miró iracundo.

—*I wanna talk about Darius* —intentó Wisting otra vez.

El hombre echó a correr de nuevo y a Wisting le pareció ver un brillo metálico en su mano. Un cuchillo o algún otro tipo de arma. Dudó un momento, y después le siguió.

La persecución continuó zigzagueando entre los puestos y callejuelas del mercado. Al final, el lituano llegó a un muro gris que marcaba el límite del recinto. A la izquierda había varios contenedores apilados. A la derecha, una caseta donde un hombre vendía pantalones vaqueros.

Valdas Muravjev se detuvo.

Wisting redujo la velocidad.

—Solo quiero hablar de Darius Plater —repitió en inglés.

El hombre consideró la altura del muro, después retrocedió un par de pasos para coger impulso y se encaramó a él. Wisting no consiguió alcanzarlo antes de que sus pies desaparecieran por el otro lado.

El agua de lluvia corría por su cara. El aire salía a jadeos entrecortados de su boca. Se quedó allí plantado, encorvado y con las manos apoyadas en las rodillas.

Le sonó el móvil.

Era Martin Ahlberg.

—¿Dónde cojones estás? —masculló.

Wisting se incorporó y miró a su alrededor.

—No estoy seguro —respondió, y le explicó a quién había perseguido.

—Menuda locura —comentó Ahlberg—. Te espero junto a la entrada, luego cogeremos un taxi de vuelta al hotel.

Wisting echó a caminar en dirección hacia donde creía que los había dejado el coche. Por el camino se detuvo bajo un parasol donde una anciana vendía verduras y bebidas de una nevera con puerta de cristal. Compró una botella de agua, se bebió la mitad mientras esperaba a que le diera el cambio y notó que su corazón se tranquilizaba.

Martin Ahlberg se limitó a sacudir la cabeza cuando lo vio llegar a la zona del aparcamiento.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó—. Esa gente es peligrosa.

A lo largo del día, Wisting se había ido formando una impresión diferente de los hombres que buscaban. No coincidía con la imagen que había ofrecido Martin Ahlberg de ellos: no parecían ladrones itinerantes de una banda criminal organizada, sino más bien unos jóvenes desesperados sin apenas esperanza en el futuro.

—Tienes razón —dijo intentando tomárselo a broma—. Estoy demasiado viejo para esto.

Se pasó la mano por el cabello mojado y se giró para mirar hacia la multitud

de puestos. Tuvo la sensación de que mucha de la gente que había allí lo observaba, lo escrutaba de arriba abajo. Les dio la espalda y se dirigió a uno de los taxis que esperaban.

La sucia furgoneta gris pertenecía a Gunnar B. Hystad, de Sandefjord. El servicio de SMS de la Dirección General de Tráfico no contenía más datos que el pago de la tasa anual del impuesto de circulación.

Line encontró su nombre en las páginas amarillas. Figuraba con un número fijo y otro móvil, y su dirección se encontraba en un área que ella conocía como una buena zona residencial al oeste del centro. Una mujer estaba registrada en la misma dirección y número.

Lo localizó también en las listas de Hacienda. Vio que había nacido en 1950, pero tampoco se desvelaba a qué correspondía la B. Tenía un pequeño patrimonio y unos ingresos anuales de algo menos de medio millón de coronas.

La búsqueda en internet resultó infructuosa. El archivo del periódico tampoco ofrecía información alguna. Si buscaba solo «Gunnar» e «Hystad», salían demasiadas coincidencias como para poder encontrar una respuesta.

Gunnar B. Hystad podría ser el hombre misterioso de los prismáticos.

Se preguntó si debería llamar a Benjamin Fjeld y darle la matrícula, pero por lo que había podido ver en la red no resultaba de especial interés.

La luz del sol entraba sesgada a través de las ventanas algo sucias de la cabaña. Motas brillantes de polvo revoloteaban en el aire. Line cerró la tapa del portátil y concluyó que no le iba a proporcionar ninguna respuesta. Pero había algo en Gunnar B. que no dejaba de despertar su curiosidad. El vehículo había permanecido allí toda la noche. El hombre podría estar alojado en alguna de las otras cabañas, claro, pero en el fondo Line tenía la firme convicción de que habría pasado la noche en el refugio provisional que había descubierto. Se levantó y cogió la cámara. Revisó las fotos que había hecho un par de días antes

y se abrigó bien antes de salir.

El mar acariciaba la orilla con suavidad. El aire se veía nítido y transparente. Dos barcos pesqueros se dirigían hacia el Skagerrak, con sus mástiles apuntando hacia el cielo y perfilando sus siluetas contra el horizonte.

Line siguió el sendero hacia el oeste, a través del denso bosque de matorrales. El suelo empapado cedía bajo sus pies. A cada paso que daba, las botas de agua se hundían cada vez más.

Llegó al borde del mar en el mismo punto de la vez anterior. Un poco más abajo, las olas golpeaban rítmicamente contra la orilla. Retorcidos pinos azotados por el viento colgaban de los repechos del acantilado. Raquílicas flores de playa crecían en las grietas de las rocas.

Levantó la cámara hasta enfocar la cabaña escondida. Permaneció mucho rato esperando a captar algún movimiento en la lente. Al final se le cansaron los brazos y bajó la cámara. Entonces lo vio.

Estaba en un risco junto al mar, mirando de lado hacia la playa rocosa. Estaba medio girado de espaldas a ella y no pudo ver bien qué aspecto tenía, salvo que lucía una fina barba que le cubría las mejillas, el mentón y el cuello.

Line hizo un par de fotos y se agachó rápidamente entre los arbustos. Unos grajos negros alzaron el vuelo de las copas de los árboles más cercanos, graznando y aleteando antes de volver a posarse un poco más lejos.

Había un rastro de pisadas sobre la blanda capa de musgo que llevaba hasta él. Line se detuvo justo donde el bosque se encontraba con la ladera rocosa, para evitar que la descubriera. Miró hacia el lugar donde lo había visto, pero el hombre ya no estaba.

Al salir de la zona boscosa, algunos pájaros más levantaron el vuelo. El sol ya calentaba y de las rocas se desprendía vapor de agua.

Desde el saliente rocoso en el que estaba, un angosto repecho bordeaba los riscos, descendiendo y ascendiendo hasta el lugar donde había estado el hombre. Sujetando la cámara con una mano contra el pecho y apoyándose con la otra en la pared de roca, bajó y luego trepó hasta la cima. No vio ningún rastro de su

presencia y miró en la dirección hacia la que él había estado orientado.

El oleaje se alzaba sobre el mar picado y golpeaba la playa de rocas pulidas. Hacia el interior, el denso bosque de matorrales se veía casi gris. El viento había arrancado las amarillentas hojas otoñales y tan solo las ramas delgadas se extendían hacia el cielo.

Mientras estaba allí de pie, una enorme bandada de pájaros negros levantó el vuelo. Debía de ser como cien veces mayor que la que había visto unos días antes. Se agruparon formando un gran óvalo y se elevaron hacia el cielo formando una nube oscura. El rumor de los miles de alas batiendo ahogó el sonido de las olas. La sombra oscilante de la poderosa bandada se deslizó sobre el paisaje.

Era como una enorme alfombra voladora que ondulaba y giraba a través del aire.

Los pájaros se dirigieron a mar abierto. Line sintió cómo el frío la invadía cuando su sombra tapó la luz del sol.

Después la bandada se dividió en dos puntas de flecha y regresó de nuevo hacia tierra. El sol volvió a surgir, y los pájaros desaparecieron tan repentinamente como habían aparecido, posándose sobre una masa de árboles tierra adentro. Solo quedó el zumbido de sus alas batientes reverberando en sus oídos. Entonces levantó la cámara, pero ya era demasiado tarde para inmortalizar la fabulosa imagen.

—¿Has visto eso? —preguntó una voz a su espalda.

Line se dio la vuelta. El hombre al que había estado buscando se encontraba a un par de metros de ella. Debía de haber estado en uno de los riscos del otro lado de la montaña, y seguramente había subido otra vez hasta la cima sin que ella se diera cuenta.

Llevaba los prismáticos colgados al cuello. En sus manos sostenía una cámara de fotos que apenas había tenido tiempo de bajar. Con los ojos desorbitados, parecía entusiasmado por tener alguien con quien compartir la experiencia.

Line asintió.

—Sí, ha sido espectacular.

El hombre seguía oteando en la dirección en que habían desaparecido las aves.

—Llevo varios días esperando algo así, pero esto ha sido más de lo que podía imaginar.

Bajó la cámara y se llevó los binoculares a los ojos.

—Ahí tenemos a uno —dijo de repente, y dejó caer los prismáticos para señalar a un gran halcón o un águila que batía las alas para atrapar las corrientes de aire—. Las aves se reúnen aquí en busca de comida antes de proseguir con su migración —continuó—. En estos momentos son especialmente vulnerables a los ataques de las rapaces. Por eso vuelan en grupo, casi como un banco de arenques a la fuga. Cambian de dirección constantemente para intentar engañar al enemigo.

—Es increíble cómo lo hacen —comentó Line.

—Los pájaros tienen el cerebro grande en proporción al cuerpo —explicó el hombre—. La distancia que separa el cerebro de los ojos es escasa. Los impulsos eléctricos que emite van a la velocidad del rayo. A nosotros nos da la sensación de que toda la bandada gira a la vez, cuando la verdad es que cada pájaro reacciona ante los movimientos del que lleva al lado. Tienen una capacidad de reacción inimaginable para nosotros.

Line se quedó mirando al hombre, que evidentemente era un entusiasta ornitólogo. Después le tendió la mano y se presentó.

—Sí, claro. Gunnar Hystad —dijo el otro, confirmando que era el propietario de la furgoneta.

—Veo que te interesan los pájaros.

Él le sonrió.

—Siempre han sido mi afición, pero este verano me prejubilaron. Eso me ha dejado más tiempo libre. Durante la última semana prácticamente he estado viviendo aquí.

—¿Tienes alguna cabaña por aquí cerca?

—No, por desgracia. Me encantaría, sobre todo ahora en la época de las

migraciones. Las rutas principales pasan justo por encima de esta zona.

Line intentó dirigir la conversación hacia donde le interesaba.

—Pero ¿has pasado la noche aquí?

—A veces duermo en la trasera de la furgoneta, pero también me he fabricado un refugio. La previsión del tiempo era de altas presiones y viento del oeste y noroeste. Esas son las condiciones ideales para las migraciones, y yo ya estaba listo desde el amanecer. Ahora estoy esperando a las palomas torcaces. En cuestión de unas horas pueden pasar hasta varias decenas de miles volando en línea recta.

Line levantó la vista. Unas gaviotas daban vueltas sobre ellos, por lo demás el cielo estaba vacío.

Gunnar B. volvió a llevarse los prismáticos a los ojos unos instantes antes de bajarlos de nuevo.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué te ha empujado a salir al frío otoñal?

—Vivo en una cabaña un poco más allá —explicó Line—. Estoy intentando escribir un libro.

Empezaron a bajar juntos del risco.

—Bueno, en ese caso viene bien estar aislado —comentó el hombre saltando de un bloque de piedra al siguiente—. No se ve mucha gente por aquí.

—Te vi el día que llegué. Aparte de ti, no he visto a nadie —confirmó Line.

—¿Cuándo viniste?

—El sábado.

Gunnar B. asintió y se pasó la mano por la barba del mentón.

—Ya. Fue después de todo ese jaleo en Gusland. ¿Te has enterado?

Line asintió con un movimiento de cabeza y dudó si contarle que fue ella quien encontró el segundo cadáver, pero lo dejó estar.

—Ese día hubo algo de tráfico marítimo por aquí, sí. Una lancha estuvo todo el sábado recorriendo sin parar la costa arriba y abajo y espantando a los pájaros junto a las rocas de Måkeskjæra. No sé qué estarían buscando.

Mientras hablaba, el hombre no paraba de girar la cabeza, atento al entorno.

De repente levantó la cámara hacia algo que había avistado, pero era demasiado tarde para captarlo con su objetivo.

—Hay un águila marina por aquí —explicó—. Es muy poco frecuente. No suelen anidar tan al sur. Es una hembra adulta. Sus alas tienen casi dos metros y medio de envergadura.

De pronto se interrumpió.

—Te la puedo enseñar —dijo, y sostuvo la cámara ante ella.

Por el visor fueron pasando diversas clases de aves hasta detenerse en un águila que se deslizaba majestuosa contra un cielo gris.

—También tengo una serie de imágenes en las que se ve capturando un pez —explicó el hombre, y siguió pasando fotos.

Durante un instante, las instantáneas del águila marina se vieron interrumpidas por otra imagen completamente distinta: una gran lancha neumática con un hombre a bordo ocupó la pantalla del visor.

—¿Qué era eso? —preguntó Line.

—¿El qué?

—La embarcación.

El hombre pasó las fotos hacia atrás.

—Es la lancha de la que te hablaba. Estuvo dando vueltas por aquí todo el fin de semana. El que lo pilotaba no paraba de mirar hacia tierra todo el rato. Está claro que buscaba algo o a alguien.

Line cogió la cámara y examinó la foto. Era una gran lancha gris con casco de aluminio y grandes pontones inflables a lo largo de la borda. Sabía que, tras la aparición del cadáver en la cabaña de Thomas Rønningen, la policía había rastreado la zona con perros y un helicóptero, pero no que hubieran utilizado embarcaciones. En ese caso, probablemente habrían descubierto la barca de remos que embarrancó en la orilla cerca de la cabaña con un cadáver a bordo. La lancha que aparecía en la foto tampoco estaba identificada con un número de registro ni con bandera nacional.

Intentó estudiar el rostro del hombre que la pilotaba, pero los rasgos apenas se

distinguían en el pequeño visor.

—No parece que sea un policía o algo así —dijo ella.

—¿No? ¿Y entonces quién es?

Line se encogió de hombros.

—Mi padre trabaja en la policía —dijo—. Le puedo enviar la foto.

Gunnar B. recuperó su cámara, como si no quisiera desprenderse de algo tan valioso para él.

—Puedes acompañarme a la cabaña —propuso Line—. Así puedes tomarte una taza de café caliente mientras yo paso las fotos a mi ordenador.

El hombre volvió a mesarse la barba, sonrió y asintió.

—En Dinamarca lo llaman sol negro —dijo Gunnar B. desde la ventana.

Line contó cinco cucharadas de café hasta cubrir el depósito del filtro.

—¿A qué? —preguntó ella, llenando de agua la base de la cafetera.

—Cuando miles de pájaros vuelan en bandada cubriendo el cielo como si fuera un eclipse de sol. Todos los otoños y primaveras constituye una gran atracción turística en el oeste de Jutlandia.

—¿Has estado allí?

—Muchas veces.

Line puso la cafetera al fuego. Luego se acercó a la mesita baja del salón y abrió el portátil.

—¿Me pasas la tarjeta de memoria? —preguntó.

—Claro.

Gunnar B. abrió la cámara, sacó la tarjeta y se la entregó. Ella la introdujo en el ordenador, que tardó un poco en abrir los archivos fotográficos. Eligió un total de once fotos de la lancha y las copió en el disco duro. Cuando sacó la tarjeta, el café ya estaba listo.

Llenó dos tazas y le ofreció una a su invitado, que se había acomodado en el sofá.

—¿Qué opinas de todos esos pájaros muertos? —le preguntó ella, rodeando su taza con las manos.

Gunnar B. la miró con los ojos entornados a través del humo del café.

—Aves muertas caerán del cielo —pronunció en tono enfático, como citando de algún libro. Luego se echó a reír—. ¿No es eso lo que dicen los profetas del día del juicio final? ¿Que es la primera señal de que el final se acerca? —Negó

con la cabeza—. En la bandada que hemos visto hoy había cien mil pájaros. Unos cientos de aves muertas representan un porcentaje mínimo. Los pájaros mueren todo el tiempo.

—Pero entonces ¿qué los ha matado? —quiso saber Line.

—Si el águila marina se lanza contra la bandada en busca de una presa, puede matar a una docena con tan solo batir las alas. Otros pueden haberse asustado y chocado contra árboles, o sencillamente haber muerto de agotamiento. Los pájaros se estresan con facilidad.

—He encontrado dos ahí en la escalera —explicó Line, señalando la puerta—. Antes de eso, creo que no había encontrado un pájaro muerto desde hace al menos diez años, y aquel simplemente se chocó con la ventana de la casa.

—Podría tratarse de alguna enfermedad, o de un envenenamiento —opinó el ornitólogo—. Algunos podrían haber comido algo que su organismo no tolera. La gente es muy irresponsable. Mucho de lo que ponen en los comederos en invierno puede resultar incluso peligroso. Restos de comida grasienta que les provocan diarrea e impiden que sean capaces de asimilar los nutrientes necesarios. Y no tardan más de un par de días en morir.

Siguieron charlando de pájaros durante casi media hora, antes de que Gunnar B. se pusiera en pie y le diera las gracias por el café. En cuanto salió por la puerta, Line se sentó ante el ordenador y amplió una de las fotos del ornitólogo hasta llenar la pantalla.

La resolución era buena. Pudo acercarse mucho al rostro del hombre que iba a los mandos sin que empeorara la calidad de la imagen. Estaba ligeramente inclinado hacia delante, con un gesto torvo en la cara. Los ojos permanecían ocultos tras unas oscuras gafas de sol de piloto, y tenía el cabello alborotado por el viento salobre.

No llevaba ninguna clase de uniforme, y no parecía ser un policía ni un miembro de ninguna unidad de vigilancia. Además, los agentes siempre actuaban en pareja.

Alejó un poco la imagen para examinar la figura completa y buscar detalles

que pudieran revelar algo acerca del hombre. Llevaba un cortavientos oscuro con una gran R roja en el pecho y el nombre «Sailwear». Lo buscó en internet y averiguó que se trataba de una marca de ropa danesa.

Luego procedió a inspeccionar la lancha neumática. Detrás de uno de los pontones se leía «Rave Rib» en letras blancas. La búsqueda la condujo a la página de un fabricante de embarcaciones danés.

Restauró la imagen a su tamaño original y se reclinó en la silla. La lancha era lo bastante grande como para poder llegar navegando desde Dinamarca, pero ¿qué estaba haciendo aquí?

Line cayó en la cuenta de que tenía hambre. Se levantó y se acercó al frigorífico. Mantequilla y queso, eso era todo. Antes de volver a sentarse, relleno la taza de café.

Lo que fuera que aquel hombre buscaba entre las rocas de la bajamar tenía que estar relacionado con los asesinatos.

Abrió el correo electrónico, introdujo la dirección de su padre y en «Asunto» escribió: «Avistamiento de embarcación sospechosa».

Después redactó un breve informe, añadió el nombre, la dirección y los números de teléfono de Gunnar B. Hystad, y adjuntó tres de las fotografías.

Cuando se disponía a mandar el mensaje, recordó que su padre estaba de viaje. Borró su dirección, cogió la tarjeta del policía que le había tomado declaración y escribió la que aparecía en ella. Le dio a «Enviar» y se levantó para ir a comprar algo de comida.

Wisting acababa de ducharse en la habitación del hotel cuando su móvil empezó a sonar. Se anudó la toalla a la cintura y salió del baño. El número de quien llamaba no aparecía en la pantalla. Se lo llevó a la oreja y reconoció la voz áspera de Leif Malm.

—¿Alguna novedad? —preguntó Wisting.

—Hay varias cosas, pero he esperado hasta ahora para llamar. Imagino que hoy habrás estado bastante ocupado.

Wisting se pasó la mano por el cabello mojado.

—Cuéntame —dijo volviendo al cuarto de baño.

—Rudi Muller estuvo anoche en Larvik.

—¿En Larvik?

—Lo seguimos ayer por la noche desde Oslo. Se alojó en ese hotel nuevo, el Farris Bad.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Qué hacía allí?

—No lo sabemos. Nadie que conozcamos ha entrado ni salido del hotel, y no ha habido ninguna llamada de interés en el número de teléfono que tenemos controlado.

—¿Sigue allí?

—No, regresó a Oslo a primera hora.

Wisting secó el vaho del espejo y se inclinó hacia su propio reflejo. Había pasado casi una semana desde la agresión y la herida se había convertido en una marca rosácea. Se pasó la mano por la barbilla y notó que debería haberse

afeitado antes de ducharse.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó.

—Probablemente se trate de un viaje de reconocimiento. Salió de noche del hotel y estuvo recorriendo las carreteras secundarias de la zona durante cerca de tres horas. Resultaba imposible seguirle allí, así que tuvimos que dejarlo ir y esperar a que volviera al hotel.

—¿Podría haberse reunido con alguien?

—No, mientras se registraba en el hotel le pusimos un dispositivo de localización en el coche, y el vehículo estuvo en movimiento todo el tiempo.

—Dices que ha estado reconociendo la zona. ¿Significa eso que el objetivo del atraco podría estar en Larvik?

La respuesta fue más rápida y firme de lo que Wisting había esperado:

—Sí.

Esperó a que su colega continuara.

—NOKAS, la compañía de seguridad que controla el dinero en efectivo de toda Noruega, tiene cinco centrales de recuento. Una de ellas está en Larvik. Sabemos que desde hace tiempo ha habido diversos planes para atracarlo. Al parecer el golpe está planificado casi al detalle, pero hasta ahora nadie lo ha intentado. Resulta demasiado arriesgado. Sin embargo, a partir de año nuevo la central de Larvik se trasladará a Oslo. Si van a ejecutar el plan, tiene que ser este otoño.

Wisting asintió. Sabía que en su momento hubo planes de atracar una de las centrales del Banco de Noruega en la ciudad, pero eso fue antes del robo en la sucursal de Stavanger. No obstante, tampoco le sorprendía que hubiera planes para atracar a la compañía de seguridad responsable del dinero en efectivo y su transporte.

—¿Crees que Rudi Muller ha comprado el plan?

—Hay indicios que apuntarían a que está dispuesto a llevarlo a cabo a cambio de una parte del botín. Hace una hora hemos conseguido la lista de clientes alojados en el hotel. Uno de los que pasaron allí la noche fue Svein Brandt.

A Wisting el nombre le sonaba familiar, pero dejó que el jefe de inteligencia siguiera hablando.

—Svein Brandt es una figura central en el ambiente criminal de la región de Østlandet, pero siempre actúa a la sombra de otros. Su nombre aparece en los primeros informes secretos que tratan de posibles planes para asaltar la central monetaria de Larvik. Vive en España, pero al parecer ahora está de visita en Noruega.

Wisting asimiló la información.

—¿Qué dice el confidente? —preguntó.

—No hemos podido contactar con él, pero esperamos poder organizar un encuentro para esta noche.

—¿Crees que el atraco tendrá lugar pronto?

—Probablemente estemos hablando de días en vez de semanas. Rudi está bajo presión.

Wisting se pasó la mano por la incipiente barba.

—Tengo billete de vuelta para pasado mañana, pero no estoy seguro de que sea suficiente. Aquí aún no hemos conseguido absolutamente nada.

—Tómate el tiempo que necesites —le insistió Malm—. Nosotros nos ocupamos de esto.

—¿Cuál es el plan?

—Hemos estrechado la vigilancia sobre su círculo. Rudi va a necesitar como poco tres o cuatro hombres para llevarlo a cabo. Además de que necesitará equipamiento: vehículos y armas. Normalmente nos llegan señales de que algo así está en marcha. Y también contamos con que nuestro confidente siga involucrado.

—¿Qué haremos si averiguamos cuándo van a dar el golpe?

—En última instancia, la decisión será de vuestro comisario, pero yo sugeriría un contraataque para pillarlos con las manos en la masa. La alternativa sería emprender una acción preventiva haciéndonos muy visibles en la zona, pero eso solo les haría posponer el asalto hasta que la situación se calmara.

Wisting se mostró de acuerdo. Además, todo lo que pudiera surgir a raíz de estos acontecimientos podría ayudarlos a aclarar los asesinatos.

—¿Habéis encontrado a Trond Holmberg? —preguntó.

—Recuperaron su cuerpo del lugar del incendio hace cuatro horas, o al menos lo que queda de él. Tenemos el cráneo y los dientes. Por lo visto fue fácil para el odontólogo forense confirmar que se trataba de él. Tardaremos algo más en saber si tenemos su ADN, pero los técnicos de criminalista son optimistas.

Wisting se apoyó el teléfono bajo la barbilla y sacó ropa interior limpia de la maleta.

—¿Causa del incendio? —preguntó.

—Eso ya es más peliagudo. El idiota era un fanático del motocross y tenía dos motos en el salón con sus correspondientes depósitos de gasolina. Han detectado líquido inflamable en varios puntos, pero será difícil determinar si tienen algo que ver con la causa del incendio.

Intercambiaron algunas frases más y Leif Malm prometió mantenerle informado del desarrollo de la investigación.

Wisting se vistió, salió al pasillo y llamó a la puerta de la habitación de Martin Ahlberg. Tenían que hablar del viaje de vuelta. Donde estaba ahora se sentía demasiado alejado del centro neurálgico de los futuros acontecimientos.

La habitación de Martin Ahlberg era un poco más pequeña que la de Wisting, pero igualmente elegante, con alfombras de color rojo oscuro en el suelo y cuadros con imágenes de la ciudad antigua en las paredes.

—Ya hemos confirmado la identidad —dijo Ahlberg sentándose ante el ordenador que estaba sobre el amplio escritorio—. Interpol ha verificado que el hombre que encontramos en la barca de remos era Darius Plater.

Wisting se inclinó hacia la pantalla en la que estaba abierto un correo electrónico con el logo de la Organización Internacional de Policía Criminal.

—Por fin —dijo—. Entonces empezaremos mañana a primera hora. En Noruega están pasando cosas que van a hacer muy difícil que podamos posponer nuestro regreso.

Ahlberg se metió la punta de un bolígrafo entre los dientes y se giró hacia Wisting con mirada inquisitiva.

Este relató a grandes rasgos las novedades que se estaban produciendo paralelamente en la investigación.

—¿Puedo usar tu ordenador? —preguntó.

—Por supuesto.

Martin Ahlberg se desconectó de su línea personal y le cedió la silla a Wisting. El portátil de su colega estaba equipado con un software que permitía acceder a todos los sistemas de la policía con una línea de banda ancha encriptada. Era un dispositivo costoso que Wisting no había pedido para sí. Al fin y al cabo, siempre estaba en su despacho cuando ocurría algo y no tenía necesidad de llevarse la parte electrónica del trabajo a casa.

Los correos empezaron a llegar en cuanto se conectó al sistema. Los clasificó

en función de su relevancia para el caso y los revisó de prisa. La mayor parte trataba de requisitos formales y trivialidades.

—¿Estás listo para salir a cenar? —preguntó Ahlberg—. Yo creo que deberíamos probar otro restaurante, ¿no?

Wisting asintió justo en el momento en que entraba otro mensaje. El remitente era Benjamin Fjeld. Asunto: «Traficante de drogas danés en aguas noruegas». Estaba clasificado como urgente.

«He intentado llamarte», empezaba el correo del joven agente.

Wisting se tocó el bolsillo del pantalón y se dio cuenta de que se había dejado el móvil en su habitación.

Siguió leyendo. El correo ofrecía un breve resumen de cómo un ornitólogo aficionado ya entrado en años había fotografiado una lancha neumática que estuvo recorriendo arriba y abajo la costa del fiordo de Gusland al día siguiente del hallazgo del primer cadáver. Parecía estar buscando algo. La investigación había desvelado que la embarcación era de fabricación danesa y la foto había sido enviada a la policía nacional de Copenhague. El hombre había sido identificado como Klaus Bang, un viejo conocido de la policía danesa por numerosos delitos relacionados con el tráfico de estupefacientes.

Wisting hizo clic en el archivo adjunto y vio la foto de la lancha con el hombre que oteaba hacia tierra. A pesar de llevar los ojos ocultos tras unas gafas oscuras, no le había supuesto ningún problema reconocerlo.

Escribió una respuesta rápida confirmando que había recibido el correo y dando instrucciones a Benjamin Fjeld para que informara a los restantes miembros del grupo de investigación. Después reenvió el mensaje a Leif Malm y le pidió que valorara su contenido en función de la información de la que ya disponía.

Los nuevos datos suponían un importante avance para poder hacerse una idea más amplia de lo sucedido. Encajaba a la perfección con lo que el servicio de inteligencia de Oslo había averiguado a través de su informante: que se trataba de la entrega de una partida de droga a Rudi Muller que había acabado mal. Pero

a la vez había algo que no encajaba en todo aquello. El confidente había informado a inteligencia de que uno de los traficantes que había cruzado el Skagerrak había muerto en el enfrentamiento que se produjo, y que la gente del círculo de Muller creía que se trataba del hombre que apareció en la barca de remos. Ahora había sido identificado como Darius Plater, de nacionalidad lituana, y no había ninguna base para pensar que hubiera llegado por mar desde Dinamarca. Entonces ¿a quién buscaba el hombre de la gran lancha neumática en tierra?

La imagen de la pantalla no le proporcionó respuesta alguna, se desconectó y se levantó.

Ahlberg estaba de pie pasando los canales del televisor.

—¿Nos vamos a cenar? —preguntó.

Wisting no encontró motivos para informar a Martin Ahlberg de las últimas novedades. Eran detalles que solo debían manejar aquellos que tenían necesidad de conocerlos, siguiendo el principio del *need to know*.

—Primero tengo que hacer una llamada —respondió encaminándose hacia la puerta—. Nos vemos en la recepción en quince minutos.

Wisting marcó el número de Nils Hammer, quien respondió al momento.

—¿Has hablado con Benjamin Fjeld? —preguntó su experimentado colega.

—He recibido un correo suyo —respondió Wisting—. Es una información muy valiosa, un gran trabajo. Por cierto, ¿cómo hemos conseguido a ese testigo?

—Fue Line quien contactó con él en la zona de las cabañas.

Wisting frunció el ceño y miró por la ventana hacia la oscuridad que se iba imponiendo.

—¿Line?

Le pareció un poco extraño que hubiera compartido esa información con Benjamin Fjeld en vez de ponerse en contacto con él.

—Sí, recuerda que fue Fjeld quien le tomó declaración —explicó Hammer, leyéndole el pensamiento—. El día que Line llegó se fijó en una furgoneta aparcada por allí, y luego vio a un hombre que ha resultado ser un aficionado a observar pájaros.

Wisting dejó el tema.

—¿Has hablado con Leif Malm? —preguntó.

—Hace menos de cinco minutos —respondió Hammer—. Los planes para atracar la central de Elveveien encajan con los informes de los guardias jurados, que aseguran que sus transportes de dinero han estado sometidos a vigilancia. Hace seis meses también informaron de que habían visto un vehículo aparcado en varias ocasiones frente a la ruta de acceso a la central, en un lugar que constituye un buen puesto de observación. Las matrículas resultaron ser robadas, así que para entonces ya había algo en marcha.

—Estaré de vuelta como muy tarde el viernes —dijo Wisting.

—Parece que la gente de Oslo lo tiene todo controlado —prosiguió Hammer—. Nosotros nos encargamos solo del enfoque local. La central monetaria tiene varios puntos débiles que la convierten en un objetivo muy conveniente. Básicamente, el edificio no fue construido para guardar dinero. Hay otros inquilinos en el mismo inmueble y los dispositivos de seguridad no son los más apropiados. Supongo que es una de las razones por las que quieren trasladar y centralizar todo el tinglado.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cuentan con siete vehículos que recogen y entregan dinero por toda la región de Østlandet. En principio, cada furgón puede transportar una carga máxima autorizada de quince millones de coronas noruegas, aunque ese límite se excede constantemente. Los picos han sido de hasta ochenta millones depositados en una sola jornada, pero no es probable que sea así en estos días. Depende por completo de los pagos en metálico en los comercios.

—¿Cuándo daremos aviso a la dirección de la compañía de seguridad?

—Mañana habrá una reunión con el comisario. También asistirán Leif Malm y otros colegas de Oslo.

Wisting asintió para sí. Comprendió que Hammer lo tenía todo bajo control.

—¿Alguna otra novedad?

—Mortensen ha identificado la pistola que apareció en la barca junto al lituano muerto. Fue robada en una cabaña de Tjøme dos días antes del asesinato que se produjo en nuestra zona. Al parecer la misma banda estuvo actuando también allí. Asaltaron nueve cabañas en una noche.

Abordaron algunas cuestiones prácticas sobre disponibilidad de efectivos y recursos. Mientras hablaban, los pensamientos de Wisting volvían una y otra vez a lo ocurrido en Nevlunghavn la noche del viernes de hacía ya casi una semana.

—¿Hicimos un rastreo concienzudo de toda la zona? —preguntó.

—La noche del asesinato utilizamos un helicóptero y perros, pero no la peinamos a fondo. Descartamos el terreno más agreste basándonos en la idea de que un asesino a la fuga elegiría las rutas más fáciles, y conforme pasaba el

tiempo lo dejamos estar.

—Así que pueden quedar lugares que no hayamos examinado...

—Sí, creo que los técnicos de criminalística no llegaron a adentrarse entre la maleza boscosa. Una tarea así llevaría semanas, sin que en realidad haya nada concreto que buscar.

—Quiero que pongas en marcha un nuevo rastreo de toda la zona —ordenó Wisting—. Asegúrate de que no queda un metro cuadrado sin revisar.

—De acuerdo, pero ¿qué buscamos?

Wisting respiró hondo antes de hablar. Solo era una teoría, pero basada en algo más que una simple intuición.

—Algo salió muy mal aquella noche —dijo—. Creo que estamos buscando otro cadáver.

Después de dejar la compra en los estantes de la cocina, Line cogió una manzana, una manta y el periódico que había comprado en el supermercado y salió a las escaleras del porche. Dobló la manta y la colocó sobre el escalón de arriba antes de sentarse y apoyar la espalda contra la columna que sostenía el tejadillo. Cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol otoñal que ya empezaba a descender. Cerca de allí, un pájaro carpintero picoteaba en el tronco de un árbol.

Dio un mordisco a la manzana y disfrutó de la vista del fiordo. Ya tenía ganas de pasar allí el verano.

Una suave brisa susurró entre las ramas de los árboles más cercanos, haciendo caer sus hojas una tras otra.

El caso en el que trabajaba su padre ya no ocupaba la portada del periódico, pero los editores le habían reservado un espacio dos páginas más adelante. Todo lo que publicaban ya eran noticias conocidas. El periódico había salido a la calle hacía ya diez horas, pero la información habría sido actualizada en la edición digital.

También encontró una columna sobre el incendio en el edificio de Grorud, que describían como virulento y explosivo y donde seguía desaparecido el hermano de la novia de Rudi Muller. Habían evacuado a un total de veintisiete personas de los pisos contiguos y de los bloques colindantes. Una anciana había sufrido problemas cardiacos y había sido llevada al hospital. Además del piso del joven de veintitrés años desaparecido, otros dos apartamentos habían quedado inhabitables a causa de los daños causados por el fuego, el humo y el agua. Los bomberos habían luchado contra las llamas durante más de hora y media antes de lograr controlar el fuego. También habían entrevistado al responsable de la

intervención policial, quien afirmaba que era demasiado pronto para pronunciarse sobre las causas del incendio. Los técnicos de criminalística empezaría su labor en cuanto fuera posible acceder al lugar.

El autor del artículo era uno de los reporteros con más experiencia de la sección de sucesos, lo cual resultaba un tanto extraño. En condiciones normales, el redactor le habría asignado el tema a cualquier otro periodista. Eso podía significar que detrás del incendio había algo más de lo que daba a entender el texto.

Se comió la manzana y tiró el corazón entre los arbustos. Mientras leía el resto del periódico, los dedos se le quedaron azulados por el frío, y en cuanto acabó se puso de pie y volvió a entrar.

Una vez sentada en el sofá, se conectó con la redacción. Era una plataforma eficaz y flexible que facilitaba la colaboración entre los periodistas que trabajaban en distintos reportajes y permitía una rápida búsqueda de información.

Buscó la carpeta que el reportero de sucesos había creado sobre el incendio, que por lo que pudo ver había sido modificada después de que apareciera el periódico impreso. Seguramente habría una actualización en la edición digital. En efecto: a las 12.32, el periodista había publicado un reportaje muy parecido añadiendo que se había recuperado el cuerpo de una persona fallecida de entre los restos del incendio. En vez de leerlo, optó por acceder a la información general interna sobre el caso, para intentar encontrar datos adicionales y otros detalles que no hubieran aparecido publicados en el artículo.

Enseguida obtuvo la confirmación de que el joven de veintitrés años desaparecido era Trond Holmberg.

En la información general de base, redactada con un estilo telegráfico, encontró también que una fuente no especificada del cuerpo de bomberos creía que el incendio había sido provocado. Al parecer, la policía era de la misma opinión. El despliegue de técnicos criminalistas era inusualmente amplio y la policía había estado interrogando puerta por puerta en el vecindario. Los agentes

de servicio se habían mostrado especialmente reservados.

Holmberg era un viejo conocido de la policía, y además estaba relacionado con Rudi Muller. Una de las fuentes cercanas al periodista pensaba que aquello tenía que ver con algún asunto turbio dentro del entorno de Muller, algún chanchullo que había salido mal y que le había hecho contraer una deuda importante. El reportero concluía que la cosa podría ir a más y que seguramente necesitarían más espacio en el periódico. No se podía descartar que el incendio fuera un montaje para tapar algún crimen.

Line notó la boca seca. Estaba claro que el periodista de sucesos estaba muy familiarizado con el nombre de Rudi Muller. Tal y como se expresaba, daba a entender que no era ningún peso ligero en los círculos criminales.

Marcó su nombre y lo copió en el buscador.

La respuesta fue rápida. Rudi Muller aparecía mencionado once veces. Una de las entradas estaba basada en el informe de un confidente policial que lo describía a fondo. Procedía de un entorno de delincuentes de poca monta de Sagene que a finales de los noventa se volvió más agresivo y empezó a atracar joyerías y tiendas de electrónica. Los beneficios se invertían en partidas de drogas. Era conocido por sus métodos violentos y en la actualidad se había convertido en jefe de una banda criminal que ejercía un papel destacado en la venta de drogas en la capital.

También había sido condenado a seis meses de prisión incondicional por entrar con un arma en un local de ocio nocturno. Con posterioridad la policía había registrado su apartamento y había encontrado una metralleta y explosivos.

Una de las últimas entradas tenía un enlace que llevaba a una serie de artículos sobre el blanqueo de dinero en el sector de la restauración. Line sintió un escalofrío al leer que la policía creía que parte del botín de un atraco de Muller a una joyería de la calle Karl Johan el año anterior se había invertido en el restaurante Shazam Station.

Rudi Muller había sido un delincuente en activo que ahora parecía actuar en las sombras, intocable para la policía.

Line tragó saliva con fuerza, inhaló profundamente y sintió que algo muy frío le helaba el corazón.

Cuando salieron del restaurante, una anciana sentada sobre una tela de arpillera sacó fuerzas de flaqueza para sonreírles y extendió una mano sucia pidiendo una limosna.

Wisting le entregó las monedas que llevaba sueltas en el bolsillo de la chaqueta, y ella bajó la cabeza en señal de agradecimiento.

En la siguiente esquina se encontraron con más mendigos. Niños pequeños, sentados en el regazo de sus madres, gritaban: «Prasom! Prasom!» con mirada suplicante.

Wisting tuvo que pasar junto a ellos con los bolsillos vacíos. Más adelante había un invidente sentado delante de una boutique de Gucci. Su taza de hojalata estaba casi vacía. Un poco más allá, tirado junto a la pared de un edificio, otro indigente dormía la borrachera de vodka.

Volvieron al hotel en silencio. Wisting rechazó la propuesta de tomar una copa en el bar y subió directo a su habitación. Se quitó los zapatos de una patada, colgó la chaqueta en el respaldo de la silla y se tumbó boca arriba en la cama. Durante un rato dejó que sus pensamientos fluyeran sin control. Tenía la sensación de que el caso se precipitaba hacia un final catastrófico. Una de las alternativas que quería plantearle a Leif Malm antes de la reunión de mañana era si debían detener a Rudi Muller basándose en lo que sabían. Sería una jugada ciertamente arriesgada, sobre todo porque podría poner en peligro la vida del confidente.

Por una parte, la labor más importante de la policía consistía en prevenir e impedir que se cometieran delitos. Al hacerlo, evitaban que la gente se convirtiera en víctima de dichos delitos y que los potenciales delincuentes

acabaran cumpliendo largas condenas de prisión.

Por otra, no tenían pruebas concluyentes de que Rudi Muller estuviera involucrado directamente en los asesinatos. Cierto que su detención podría proporcionárselas. Era como tirar una piedra al agua. En algunas de las ondas que se originaran podrían aparecer nuevas informaciones que apuntaran contra él, pero no tenían ninguna garantía de que eso sucediera y corrían el riesgo de que acabara yéndose de rositas.

Juntó las manos en la nuca y cayó en la cuenta de que no había hablado con Suzanne en todo el día. Cogió el teléfono y marcó el número. Solo con oír su voz ya se sintió de mejor humor.

—Hoy ha hecho un tiempo buenísimo por aquí —le contó—. He dado un largo paseo al salir del trabajo.

—¿No has ido a la cabaña a ver a Line?

—No. La llamé y estaba haciendo la compra.

—¿Y cómo estaba?

—Tommy ha ido a verla.

—¿Para qué?

Oyó que Suzanne exhalaba profundamente antes de contestar.

—Pasó allí la noche.

A Wisting se le escapó un gemido y cerró los ojos con fuerza.

—¿Vuelven a estar juntos?

—No me pareció entender eso. Tommy se presentó anoche a última hora. Había estado caminando largo rato bajo la lluvia antes de encontrar la cabaña. Line le dejó que pasara allí la noche.

—¿Y qué quería?

—Hablar con ella. Seguramente no está resultando fácil para ninguno de los dos. Le he dicho que iría a hacerle una visita mañana. También tengo ganas de ver cómo es la cabaña.

Cambiaron de tema. Suzanne le contó que los fontaneros estaban a punto de acabar las reparaciones de su casa y le habló de una reunión estratégica que

habían mantenido en su departamento. Luego le preguntó por su día.

Wisting le habló de toda la pobreza de la que había sido testigo. De toda la gente que vivía sin esperanza en el futuro.

—Supongo que por eso vienen aquí a robar —comentó Suzanne.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que es su oportunidad de alcanzar su sueño de una vida mejor.

Wisting no respondió. Probablemente tenía razón.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó, y vio que eran más de las once, las diez en Noruega.

—Acaba de empezar una película en TV2 —respondió ella—. Pensaba verla antes de irme a dormir.

Wisting cogió el mando del televisor.

—Aquí solo hay canales finlandeses y suecos —dijo.

—El teatro filmado para televisión que hacen en Finlandia no está mal —comentó Suzanne riendo.

Se dieron las buenas noches y colgaron.

En la pantalla del televisor, Wisting leyó: «You have 1 message».

Presionó «OK» en el menú interactivo y se abrió un aviso de que tenía un correo en la recepción.

Se levantó, se calzó y bajó en el ascensor. En la recepción dio el número de su habitación y la mujer del mostrador le entregó un sobre marrón en el que habían escrito: «Mr. Wisting».

Wisting le dio la vuelta varias veces. No figuraba ningún remitente.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó.

La recepcionista no estaba muy segura.

—Hará unas tres horas —estimó.

—¿Quién lo ha entregado?

—Lo han traído en un taxi.

Dio las gracias por la información y abrió el sobre mientras se dirigía al ascensor. Contenía un mensaje escrito con torpe caligrafía:

Talk about Darius Plater.

Come to number 1 Birut è s gatv è .

Midnight. Alone.

Please.

Wisting se detuvo frente al ascensor, se giró y escrutó el vestíbulo del hotel mientras sopesaba la nota en su mano. Se oía un rumor de voces apagadas en distintos idiomas. Una mujer con un vestido negro hasta la rodilla, sentada sola en el bar, le miraba sin parecer verlo. Por lo demás, nadie estaba pendiente de él.

La única explicación que fue capaz de imaginar era que su atacante, el hombre al que había perseguido entre los puestos del mercado de Gariunai unas horas antes, había hablado con el taxista que los había traído al hotel y luego habría buscado su nombre en internet. El mundo se había convertido en un lugar pequeño. No sería de extrañar que hubieran seguido la cobertura informativa del caso en el que estaban implicados. En muchos de los medios de comunicación noruegos aparecían su fotografía y su nombre. Con solo presionar unas teclas podrían traducir la información de manera automática al lituano.

Volvió a acercarse a la recepción y pidió un plano. La mujer sacó un folleto turístico y lo desplegó ante él. Marcó con una cruz un punto aproximadamente en el centro y le explicó que ese era el hotel en que se encontraba.

—¿Adónde quiere ir?

Wisting echó una mirada al papel que tenía en la mano.

—Birutès gatvė.

Ella repitió el nombre con la pronunciación correcta, movió el bolígrafo hacia el este de la ciudad y señaló la ribera del río que dividía la ciudad en dos.

Wisting le dio las gracias y dobló el plano. El reloj de la pared marcaba las 23.26. El trayecto en taxi hasta Birutès gatvė no llevaría más de diez minutos.

Volvió a subir a la cuarta planta. Se detuvo frente a la puerta de Martin Ahlberg y levantó la mano para llamar, pero se lo pensó mejor y se dirigió a su

habitación.

A las doce menos veinte, se vistió y bajó a la recepción. Antes de salir de su cuarto, había doblado la nota con el lugar y la hora del encuentro y la había dejado sobre su escritorio.

Frente a la entrada del hotel había cuatro taxis en fila esperando su turno. El conductor del primero le miró esperanzado. Wisting se cerró mejor la chaqueta, cruzó la calle y caminó media manzana antes de levantar el brazo y parar un taxi que pasaba.

Se acomodó en el asiento trasero y le dio al conductor un papel en el que había apuntado la dirección. El hombre sonrió, asintió y empezó a hablar en lituano antes de ponerse en marcha. Por la ventanilla desfilaron tiendas y lúgubres almacenes con aparcamientos desiertos. De los altavoces surgía una música de ritmos complejos de alguna banda musical eslava.

El trayecto acabó junto al perímetro vallado de un campo de fútbol. El conductor señaló y le preguntó algo, pero como Wisting no supo responderle aparcó ante el edificio a oscuras del club deportivo y apuntó al taxímetro.

Wisting pagó y se bajó. Del río subía un viento helado que traía consigo un olor a podrido.

Cuando el taxi desapareció, se quedó solo en la plaza vacía. A su alrededor no se veía más que el resplandor de las luces de la ciudad al otro lado del río. Muy por encima de su cabeza, la solitaria bombilla de una farola proyectaba una luz macilenta sobre el asfalto gris y la pintura desconchada de la pared del edificio a su espalda. De un tablero colgaban papeles y carteles medio arrancados en los que se repetía la palabra «futbolos» entre vocablos desconocidos. El fútbol era un lenguaje que todo el mundo comprendía.

Consultó el reloj. Faltaban tres minutos para las doce.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Dio unos pasos para salir del haz de luz y, como a unos sesenta metros, vio la silueta de una furgoneta en un estrecho callejón entre dos almacenes a oscuras. Los faros y el motor estaban apagados, pero en la cabina refulgía la brasa de un cigarrillo.

—*Mister Wisting?* —dijo de repente una voz detrás de él.

Wisting se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el hombre que le había atacado una semana antes. Su rostro cuadrado presentaba un aspecto muy descuidado, con barba y una especie de sarpullido alrededor de la boca. Llevaba una chaqueta de chándal azul que le quedaba estrecha de hombros, y tenía las manos metidas en los bolsillos laterales.

—*Mister Wisting from Norway?* —repitió.

Wisting asintió.

—*Mister Muravjev.*

Las luces de la furgoneta del callejón se encendieron. Avanzó hasta ellos. El conductor bajó de un salto y tiró la colilla del cigarrillo. Rodeó el vehículo y abrió la puerta corredera.

La mano de Muravjev se cerró en torno a algo que llevaba en el bolsillo derecho de la chaqueta, y le indicó con un gesto a Wisting que levantara los brazos.

El conductor lo cacheó y le quitó el móvil, la cartera y el pasaporte.

Wisting protestó.

—*English no t good* —dijo Muravjev, pero se las arregló para hacerle entender que se lo devolvería todo cuando hubieran hablado.

Después hizo un gesto con la cabeza en dirección a la furgoneta.

Wisting dudó, pero acabó subiendo.

Muravjev lo siguió y cerró la puerta tras ellos. En el interior reinaba un fuerte olor a grasa, aceite de motor y goma. Una lucecita en la parte superior le permitió encontrar el arco de una de las ruedas para sentarse.

Circularon en silencio. Wisting intentó concentrarse en el recorrido, memorizando las curvas a la derecha y a la izquierda, los frenazos y los acelerones, pero pronto perdió la cuenta. En un momento dado el ruido de los neumáticos pareció cambiar, como si estuvieran cruzando por un puente, pero eso tampoco sirvió para darle ninguna pista.

Al cabo de casi veinte minutos, el vehículo se detuvo, se apagó el motor y se

abrió la puerta corredera. A un lado vio el portón abierto de una especie de garaje. Cuando una intensa luz inundó el interior de la furgoneta, Wisting pudo reconocer al conductor: era otro de los integrantes del Cuarteto de Paneriai. Algirdas Skvernelis.

Wisting bajó de la furgoneta, sin estar seguro de qué le esperaba. Tragó saliva y se secó el sudor del labio superior con la mano, intentando que su respiración no delatara su miedo.

Se encontraban en alguna clase de almacén abandonado. El aire era húmedo y frío, pero olía a paja y a heno. Seguramente estaban en el campo.

Muravjev se dirigió a una puerta de acero. Descorrió unos cerrojos de gran tamaño que retumbaron en todo el pabellón. Cayeron al suelo fragmentos de óxido.

Se adentraron por un pequeño laberinto de pasillos y escaleras hasta llegar a su destino, una habitación mal iluminada con fluorescentes en el techo. Estaba decorada como una especie de cuarto de estar, con un pequeño sofá y dos butacas, unas sillas maltrechas y una mesita pequeña delante de un televisor. Junto a la pared se alineaban unas viejas taquillas de vestuario. El olor a sudor y ropa rancia le irritó las fosas nasales.

Al fondo de la habitación se abrió una puerta. Un hombre corpulento de cuello grueso, nariz achatada y ojos pequeños dio un par de pasos hacia el interior, dejando la puerta abierta tras de sí. Wisting lo reconoció por las fotos que le había mostrado Martin Ahlberg. Era el tercer miembro del grupo que había estado asaltando cabañas en Noruega. Cerró la puerta y se acercó a ellos. Estrechó la mano de Wisting y se presentó. Teodor Milosz.

Hablaba un buen inglés, y le pidió que se sentara en el sofá.

—Lamento todo esto —dijo tomando asiento frente a él—. Pero la situación en que nos encontramos nos hace sentirnos inseguros, en peligro.

—Lo entiendo —dijo Wisting, oyendo lo vacilante que sonaba su propia voz.

Su nerviosismo no había hecho más que aumentar desde el momento en que se quedó solo junto al campo de fútbol desierto.

—¿Qué te ha traído por Vilna? —preguntó Teodor Milosz.

Los otros dos lituanos se sentaron en las sillas. Wisting intentó concentrarse en su respiración. Eso calmaba su mente y le ayudaba a pensar con más claridad.

—Estoy investigando el asesinato de Darius Plater.

La habitación quedó en silencio. En algún lugar del edificio zumbaba un ventilador.

—Cuéntanos cómo murió —pidió Teodor Milosz.

—Lo encontramos en una barca —explicó Wisting—. Le habían disparado dos veces en el estómago. Creemos que estaba huyendo de algo y se escondió en la barca. Murió desangrado.

—¿Sabéis quién lo hizo?

Wisting negó con la cabeza.

—No sabemos ni quién ni por qué.

Muravjev les interrumpió diciendo algo en lituano. Teodor Milosz intercambió unas palabras con él antes de dirigirse de nuevo a Wisting.

—¿Por qué has venido hasta aquí? ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

—Vosotros estabais allí cuando murió —dijo Wisting—. Quiero saber qué pasó.

Milosz tradujo la respuesta. Muravjev volvió a hablar gesticulando con los brazos.

—¿Qué nos va a pasar? —volvió a traducir Milosz.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nos condenarán?

—Sois sospechosos de varios robos importantes en cabañas de la zona, pero no estoy aquí por eso. Esa no es la cuestión. De lo que se trata aquí es de buscar justicia para Darius.

Milosz tradujo su respuesta y siguió un nuevo intercambio de opiniones.

—¿Qué piensa hacer la policía noruega respecto a los robos?

Wisting hizo una pausa antes de responder.

—Yo no puedo ofreceros ningún tipo de amnistía. Si volvéis a Noruega, os

arriesgáis a ser condenados.

Muravjev se levantó y se llevó las manos a la cabeza. Cuando habló, su voz estaba cargada de desesperación.

Milosz transmitió sus palabras:

—¿Tendremos que ir a Noruega si se celebra un juicio?

Wisting asintió.

—Así es, pero si cooperáis para resolver este caso estoy seguro de que el fiscal se mostrará benévolo con vosotros.

Ahora Muravjev levantó la voz:

—¡Pero si no sabemos nada!

—Sí, sabéis más que nosotros —replicó Wisting—. Estabais allí cuando ocurrió. Necesito a alguien que pueda hablar por Darius.

Los tres hombres siguieron discutiendo en su idioma. Finalmente, Muravjev sacudió la cabeza y se sentó. Teodor Milosz apoyó los antebrazos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante.

—Voy a contarte lo que pasó.

Uno de los sucios fluorescentes del techo parpadeó y emitió un leve zumbido antes de apagarse. El rostro de Teodor Milosz quedó envuelto en sombras.

—Es cierto que estábamos robando en las cabañas —empezó—. Ya habíamos entrado en seis e íbamos camino de la última cuando comprendimos que no estábamos solos en el bosque. —Se incorporó y tragó saliva antes de continuar—: Estaba oscuro, solo había un pequeño farol en la pared de la cabaña. Estábamos agachados entre los árboles, como a unos veinte metros, y esperábamos para asegurarnos de que no hubiera nadie. Además, no estábamos muy seguros de si merecía la pena que entráramos. La cabaña era vieja y parecía estar abandonada. —Carraspeó y luego siguió hablando—: Le oímos antes de verlo. Avanzaba sin ningún cuidado, torpemente, quebrando las ramas de los árboles pese a ir caminando por el sendero. Cuando llegó a la cabaña vimos que llevaba la cara tapada por un pasamontañas y que cargaba con una bolsa de viaje. —Teodor Milosz mostró el tamaño de la bolsa con las manos—. Miró a su alrededor y luego metió la bolsa en una caja que había en la terraza. Una de esas cajas que la gente suele usar para guardar los cojines de los muebles de exterior.

Wisting movió la cabeza para indicar que entendía, a pesar de que su pronunciación inglesa no era del todo correcta.

—Nos quedamos muy quietos durante unos diez minutos —prosiguió el lituano en voz baja—. Después Darius se acercó sigilosamente. Levantó la tapa de la caja, sacó la bolsa y la abrió.

El polvoriento fluorescente parpadeó un par de veces y volvió a encenderse. La luz blanca dibujó profundas sombras en el rostro de mejillas hundidas de Teodor Milosz.

—«Pinigai!», nos gritó. ¡Dinero!

Los otros dos lituanos intercambiaron miradas, como si la historia les trajera malos recuerdos.

—Sacó un puñado de billetes —prosiguió Milosz, blandiendo una mano en alto—. Luego volvió a meterlo en la bolsa y se la echó al hombro.

Wisting se reclinó en su asiento. Hasta ahora la historia resultaba tan obvia que debería habersele ocurrido a él. Los lituanos que estaban robando en las cabañas habían encontrado por casualidad el dinero que Rudi Muller debía pagar a cambio de la cocaína. Seguramente la caja de los cojines de la cabaña cerrada para el invierno era el lugar acordado para hacer la entrega.

—Después todo ocurrió muy deprisa y en la oscuridad —continuó Milosz—. Dos hombres enmascarados salieron corriendo del bosque, gritando. Darius huyó en dirección contraria, hacia el mar.

Wisting asintió. Rudi Muller y Trond Holmberg debían de estar ocultos en el bosque, esperando a que se llevaran la bolsa y dejaran la cocaína.

—Fuimos detrás de ellos, pero estaba todo muy oscuro. Teníamos linternas, claro, pero sirvieron de poco. Solo iluminan el suelo que tienes delante de los pies, y al levantar la vista ves todavía menos que antes. Además, delatan tu posición. —Milosz descartó su propia digresión con un movimiento de la mano—. Valdas iba el primero —prosiguió, señalando con la cabeza al hombre que había atacado a Wisting—. Argidas y yo íbamos justo detrás, pero entonces Argidas tropezó y se cayó, y perdimos a Valdas en la oscuridad.

Valdas Muravjev hizo un comentario que no fue traducido. Teodor Milosz se levantó y se puso a caminar nerviosamente arriba y abajo antes de pararse y seguir hablando.

—Entonces oímos disparos —dijo—. Muchos disparos.

—¿Darius llevaba una pistola?

Milosz miró fijamente a Wisting sin responder.

—La misma pistola que robasteis de una de las cabañas de Tjøme dos días antes —le recordó Wisting—. La hemos encontrado. Estaba en la barca junto a

Darius.

Teodor Milosz asintió.

—Sí, Darius la robó. Estaba en una mesilla de noche. Pero él no fue el único que disparó. Las balas iban de un lado a otro, justo delante de nosotros. —El corpulento hombre movía los brazos, intentando enseñarle cómo había sido el intercambio de proyectiles—. Algirdas y yo nos metimos entre la maleza para ponernos a cubierto. No teníamos armas, no podíamos hacer nada.

Valdas Muravjev volvió a intervenir en la conversación. Probablemente tuviera más facilidad para entender el inglés que para hablarlo.

—Valdas creyó ver a Darius en el sendero —tradujo Milosz.

—*A man with a bag* —explicó Muravjev con ojos desorbitados, que conferían a su rostro una expresión desconcertada y desesperada.

Milosz volvió a sentarse y levantó una mano, como para advertirle de que quería contar la historia a su ritmo.

—Valdas se escondió para salir al encuentro de Darius cuando se acercara. Pero cuando lo tuvo delante, vio que no era Darius. Era otro hombre.

Muravjev volvió a intentarlo:

—Hubo una pelea. Yo era más fuerte, pero el tipo huyó por el bosque. No lo seguí.

—¿Era uno de los hombres que perseguían a Darius?

Muravjev negó con la cabeza.

—No era ninguno de ellos. Iba vestido diferente y no llevaba la cara tapada con un pasamontañas.

Wisting se pasó la mano por la barbilla. Los detalles del relato podían encajarse con la información de que ya disponían. El hombre del sendero debía de ser el correo que llevaba la bolsa con los diez kilos de cocaína.

—Yo tenía las llaves de la furgoneta —prosiguió Teodor Milosz—. Algirdas y yo volvimos a donde la habíamos dejado. Pensamos que tal vez Darius y Valdas habrían hecho lo mismo, pero no estaban allí. Y salimos huyendo a toda prisa.

—¿Había algún otro coche?

El lituano asintió.

—Un poco más adelante había otro coche. Creo que era un Golf.

Se volvió hacia Algirdas y se lo preguntó. El otro asintió.

—Sí, era un Volkswagen Golf negro.

Wisting tragó saliva. Era el coche de Line.

—El teléfono de Darius estaba en la furgoneta, así que no podíamos llamarle —continuó Milosz—. Pero sí conseguimos hablar con Valdas. Él iba a seguir buscando a Darius, mientras que nosotros les esperaríamos en la furgoneta junto a la carretera principal.

Muravjev hizo algunos comentarios más que no fueron traducidos.

—Llevábamos mucho tiempo esperando, puede que una hora o así, cuando vimos llegar un coche patrulla. Tuvimos que marcharnos. La idea era que Valdas se escondiera en el bosque y esperara a que hubiéramos vaciado la furgoneta para poder volver a por él.

Muravjev volvió a intervenir con algunas frases en su lengua materna.

—Valdas subió hasta la carretera principal y esperó junto a un árbol —tradujo Milosz—. Pero entonces llegaron más coches de la policía, esta vez con perros. Y un helicóptero. No podía seguir esperando.

Muravjev clavó la mirada en Wisting.

—*I am sorry. I took your car.*

Wisting le restó importancia agitando la mano. La historia de Teodor Milosz se aproximaba al final y Wisting le indicó que continuara.

—Tenemos un acuerdo entre nosotros —explicó Milosz—. Si ocurre algo y nos separamos, tenemos que llamarnos para dar aviso. Darius tan solo tenía que conseguir un teléfono y llamar. —Bajó los ojos—. Nunca lo hizo.

Wisting se reclinó en su asiento. Algunas piezas habían encajado, pero seguía habiendo muchas preguntas sin respuesta.

—¿Dónde está la bolsa del dinero? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Milosz—. Creíamos que tal vez la habríais encontrado cuando descubristeis el cuerpo de Darius.

Wisting negó con la cabeza.

Algirdas tomó la palabra por primera vez.

—¿Quién es el hombre que apareció muerto en la cabaña? —tradujo Milosz.

—Un noruego —respondió Wisting sin entrar en detalles.

—¿Creéis que fue Darius quien le disparó?

Wisting tuvo que pensarlo un momento antes de contestar. Era probable que Darius Plater hubiera disparado y herido a Trond Holmberg, y también que, antes de salir huyendo, Holmberg y Muller hubieran infligido a Darius Plater las heridas de bala que le causaron la muerte. En el caso de que fuera Rudi Muller quien acompañaba a Trond Holmberg.

—Es demasiado pronto para saberlo —respondió Wisting, sin mencionar que el hombre de la cabaña probablemente no había muerto a causa de los disparos, tal y como habían contado los medios, sino de un golpe en la cabeza.

—¿Dónde están las cosas que robasteis de las cabañas? —preguntó para cambiar de tema.

Milosz abrió los brazos en un gesto elocuente.

—Ya has estado en el mercado —dijo—. La mayor parte se ha vendido.

—¿La mayor parte?

El lituano se levantó y se acercó a una de las taquillas metálicas de la pared. La abrió y le indicó a Wisting que se acercara.

En uno de los estantes había un ordenador portátil junto con un reproductor de DVD. Debajo había un par de radios de coche, reproductores de mp3 y algunos móviles. Al fondo se veían algunos candelabros y varios objetos decorativos.

La luz cayó oblicuamente en el interior de la taquilla, reflejándose en una pieza de vidrio de colores.

Wisting se agachó y cogió un objeto de cristal con forma de gota, más o menos del tamaño de un puño. Al levantarlo, emitió destellos luminosos. La transición entre los distintos colores era casi imperceptible y cambiaba según la dirección y la intensidad de la luz. La variedad cromática y luminiscente confería vida a aquella gota de vidrio. No resultaba difícil imaginar que estuviera

llena de sueños, pensamientos y esperanzas.

—Conozco al propietario de esto.

—Es hermoso —convino Milosz—. Fue Darius quien quiso llevárselo, a pesar de que no vale mucho. Al menos aquí en Lituania.

Cerró la puerta de la taquilla.

—Nos quedamos en Noruega un día más, esperando a que llamara, pero entonces leímos en internet que habían encontrado a un hombre muerto en una barca. Comprendimos que debía de tratarse de Darius y decidimos volver a casa.

Wisting se guardó la gota de cristal en el bolsillo.

—Os agradezco que me hayáis contado todo esto —dijo—. Pero tendremos que tomaros una declaración formal en comisaría.

—Hay más gente aquí que quiere hablar contigo —le interrumpió Milosz.

El lituano se dirigió a la puerta del fondo por la que había entrado.

—Espera aquí —le pidió.

La mujer que apareció en el umbral tendría unos veinticinco años. Su cara redonda estaba enmarcada por unos rizos rubios. Sus ojos, más grises que azules, se veían un tanto enrojecidos. Llevaba un abrigo marrón sin abrochar que le quedaba corto de mangas. Wisting la reconoció al instante. Era la mujer de la que Darius llevaba consigo una foto.

—Esta es Anna —dijo Teodor Milosz.

Wisting se puso de pie.

—Eres la novia de Darius —dijo, y se presentó diciéndole que era un inspector de policía noruego—. Te acompañó en el sentimiento.

—Gracias —susurró la mujer.

—Anna ha escuchado nuestra conversación —explicó Milosz—. Pero quería verte.

—No quiero que penséis en Darius como un ladrón —dijo ella—. Él amaba Noruega. Hablaba de todas las cosas que había vivido allí. Había visto cascadas y montañas que se alzaban junto a la carretera. Hablaba de sus edificios, que eran prácticos y bonitos a la vez. Me contaba que a los noruegos se les daba muy bien hacer cosas hermosas.

—Hablas muy bien inglés —comentó Wisting.

—Anna está estudiando en la universidad —dijo Milosz.

Volvieron a sentarse. Wisting escuchaba a la mujer, que al parecer tenía muchas cosas que quería contarle.

—La luna y el sol son los mismos en Noruega y en Lituania —dijo—. Vivimos en el mismo planeta, pero nuestro mundo está dividido en dos. Nosotros somos pobres, vosotros sois ricos.

Wisting no pudo por menos que mostrarse de acuerdo.

—Darius no soñaba con hacerse rico —siguió la mujer—. Pero soñaba con una vida mejor. Para él, para mí y para el hijo que queríamos tener. Cuando la gente de un país pobre como el nuestro llega al vuestro para trabajar o para robar, no es para hacerse ricos, sino para conseguir dinero que les permita salir adelante. Está mal, por supuesto, pero los pobres siempre tenemos que pensar en nosotros mismos. Hubo un tiempo en el que vosotros los noruegos también fuisteis pobres. Creo que ya os habéis olvidado de aquello, porque seguís sintiéndoos tan orgullosos de vuestros vikingos que incluso construís museos en su honor. Eran cien veces peores que el pueblo lituano. Saqueaban, violaban y asesinaban, pero ahora los consideráis héroes.

—¿Por qué vais a Noruega? —preguntó Wisting, y miró a Teodor Milosz—. ¿Por qué no vais a Alemania, u os quedáis en Suecia?

—Cuando vas a hacer cosas malas, es importante causar el menor mal posible —dijo el lituano—. Es mejor robar en un país rico como Noruega que en un país pobre donde la gente no tiene tantas cosas. En Noruega, si les roban cien mil coronas, casi ni lo notan.

—¿Qué harías si alguien te robara a ti? —preguntó Wisting.

—Me enfadaría —fue su respuesta—. Pero al final acabarían pensando que quienes lo habían hecho estaban desesperados y necesitaban dinero. Aquellos a los que les robamos no deberían tomárselo como algo personal. Solo es casualidad que les tocara a ellos.

Wisting se quedó mirando a los tres hombres pálidos que tenía enfrente. En los informes anuales sobre la evolución de las tendencias y corrientes delictivas, se describía como cínicos y sin escrúpulos a los miembros de las bandas organizadas procedentes de países del Este. Seguramente habría gente así, pero por lo que esos hombres le habían contado y por lo que Wisting había visto en el país, representaban un tipo de delincuencia basada más en la necesidad que en la amoralidad. Era fácil comprender sus motivaciones, aunque eso tampoco podía justificar sus actos.

Desde que Wisting entró a formar parte del cuerpo policial, la economía noruega había experimentado un crecimiento enorme. Con el desarrollo del estado de bienestar había disminuido el número de pobres en Noruega, pero, al mismo tiempo, el índice de criminalidad había aumentado exponencialmente. Las causas de la delincuencia eran bastante más complejas, y sus factores no podían reducirse a la pobreza y la necesidad. Aun así, era indudable que las estadísticas criminales en Noruega serían muy distintas si la economía de Europa del Este fuera mejor.

—¿Cuándo volverá Darius a casa? —preguntó la mujer menuda, arrancando a Wisting de sus pensamientos.

—En algún momento de la semana que viene —respondió Wisting.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación.

Teodor Milosz carraspeó.

—Te llevaremos de vuelta —dijo, y ordenó algo en lituano.

Algirdas cogió el móvil, el pasaporte y la cartera de Wisting y se los devolvió.

—Puedo coger un taxi —dijo Wisting poniéndose de pie.

—No hay taxis por aquí. Te llevaremos al hotel.

—Espera —pidió la mujer que había sido novia de Darius Plater.

Wisting sostuvo su mirada esperando a que llegara la pregunta más difícil.

—¿Lo cogeréis? ¿Cogeréis al hombre que mató a Darius?

Wisting asintió.

—Ese es mi trabajo.

El salón del desayuno olía a pan recién horneado y café de filtro. Martin Ahlberg ocupaba una mesa junto a la ventana. Casi había acabado de comer.

Wisting se sirvió un zumo de naranja y una generosa ración de huevos, beicon y pan tostado antes de sentarse frente a él.

—Vuelvo hoy —dijo—. A las once sale un vuelo de la SAS con escala en Copenhague.

Ahlberg dejó la taza. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, Wisting siguió hablando:

—Teodor Milosz, Valdas Muravjev y Algirdas Skvernelis se presentarán a las doce en la comisaría para prestar declaración. Llevarán los objetos robados que aún no han vendido.

Clavó el tenedor en un trozo de beicon y se lo llevó a la boca. Después le explicó lo ocurrido tras su vuelta al hotel.

Martin Ahlberg sacudió la cabeza.

—No tienes ni idea de la clase de gente que son —dijo.

Desde que salió del hotel la noche anterior, Wisting se había estado preparando para afrontar las críticas de Ahlberg por su comportamiento temerario. Si el resultado del encuentro nocturno hubiera sido otro, habrían estado más que justificadas.

—Ahora ya lo sé —dijo, y siguió comiendo.

Ahlberg suspiró, resignado.

—¿Les crees?

Wisting no veía motivo alguno para no creer en la versión de los lituanos, aunque no le proporcionara una imagen completa. Ellos solo sabían parte de los

hechos. Faltaban algunas piezas fundamentales.

Fue a servirse una taza de café, que se tomó mientras comentaba con Ahlberg algunos detalles prácticos del trabajo que quedaba por hacer. Después fue a buscar la maleta que ya tenía preparada y pasó por la recepción.

Ahlberg lo siguió hasta la fila de taxis que esperaba ante la entrada.

—Ha sido un placer —dijo tendiéndole la mano para despedirse.

—Igualmente —respondió Wisting.

Sabía que su compañero era un investigador muy competente. Metódico y concienzudo, pero había comprobado que tenían una visión muy distinta de su trabajo.

Martin Ahlberg le daba la impresión de ser un policía cansado. Alguien que había conocido a demasiadas víctimas de delitos. A demasiada gente a la que le habían robado la seguridad. Su trabajo diario entre delincuentes de Europa del Este había acabado por borrar los matices. Podría pensarse que debería ser al contrario, pero, cuando uno está tan quemado, ya no tiene fuerzas para asimilar las complejidades del mundo. Resulta más fácil dividir el mundo en un blanco y negro de víctimas y criminales, aunque en el fondo seas muy consciente de que no siempre es fácil determinar dónde reside la culpa moral. La culpa judicial suele ser bastante más sencilla de dictaminar, pero todo el que haya trabajado durante años entre delincuentes sabe que la cuestión moral resulta mucho más compleja.

El taxi dejó atrás Vilna. Una hora más tarde Wisting ocupaba el asiento 18F, viendo la ciudad hacerse cada vez más pequeña allí abajo hasta desaparecer bajo la masa de nubes grises. Durante unos instantes consideró la arbitrariedad de haber nacido en Noruega en tiempos de paz. Y si existía realmente la justicia.

Entonces el avión traspasó las nubes y se vio rodeado por el firmamento azul.

Oscurecía cuando Wisting llegó a Larvik. El cielo, de una tonalidad azul oscuro, estaba completamente despejado. La luna llena brillaba, rotunda y circular, rodeada de un halo titilante.

El teléfono sonó cuando tomaba la salida de la autopista.

—¿Dónde estás? —preguntó Nils Hammer.

Wisting respondió:

—¿Por qué?

—Estoy en Gusland —explicó Hammer—. Casi deberías venir directamente aquí y verlo por ti mismo. Tenías razón. Hay otro cadáver.

La conversación terminó sin más explicaciones. Apretó las manos alrededor del volante y se desvió hacia Helgeroa.

Diez minutos más tarde detuvo el coche en el aparcamiento exterior de la zona de cabañas, el mismo que había sido objeto de tanta atención por parte de los medios la semana anterior. Los voluntarios que habían participado en la búsqueda ya estaban recogiendo sus cosas, y el primer periodista acababa de llegar al lugar.

Tras avanzar un poco por el sendero, se encontró con un agente uniformado que le proporcionó una linterna y le indicó el camino entre los arbustos.

Siguió el rastro de pisadas entre ramas partidas. Algo más adelante oyó voces y el zumbido de generadores. Poco después consiguió orientarse por la luz de los focos que habían instalado.

Siete agentes estaban reunidos en el lugar del hallazgo, un vaho blanco y gélido flotando entre ellos al calor de las grandes lámparas. Hammer se giró y vio a Wisting agacharse para pasar por debajo de las últimas ramas hasta llegar a

una pequeña planicie.

—Bienvenido a casa.

Wisting le dio las gracias y miró por detrás de él. Solo entonces distinguió a dos policías colocados a ambos lados de una grieta que dividía el terreno rocoso en dos. Cuando se acercaba, vio a Espen Mortensen salir de la brecha ayudándose con los brazos.

—Lleva aquí una semana —dijo el técnico de criminalística, enderezándose el foco que llevaba sujeto a la frente.

Wisting miró al interior de la grieta, sin entender al principio qué era lo que estaba viendo. Era un cuerpo humano, que yacía en una posición retorcida unos dos metros más abajo. La cabeza formaba un ángulo extraño con el cuerpo. La boca abierta, los ojos vacíos. De una herida putrefacta en su hombro derecho sobresalía un fragmento de hueso.

Pero había algo más allí abajo, algo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

Alrededor y por encima del cuerpo inerte había pájaros muertos de distintas especies, protegidos de los zorros y otros carroñeros por lo escabroso del terreno. Mirlos negros, estorninos, un par de cuervos y otros ejemplares cuyo nombre Wisting desconocía. Aves muertas suficientes como para llenar un saco.

—Es muy probable que se trate de un accidente —siguió Mortensen—. Corrió derecho hacia su propia muerte.

Wisting se frotó la frente e imaginó lo que había pasado después de que el desconocido con el que Valdas Muravjev se había encontrado en el sendero saliera huyendo hacia el espeso bosque. La caída no había sido de mucha altura, pero en la oscuridad debió de resultar repentina y fatal.

El cadáver estaba enredado entre las ramas de un abedul que había echado raíces entre los bloques de piedra del fondo de la grieta. Junto a los pájaros muertos también estaba la bolsa de viaje de la que Muravjev le había hablado. Se había rajado por un lado y el contenido se había desparramado.

Wisting saltó al otro lado de la grieta. Desde ese ángulo se veía mejor. Varios

paquetes del tamaño de un ladrillo estaban esparcidos por el fondo, precintados con plástico y gruesa cinta aislante marrón. Pese a todo, uno de ellos se había reventado. Los restos del polvo blanco que contenía se habían convertido en una masa pegajosa por la humedad.

—¿Cocaína? —preguntó Wisting.

Nils Hammer asintió.

—Creemos que se trata de Malte Ancher —dijo abriendo la carpeta que llevaba debajo del brazo—. Hemos recibido información de la policía danesa esta mañana. Su novia denunció su desaparición el martes en Aalborg.

Wisting cogió los papeles que Hammer le tendía, pero siguió escuchando.

—Cumplió condena en una cárcel de Horsens en 2006, donde coincidió con Klaus Bang, y después de aquello se les ha visto mucho juntos. Hace dos años los detuvieron con cinco mil pastillas de Valium en la frontera entre Alemania y Dinamarca.

—¿Correos profesionales de droga?

—No es precisamente muy profesional eso de que pillen a dos hombres en un coche cargado de droga, pero al menos nos indica que están en el gremio. Han tomado declaración a Klaus Bang en relación con la desaparición. Asegura que se pasó todo el fin de semana en casa con un virus estomacal y que no mantuvo contacto con nadie. No menciona para nada que saliera a dar un paseo en barco.

—¿Los daneses le han enseñado las fotos que tenemos de él?

—No.

Wisting asintió satisfecho. Eso les proporcionaba un buen punto de partida para seguir con la investigación. Las fotos del barco y el hallazgo en la grieta bastarían para acusar a Klaus Bang de tráfico de estupefacientes. Se arriesgaba a una condena de más de diez años. La solución más sencilla para él sería echarle toda la culpa a su colega fallecido. Si era lo bastante listo, o si conseguía un buen abogado defensor, podría reforzar su credibilidad proporcionando a la policía detalles de sus contactos en Noruega. Y podría entregarles a Rudi Muller.

Una fría neblina empezó a cubrir el paisaje. Wisting se metió las manos en los

bolsillos y hundió la cabeza entre los hombros.

—¿Cómo has pensado sacarlo de ahí? —preguntó.

—El equipo está en camino —le aseguró—. Montaremos una grúa con tres puntos de apoyo y un cabestrante manual sobre la grieta. Después pondremos el cadáver sobre una lona y lo izaremos. Al menos ese es el plan.

—¿Cuándo podremos tener la identificación?

Mortensen sonrió.

—Ya le he tomado las huellas dactilares. Las escanearé en cuanto vuelva. Malte Ancher tiene antecedentes en Dinamarca, pero no es seguro que puedan respondernos antes de que abran sus oficinas por la mañana.

Wisting asintió. Antes de abandonar el lugar del hallazgo, se orientó para poder mirar hacia el este. Ahora que la mayor parte de las hojas habían caído, aquel saliente en la ladera rocosa constituía un buen puesto de observación. A través del fino velo de niebla, divisó el faro que estaba junto a Tvistein y lo que debía de ser la isla de Jomfruland. Cerca de la orilla pudo ver las luces dispersas de los faroles de las cabañas cerradas para el invierno. En algunos puntos había luz en las ventanas. La silueta del refugio vacacional de Thomas Rønningen se perfilaba contra el mar. A la izquierda vio las luces de la casa de Jostein Hammersnes. Intentó localizar la cabaña donde estaba Line, pero la niebla se volvió más densa y acabó por desistir y dar la espalda a las magníficas vistas.

Wisting reconoció que necesitaba descansar, así que optó por ir a casa sin pasar por la comisaría. Llamó a Leif Malm desde el coche.

El jefe del servicio de inteligencia de Oslo respondió al instante. Wisting le informó del hallazgo del tercer cadáver.

—Voy a ver qué puedo averiguar sobre él a través de nuestros canales —dijo Malm—. El nombre no aparece en nuestros archivos, pero tiene que haber una conexión con Rudi Muller.

—¿Alguna novedad sobre los planes de atraco?

—Nada, salvo que es probable que sea inminente.

—¿Cómo de inminente?

—Cuestión de días. Hemos informado a la dirección de la central monetaria, pero mientras no sepamos algo más sobre dónde y cómo, es poco lo que podemos hacer. De momento no han informado a sus empleados. La probabilidad de que hayan recibido información desde dentro es alta y no podemos arriesgarnos a que se produzcan filtraciones. Hemos aumentando la vigilancia sobre Muller y nos avisarán si la cosa empieza a moverse.

Wisting se quedó un momento en silencio antes de sacar el tema del que habían hablado en el solar del incendio de Grorud.

—En algún momento habrá que interrogar a Tommy Kvanter —dijo, y le explicó lo que había descubierto en su viaje a Lituania—. Los lituanos han confirmado que el coche que utilizó esa noche estaba en el lugar de los hechos.

Se hizo tal silencio al otro lado que Wisting se preguntó si se había cortado la comunicación. Cuando se disponía a preguntarle si seguía allí, Malm respondió:

—Creo que sería poco inteligente hacerlo ahora. Eso desvelaría lo cerca que

estamos de ellos. Antes de que hagáis algo así, debemos verificar el ADN de Trond Holmberg. Eso lo relacionará directamente con vuestra escena del crimen.

Wisting se mostró de acuerdo con su valoración estratégica. Si iban a mostrar sus cartas en el orden correcto, también deberían detener a Klaus Bang antes de exponerse ante el círculo que rodeaba a Rudi Muller. En cualquier caso, no podía postergarlo más: tenía que compartir la información sobre Tommy Kvanter con su grupo de investigación, pero tendría que ser en la reunión de la mañana.

Dio la conversación por terminada cuando giraba con el coche por la calle Herman Wildenvey y se detenía ante su casa. Los grandes abedules del jardín habían dejado caer más hojas desde que Suzanne rastrillara carretillas enteras a principios de la semana.

Al entrar con la maleta, fue recibido con velas encendidas y un cálido abrazo.

—Me alegro de que estés de vuelta en casa —dijo ella.

—Me alegro de estar aquí —sonrió él dejando el equipaje en el suelo.

—¿Tienes hambre?

—No, comí algo en una estación de servicio.

Se sentaron en el salón. Suzanne bajó el volumen del televisor y le preguntó cómo le había ido el viaje.

Le habló de Lituania como un lugar gris y hosco. Pero Vilna era una ciudad llena de contrastes. Tras la caída de la dictadura soviética, la gente había recuperado gran parte de su libertad, y con ella la posibilidad de poder influir algo más sobre sus propias vidas. La economía del país mejoraba a ojos vista, pero la persistente pobreza era lo que más le había impresionado.

—Tengo una cosa para ti —dijo levantándose.

Fue al recibidor a por la maleta y buscó el colgante de ámbar que estaba metido en una bolsita de plástico. Cayó en la cuenta de que era el primer regalo que le hacía.

Suzanne abrió la bolsa y lo sacó.

—Es muy bonito —dijo.

Wisting sonrió.

—Pónmelo —le pidió ella, y se lo entregó mientras se levantaba el cabello de la nuca.

Él se lo ajustó alrededor del cuello. No esperaba que se lo fuera a poner.

—No tienes por qué llevarlo siempre —dijo señalando el colgante con forma de corazón—. Lo compré casi como un acto de caridad —se disculpó, y le habló del muchacho que se lo había vendido en un callejón de Vilna.

Suzanne se llevó la mano al pecho.

—Eso solo lo hace más hermoso. Dice mucho de ti.

—Tengo una cosa más —dijo él, sacando la muñequita de punto que había comprado por cien litas, y recordando la mirada esperanzada de la niña, sus manos sucias y la sonrisa que iluminó su rostro cuando cerraron el trato.

—¿Qué es eso? —preguntó Suzanne, señalando en dirección a la maleta.

Wisting cogió la gota de cristal. El reflejo de las velas sobre la mesa hizo que la pequeña obra de arte refulgiera casi incandescente.

—Es un atrapasueños —dijo él—, algo donde puedes guardar todos tus pensamientos sobre el futuro. Tendría que haberte regalado uno.

Se lo tendió.

—¿De quién es?

Wisting le contó que la pequeña figura de cristal era uno de los bienes más preciados que habían robado de la cabaña de Jostein Hammersnes, y que lo había encontrado en un recóndito almacén de Lituania.

—Se alegrará mucho de recuperarlo —dijo Suzanne.

Wisting sonrió. Estaba deseando que llegara el momento en que pudiera devolver la gota de cristal al hombre que sentía que lo había perdido todo.

—¿Has hablado hoy con Line? —preguntó él.

—Preparé unos sándwiches y fui a verla para almorzar con ella —respondió Suzanne, devolviéndole la gota de cristal—. Pasamos un rato muy agradable en la cabaña. Está escribiendo un libro.

—¿Un libro?

—Una novela negra. Creo que lo conseguirá. Es muy lista. Cuando quiere

algo, suele salirse con la suya.

—¿Y de qué trata?

—No me lo dijo.

—¿Hablasteis de Tommy?

—No mucho. Creo que estaba preocupada por lo que hace cuando no está con ella.

—¿Como qué?

—No quise preguntar. Pero tiene claro que varios de sus socios están envueltos en asuntos turbios. Fue una de las razones por las que cortó con él.

—¿Así que han terminado definitivamente?

—Creo que está todavía más segura después de su visita a la cabaña.

Wisting asintió satisfecho. En la pantalla del televisor apareció una cara familiar. Suzanne subió el volumen para escuchar a Thomas Rønningen anunciando el contenido del programa del día siguiente. Entre los invitados estaban dos actores que aparecían desnudos en su próxima película, un político que se sentía desnudo y expuesto ante la opinión pública, y un famoso empresario que quería que los clientes de los spas de sus hoteles se bañaran desnudos.

Al final, pensó Wisting, casi todo en esta vida gira en torno a lo mismo: dinero, poder y sexo.

El despacho de Christine Thiis estaba casi tan ordenado como la mañana en que dio comienzo la investigación. Cuando Wisting entró, se encontraba sentada detrás del gran escritorio, con una taza de té y un montón de periódicos delante. El caso había vuelto a ocupar las portadas. El hallazgo del tercer cadáver se repetía en los titulares.

—Bienvenido a casa —sonrió la abogada policial, y bebió un sorbo de su taza.

—Bien resuelto —respondió Wisting, señalando los periódicos con la cabeza.

El hecho de que la policía no hubiera encontrado antes el cadáver en una zona que habían rastreado con perros y helicópteros podría haberse transformado fácilmente en titulares sobre errores policiales. En lugar de eso, citaban las declaraciones de Christine Thiis informando de que eran los avances logrados en la investigación los que habían llevado a tomar la decisión de realizar una búsqueda minuciosa en un terreno boscoso casi intransitable, en la misma zona en la que apenas una semana antes habían aparecido dos personas asesinadas. La joven inspectora había confirmado el hallazgo del cadáver de un hombre de unos treinta años y lo había relacionado con los anteriores. Pero no había dado más detalles y, para no interferir en el desarrollo de la investigación, no había querido comentar si estaban más cerca de identificar a alguna de las víctimas. En resumen, los artículos transmitían la sensación de que la policía estaba a la ofensiva y que el caso pronto se resolvería, que era lo que pensaba también Wisting.

—¿Cómo están los niños? —preguntó pasando las páginas de uno de los periódicos.

Los medios tampoco habían abandonado el tema de los pájaros que caían

muertos del cielo.

—Bien —dijo la abogada policial—. Mi madre se quedará hasta después del fin de semana.

Revisaron los puntos principales del caso antes de ir a reunirse con los demás en la gran sala polivalente.

La reunión matinal se dividió en cinco partes. Wisting empezó por la última pidiéndole a Espen Mortensen que profundizara sobre la información de la que hablaban los periódicos.

—Comenzaré por lo más importante —anunció, y extendió sobre la mesa varias copias de unas fotografías del lugar del hallazgo—. El fallecido ha sido identificado por sus huellas dactilares como Malte Ancher, veintinueve años, natural de Aalborg. Le harán la autopsia hoy, pero estoy bastante seguro de que el informe concluirá que la causa de la muerte es una fuerte contusión en la cabeza y que las lesiones sufridas son compatibles con una caída. Es decir, que estamos hablando de un accidente.

—Hemos interrogado a Gunnar B. Hystad —le interrumpió Torunn Borg.

—¿Quién?

—El observador de pájaros que tomó las fotografías del otro danés, Klaus Bang.

Wisting asintió. Era el testigo con el que había dado Line.

—Al parecer la lancha estuvo frente a la costa casi todo el sábado —continuó Torunn Borg—. Como si estuviera esperando algo o a alguien.

El móvil que Wisting tenía sobre la mesa vibró. El número de Leif Malm iluminó la pantalla. Dejó que sonara y le pidió a Mortensen que continuara.

—En la grieta de la montaña también apareció una bolsa de viaje negra. Se había rajado y parte del contenido se había desparramado. El test rápido que hicimos anoche indica que se trata de cocaína. En total, algo menos de diez kilos.

—Como muchos de vosotros ya sabéis, también hemos confirmado la identidad del hombre que apareció en la barca de remos —tomó el relevo

Wisting, pasando a la segunda parte de la reunión, en la que explicó el resultado de su viaje a Lituania—. Están traduciendo la declaración oficial y la recibiremos a lo largo del día de hoy —concluyó.

En la tercera parte se abordó la información restringida sobre la base del *need to know*. Aunque todos los miembros del grupo de investigación sabían que el caso giraba básicamente en torno a una confrontación entre narcotraficantes, había que evitar que se divulgaran los datos obtenidos gracias al confidente del servicio de inteligencia de Oslo. Además, Wisting tenía la impresión de que la información que le proporcionaba Leif Malm también había pasado por un riguroso filtro.

Wisting echó un vistazo a las palabras clave que había anotado en el orden del día y prosiguió.

—Ya conocéis a mi hija, Line —dijo levantando la vista—. Algunos de vosotros también sabéis que ha estado viviendo en Oslo con Tommy Kvanter, quien hace ya bastantes años fue condenado por un asunto de drogas. Lo que quiero que ahora sepáis todos es que Tommy Kvanter conoce a Rudi Muller y que ambos son socios del restaurante Shazam Station. La policía de Oslo, que es la que mantiene el contacto con el confidente y que mantiene bajo vigilancia a Rudi Muller, también lo sabe, por supuesto. La relación de Tommy con Line ya se ha terminado y, tal y como están las cosas en estos momentos, creo que mi implicación no suscita dudas sobre un posible conflicto de intereses, pero será algo que tendré muy en cuenta a partir de ahora.

Volvió a bajar la vista a sus papeles. Le había resultado doloroso contarle, pero a la vez se sentía aliviado. Los detalles de que el coche de Line estaba relacionado con el caso los trataría con Nils Hammer a solas antes de que llegara la declaración de los testigos de Lituania.

Se disponía a seguir cuando Benjamin Fjeld levantó la mano.

—¿Tommy Kvanter no es de origen danés?

—Sí —asintió Wisting, en un tono que implicaba también una pregunta.

—Entonces existe una conexión evidente con Dinamarca —señaló el joven

inspector—. ¿Sabemos si tiene alguna relación con Klaus Bang o con Malte Ancher?

Wisting se lo quedó mirando fijamente. Estaba sorprendido de que Benjamin Fjeld supiera tanto de la vida privada de su hija. Por otra parte, la posible conexión resultaba tan obvia que no entendía cómo no había caído antes en ello. Aun así, consiguió responder sin problemas.

—El servicio de inteligencia de Oslo está investigando en esa dirección —dijo, alegrándose de haber hablado con Leif Malm la noche anterior.

Recorrió con la mirada los rostros de los que estaban sentados alrededor de la mesa, sin detectar en ellos indicios de incomodidad o malestar por lo que acababa de contarles. Luego se puso de pie y se acercó a la pizarra blanca que había al fondo de la sala.

—Bueno, hasta el momento sabemos mucho de lo que ha ocurrido —dijo iniciando la cuarta fase de la reunión. En ese momento su móvil volvió a vibrar. Leif Malm llamaba por segunda vez—. Los daneses cruzan el Skagerrak para hacer entrega de diez kilos de cocaína —dijo sin contestar al teléfono—. Es una ruta establecida y envían un mensaje de texto acordado previamente sobre cuándo llegarán.

Ilustró su teoría con un sencillo dibujo de un barco y dos monigotes en la pizarra con un rotulador azul.

—Los receptores son Rudi Muller y su futuro cuñado, Trond Holmberg —prosiguió, y eligió un rotulador verde para dibujar un coche con dos hombres dentro—. La entrega se hace en un lugar establecido. —Esbozó una cabaña—. La casualidad hace que cuatro ladrones llegados de Lituania sean testigos ocultos de la transacción.

Cuatro monigotes rojos ocuparon su lugar en la pizarra.

—Uno de ellos coge la bolsa de viaje con el dinero, pero Muller y Holmberg lo persiguen. Las dos partes van armadas, y las dos usan sus armas. Darius recibe dos impactos de bala, pero consigue esconderse de sus perseguidores en una vieja barca de remos. La corriente lo arrastra mar adentro y muere a

consecuencia de las heridas.

Uno de los monigotes rojos ahora yace horizontal sobre la pizarra.

—Trond Holmberg también recibe un disparo y se refugia en la cabaña más cercana.

Dibujó otra cabaña y colocó a uno de los monigotes verdes en horizontal en su interior.

—Los tres lituanos restantes buscan a Darius y se topan con uno de los daneses.

—Malte Ancher —apuntó Mortensen.

Wisting asintió y borró de la pizarra a uno de los hombres azules.

—Sale corriendo hacia el bosque con la bolsa de la cocaína y en su precipitada huida encuentra la muerte —afirmó, y dibujó a Malte Ancher en su nueva ubicación—. Klaus Bang espera en el barco, pero tiene que volver solo a Dinamarca. Los tres lituanos que quedan emprenden la retirada cuando empiezan a aparecer policías por la zona. Rudi Muller también tiene que abandonar el lugar de los hechos y, cuando se entera por los medios de que Trond Holmberg está muerto, hace todo lo posible para que no lo relacionen con el caso, que ahora no solo implica tráfico de drogas a gran escala, sino también asesinato. Roba el cadáver de Holmberg y lo coloca en su piso antes de prenderle fuego.

Wisting le puso el tapón al rotulador. La pizarra que tenía a su espalda mostraba una secuencia de los hechos sencilla y comprensible. Pero, tal y como él lo veía, dos cuestiones fundamentales seguían aún sin responder. Se giró de nuevo hacia la pizarra y escogió un rotulador negro.

—¿Quién golpeó a Trond Holmberg hasta matarlo? —preguntó poniendo un interrogante sobre el monigote verde—. ¿Y dónde está la bolsa con el dinero?

Hubo unos instantes de silencio y después todo el mundo quiso hablar a la vez. Wisting intentó controlar el turno de palabra y dejó que hablara uno de los inspectores de otro distrito policial que les estaba apoyando como refuerzo.

—¿Se ha descartado a Thomas Rønningen? —preguntó señalando una de las

cabañas de la pizarra.

—Su amante corrobora su coartada.

—¿Es suficiente? Puede que estuviera allí y sorprendiera al ladrón.

—Es suficiente hasta que no tengamos otra cosa —respondió Wisting—. Además, Trond Holmberg no era el ladrón. Los lituanos han confirmado que vaciaron la cabaña antes de que aparecieran Holmberg y Muller.

Christine Thiis tomó la palabra sin esperar a que se la dieran.

—¿Sabemos a ciencia cierta que era Muller quien iba con Holmberg? —preguntó.

Wisting negó con la cabeza.

—Lo basamos en las suposiciones del confidente y en el hecho de que Muller no habría robado el coche fúnebre, matado al conductor y profanado el cadáver del hermano pequeño de su novia si no fuera para ocultar su conexión con el caso.

—¿Y estamos completamente seguros de que fue Muller quien robó el coche fúnebre?

—Sigue siendo solo una teoría —recalcó Wisting—. Si lo pudiéramos demostrar Rudi Muller, ya estaría detenido.

Varios de los inspectores tenían preguntas que hacer y puntos de vista que compartir. Wisting se quedó de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de su silla, como un capitán que sujeta el timón de su nave en aguas turbulentas. Dejó que todos intervinieran antes de pasar a la última parte de la reunión.

—Tenemos informaciones confirmadas de que Rudi Muller y sus secuaces están planificando un atraco —dijo agarrándose con más fuerza a la silla—. El objetivo elegido es la central monetaria de NOKAS en la calle Elveveien, aquí en Larvik —prosiguió, y explicó brevemente las informaciones recibidas desde Oslo antes de sentarse y darle la palabra a Nils Hammer.

—NOKAS es la tercera empresa de seguridad más grande de los países nórdicos —empezó Hammer—. Tiene más de dos mil quinientos empleados en Noruega y es uno de los principales proveedores de sistemas de seguridad.

Ostenta el monopolio dentro del sector del transporte de valores y la gestión de dinero en efectivo.

Puso en marcha el proyector y bajó la pantalla por delante del esquema que Wisting había dibujado en la pizarra.

—La central monetaria de Larvik se cierra en enero —explicó cuando apareció la foto del gran edificio de ladrillos de color marrón rojizo. Los letreros de la fachada indicaban que había otras cinco compañías dentro del mismo edificio—. La central es el almacén y el lugar donde se deposita el dinero en efectivo procedente de los bancos y comercios de las regiones de Vestfold y Telemark. La administración se encuentra en la primera planta, mientras que el depósito en sí está en el sótano, con acceso por la parte trasera.

Hammer cambió la imagen de la pantalla. El edificio se alzaba sobre un terreno en ligera pendiente, con una carretera que lo rodeaba y bajaba por la parte de atrás. Allí se encontraba la entrada al depósito, a través de un portón para vehículos con una puerta de acero.

—El perímetro del edificio está protegido por una alarma contra intrusos. También dispone de una alarma antirrobo y otra de amenazas.

—¿Qué es una alarma de amenazas? —preguntó Christine Thiis.

—Si un empleado es forzado a apagar el sistema, tiene instrucciones de marcar una cifra más que activa una alarma silenciosa en una central de seguridad de Oslo que funciona las veinticuatro horas —explicó Hammer—. Hay cámaras de videovigilancia en el exterior, además de en el sótano. Las imágenes se transmiten en directo a la central de seguridad.

Proyectó una fotografía que mostraba el interior del depósito. La primera habitación parecía un garaje corriente, con herramientas y ruedas de invierno almacenadas. En la pared más larga había una puerta ancha.

—Conduce a la sala de las monedas —explicó Hammer, señalando antes de cambiar a otra foto en la que se veían varias cajas de acero que debían de contener monedas. Dos toros hidráulicos aparecían en el centro de la imagen—. No son susceptibles de ser robadas, ya que resultan demasiado pesadas y

difíciles de transportar. —Señaló una puerta de acero verde y prosiguió—: La sala de los billetes está al fondo.

La nueva fotografía mostraba una habitación estrecha con cuatro grandes cajas fuertes.

—La sala está equipada con una alarma de humos que impide la visibilidad en el momento en que salta la alarma.

—¿Y cómo piensan hacerlo?

Nils Hammer apagó el proyector, pero permaneció de pie ante la pantalla.

—El punto débil se da siempre en el momento de cargar y descargar el dinero de los furgones blindados —explicó—. Hay una ruta establecida de entrega de efectivo procedente de Oslo que llega esta noche entre las 21.00 y las 22.00 horas. Además, hay otros dos puntos débiles. Uno es una puerta lateral que comunica con el garaje perteneciente a otra de las compañías del edificio. El otro es a través del suelo de una empresa mayorista de herramientas que se encuentra en el piso de arriba de la sala de los billetes.

—¿Cuál es nuestro plan?

—El operativo está controlado por la policía de Oslo y las unidades de intervención especial. Ahora mismo hay unos cuarenta millones de coronas en el depósito. Lo vaciarán a lo largo del día, y nosotros llenaremos el edificio con nuestra gente. El transporte de efectivo es el objetivo más probable. Correrá a cargo de miembros de las unidades especiales y seguirá la ruta habitual.

—¿Cuál será nuestra misión?

Wisting volvió a ponerse de pie. El aire de la sala empezaba a estar cargado.

—Nuestro departamento no tendrá ningún papel activo en la operación —dijo—. Según el plan diseñado, tenemos que colocar algunos efectivos en diversos puntos de vigilancia civil. El edificio más cercano a la central monetaria es el parque de bomberos. Estableceremos allí nuestra base operativa y seguiremos las imágenes por vídeo.

—¿Armas?

—El comisario ha dado instrucciones de disponer armamento oculto a la vista,

incluyendo armas de mano para los agentes. El operativo entra en vigor desde este momento y hasta nueva orden.

El móvil que tenía delante vibró por tercera vez. Wisting lo cogió, pero no respondió.

—¿Alguna pregunta?

Nadie tenía nada que añadir. La reunión había terminado. Se oyó el arrastrar de sillas. Wisting contempló a sus colaboradores mientras abandonaban la sala. Rostros duros, serios, concentrados. Puños cerrados. Sentía su propio pulso latiendo en las sienes. Durante toda una semana habían ido siempre por detrás, persiguiendo la resolución del caso. Ahora iban a actuar en tiempo real. Dentro de unas pocas horas tendrían las respuestas.

Por primera vez, la voz de Leif Malm no sonó firme cuando Wisting lo llamó.

—Hemos perdido a Rudi Muller —dijo.

Wisting se sentó tras su mesa.

—¿Cómo? —preguntó.

—Salió de su casa poco después de las seis de la mañana, algo totalmente impropio de él. No solemos aumentar el personal de vigilancia hasta las ocho, y los dos coches que estaban de guardia se vieron incapaces de seguirlo.

—¿No habíais puesto un localizador en el coche?

—Sí, y por eso teníamos la guardia baja. Perdimos la señal del GPS cuando entró en el túnel de Vaterland y no volvió a salir. Ahora los muchachos han encontrado el coche en el aparcamiento subterráneo de la manzana de Ibsenkvartalet.

Wisting visualizó el aparcamiento situado en medio del centro de Oslo, con un acceso directo desde el túnel de la carretera de circunvalación Ringveien.

—Puede haber cambiado de vehículo o haber desaparecido a pie —siguió Malm.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—Tenemos tres puntos vigilados. El coche, su apartamento y Shazam Station.

—¿Y qué hay de las escuchas telefónicas?

—Están activadas, pero no recibimos nada. Estamos trabajando para identificar otros números que pueda estar utilizando.

—¿El confidente ha conseguido algo más?

—No, no ha estado en contacto con él en las últimas treinta y seis horas. Lo último que sabemos es que Muller estaba muy nervioso. Esperemos que nuestro

hombre pueda conseguir más información a lo largo del día.

—¿Tenéis algo más sobre ese tal Svein Brandt, con quien Muller se reunió supuestamente cuando estuvo en Larvik la noche del miércoles?

—Volvió a España anoche. Puede que viniera para venderle el plan del atraco.

Wisting empezó a remover los papeles de su mesa, en un intento de ordenar los nuevos informes que habían llegado mientras estaba fuera.

—¿Qué hay de los daneses? ¿Habéis podido investigarlos más a fondo?

—Sí, pero de momento no hemos encontrado ninguna relación directa con Muller ni con nadie de su círculo.

Hubo una pausa mientras Wisting reordenaba sus pensamientos.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó por fin—. ¿Qué puede significar la desaparición de Muller?

—Creo que significa que va a empezar la acción —respondió Malm. Su voz había recuperado algo de su aplomo habitual—. Voy para allá junto con las unidades de intervención especial. Estaremos allí antes de las doce.

La niebla había vuelto. Line estaba junto a la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho. Después de dos días de cálido sol otoñal, el tiempo parecía más gris y triste que nunca.

Tommy no había llamado. Tampoco contestó cuando ella intentó llamarle. Necesitaba hablar con él. Se había decidido. Él no era la persona con la que quería pasar el resto de su vida y debía hacérselo saber.

Se dio la vuelta y fue hasta la cocina, escurrió un par de platos y regresó a la ventana. La niebla se había hecho más densa y apenas podía ver el mar.

Su móvil estaba sobre la mesa del salón. Se dejó caer en el sofá y lo intentó otra vez, pero no obtuvo respuesta. La pantalla del ordenador permanecía encendida, en blanco. En los últimos dos días había borrado más de su novela que lo que había escrito.

—¡Joder! —gritó al aire.

Le vino bien dar un poco de salida a su frustración. Gritó otra vez y cerró la tapa del portátil con fuerza. Después se levantó y se puso ropa de abrigo.

Cuando estaba metiendo la llave para cerrar la puerta, se vio asaltada por un pensamiento de lucidez racional y volvió a entrar. Guardó el ordenador y la cámara de fotos en una bolsa de viaje, miró a su alrededor para ver si había algo más que pudiera tentar a un ladrón, y luego se llevó la bolsa consigo al coche.

En el lado del copiloto, una botella vacía que Tommy debía de haberse dejado rodó por el suelo adelante y atrás mientras maniobraba por el camino de grava repleto de baches. También había envoltorios de bollos y viejos tickets de aparcamiento pisoteados sobre la alfombrilla. Notó cómo ahora todo lo que tenía que ver con él la irritaba.

Conforme avanzaba hacia el interior la niebla empezó a disiparse, pero una fría cortina de lluvia reducía la visibilidad. Los limpiaparabrisas no hacían más que extender el agua por el cristal, convirtiendo el viaje a Oslo en una experiencia agotadora. Para cuando aparcó enfrente de su casa, sentía un intenso dolor de cabeza latiendo detrás de su ojo derecho.

Cerró la puerta del coche y miró hacia la fachada del edificio. La luz de la cocina estaba encendida, pero conociendo a Tommy se habría acostado sin apagarla y todavía estaría durmiendo.

Cuando entró en el piso, Tommy asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Line?

Dejó la bolsa en el suelo y fue hacia él.

—¿Por qué no contestas al teléfono cuando te llamo?

Tommy lanzó una mirada por encima de su hombro y Line se dio cuenta de que no estaba solo. Un hombre de pelo largo estaba inclinado sobre la mesa de la cocina, mirándola. Ante él había esparcidos varios papeles y fotografías. Tommy se quedó plantado en el umbral, impidiéndole el paso.

—Ahora mismo estoy algo ocupado —intentó explicar.

De pronto el hombre pareció tener prisa y metió apresuradamente los papeles en un bolso de bandolera.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Line.

El hombre de la bandolera se abrió paso al lado de Tommy.

—Tengo que irme ya —dijo, pasando bruscamente junto a Line.

—¿Quién era ese? —preguntó ella, mirando hacia la puerta que se cerró tras él.

—No puedo... —empezó Tommy, pero de pronto se interrumpió—. Tiene que ver con Shazam.

Line entró en la cocina y se apoyó de espaldas en la encimera.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó señalando con la cabeza hacia la mesa vacía.

—Es que ahora mismo están pasando muchas cosas —dijo Tommy—. Por eso

no te he podido llamar. No puedo explicártelo todo.

—Puedes intentarlo —le retó ella.

—Ahora no. Antes tengo que solucionar algunas cosas. —Cogió la chaqueta que estaba colgada del respaldo de la silla—. ¿Has venido para quedarte? Quiero decir que si ya ha acabado tu excursión a la cabaña.

Negó exasperada con la cabeza.

—¿Sabes qué? Esto es...

—Solo necesito unos días —la interrumpió Tommy—. Todo se arreglará. ¿No puedes ser un poco más paciente conmigo?

—Se acabó la paciencia —sentenció Line, y se dirigió hacia la puerta—. Me marchó, y cuando regrese te habrás ido de aquí. Te habrás ido para siempre.

—Pero...

Levantó la palma de la mano para darle a entender que no quería oír nada más. Luego se dio media vuelta, agarró bruscamente la bolsa al pasar y salió. Las lágrimas empezaban a aflorar a sus ojos y no quería que él la viera llorar.

Le temblaban las manos cuando metió la llave en el contacto. En vez de girarla, dio rienda suelta a sus emociones, sollozando y jadeando entrecortadamente. No sabía muy bien por qué reaccionaba así ahora, pero le parecía una traición que Tommy hubiera introducido en su hogar a esa parte de su vida que ella no podía soportar.

Se llevó la mano al pecho. Respiraba agitadamente, emitiendo jadeos ruidosos y ásperos, y le llevó un tiempo recuperar la calma, pero al final lo consiguió. Tragó saliva con fuerza y sacó unas servilletas de la guantera para secarse los ojos y la nariz.

Le resultaba difícil ordenar sus pensamientos. Podría pasarse por la redacción, solo para ver cómo iba todo, pero tras echar una mirada al espejo comprendió que su aspecto daría pie a demasiadas preguntas incómodas.

A través del parabrisas mojado por la lluvia vio a Tommy saliendo del portal. Iba hablando por el móvil y no miró en su dirección. Cruzó la calle a toda prisa y se subió al pequeño Peugeot azul que le habían prestado cuando fue a verla a la cabaña.

En el momento en que el coche de Tommy se alejaba de la acera, Line arrancó el motor y esperó a que casi se hubiera perdido de vista para apretar el acelerador y seguirlo.

Cuando enfilaron por Ullevålsveien, se situó tres coches por detrás de él, sin estar muy segura de qué estaba haciendo.

Tommy fue zigzagueando por el centro de la ciudad hasta llegar al barrio de Grønland, mientras Line lo seguía por las calles de una sola dirección y procuraba en todo momento mantenerse a una distancia prudente para que no la

descubriera.

Al final de la calle Tøyen, había tanta distancia entre ellos que, cuando Tommy giró hacia el enorme aparcamiento de enfrente del Jardín Botánico, ella tuvo tiempo de desviarse hacia el Museo Munch y ocultarse tras un edificio construido con contenedores que se utilizaba para almacenar obras de arte moderno.

Ahora se encontraba a casi doscientos metros de Tommy. Vio que había aparcado detrás de otro coche y que se bajaba, pero no consiguió ver si había alguien en el otro vehículo.

Cogió la cámara de fotos, enfocó y aumentó el zoom. La puerta del otro coche se abrió y salió un hombre de piel oscura. Line apretó el disparador casi llevada por la costumbre.

El hombre rodeó el coche y le dio la mano a Tommy antes de abrir el maletero. Sacó una bolsa de deporte, la apoyó en el borde del capó y abrió la cremallera. Tommy se inclinó, comprobó el contenido y asintió con la cabeza. El hombre cerró la bolsa y se la tendió a Tommy. Parecía pesada. Tommy la cogió y la dejó en el asiento trasero de su coche antes de volver a ponerse al volante.

Line se agachó en su asiento. Los contenedores ocultaban su coche parcialmente, pero era muy posible que la descubriera.

Oyó el coche pasar y esperó un poco antes de mirar. Las luces traseras ya se perdían y tuvo que arrancar a toda prisa para seguirle.

Al cabo de unos cientos de metros lo vio, tres coches por delante. Conducía de vuelta por el mismo camino por el que había venido, pero en la rotonda de Galleri Oslo cruzó las vías de la Estación Central y salió a la carretera nacional E18 en dirección este hacia Bispelokket. Dos coches más se interpusieron entre ellos y Line tuvo miedo de perderlo de vista en el denso tráfico, pero de repente Tommy giró bruscamente hacia la zona del puerto. Ella dejó que pasaran un par de camiones y una hormigonera para evitar que la viera, y luego siguió por la línea costera en dirección a Sørenga, el área que pronto se convertiría en un nuevo barrio de la ciudad. Al llegar a Sjursøya, Tommy giró hacia la zona del

muelle y condujo hasta meterse con el coche en un enorme almacén al borde mismo del mar, con las grúas alzándose hacia el cielo gris. Line se detuvo detrás de un montón de tuberías de acero apiladas sobre una especie de armazón, de manera que tenía buena visibilidad del entorno.

Unos trabajadores de la construcción, europeos del Este, estaban recogiendo chatarra por allí cerca, pero no parecieron mostrar ningún interés por lo que pudiera estar haciendo Line.

Durante varios minutos se quedó mirando fijamente hacia la entrada del almacén en el que había entrado Tommy. Grandes camiones cargados con contenedores y otros vehículos de la zona portuaria circulaban de un lado para otro, pero allí no pasaba nada.

Line empezó a sentirse mal, aturdida y con las palmas de las manos sudorosas. Tenía ganas de gritar en voz alta, de golpear algo, de buscar una vía de escape para su desesperación.

La cámara estaba a su lado, sobre el asiento del copiloto. Se la colocó en el regazo y miró las fotos que había hecho junto al Museo Munch. Al ampliar las imágenes, vio que las piernas del desconocido tapaban parcialmente la matrícula. Más tarde probaría algunas combinaciones de números para intentar localizarla.

Acercó un poco más la imagen de la bolsa de deporte que estaba entre los dos hombres. De pronto, se quedó petrificada. No podía estar segura, pero parecía que de su interior asomaba el cañón de un arma.

Wisting colgó la americana sobre la puerta abierta del armero y cogió la funda de la pistola. Se pasó una correa por el hombro y la sujetó de manera que quedara justo por debajo del pectoral izquierdo. Después cogió su arma reglamentaria. Una Heckler & Koch P30. Sintió el metal frío sobre su palma húmeda de sudor.

Extrajo el cargador de la culata, puso las dos partes del arma sobre el banco que había al lado y buscó la caja de la munición. Sacó nueve balas de cobre y las sopesó en la mano antes de meterlas en el tambor. La resistencia del gatillo iba en aumento según la iba cargando. Después volvió a deslizar el cargador en el interior de la culata. Un clic metálico le hizo saber que se había encajado en su sitio. Metal contra metal en un movimiento bien engrasado. Cargó el arma y un proyectil entró en la cámara. Después aseguró la pistola, la metió en la funda y se puso la americana.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la utilizó. Se echó la solapa a un lado y sacó el arma con un rápido movimiento. El dedo se colocó automáticamente sobre el gatillo y apuntó a una diana imaginaria al otro lado de la habitación. Resultaba tranquilizador notar la firmeza de su mano sobre la pistola. No había perdido la práctica.

Al volver a su despacho vio que alguien había dejado una caja de cartón cerrada en medio de su mesa. Debajo seguía habiendo montones de informes y notas sin leer.

Se ajustó la correa que sujetaba el arma reglamentaria y cogió la caja. No llevaba marcas de ningún tipo y apenas pesaba. Algo en su interior se deslizó de un lado a otro.

La dejó sobre la mesa y levantó la tapa. El contenido le provocó una mueca de

repugnancia. Era un pájaro muerto con un perverso pico amarillo y ojos mortecinos. Las alas negras estaban ligeramente separadas del cuerpo.

Dio un paso atrás sin soltar la tapa y miró a su alrededor como si esperara ver a alguien que le explicara qué sentido tenía dejar el cadáver de un pájaro sobre su mesa. Después salió con la caja al pasillo y oyó voces en la sala de reuniones.

Espen Mortensen y Nils Hammer estaban junto a la cafetera.

—¿Sabéis lo que es esto? —preguntó mostrándoles la caja.

—¿Un pájaro muerto? —respondió Hammer con una media sonrisa.

—Pero ¿qué hacía en mi despacho?

—Yo lo he dejado allí —rio Mortensen—. Pasé a llevarte un informe. Como no estabas, dejé la caja y vine a tomarme un café.

—¿Qué informe?

—De la Escuela Superior de Veterinaria. Llegó hace un rato por fax. ¿No lo has leído?

Wisting negó con la cabeza.

—Han hecho la autopsia a varios de los pájaros muertos —explicó Mortensen—. Murieron a causa de una parada cardíaca o por un fallo orgánico múltiple.

—¿Y qué coño quiere decir eso?

—Que fueron envenenados.

Wisting echó una mirada de reojo al pájaro de la caja que tenía entre las manos.

—¿Veneno? —preguntó.

—Cocaína.

Estableció la conexión lógica con la misma rapidez con que un niño entiende una suma sencilla.

—Muerte por sobredosis —comentó Hammer.

Espen Mortensen se lo confirmó.

—Los efectos físicos son similares: pulso acelerado, tensión alta, alteraciones del ritmo cardiaco, infarto y derrame cerebral.

Wisting plantó la caja de cartón sobre el pecho del joven técnico criminalista.

—Dáselo a Christine Thiis —dijo—. Pídele que haga un comunicado de prensa al respecto, y luego puedes enterrar la prueba en el jardín.

Line levantó la mirada del visor de la cámara. Se había olvidado por completo de respirar, y cuando volvió a tomar aire lo hizo con breves y ásperas bocanadas. Inhaló profundamente varias veces y revisó el resto de las fotografías, pero solo en la primera que había mirado se entreveía algo del contenido de la bolsa de deporte.

Un ruido estruendoso y penetrante la hizo dar un bote en el asiento. El estrépito fue seguido por unos furiosos exabruptos en un idioma desconocido. A unos veinte metros de distancia vio a tres hombres rodeando una bobina metálica que, resultaba evidente, se había caído de la plataforma de carga de un camión. De una caseta de obra salió otro hombre, gritando y gesticulando.

El corazón le latía desbocado en el pecho. Miró hacia el almacén y decidió buscar otro punto desde el que tal vez pudiera atisbar el interior de la nave.

Arrancó y dio una vuelta por la zona antes de dar con un sitio en el que los contenedores formaban una especie de callejón. Allí pudo esconder el coche, detrás de unos paneles de hormigón amontonados caóticamente. A través de una abertura entre ellos podía ver el almacén y algo de su interior. Estaba en penumbra, y parecía albergar unas grandes estructuras de acero. También había varios vehículos, pero no se apreciaba actividad alguna.

El zoom de su cámara la acercó un poco más. Pudo distinguir a varias personas en movimiento, aunque seguían siendo sombras poco definidas.

Bajó la cámara y estudió los alrededores para ver si había alguna posibilidad de aproximarse más. Podría ir a pie hasta unas casetas que había junto la orilla, pero eso no le proporcionaría una visión mejor.

El cielo sobre el mar se había oscurecido y la lluvia se hizo más intensa.

Gruesas gotas golpearon el techo del coche y el agua cubrió como un velo el parabrisas delantero.

Line dejó la cámara y sacó el móvil, buscó el número de Tommy y se quedó con el pulgar sobre la tecla verde. Lo más sencillo sería llamarle, mantener un diálogo inocente e intentar sonsacarle algo que dejara al descubierto qué era lo que estaba haciendo. Iba a presionar la tecla cuando, de pronto, en el interior de la nave se encendieron los faros de un coche. Después los de otro, y ambos se pusieron en movimiento. Dos grandes vehículos oscuros con las ventanillas tintadas salieron por la puerta abierta del almacén. Pasaron a menos de cuarenta metros de donde estaba ella, salpicando el agua sucia de los charcos que se habían formado sobre la gravilla.

Puso la mano sobre la llave metida en el contacto y esperó hasta que los dos vehículos no pudieran verla. Se disponía a arrancar cuando, de repente, se abrieron bruscamente las dos portezuelas de su coche. Un hombre se dejó caer sobre el asiento del copiloto y arrancó la llave del contacto. Line tuvo tiempo de reconocerlo como el tipo de cabello largo que había estado en su cocina, antes de que otro hombre le tapara la boca con la mano y la arrastrara fuera del coche.

La funda de la pistola le rozaba las costillas del lado izquierdo. Wisting se ajustó la correa y estudió las pantallas donde aparecían las imágenes que enviaban las cámaras de vigilancia del interior de la central monetaria.

Habían convertido la oficina de mando situada en la última planta del cuartel de bomberos en una base operativa. Desde la ventana tenían una vista directa del depósito. La lluvia rebotaba sobre el asfalto y formaba pequeños riachuelos que descendían hacia la parte de atrás del edificio de ladrillo marrón rojizo. Normalmente, el ancho río que discurría algo más abajo solía deslizarse despacio, casi viscoso, pero ahora bajaba crecido y turbulento, y el agua llegaba casi a lo alto de los postes del viejo muelle.

Leif Malm ya estaba allí junto a sus hombres. Entraba y salía de la habitación contigua hablando sin parar por el móvil, sin tener ninguna novedad de la que informarles.

El jefe de las unidades de intervención especial, instalado en la misma sala que Wisting, se llamaba Knut Owesen. Era alto y fornido, con el cabello muy corto y la tez salpicada de poros abiertos y cicatrices.

—Buenas imágenes —dijo—. Muy nítidas.

Era cierto: las imágenes eran de gran calidad. Wisting se alegraba de participar en el operativo a través de las pantallas en lugar de encontrarse en el interior del edificio fuertemente vigilado.

Abajo, en la entrada de vehículos del cuartel, se agrupaban los hombres armados. Los camiones de los bomberos se encontraban aparcados en la explanada de fuera, y los furgones blindados de la policía estaban ocultos tras el portón, listos para entrar en acción.

Wisting se acercó a la ventana. Una bandada de patos llegó volando a poca altura desde el este. Uno de ellos se separó del resto y se posó sobre las aguas parduzcas del río, donde se vio arrastrado por la tumultuosa corriente y por un momento se vio atrapado por su fuerza incontrolable, antes de conseguir liberarse y remontar el vuelo.

Entrecerró las persianas a fin de poder mirar entre las lamas. A pesar de todo, seguía experimentando una gran inquietud ante la situación: había demasiada incerteza, demasiados factores aleatorios. No sabían con seguridad cuándo tenían planificado actuar los atracadores, o si la central monetaria era el objetivo real. La desazón le provocaba un hormiguelo por todo el cuerpo.

Malm volvió a entrar y se colocó a su lado para observar la hilera de monitores.

—¿Alguna novedad? —preguntó Wisting.

El responsable del operativo negó con la cabeza.

—El vehículo que tiene que vaciar el depósito llegará dentro de veinte minutos —dijo—. Una vez vaciado, meteremos dentro a nuestros hombres. Después de eso, solo quedará esperar.

Se sentó en una silla, pero volvió a ponerse de pie cuando sonó el teléfono. Se dirigió hacia la puerta y se detuvo en el umbral. Wisting oyó cómo respondía con monosílabos antes de colgar.

—Klaus Bang viene camino de Noruega —dijo.

Wisting recordó al hombre de la lancha fotografiado por el aficionado a los pájaros.

—¿Por qué vía?

—Con el ferry de Color Line procedente de Hirsthals. Ha reservado billetes para el barco que llega a Larvik a las dos de la madrugada.

—Nos ocuparemos de darle una calurosa bienvenida —aseguró Wisting.

Leif Malm volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y miró a su alrededor.

—¿No hay café?

—Hay que ir a la cocina de los bomberos de guardia —dijo Wisting, saliendo

el primero por la puerta.

Al entrar en la sala, saludó con un movimiento de cabeza a los miembros del servicio de retén, a quienes habían informado brevemente y conminado a preservar la confidencialidad de la operación.

Se sirvieron café en silencio. El jefe de las unidades especiales se llevó su taza abajo, donde estaban sus hombres. Wisting y Leif Malm regresaron a la base operativa provisional. Malm se colocó frente al mapa que habían colgado en la pared.

—¿Tu gente está lista? —preguntó.

Wisting miró el reloj. Eran casi las tres.

—Eso creo.

Se acercó al mapa.

—Tenemos cinco puestos de vigilancia —explicó, y señaló los puntos estratégicos de acceso y salida de la ciudad.

En ese mismo instante sonó un chisporroteo en la radio policial.

«Kilo 0-5, aquí Kilo 4-1.»

Era la voz de Benjamin Fjeld. Estaba en un coche junto a la salida de la autopista.

Wisting agarró el aparato y apretó el botón transmisor.

—4-1, adelante.

«Un furgón blindado de NOKAS acaba de tomar la salida de la E-18. Debería estar allí en un par de minutos.»

Leif Malm asintió. Era uno de los vehículos que habitualmente se encargaba de recoger el dinero en efectivo y depositarlo en la central monetaria. Pero ese día el conductor recibiría instrucciones de cargarlo en lugar de vaciarlo.

—Está llegando —dijo Wisting.

—Dos coches camuflados lo escoltarán hasta Oslo —explicó Malm.

Wisting se colocó junto a la ventana y buscó el furgón blindado con la mirada. Dos minutos más tarde lo vio llegar a través de la lluvia. Redujo la velocidad, se desvió de la carretera principal y bajó hacia la parte trasera del edificio. En uno

de los monitores, la cámara de vigilancia exterior mostró cómo se detenía frente a la entrada. El portón se levantó y el vehículo entró.

Wisting informó por la radio policial de su llegada.

—Tardarán una media hora —informó Leif Malm—. ¿Pedimos una pizza o algo?

Wisting bebió un sorbo de su taza. No tenía hambre, pero aun así dijo que sí. En la pantalla, los dos vigilantes bajaron de la cabina. Un hombre y una mujer.

—¿Podrías pedir tú? —propuso Malm—. Debes de conocer los restaurantes que hay por la zona...

Cuando Wisting abrió la boca para contestar, se quedó paralizado. Junto a los dos vigilantes de la imagen, había dos hombres vestidos con monos negros.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó dejando la taza, que se volcó, cayó al suelo y se rompió en pedazos—. ¿De dónde han salido esa gente?

Abrió de golpe las persianas, sin ver indicio alguno de actividad en el exterior.

Los dos hombres llevaban pasamontañas. Uno de ellos era un poco más alto y robusto que el otro e iba armado con una metralleta colgada de una correa atravesada en el pecho, mientras que el más bajo apuntaba con una pistola a la cabeza de la vigilante.

—¡Ya ha empezado! —gritó Wisting por el transmisor de la radio policial—. ¡El atraco está en marcha!

Antes de que el jefe de las unidades especiales llegara a su puesto en el centro de mando provisional, los atracadores se habían abierto paso hasta la sala de los billetes.

El vigilante estaba inmovilizado contra la pared por el asaltante de la metralleta, mientras su compañera introducía el código de la primera caja fuerte. Todavía no se había activado ninguna alarma.

Wisting vio cómo la mirada de Kurt Owesen se movía frenéticamente de una pantalla a otra. Estaba claro que aquello no lo habían previsto. Tenía las venas de las sienes hinchadas y los músculos de la mandíbula tensos.

Entonces se puso en movimiento. Dio unas breves órdenes por la radio para poner a sus hombres en alerta.

—Tenemos una situación con rehenes —explicó—. Dos vigilantes retenidos en el depósito. Los asaltantes son dos hombres, uno con un arma automática a dos manos y el otro con un arma de mano.

En las nítidas imágenes de las cámaras de vigilancia, Wisting pudo ver cómo iban metiendo los fajos de billetes de la primera caja fuerte en una bolsa de viaje, mientras la vigilante era obligada a abrir la segunda. El atraco habría acabado en cuestión de minutos.

El jefe de las unidades especiales dio órdenes sobre la táctica a seguir. Wisting comprendió que pensaban actuar cuando los atracadores emprendieran la huida, siempre y cuando dejaran a los vigilantes en el depósito. Aun así, resultaba incomprensible cómo los dos enmascarados pensaban huir con el botín. No había aparecido ningún vehículo más.

Ya habían vaciado la segunda caja fuerte. Dos bolsas de viaje llenas estaban

preparadas junto a la puerta. El atracador más alto habló por un radiotransmisor y Kurt Owesen se apresuró a informar de que los ladrones debían estar en connivencia con alguien en el exterior del edificio.

En la pantalla vieron cómo el atracador seguía intercambiando mensajes. Después se sujetó el radiotransmisor al pecho, dio unos pasos hacia la cámara y la miró fijamente. Wisting tuvo tiempo de ver sus ojos oscuros antes de que levantara el arma. La culata golpeó con fuerza la pantalla y la imagen se fundió en negro. Wisting dio instintivamente un paso atrás, sin saber si fue por el golpe contra la cámara o por la impresión causada por aquella mirada aterradora que refulgía tras el pasamontañas.

Wisting miró hacia la carretera principal. Nada. Levantó la vista hacia el cielo, tras pensar de repente que la ayuda podría llegarles desde allí. Luego se llevó la radio policial a la boca y comunicó brevemente a sus hombres lo que estaba pasando.

Benjamin Fjeld informó desde su puesto de observación: «Acaba de pasar un Chevrolet Suburban negro. Imposible ver la matrícula. Podría ser el vehículo para la huida».

Kurt Owesen transmitió el mensaje a sus hombres. Wisting oyó cómo crepitaba el receptor que llevaba en la oreja a medida que los distintos equipos iban confirmando que lo habían recibido.

Una de las pantallas mostraba imágenes del interior del garaje, y, a través de la puerta abierta de la sala de los billetes, podían ver lo que ocurría.

Al parecer, la tercera caja fuerte resultó estar vacía cuando la abrieron. El atracador de menor estatura apretaba el arma contra la nuca de la vigilante. La mujer intentaba explicarle que se había producido algún tipo de problema técnico, y entonces los dos vigilantes se intercambiaron sus puestos. El hombre marcó una combinación de cifras y la gruesa puerta de la cuarta caja se abrió. Simultáneamente, el texto «Alarma #4 Alarma» apareció sobreimpreso en la parte alta de la pantalla. Ninguna de las cuatro personas de la imagen pareció reaccionar. El vigilante debía de haber marcado la combinación numérica que

activaba la alarma de amenazas al abrirse la puerta de la caja.

Al cabo de medio minuto, pareció que habían acabado. Había cuatro bolsas llenas de dinero. Los atracadores cargaron con ellas en dirección a la salida. El jefe de las unidades especiales transmitió lo que estaban viendo a las fuerzas que seguían esperando el desarrollo de los acontecimientos.

Wisting pegó la cabeza a la ventana en un intento de ver lo máximo posible de carretera. Pasó un camión, seguido de dos furgonetas.

Maldijo en voz alta y volvió a mirar a la pantalla. Los atracadores se dirigían hacia la salida escudándose detrás de la vigilante. Wisting seguía sin comprender cómo habían accedido al edificio y cómo pensaban huir.

Y de pronto lo supo con una claridad absoluta. No estaba seguro de si lo intuyó o si lo vio. Por el río subía una Zodiac. Una gran lancha neumática, aunque un poco más sencilla que la que había llegado por mar desde Dinamarca con el cargamento de droga. La pilotaba un solo hombre enmascarado. Redujo la velocidad y maniobró hacia la orilla.

En la pantalla, la puerta de la sala de billetes se cerró tras los atracadores. Era cuestión de minutos, segundos, que los hombres cubiertos con pasamontañas desaparecieran. Era imposible que las unidades de intervención tuvieran tiempo de reorganizarse.

Wisting salió disparado hacia el pasillo y abrió de golpe la salida de emergencia de la parte de atrás del cuartel de bomberos. El metal retumbó cuando bajó por la escalera que descendía en espiral por el exterior del edificio. Cuando llegó abajo, sacó la pistola de la funda que llevaba bajo la chaqueta y le quitó el seguro mientras corría.

Los dos atracadores ya habían salido de la central monetaria, llevando a la vigilante de seguridad por delante de ellos. Por lo visto, habían dejado a su compañero dentro del edificio.

La mujer cayó, y el atracador de menor estatura tuvo que dejar una de las bolsas en el suelo para tirar de ella y obligarla a levantarse. Ninguno de ellos había visto a Wisting.

La lancha rápida ya había llegado al embarcadero. La distancia que la separaba de los atracadores era de menos de cincuenta metros. Wisting podría cortarles el paso, pero se detuvo cuando la vigilante tropezó y cayó por segunda vez.

—¡Policía armada! —gritó siguiendo el protocolo de rigor, y se refugió detrás de un poste de teléfono—. ¡No se muevan!

Los hombres enmascarados, que estaban a unos veinte metros de él, se detuvieron. La mujer permaneció un momento tirada en el suelo. Luego consiguió levantarse, volvió a tropezar pero sin llegar a caer y salió corriendo para ponerse a salvo.

Wisting se replegó tras el poste que apenas le protegía. El hombre de la metralleta dejó caer las dos bolsas que llevaba y le apuntó. Wisting respondió a su amenaza curvando el dedo sobre el gatillo y apuntándole directamente al pecho.

La lluvia se deslizaba por su rostro. Aumentó la presión sobre el gatillo. Wisting levantó la vista, miró directamente a los ojos de su atracador, y atisbó algo en ellos que le hizo aflojar el dedo.

El hombre de la lancha gritó algo. El atracador bajó el arma, agarró las bolsas y corrió hacia el río.

Wisting salió corriendo tras él y disparó seis tiros seguidos. Las detonaciones resonaron dolorosamente en sus oídos. El olor a plomo penetró en sus fosas nasales.

Las balas impactaron contra la proa, perforando la cámara de aire del lado izquierdo. Bajó el arma y vio cómo el hombre enmascarado que iba a bordo aceleraba y se dirigía hacia el centro del río. La lancha empezó a escorarse, perdida gran parte de su capacidad de maniobra.

—¡Policía armada! ¡Suelta el arma! —oyó Wisting que ordenaba una potente voz a su lado.

Kurt Owesen estaba plantado junto a él, con las piernas bien separadas y una pistola entre las manos. Los dos atracadores, que ya habían conseguido llegar al

muelle, hicieron caso omiso de la advertencia. A su espalda, Wisting oyó el estruendo del motor de uno de los vehículos blindados aproximándose.

La lancha había vuelto a poner rumbo al muelle, pero ya avanzaba medio hundida sobre las aguas. El jefe de las unidades especiales repitió su orden. El hombre de la metralleta dejó caer las bolsas y levantó el arma. En ese mismo momento, Kurt Owesen, plantado al lado de Wisting, disparó. El atracador cayó al suelo.

Tres vehículos blindados llegaron a toda velocidad y formaron una barricada entre Wisting y el río. Agentes armados se desplegaron en abanico, gritando órdenes que retumbaban en el aire.

La Zodiac empezó a zozobrar, volcó y empezó a ser arrastrada por la corriente, con el hombre que la pilotaba aferrándose desesperadamente a su casco.

De pie en el frágil embarcadero, el atracador de menor estatura dejó las bolsas en el suelo y levantó las manos por encima de la cabeza.

El hombre que había ejercido el papel más activo durante el atraco estaba de rodillas con las manos en la nuca. Uno de los agentes de las unidades especiales le esposó y le quitó el pasamontañas.

Era Rudi Muller.

Parpadeó con los ojos muy abiertos y resopló para quitarse una gota de lluvia de la nariz. A Wisting le sorprendió un poco la facilidad con que se había rendido, pero le resultó más fácil de comprender cuando vio el muro de hombres armados que tenía detrás de él.

Desde la ribera del río llegaron más gritos. La Zodiac naufragada había tocado tierra unos cien metros más abajo. Un grupo de policías sacó al piloto a la orilla, donde recibió el mismo tratamiento que Muller. Al arrancarle el pasamontañas, una masa de cabello rizado salió disparada hacia todos lados. Wisting lo reconoció como el hombre rechoncho que aparecía en las fotografías del seguimiento en Shazam Station.

El atracador que había apuntado a Wisting con la metralleta se retorció de dolor en el suelo. El disparo de Owesen le había impactado en la rodilla izquierda. La tela del mono estaba rasgada y esquirlas de hueso del menisco roto asomaban por la herida abierta. Un miembro de las unidades especiales le administraba primeros auxilios, mientras otro lo mantenía controlado apuntándole con su arma.

Kurt Owesen se acercó al herido. Wisting lo siguió unos pasos por detrás, secándose el rostro mojado con el dorso de la mano.

El jefe de las unidades de intervención le quitó el pasamontañas con un movimiento rápido. El hombre se retorció aún más en el suelo, como si aquello

le hubiera causado más dolor.

Tenía el cabello pegado a la cabeza, empapado por el sudor y la lluvia. Su mirada se movía huidiza de un lado a otro y resultaba imposible establecer contacto visual con él.

—¡Nombre! —exigió Owesen.

El hombre respondió escupiendo. El oficial miró de soslayo a Wisting, que negó con la cabeza. No lo había visto en su vida.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Owesen.

Seguía sin obtener respuesta.

—Se llama Froge Jessing —explicó Leif Malm acercándose por detrás—. Le llaman Yes-man.

Los dos atracadores que no habían resultado heridos fueron introducidos en dos vehículos distintos. El hombre que tenían delante se quedó tumbado a la espera de que llegara una ambulancia para trasladarlo.

Wisting se giró para buscar con la mirada a los dos vigilantes. Quería hablar con ellos. Intentar decirles algunas palabras que pudieran tranquilizarles después de todo lo que habían pasado.

No vio al hombre, pero la mujer estaba delante de un coche camuflado de la policía hablando con un agente de uniforme. Le estaba mostrando algo que tenía en las manos.

El policía hizo señas a Wisting para que se acercara.

Wisting se dirigió hacia ellos. La mujer era menuda, con un rostro luminoso y el cabello rubio. No sería mucho mayor que Line. Temblaba descontroladamente y pudo ver la desesperación y el dolor en sus ojos llenos de lágrimas.

—Tenemos un nuevo problema —dijo el policía, y señaló con la cabeza el móvil que la vigilante sostenía entre sus manos.

Wisting puso una mano sobre sus dedos temblorosos y cogió el teléfono con la otra. Ella lo soltó con reticencia, como si se tratara de algo extremadamente valioso.

En el móvil había un mensaje con foto, la pantalla dividida en dos. En la parte

superior, una niña pequeña se encaramaba a la estructura para trepar de un parque infantil. Se había vuelto para sonreír al fotógrafo como si este acabara de decirle algo gracioso. La parte inferior de la pantalla mostraba una pistola oculta detrás de un periódico, invisible para cualquiera salvo para quien sostenía el teléfono.

«No llames a nadie más que a mí si quieres que ella viva», ponía debajo de la foto.

—¿Tu hija? —preguntó.

La mujer no fue capaz de articular palabra, pero asintió y se tapó la cara con las manos.

Era así como habían podido llevar a cabo el atraco, comprendió Wisting. Habían amenazado a la vigilante para que les dejara secuestrar el furgón blindado, convirtiéndolo en un caballo de Troya que los llevó directamente al interior del depósito.

Wisting tragó saliva. Los poderosos habían aprendido a proteger sus bienes y por tanto resultaban menos atractivos para los criminales. Ahora era más habitual que fueran los vigilantes o los funcionarios corrientes quienes sufrieran extorsiones y secuestros. O incluso los policías: había oído hablar de cómo algunos agentes en otros países habían sido obligados a eliminar o borrar pruebas, o a asegurarse de que un caso fuera archivado.

—Tienen a Emma —susurró la mujer entre los dedos que cubrían su cara—. Solo tiene cinco años.

Su espalda menuda temblaba. Wisting pasó suavemente la palma arriba y abajo por la chaqueta de su uniforme de vigilante mientras el policía que estaba con ellos terminaba de explicar la historia de la mujer.

—Llamó a quien le había enviado el mensaje y le dijeron que los atacadores iban detrás de ellos en un coche. Le ordenaron que parara y los dejara subir al furgón blindado.

Wisting puso una mano sobre el hombro de la mujer.

—Todo va a salir bien —le aseguró, y notó cómo la firmeza de su voz

calmaba su temblor—. ¿Dónde han tomado la foto?

—En un parque infantil muy cerca de nuestra casa —respondió tras recuperar algo de calma—. Mi madre la estaba cuidando.

Wisting señaló el impermeable rojo y amarillo que llevaba la niña de la foto.

—¿Era esto lo que llevaba puesto hoy?

—Creo que sí. Iban a ir a jugar al parque.

—¿Has intentado llamar a tu madre?

La vigilante negó con la cabeza.

—Entonces se enterarían de que... —empezó, pero volvió a derrumbarse.

Wisting tragó saliva y cerró los ojos en un intento de pensar con claridad. Tenía que centrarse. La foto era auténtica, seguro, había sido tomada ese mismo día. Pero también era probable que fuera un farol. Si tuvieran a la niña retenida, la habrían fotografiado en un lugar cerrado. Secuestrar a la niña y a la abuela implicaría correr demasiado riesgo.

Wisting volvió a abrir los ojos y miró fijamente hacia el coche patrulla en cuyo asiento trasero habían metido a Muller. El conductor se estaba montando ya. Wisting dio un grito y le pidió que esperara. Se acercó a toda prisa al coche y se sentó junto a Rudi Muller.

—Mi nombre es William Wisting —dijo—. Soy el responsable de la investigación del caso.

Rudi Muller estaba inclinado hacia delante, con las manos esposadas a la espalda. El hombre le miró de reojo sin responder, pero algo en su actitud le indicó a Wisting que sabía muy bien quién era.

—Vamos a tener mucho de lo que hablar en los próximos días —prosiguió—. Pero en la situación en que nos encontramos ahora, nada de lo que digas se usará en tu contra. Ahora mismo solo me importa una cosa.

El hombre sentado a su lado permaneció mudo.

—La niña —dijo Wisting—. ¿Está a salvo?

El otro entornó los ojos.

—¿Qué niña? —preguntó.

—Solo vas a tener esta oportunidad para intentar arreglar algo del desastre que has organizado —dijo Wisting—. Ahora mismo estamos hablando de la hija de la conductora del furgón secuestrado.

Rudi Muller se removió buscando una postura más cómoda para sus brazos encadenados a la espalda.

—No corre ningún peligro —dijo en voz baja—. No le pasará nada si yo no doy la orden.

Wisting se quedó mirando al hombre preguntándose cuánto valía su palabra. Optó por creerle.

—Gracias —dijo, despidiéndose de Rudi Muller con un movimiento de cabeza antes de bajarse del coche.

Luego dio un par de golpes en el techo para indicarle al conductor que podía arrancar.

Habían llevado a Line a un despacho que parecía estar en desuso. En las paredes había unos viejos carteles de películas y en un tablero de corcho una lista interna de números de teléfono, pero sobre la mesa no había ni teléfono ni equipo informático.

En el exterior la lluvia golpeaba oblicua contra la ventana sucia y se deslizaba despacio por el cristal en pequeños arroyuelos serpenteantes. Estaba en la cuarta o la quinta planta, y abajo se veían largas hileras de coches. El despacho estaba demasiado alto para poder plantearse la huida por allí, aparte de que la ventana solo se podía abrir un poco, dejando una estrecha abertura.

Mientras estaba allí de pie, se encendieron las farolas de la calle.

Volvió a la silla, cogió una de las revistas viejas que ya había leído y se puso a hojearla de nuevo nerviosamente.

Abrieron la puerta. El hombre de cabello largo que había visto en la cocina con Tommy aquella mañana entró en el despacho. Ahora llevaba una identificación de «Policía» colgada del cuello. Detrás iba otro agente que mascaba chicle con fruición.

—Lamento haberte hecho esperar tanto —dijo el primero—, pero no hemos tenido más remedio que hacerlo así. Estábamos en pleno operativo de seguimiento y has estado a punto de estropearlo todo.

Line no dijo nada.

El policía del chicle le tendió la mano.

—Hola. Soy Petter Eikelid. ¿Puedes venir conmigo un momento?

Line no dijo nada, pero lo siguió por el pasillo. El departamento parecía estar desierto. Las oficinas estaban a oscuras y la actividad en la comisaría había

disminuido considerablemente desde que la llevaran por aquellos mismos pasillos unas horas antes.

El agente de cabello largo le había explicado a grandes rasgos lo que había estado sucediendo a sus espaldas durante los últimos meses. Hacía unos meses Tommy se había puesto en contacto con ellos para darles información sobre una banda de narcotraficantes que la policía había intentado desarticular varias veces sin éxito. La información que les proporcionó confirmaba mucho de lo que ya sabían, pero Tommy se había ofrecido a seguir ayudándolos y se había infiltrado en la organización.

Sin embargo, el camino había resultado más complicado de lo previsto. Los principales miembros de la banda se habían mostrado más herméticos de lo que habían supuesto en un principio, y habían surgido varios imprevistos. Line se había enterado de ello por la prensa. Una entrega de drogas había salido mal. Había muerto gente. Ese día todo el asunto parecía estar llegando a su final, a raíz de un atraco fallido que había conducido a la detención de Rudi Muller.

Tommy la estaba esperando en una sala de reuniones vacía una planta más abajo. Estaba de espaldas mirando por la ventana, con el codo apoyado en el alféizar y una mano sobre la frente.

Su rostro serio se iluminó con una sonrisa cuando Line entró en la sala. Se acercó y la abrazó, y ella le rodeó con los brazos.

—Os dejaré solos —dijo el policía que la había acompañado, y cerró la puerta al salir.

Se sentaron a la mesa. La conversación transcurrió como si fueran dos extraños, titubeante e insegura.

—Me di cuenta de que algo no iba como debería en Shazam —explicó Tommy cuando empezó a hablar—. En otro tiempo y en otra vida puede que me hubiera encogido de hombros y lo hubiera dejado estar, o incluso que hubiera entrado a formar parte de ello, pero no podía dejar que ocurriera. Tú estabas en mi vida. Eres una persona tan honesta que no quería arriesgarme a estropear lo nuestro. Quería hacer lo correcto.

Ella no alcanzaba a comprender por qué había decidido ocultarle lo que había estado haciendo, pero no le quedó más remedio que aceptarlo y perdonar su secretismo.

Así era Tommy. Impulsivo, apasionado, despreocupado y temerario. Todas esas diferencias que en un primer momento la habían atraído de él, pero que no podría soportar durante el resto de su vida.

Él lo comprendió.

—Mañana voy a ir a ver un estudio en Sagene —dijo.

Algo en su tono de voz le suplicaba que le dijera que no hacía falta, pero Line fue fuerte y asintió.

—Eso está bien —susurró.

Wisting leyó la declaración que acababan de tomarle a Tommy Kvanter en la comisaría de Oslo. Explicaba que tenía a su disposición un Golf negro que pertenecía a Line Wisting, y que el viernes 1 de octubre le había prestado el coche a Rudi Muller. Muller se marchó solo del restaurante sobre las seis y media. Tommy Kvanter no había sabido nada más hasta que ya iban a cerrar el local y uno de los camareros le dijo que habían traído el coche de vuelta y que las llaves estaban en el despacho. No sabía dónde había estado Muller ni con quién. Él había estado en una reunión de negocios con tres emprendedores del gremio de la restauración, de los que daba los nombres, con los que quería asociarse para abrir un nuevo restaurante.

Era un testimonio detallado en el que Tommy hablaba de su relación con algunos personajes conocidos, pero la declaración estaba casi por completo libre de contradicciones. No se le había formulado ninguna pregunta crítica. Nada indicaba que el agente que le había interrogado buscara respuestas concretas o quisiera obtener de él nada más que datos superficiales.

Wisting volvió a la primera página y leyó el nombre del agente que le había tomado declaración: Petter Eikelid, el agente responsable del seguimiento de Muller que había acompañado a Leif Malm en el primer encuentro que mantuvieron. Una explicación de las carencias que detectaba en el interrogatorio podría ser que ese tipo de policías rara vez se sentaban al teclado de un ordenador para tomar declaraciones. No estaban formados para ello, se sentían inseguros y dejaban la formulación estratégica de preguntas críticas para interrogatorios posteriores. Otra explicación podría ser que la persona a la que Petter Eikelid había tomado declaración era el confidente que les había estado

proporcionando información desde dentro. Que ese había sido el papel de Tommy en todo el asunto. Que por eso las preguntas estaban envueltas en algodones y carecían de cualquier intención. No había nada en las declaraciones que permitiera sospechar a Rudi Muller que Tommy había colaborado en su detención. La información de que Muller se había llevado prestado su coche resultaría decisiva, pero tomada de forma aislada no dejaba de ser un comentario inocente.

Wisting dejó la declaración junto al resto de los papeles. Nunca le confirmarían sus sospechas. El hecho de que la policía había contado con un infiltrado dentro del grupo de colaboradores de Rudi Muller quedaría para siempre oculto. Cualquier otra cosa comprometería la seguridad del confidente.

Aunque no habían convocado ninguna reunión, varios de los inspectores se habían reunido en la sala de juntas. Estaban viendo imágenes del atraco proyectadas en la gran pantalla. Cuando Wisting entró, Espen Mortensen detuvo la grabación y retrocedió un poco hasta el momento en que los atracadores bajaban del vehículo junto a los vigilantes. El punto débil no había estado en la seguridad del edificio, sino en el factor humano.

—Es una madre soltera —explicó Mortensen, refiriéndose a la declaración que había dado la vigilante—. Lleva trabajando en NOKAS cerca de dos años, y durante los últimos seis meses ha hecho el recorrido con el mismo vigilante. —Congeló la imagen y señaló la pantalla—. Ambos iniciaron una relación sentimental, y cuando recibieron la amenaza contra la niña los dos decidieron colaborar y permitir que los atracadores subieran al furgón.

—¿No hay sistemas de seguridad para evitar que pueda ocurrir una cosa así? —preguntó Benjamin Fjeld—. ¿Un GPS o algún mecanismo que detecte si el furgón se detiene fuera de su ruta?

—Por supuesto que tienen controlados sus vehículos, pero estamos hablando de una parada más breve que la que harían ante un semáforo en rojo. Además, el furgón estaba vacío, ya que iban a recoger el dinero. En principio, no era un objetivo susceptible de atraco.

—¿Han dicho algo los detenidos? —preguntó Christine Thiis.

Wisting negó con la cabeza.

—Están esperando a sus abogados.

La letrada policial se reclinó en su silla y un leve gesto de preocupación cruzó por su rostro.

—Acusarlos por robo no supondrá ningún problema —dijo—. Nos criticarán por no haberlo evitado cuando sabíamos lo que iba a ocurrir, pero acabarán condenándolos a los tres. Lo más complicado sigue siendo relacionar a Rudi Muller con las muertes y la entrada de droga.

—Lo conseguiremos —aseguró Wisting, sin aludir a la declaración de Tommy Kvanter—. Es ahora cuando empieza nuestro trabajo. De aquí en adelante, los acontecimientos se desarrollarán a nuestro favor.

Miró uno por uno los rostros de los inspectores sentados alrededor de la mesa, y comprobó que sus palabras les transmitían confianza. Él también estaba seguro de ello. Lo había visto muchas veces. Todos los casos llegaban a un punto de inflexión, y ya habían alcanzado ese punto. Hasta el momento, su labor había consistido en conducir la investigación por la senda acertada. A partir de ahora, se trataba de asegurar las pruebas, de construir el caso ladrillo a ladrillo.

Se lo describió a sus investigadores como el momento en que la policía se planta y dice basta, dando un fuerte pisotón en el suelo. En el polvo que se levanta siempre aparece algo que no habla a favor del sospechoso.

—Hablando de zapatos —dijo Mortensen—. Ese tipo al que llaman Yes-man tiene el mismo número de zapato que la huella en la sangre de la cabaña de Thomas Rønningen. En este momento la policía de Oslo está registrando su apartamento en busca de un par de zapatillas Nike.

Wisting frunció el ceño. A pesar de que ese día habían avanzado mucho, aún quedaban preguntas sin responder. Y una de ellas era qué había pasado realmente en la cabaña del famoso presentador.

—¿Tenemos controlado a Klaus Bang? —preguntó, y echó una mirada al reloj de la pared.

El correo de la droga que estaba llegando en el ferry de Dinamarca era uno de los factores desconocidos que podrían estrechar el círculo alrededor de Rudi Muller. Wisting había asignado a Nils Hammer la responsabilidad de su detención.

—El comité de bienvenida está listo —aseguró este.

—¿Y quién formará dicho comité?

Hammer y otros dos hombres levantaron la mano.

—Será una misión sencilla —explicó—. Los agentes de aduanas lo retendrán.

Wisting asintió, y la reunión improvisada se disolvió. Fue a servirse una taza de café antes de volver al despacho. Fuera estaba oscuro. Podía oír la lluvia golpeando contra la ventana y el agua gorgoteando por los canalones.

Le había prometido a Suzanne que estaría en casa a las diez. En ese momento habría pasado una semana exacta desde que empezó el caso. También había hablado con Line, que estaba en Oslo. No habían tenido tiempo de conversar mucho, pero su hija le había dicho que iría a casa y pasaría la noche en su cuarto. Miró la hora y concluyó que le quedaba tiempo para leer algunos de los últimos informes.

A las diez menos cuarto, Nils Hammer entró en su despacho. En la mano llevaba un DVD sin marcar.

—Tenías razón al decir que a partir de ahora las piezas irían encajando —comentó refiriéndose a sus palabras de unas horas antes en la sala de reuniones.

Wisting miró el DVD y se quedó esperando el resto.

—Hace tres días descubrí que el Golf de Line fue uno de los coches que pasaron por los peajes en el intervalo en cuestión —dijo Hammer, y se sentó.

Wisting asintió. Ya no era ningún secreto, pero Hammer tenía buenas razones para criticar a Wisting por no haber revelado el descubrimiento.

—He estado haciendo cálculos —prosiguió Hammer. Estaba claro que no había venido a criticar—. El coche tarda casi siete minutos más que los otros en pasar entre los dos peajes.

—¿Se pararon por el camino? —propuso Wisting.

Hammer asintió y le tendió el DVD.

—Me lo pasaron hace media hora —explicó.

Wisting lo cogió y lo introdujo en el ordenador. El programa de reproducción de vídeo se puso en marcha. En la pantalla, Wisting vio cómo el coche se detenía entre los surtidores de una gasolinera.

—Es la estación de servicio Shell de Grelland —informó Hammer—. Es la única que hay entre los dos peajes.

La puerta del copiloto se abrió. Trond Holmberg se apeó y empezó a llenar el depósito. Después se abrió la puerta del conductor. Wisting se inclinó hacia delante. Rudi Muller bajó del coche y se encaminó hacia la estación de servicio.

—Alguien va a tener que explicarnos muchas cosas —sonrió Hammer entre dientes.

Fue otro policía quien llevó a Line de vuelta a Sjursøya para recoger su coche. Las carretillas elevadoras de la terminal seguían yendo y viniendo por la zona de los muelles. Las ráfagas de lluvia se perfilaban a la luz amarilla de las farolas.

Explicó al agente por dónde tenían que ir para encontrar el coche. Estaba en el mismo sitio, pero notó algo extraño. Se bajó del vehículo policial, suspiró desesperada y sacudió la cabeza despacio.

El cristal del lado del copiloto estaba roto. El asiento en el que había dejado la cámara y el portátil estaba vacío. Solo quedaba un pequeño charco de agua de lluvia.

No se merecía aquello, pensó. Después de todo lo que había tenido que pasar, lo último que necesitaba era que hubieran robado en su coche. Siempre tenía cuidado de no dejar objetos de valor en su interior, pero cuando los dos agentes la cogieron y la llevaron a la comisaría había sucedido todo muy deprisa.

—Joder —maldijo.

No tenía copias de seguridad. Ni de las fotos que había hecho ni de lo que había escrito en la cabaña durante esa semana. Todo había desaparecido.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le ofreció el policía que la había llevado, quien se había bajado del coche y encorbaba la espalda para protegerse de la lluvia.

Line negó con la cabeza. También sería capaz de resolver aquello.

—¿Estás segura? —preguntó el policía—. Porque en ese caso me tengo que volver.

Estaba segura. No soportaba la idea de tener que rellenar un montón de impresos. Solo quería llegar a casa, de modo que se despidió dando las gracias al

agente por haberla llevado.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos cuando se quedó sola. Aliviaron la presión que sentía en el pecho y las dejó fluir. Le sentaba bien llorar bajo la lluvia.

Se vació del todo antes de empezar a pensar en cuestiones prácticas. En el maletero encontró cinta aislante y unas bolsas de plástico. Las rasgó y cubrió el hueco del cristal roto.

En el maletero también llevaba algo de ropa. Se quitó el jersey mojado y se cambió antes de arrancar el coche.

El golpeteo de la lluvia contra el plástico de la ventanilla rota la estaba volviendo loca. Cuando aparcó frente a la casa de Stavern, se sentía completamente exhausta. El acceso empedrado estaba cubierto de hojas marrones que se pegaban al suelo mojado.

En el momento en que cerraba la portezuela, llegó otro coche. Era su padre. Vio que también estaba cansado. Tenía la espalda encorvada y los ojos enrojecidos, pero sonrió al verla.

—¿Acabas de llegar? —preguntó, abrazándola. Ella le puso la mano en el hombro y acercó su mejilla a la de él—. ¿Cómo estás?

Ella hizo un gesto de resignación.

—Me han robado —explicó ella de forma concisa, y su padre se acercó a valorar los daños más de cerca—. Dejé el coche con la cámara y el portátil en el asiento. Había unos trabajadores de Europa del Este por allí.

—¿Dónde ha sido?

—En Oslo, en la zona de los muelles.

—¿Lo has denunciado?

Ella negó con la cabeza.

—Lo haré mañana por internet. Creo que el seguro me devolverá algo.

El padre se quedó observando la ventanilla rota. Line se preguntó si sabría que Tommy había estado llevando una doble vida. Por lo visto, su colaboración con la policía de Oslo se había entrelazado en algún momento con el caso que él

investigaba.

—Entremos —dijo Wisting, interrumpiendo sus reflexiones.

Line fue derecha al baño. Se desnudó y se metió en la ducha. El agua se calentó enseguida. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás bajo el chorro. Permaneció así largo rato mientras dejaba vagar sus pensamientos. Su padre y ella siempre habían podido hablar abiertamente de todo. También deberían poder hablar de Tommy.

Cuando acabó en el baño, se puso un chándal viejo que todavía tenía en su habitación y metió su ropa en la lavadora. Después se sentaron todos a la mesa del salón y cenaron un guiso que Suzanne había preparado. Wisting le había contado lo del robo en el coche.

—¿Y el libro que estabas escribiendo? —preguntó ella—. ¿Tenías una copia de seguridad?

Line negó con la cabeza. Había trabajado intensamente en su novela durante una semana entera. Ahora todo había desaparecido. Pero no era por eso por lo que estaba triste. En realidad no le importaba. La historia era fragmentaria y estaba convencida de que podría reconstruirla y mejorarla. Sin embargo, los dos años que había pasado con Tommy eran algo completamente distinto. Ahora mismo sentía que eran dos años de su vida perdidos.

—¿Has hablado con Tommy hoy? —preguntó el padre, como si le leyera el pensamiento.

—Sí, nos hemos puesto de acuerdo sobre cómo lo vamos a hacer —respondió ella—. Mañana va a ir a ver un estudio. Durante el fin de semana recogerá sus cosas y se irá a vivir con un amigo hasta que encuentre algo.

Suzanne se levantó, quitó la mesa y los dejó solos.

—He leído su declaración —dijo el padre, abordando el tema inevitable.

—No es exactamente como crees —repuso Line en voz baja.

Su padre se reclinó en su silla y la miró.

—¿Sabes qué es lo que pienso? —preguntó, y continuó hablando antes de que ella tuviera tiempo de contestar—. Pienso que Tommy hizo lo que creía que era

correcto.

Line asintió despacio y exhaló profundamente. Cuando abrió la boca para contárselo todo, pareció que suspiraba.

El padre escuchó asintiendo de vez en cuando, como si le estuviera confirmando lo que ya se había imaginado.

—Me siento como si le hubiera traicionado —concluyó—. Él solo quería hacer las cosas bien. Quería complacerme.

Suzanne se había sentado con ellos y había escuchado la conversación.

—No le dejas por lo que ha hecho —le recordó ella—. Lo haces porque es quien es, y eso nunca podrás cambiarlo.

Se quedaron hablando casi una hora más, hasta que Line se levantó para irse a la cama. Al dirigirse hacia su cuarto, se detuvo frente a la mesilla que estaba al pie de la escalera. Junto con unos cuantos documentos de su padre había una figura de cristal con forma de gota.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiéndola.

La luz del aplique se reflejaba en ella, proyectando extraños dibujos en las paredes. Su padre se acercó a ella.

—Es esperanza —respondió.

—¿Esperanza?

—Su propietario dice que es un atrapasueños —le explicó su padre, y le contó cómo había recuperado la gota de cristal que habían robado en una de las cabañas de la zona de Gusland—. Se la devolveré mañana —concluyó.

Line la dejó en su sitio.

—Me temo que no hay mucha esperanza en el caso de mis pertenencias —dijo.

—Quién sabe —dijo el padre, y se encogió de hombros.

Line se quedó contemplando los cambiantes dibujos abstractos que creaba el colorido cristal de la gota. Después sacudió la cabeza. Puedes tener muchos sueños y esperanzas para el futuro, pensó, pero nunca sabes qué pasará con ellos.

Apagó la lámpara y se fue a la cama.

Las dos mujeres seguían durmiendo cuando Wisting se marchó a la comisaría a la mañana siguiente. Era sábado. La lluvia había cesado y las nubes se abrían formando claros.

La comisaría estaba silenciosa. No se oían voces excitadas ni pasos acelerados por los pasillos.

Wisting estaba deseando saber si los acontecimientos de la noche les habían hecho avanzar algo más. Dejó la gota de cristal cerca del borde de la mesa y cogió el fajo de nuevos documentos. En el primero de ellos se leía «Informe sobre detención». Klaus Bang. Arrestado en la terminal de ferris situada en Revet 8, a las 02.27.

El siguiente informe era más interesante. El interrogatorio había comenzado a las 03.15 y la transcripción era de Nils Hammer. Wisting leyó deprisa sus cerca de diez páginas. Era más de lo que había esperado. Klaus Bang reconocía haber participado en la introducción en el país de diez kilos de cocaína y daba una descripción detallada de la red de narcotráfico y del papel de Rudi Muller en la organización.

Cuando hubo terminado de leer, Hammer dio unos golpes en el marco de la puerta. Wisting pudo ver por su aspecto que no habría dormido más de un par de horas.

—Un trabajo de primera —comentó Wisting agitando los papeles en el aire.

Nils Hammer se sentó y cogió la gota de cristal de colores.

—En realidad no tuve que hacer gran cosa —admitió dando vueltas al objeto entre sus manos—. Me bastó con informarle de que el fiscal había aceptado que, si daba todos los detalles, no se investigarían las entregas anteriores y se le

prometía una reducción de condena de cuatro años. Cuando se enteró de que su socio noruego también estaba detenido unas celdas más allá por participar en un atraco a mano armada, no resultó muy complicado.

—¿Os ha dicho para qué había vuelto a Noruega?

Hammer se pasaba la gota de una mano a la otra.

—¿No lo he puesto en el informe? —preguntó, y se inclinó hacia Wisting—. Iba a reunirse con Rudi Muller para discutir la compensación por la entrega fallida y para hablar de futuros negocios.

El corpulento inspector se reclinó en su asiento.

—Hay alguien más detrás de Rudi Muller y Klaus Bang, ya lo sabes —dijo, y empezó a jugar con la gota.

Wisting asintió. Siempre había gente actuando en las sombras. Tras cada pieza que caía siempre había otra. Y generalmente las piezas más grandes e importantes quedaban en pie.

—Ten cuidado con eso —le advirtió, señalando con la mirada la gota de cristal.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Hammer.

En el momento en que la levantaba hacia la luz para contemplarla mejor, se le escurrió entre los gruesos dedos y se le cayó. Hammer tuvo tiempo de cerrar las piernas y la gota aterrizó con suavidad en su regazo. La recogió y se la pasó a Wisting, que estiró el brazo por encima de la mesa.

—La traje de Lituania —explicó, dejándola fuera del alcance de Hammer—. Pertenece a Jostein Hammersnes —siguió—. La robaron cuando Darius y los otros lituanos estuvieron en su cabaña.

—¿Hammersnes? —Nils Hammer bostezó y puso los pies encima de la mesa—. ¿El vecino de la cabaña de al lado que se comió un perrito caliente de la gasolinera Esso?

Wisting sonrió y asintió.

—Ahora voy a devolvérselo —dijo.

—Se alegrará, seguro —comentó Hammer, sin ser consciente de lo que

aquello significaría para el hombre—. ¿Habrás vuelto antes de las doce? Hemos comentado que deberíamos dar un repaso a todo el caso.

Wisting asintió. Estaba deseando reunirse con el grupo de investigadores. Todavía quedaban algunos cabos sueltos que no paraban de rondar por su cabeza.

Hammer bajó los pies de la mesa, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Wisting se quedó sentado, dando vueltas a una idea que empezaba a cobrar fuerza en su mente. No oyó lo que el otro le decía, sino que empezó a rebuscar entre los papeles que tenía delante, convencido de que había algo que había estado allí desde el principio.

Un cuarto de hora más tarde, la intuición de Wisting se había convertido en una firme convicción. No encontró a Nils Hammer en su despacho, pero se cruzó con Benjamin Fjeld en el pasillo.

—Ven conmigo —le dijo.

—¿Adónde?

—Tú vente. Te lo explicaré en el coche.

—¿Llevo algo?

—¿Tienes las esposas?

Benjamin Fjeld se llevó la mano a la cadera y asintió.

—Bien —dijo Wisting, precediéndole camino del coche que estaba en el aparcamiento de atrás.

Una vez más, condujo por el accidentado paisaje costero que había sido el escenario de los sucesos de la última semana. Para cuando llegaron, ya había puesto al joven inspector al corriente de todos los detalles.

Siguieron por el sendero en dirección a las cabañas. La noche había sido fría. En las zonas en sombra, los charcos estaban cubiertos de una fina capa de hielo y había escarcha en la hierba.

Jostein Hammersnes estaba en la puerta cuando llegaron. Delante de la cabaña había dos bolsas de viaje ya preparadas. El hombre se dio media vuelta, sorprendido por su visita.

—¿Te marchas? —preguntó Wisting, señalando el equipaje con la cabeza.

—Sí —respondió el otro, y carraspeó—. Hace demasiado frío aquí cuando empieza a helar.

Se quedaron en el porche de la entrada. Wisting se limitó a asentir por toda

respuesta. Hammersnes parecía desconcertado.

—Las cabañas de por aquí no están preparadas para el frío —añadió, como si quisiera ganar tiempo hablando del clima.

—Tengo algo que te pertenece —dijo Wisting, sacándose la gota de cristal del amplio bolsillo de su chaqueta.

Jostein Hammersnes abrió mucho los ojos, pero su expresión seguía siendo de nerviosismo. No había ni rastro de alegría o entusiasmo, tal y como Wisting había previsto.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Cómo lo has encontrado?

—He estado en Lituania —explicó Wisting—. Los ladrones han confesado, pero el resto de las cosas que robaron han desaparecido.

El hombre sopesó la gota de cristal en la mano.

—Gracias —dijo.

—Tengo algo más para ti —prosiguió Wisting antes de que Hammersnes tuviera tiempo de preguntar nada más.

Sacó una foto del otro bolsillo y se la mostró. Era una imagen de la gasolinera en la que se había parado para comprar un perrito caliente antes de ir a la cabaña. La cámara de seguridad, situada más o menos en el centro de la tienda, mostraba la figura de cuerpo entero de Hammersnes frente al mostrador en el momento en que le entregaban el ticket y el cambio.

Jostein Hammersnes cogió la foto y la miró. Su pálido rostro reflejaba un total desconcierto.

—Ya habíamos hablado de esto. Dijiste que era una pista falsa. El ticket se me cayó en el sendero y durante un tiempo pensasteis que se le había caído al asesino.

Wisting asintió.

—Lo descartamos —confirmó—. Pero no se trataba de una pista falsa.

—¿Qué quieres decir? —Jostein Hammersnes intentó devolverle la foto, pero Wisting no la cogió—. Pero si dijiste que no tenía nada que ver con el caso. Que era una pista falsa.

—Tus deportivas —dijo Wisting señalando la foto con el índice. La punta del dedo rodeó el logo arqueado en el lateral del calzado—. Zapatillas deportivas Nike Main Draw. Del mismo tipo con el que pisaron la sangre en la escena del crimen.

Jostein Hammersnes abrió la boca, pero no dijo nada. La mano con la que sujetaba la foto empezó a temblar.

La mirada de Wisting se fijó en las botas de agua que el hombre llevaba por encima de los pantalones.

—¿Dónde están ahora esas deportivas? —preguntó, quitándole la foto de la mano.

Jostein Hammersnes negó con la cabeza sin responder. Su mirada era nerviosa y huidiza.

—Creo que las quemaste después de oír en las noticias que la policía había encontrado unas pisadas del asesino —dijo Wisting, recordando el humo negro que salía de la chimenea la última vez que estuvo allí y el olor acre del interior de la cabaña—. Confío en que nuestros expertos podrán encontrar partículas de goma u otros restos entre las cenizas —siguió—. Pero ya tenemos las pruebas necesarias. Todas las cabañas que fueron asaltadas en la zona fueron inspeccionadas a fondo. Los técnicos criminalistas prácticamente alfombraron el suelo con una película que registra las pisadas. Aquí encontraron las mismas huellas que había en la sangre, pero creyeron que pertenecían a uno de los ladrones que había estado en las dos cabañas.

Jostein Hammersnes carraspeó, pero no dijo nada. Estaba inclinado hacia delante, con las rodillas flexionadas, y se balanceaba rítmicamente. Tenía las pupilas contraídas y la mirada perdida. La mano que agarraba la gota de cristal estaba blanca.

Wisting intentó establecer contacto visual con él, pero sus minúsculas pupilas se movían de un lado a otro como una marta atrapada en una trampa. El silencio era algo palpable, como un material a punto de quebrarse. Pareció que los ojos se detenían un instante sobre algo que estaba detrás de Wisting, antes de proseguir

con su frenético movimiento.

Wisting se giró y miró en la misma dirección antes de volver a clavar la vista en Jostein Hammersnes. El hombre plantado en silencio sobre el porche tragó saliva. Su mirada no paraba de desviarse de forma involuntaria hacia las dos bolsas de viaje. Una era roja, con el logo de una caja de ahorros. La otra era una bolsa de deporte negra de nailon.

Wisting se acercó a esta última y se puso en cuclillas. Agarró el extremo con una mano, tiró de la cremallera con la otra y la abrió.

En la parte de arriba había una toalla azul. Al sacarla, dos billetes de mil coronas cayeron sobre la hierba mojada. El interior estaba lleno de fajos de billetes. Entre ellos asomaba el cañón de una pistola.

Wisting oyó que a su espalda se rompía algo. Se dio media vuelta y vio el suelo del porche cubierto de cristales de colores.

Wisting se metió las manos en los bolsillos y sintió el frío viento en la cara. Un oleaje pesado y gris azotaba la costa.

Line salió de la cabaña tras él y dejó su equipaje en lo alto de la escalera.

—¿Te ocupas tú de las contraventanas? —preguntó—. Solo voy a barrer el suelo y ya estoy.

Wisting se volvió hacia ella sonriendo y asintió. Después se acercó a la pared de la cabaña y cerró uno de los postigos de la gran ventana del salón.

En ese momento le sonó el móvil. La pantalla le informó de quién era: Thomas Rønningen.

—¿Sí? —respondió.

El famoso presentador de televisión se presentó con nombre y apellidos.

—Enhorabuena. No puedo decir que me sorprenda que se haya resuelto el caso, pero estoy impresionado por el increíble nivel de la investigación que se ha llevado a cabo. Tenéis razones de sobra para sentirnos orgullosos.

Wisting sujetó el teléfono entre la barbilla y el hombro y le dio las gracias mientras procedía a cerrar la otra contraventana. Line le saludó con la mano desde el salón.

—Por lo que tengo entendido, fuiste tú quien los interrogó y obtuvo las confesiones —siguió Rønningen.

Wisting murmuró algo acerca de que casi había sido una casualidad que ocurriera así. Thomas Rønningen hizo unas cuantas observaciones más sobre la labor policial y algunos comentarios sobre lo que se había publicado en los medios de comunicación, mientras Wisting colocaba en su sitio la última contraventana.

La resolución del caso había sido como casi siempre suele serlo cuando se tienen todas las respuestas: sencilla.

Jostein Hammersnes había llegado a la cabaña a última hora de la noche y había descubierto que habían robado. Mientras daba vueltas por el interior saqueado, oyó algo que podrían ser disparos. Agarró el atizador del soporte que estaba junto a la chimenea y se dirigió a la cabaña de Thomas Rønningen. Allí también habían actuado los ladrones. Hammersnes entró para ver más de cerca los destrozos y, mientras estaba allí, un hombre enmascarado cubierto de sangre irrumpió por la puerta con una pistola en una mano y una bolsa de viaje en la otra. Presa del pánico, Hammersnes levantó el atizador y le golpeó en la cabeza. Primero una vez, después otra. Golpeó una tercera vez cuando el hombre herido intentó incorporarse y su miedo se transformó en pura ira.

La bolsa que cayó de la mano del hombre enmascarado estaba abierta. Hammersnes atisbó los fajos de billetes en su interior. Agarró la pistola y la bolsa con el dinero y salió a toda prisa de la cabaña mientras el hombre se quedaba allí tirado desangrándose.

—Todo en este caso me fascina —prosiguió Rønningen—. Cómo varios sucesos se van engarzando y provocan una reacción en cadena. Pero lo que más me impresiona es cómo conseguiste que los dos asesinos confesaran.

Wisting se sacó el teléfono de debajo de la barbilla, se lo acercó a la otra oreja y volvió a contemplar el mar, siguiendo el recorrido de un carguero con la mirada. Sabía que era bueno interrogando. Tenía muchos años de experiencia, pero había algo más, algo que no dudaría en llamar intuición. También lo había visto en sus colegas. Algunos tenían un don, otros nunca llegaban ser buenos de verdad. Algunos sabían qué preguntas clave desencadenaban el desarrollo de la conversación. Sabían en qué momento el silencio pasaba de ser constructivo a generar inseguridad, y eran capaces de adaptarse a las circunstancias dependiendo de con quién estuvieran hablando. Otros, en cambio, podían aprender todo tipo de técnicas, hacer cursillos, visionar grabaciones, y al final conseguían hacerlo aceptablemente, pero nada más. A Wisting no dejaban de

fascinarle las distintas maneras de actuar de los policías en la sala de interrogatorios. Pero los que eran realmente buenos tenían en común la creatividad, la perseverancia, un sentido de la lógica y una auténtica curiosidad. Y la intuición.

Wisting sabía muy bien que para la gran mayoría la mentira era la salida más sencilla e inmediata. Por ello, su objetivo en cualquier interrogatorio era que la otra parte comprendiera que no había posibilidad alguna de librarse mintiendo. Cuando se alcanzaba ese punto, cuando el otro llegaba a entender que el hecho de decir la verdad le supondría una liberación, la batalla estaba ganada.

—Se parece un poco a lo que tú haces en tu programa —dijo—. Siempre consigues que tus invitados te cuenten un poco más de lo que tenían previsto hacer de antemano.

—Es interesante que lo veas así —opinó el famoso presentador—. He pensado tratar el tema de la delincuencia en mi próximo programa y tenía la esperanza de que tú pudieras ser uno de los invitados.

Wisting no tuvo de tiempo de responder antes de que Rønningen prosiguiera:

—Será un programa verdaderamente excepcional. Por un lado yo mismo, el presentador que en un principio temisteis que fuera la víctima y que después fue considerado sospechoso, y por otro tú, como el investigador que supo encontrar la verdad. —Thomas Rønningen continuó hablando, totalmente entusiasmado—: Me gustaría hacer un programa que dejara a los espectadores con la sensación de que todos podemos convertirnos en criminales, como Hammersnes. ¡Por Dios! Pero si yo conozco a ese hombre... Somos vecinos de cabaña. Es un tipo callado y discreto que se dedica a la informática. Solo Dios sabe qué se le pasaría por la cabeza para que esa noche las circunstancias le llevaran a actuar como un asesino y un ladrón.

Wisting asintió para sí. Era un buen tema, pensó. Y puede que, si el diálogo resultaba constructivo, ayudara a que la gente reflexionara sobre lo que puede convertir a una persona en un criminal.

—¿Qué me dices? —preguntó Thomas Rønningen.

Wisting empezó a caminar alrededor de la cabaña cerrando los postigos para tapar las ventanas pequeñas.

—Creo que puede resultar un programa muy interesante —dijo—. Pero tendrás que buscarte a otro.

—Pero si tú serías el alma del programa —protestó Rønningen—. No sería lo mismo sin ti.

—Bueno —dijo Wisting respirando profundamente—, pues tendrás que hacerlo sin mí.

Line salió de la cabaña y Wisting le dijo al presentador que tenía que colgar. Rønningen intentó argumentar y le pidió que, al menos, le dejara volver a llamarle al día siguiente. Wisting le dejó claro que su decisión era firme, pero le dio las gracias por una conversación interesante.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Line.

Wisting sacudió la cabeza.

—Nada —respondió sonriendo—. Solo unas piezas finales que había que encajar.

Line cerró la puerta. Su padre la observó mientras giraba la llave y hacía deslizarse los cerrojos en su sitio. Notó que el viento había cambiado de dirección y ahora soplaba del este.

Cuando Line estuvo lista, Wisting agarró la bolsa de viaje grande, pasó el brazo por los hombros de su hija y la condujo por el sendero que se alejaba del mar. Ya estaba deseando regresar. Cuando acabara el invierno.

Empieza el cuarteto Wisting

Llega uno de los mejores autores de novela policiaca europea.



EL BUEN TIEMPO TERMINÓ

Las cabañas de veraneo, en la costa sur de Noruega, empiezan a cerrarse cuando llega septiembre. Sus propietarios atrancan puertas y ventanas ante la llegada del frío. Sin embargo, el cuerpo de un hombre aparece en una de ellas.

SE ENSAÑARON HASTA MATARLO

William Wisting dirige un grupo de investigación que debe enfrentarse a varios interrogantes: afloran más cadáveres en el fiordo y quizá todo sea un ajuste de cuentas entre narcotraficantes. Sin embargo, seguir la pista del dinero ramifica el caso hasta tocar las entrañas del crimen organizado europeo, de Dinamarca a Lituania.

LA MUERTE INUNDA EL CIELO

La situación se vuelve completamente asombrosa cuando los pájaros de la región empiezan a morir en masa y a caer en picado. *Cerrado en invierno*, la primera entrega del cuarteto Wisting, es una novela policial insólita, que encierra múltiples enigmas y presenta una galería de personajes tan reales como fascinantes.

«Uno de los mejores autores escandinavos de novela negra.»

The Times

«Una historia redonda y exigente, nada falla desde la primera hasta la última línea.»

Spass-am-Buch.de

«Las novelas policíacas de Horst son fiables al 100%. Nos ofrecen una buena visión de los casos hecha desde dentro, con un buen retrato de las tensiones entre los investigadores y los burócratas que quieren resultados a cualquier precio.»

The Sunday Times

«Tramas muy bien detalladas, personajes moralmente complejos y una escritura en la que subyace un tono filosófico hacen que las novelas de Lier Horst destaquen muy por encima del resto.»

Publishers Weekly

La trama de *Cerrado en invierno* avanza de manera sólida y decidida, hasta convertirse en una novela meticulosa y magistral, donde destacan unos personajes brillantes, un misterio fascinante y una ambientación nebulosa.

Una novela negra fascinante.»

Edinburgh Book Review

«Una novela policiaca eficaz y seductora que os llevará de los bosques noruegos a los bajos fondos de Vilnius sin apenas baches en el camino.»

Le Divan

«He aquí una novela policiaca de corte clásico y un autor que sabe lo que hace. Recomendable para todos los amantes del género negro. *Closed for Winter* es una maravilla.»

Dagbladet

«Una novela negra de primerísimo orden.»

Verdens Gang

«Jørn Lier Horst nunca falla.»

Østlands-Posten

«Horst sabe cómo hay que escribir una novela policial. Posee un lenguaje repleto de fuerza y guarda un buen puñado de sorpresas para el lector.»

Trønder-Avisa

Jørn Lier Horst (Noruega, 1970) es uno de los mejores escritores escandinavos de novela negra, reconocido mundialmente gracias a la exitosa serie protagonizada por William Wisting. Antes de dedicarse plenamente a la literatura, trabajó durante años como inspector jefe de policía, algo que proporciona a sus libros un estilo único a la hora de conjurar el suspense con el realismo. Sus novelas han sido traducidas a veinticinco idiomas y han recibido una decena de prestigiosos galardones en más de siete países. *Cerrado en invierno* (2011) abre el Cuarteto Wisting, a la que siguen *Perros de caza* (2012), *El hombre de las cavernas* (2013) y *Prueba de fuego* (2015), de próxima publicación en Roja & Negra.

Título original: *Vinterstengt*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2011, Jørn Lier Horst

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Este libro ha sido traducido con el apoyo económico de



Adaptación de la portada original de Freight Design: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17511-87-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cerrado en invierno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Sobre este libro

Sobre Jørn Lier Horst

Créditos